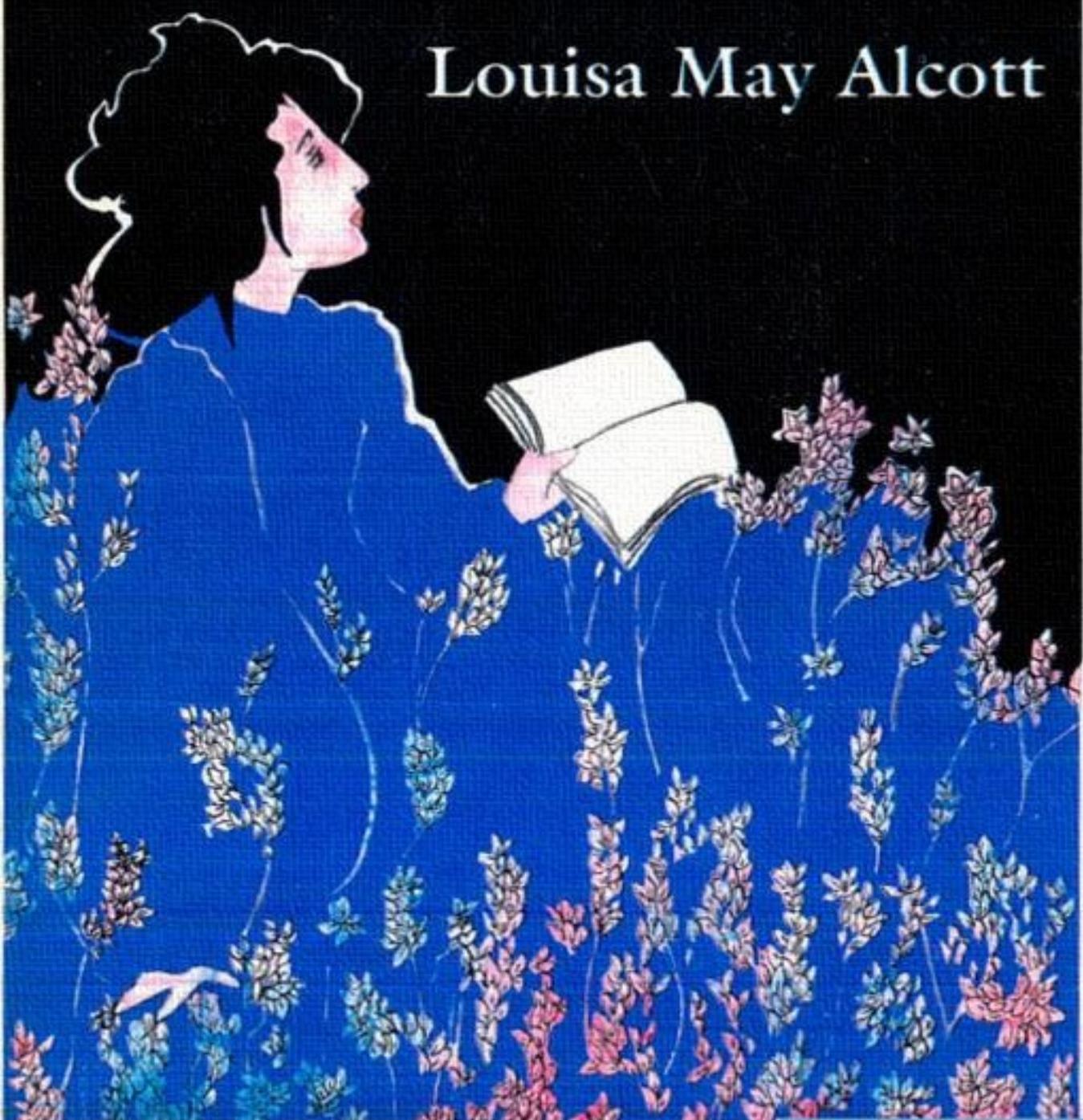


TUS
LIBROS



MUJERCITAS

Louisa May Alcott



se

Lectulandia

En *Espartaco*, el senador Graco hizo el siguiente diagnóstico: «En Roma la dignidad acorta la vida más que una enfermedad». *Mujercitas* prescribe justamente lo contrario: vivir de un modo discretamente confortable sin perder la dignidad. En unos momentos en que la obsesión por el dinero como sinónimo de éxito social nos ha desvelado a qué extremos de podredumbre y envilecimiento puede conducir a una sociedad, quizá no sea impertinente recordar alguna de esas máximas horacianas poco revolucionarias que la madre de Jo transmite a sus hijas, o el reconocimiento de ciertas virtudes tan «trasnochadas» como el trabajo creativo, la tolerancia o la solidaridad.

Louisa May Alcott

Mujercitas

Tus libros - 140

ePub r1.0

Titivillus 24.07.2020

Título original: *Little Women*
Louisa May Alcott, 1868
Traducción: Almudena Lería
Ilustraciones: Violeta Monreal
Presentación: Pilar Miró
Apéndice: Constantino Bértolo Cadenas
Retrato de la autora: José María Ponce

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LOUISA MAY ALCOTT (1832-1888)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicada por Roberts Brothers, Boston, 1868. Las ilustraciones, originales de Violeta Monreal, han sido realizadas expresamente para esta edición.

Presentación

En torno a mis *Mujercitas*

Louisa May Alcott, una escritora americana del XIX, se dio a conocer mundialmente gracias a su novela *Little Women*, aparecida en 1868. Seis años antes nacía en Nueva York Edith Wharton. Alcott vivió la segunda parte de un siglo interesada en defender una moral conservadora. Nació en el estado de Pensilvania, se educó en Massachusetts y murió en Boston en 1888. Escribió poemas y relatos, intentó estrenar alguna obra de teatro. Se la recuerda como una mujer de sorprendente personalidad, que viajó a Europa, fue enfermera durante la guerra civil en el Unión Hospital de Georgetown, y asumió la dirección de una revista para niños. Quiso ser actriz y al parecer estuvo dotada de gran seducción. Edith Wharton, al contrario de Louisa May, nació en el seno de una próspera familia, se casó con un banquero de Boston y nunca tuvo que preocuparse de escribir para mantener a los suyos. También por el contrario, su carrera literaria la llevó a ganar el premio Pulitzer en 1934, por su novela *La edad de la inocencia*, y vivió prósperamente hasta 1937. Alcott desarrolla un estilo literario excesivamente almibarado, crea unos personajes a los que adora y encuentra mil anécdotas, en las que deja muy claros sus ejemplares convicciones y sus buenos sentimientos. Wharton irrumpió en el siglo XX con una escritura minuciosa, ácida y crítica. Desgarradora, realista y romántica. Culta e imaginativa. Ambas fueron mujeres fuertes. Con una considerable diferencia de años, el cine ha immortalizado sus novelas más conocidas.

A finales de 1994 se ha estrenado en Estados Unidos la tercera versión de *Mujercitas*, dirigida por Gillian Armstrong, directora de origen australiano, protagonizada por Winona Ryder, en el papel de Jo, y Susan Sarandon, como la señora March. La primera versión se rodó en 1932, y los mayores la recuerdan como la mejor. No lo es en mi opinión. Protagonizada por Katharine Hepburn, Joan Bennett y Paul Lukas, fue dirigida por George Cukor, y ganó el Oscar al mejor guión adaptado, aunque estuvo también nominada como mejor película y director. El guion fue escrito por Victor Heerman y Sarah Y. Mason. En 1948, se rodó en color dirigida por Mervyn

Le Roy, y protagonizada por June Allyson, Elizabeth Taylor, Margaret O'Brien, Jane Leigh, Mary Astor y Peter Lawford. También obtuvo un Oscar, en este caso a la escenografía.

Como casi todo, yo descubrí la novela de Alcott en el cine. Y la hice mía. Y lo que es más insólito, sigo haciéndola mía. No puedo precisar el año, calculo que casi a mediados de los cincuenta. En programa doble y con alguien que me acompañaba, posiblemente mi madre, porque aún no me dejaban ir sola. La *Mujercitas* de Mervyn Le Roy me produjo una serie de íntimas sensaciones que al día de hoy no se han modificado un ápice, pese a mi lógica madurez. La película de Cukor tardé años en verla, y, aun reconociendo ahora que la versión es adecuada y el personaje de Jo-Hepburn lo más logrado del film, emocionalmente son las hermanas March, en su segunda versión, las que se han quedado en un rincón de mi corazón.

Como consecuencia, en su día, busqué ávidamente la novela original, y no solo *Mujercitas*; también *Aquellas mujercitas*, *Hombrecitos* y *Aquellos hombrecitos*. Aún conservo, teñidas sus hojas por los años, los cuatro pequeños volúmenes editados por Reguera, en los que no figura ni fecha ni nombre del traductor. Algún cromo en blanco y negro, desprendido de un álbum que no conservo, y dos pósteres en color, que reproducen sendas escenas de la película con las cuatro protagonistas de *Piccole donne* —obviamente traídos de Italia, por mi amigo Pedro Olea, conocedor de mis ingenuas pasiones—, que se han conservado pese a los años y las mudanzas colgados siempre en alguna pared.

Muchas veces me pregunto, entre tanta obra maestra que ha debido influir, incluso conformar, mi vida, entre tanta historia generalmente dura, de difíciles concesiones y ásperos temas, entre tanto Ford, Huston, Welles, Mankiewicz, Wyler, Kazan, ¿qué se apodera de mí cuando vuelvo a ver mis *Mujercitas*? Pudiera ser la inconsciente resistencia a abandonar la niñez, la añoranza por aquella capacidad de tierna melancolía, o simplemente la suplantación del personaje de Jo, inigualable June Allyson, ese peculiar modelo de Peter Pan que se adelanta un siglo a la conquista de la sociedad masculina por la mujer.

Jo es como «una gaviota fuerte e indómita», como la describe su hermana pequeña, Beth (Margaret O'Brien), que inquierte a su madre (Mary Astor) lo que puede ser una tesis del film, de la novela, que mantiene su vigencia: «Mamá, ¿tienes algún plan respecto a nosotras? Uno de esos que forman las madres respecto a sus hijas, casarnos con un hombre rico o algo por el estilo». «Sí, Jo, he forjado muchos planes. Todo lo que quiero es que seáis hermosas, inteligentes y buenas; deseo que seáis admiradas y respetadas, que llevéis

unas vidas agradables y útiles, y suplico al Señor que las penalidades que os envíe sean llevaderas. Claro que soy ambiciosa para vosotras, claro que me gustaría veros casadas con hombres ricos si los amaraís, no soy distinta de las otras madres, pero siempre preferiría veros esposas felices de hombres pobres, e incluso respetables solteronas, antes que reinas en tronos pero sin paz y respeto».

Posiblemente vi en esta historia a una familia que sufre las consecuencias de una guerra civil, el egoísmo y la inseguridad propia de la infancia, el descubrimiento de la amistad y del amor, el desgarro de la separación y la muerte, la necesidad de darse a los demás a través de la obra creativa, la soledad de quien no quiere transigir con aquello que no puede aceptar. Quizás, sin darme cuenta, yo quise ser todos y cada uno de aquellos personajes, demasiado buenos y demasiado irreales. Quizás no puedo olvidar que, cuando vi *Mujercitas*, me compré un cuaderno y escribí: «*La obra literaria de Pilar Miró*». Una utopía. Un sueño. Una película.

PILAR MIRÓ

Prefacio

Ve, mi pequeño libro, y enseña a todos
que deben festejar y recibir con los brazos abiertos
lo que se encierra en tu interior;
y pídeles que te dejen mostrarles el camino de la bendición;
ojalá los convenzas de que, por su propio bien, harán mucho mejor
convirtiéndose en peregrinos que siendo como todo el mundo.
Háblales de la Virgen; una de las primeras
que comenzó a peregrinar.
Sí, que las jóvenes aprendan de ella a valorar
el reino que habrá de venir, y a ser sensatas.
Porque, después de un pequeño traspie, puede una doncella hallar a Dios
en los caminos que pies santos han trazado.

Tomado y compendiado de JOHN BUNYAN^[1]

Capítulo I

El juego del peregrino



AS NAVIDADES no serán Navidades sin ningún regalo —refunfuñó Jo, tumbada en la alfombra.

—¡Es tan horrible ser pobre! —suspiró Meg, mirando su viejo vestido.

—No creo que sea justo que algunas chicas tengan montones de cosas bonitas y otras, nada de nada —añadió la pequeña Amy, con gesto ofendido.

—Tenemos a papá y a mamá, y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth tranquilamente desde su esquina.

Los rostros de las cuatro jóvenes resplandecieron al amor de la lumbre con estas reconfortantes palabras, pero volvieron a oscurecerse en cuanto Jo dijo tristemente:

—No tenemos a papá, y no lo tendremos en mucho tiempo.

No se atrevió a decir «quizá nunca», pero todas lo pensaron en silencio y recordaron a su padre lejos, allá donde se estaba luchando.

Durante un momento nadie habló. Entonces, Meg dijo alterada:

—Sabes perfectamente que la razón por la que mamá propuso que no hubiese regalos estas Navidades es porque va a ser un invierno muy duro para todos, y cree que no deberíamos gastar el dinero en caprichos cuando nuestros hombres están sufriendo tanto en el ejército. No podemos hacer demasiado, solo pequeños sacrificios y deberíamos hacerlos contentas. Aunque mucho me temo que yo no seré capaz.

Y Meg sacudió la cabeza, pensando apesadumbrada en las cosas bonitas que deseaba.

—Pues yo no creo que lo poco que pudiéramos gastarnos vaya a hacer mucho bien. Cada una ha conseguido un dólar: el ejército no va a recibir una gran ayuda si le damos semejante cantidad. Estoy conforme con no esperar

nada de mamá o de vosotras, pero yo quiero comprarme *Ondina y Sintram*. ¡Llevo tanto tiempo esperando! —dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

—Yo había pensado gastarme el mío en una nueva partitura —dijo Beth, con un pequeño quejido que nadie oyó excepto los leños de la chimenea y el asa de la tetera.

—Yo podría comprar una bonita caja de lápices de dibujo Faber^[1]. Realmente los necesito —dijo Amy, resuelta.

—Mamá no dijo nada de nuestro dinero, y no deseará que renunciemos a todo. Que cada una se combre lo que quiera y disfrutemos un poco. Estoy segura de que hemos trabajado de sobra para ahorrarlo —proclamó Jo, mirando el tacón de su zapato como lo hacen los hombres.

—Yo sí que lo he hecho..., enseñando a esos fastidiosos niños prácticamente todos los días, cuando lo que más me gusta es quedarme en casa tranquilamente —comenzó Meg, una vez más en tono quejoso.

—Lo tuyo no es tan duro como lo mío —dijo Jo—. ¿Te gustaría estar encerrada durante horas con una anciana nerviosa y remilgada, que te tiene trotando de un lado a otro, que nunca está satisfecha y te acosa hasta hacerte sentir deseos de tirarte por la ventana o de echarte a llorar?

—Es inútil lamentarse. Y tampoco es que crea que lavar los platos y tener la casa ordenada sea el peor trabajo del mundo, pero no me gusta..., y se me agarrotan las manos de un modo que no puedo tocar bien —y Beth se miró las manos ásperas con un suspiro que esta vez todas oyeron.

No creo que ninguna sufra tanto como yo —se lamentó Amy—; no tenéis que ir a un colegio con niñas impertinentes, que se burlan de ti si no te sabes las lecciones y se ríen de tus vestidos, y *etiquetan* a tu padre si no es rico y te insultan si tu nariz no es bonita.

—Si quieres decir *difaman*^[2], dilo, y no hables de etiquetas como si papá fuese un bote de pepinillos —aconsejó Jo, riéndose.

—Yo sé lo que quiero decir y no necesitas ponerte *arcástica*. Lo más propio es usar palabras correctas y mejorar tu *vocabolario* —respondió Amy con dignidad.

—No regañéis, niñas. ¿No te gustaría tener el dinero que papá perdió cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Dios mío! ¡Qué felices seríamos si no tuviésemos estrecheces! —dijo Meg, que podía recordar tiempos mejores.

—Tú dijiste el otro día que seguro que éramos bastante más felices que los hijos del rey, porque ellos se pelean y lloriquean todo el tiempo a pesar de su dinero.

—Sí, lo dije, Beth. ¡Bueno! Y creo que es verdad porque, aunque tengamos que trabajar, nos divertimos y formamos *un alegre grupo chipén*, como diría Jo.

—¡Qué palabrotas usa Jo! —exclamó Amy, echando una mirada reprobadora a la alargada figura recostada en la alfombra.

Jo se sentó inmediatamente, metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

—¡No, Jo, eso no es nada femenino!

—Por eso lo hago.

—¡Odio a las chicas brutas y poco delicadas!

—Y yo a las niñatas afectadas y tiquismiquis.

—*Los pájaros en sus nidos están siempre muy unidos* —cantó Beth, la pacificadora, con una cara tan divertida que las enfurruñadas voces se dulcificaron hasta la risa, y la pelea, por esta vez, terminó.

—La verdad es que se os podría censurar a las dos —dijo Meg, empezando a leerles la cartilla en su papel de hermana mayor—. Ya eres lo bastante adulta como para dejar los modales de chico y comportarte mejor, Josephine. Cuando eras una niña, no importaba demasiado; pero ahora, que estás tan alta y te recoges el pelo, deberías recordar que eres una señorita.

—¡No lo soy! Y si el que me recoja el pelo me convierte en una, llevaré dos coletas hasta los veinte años —chilló Jo, quitándose la redecilla y dejando caer su espesa melena castaña—. ¡Odio pensar que tengo que crecer, y convertirme en la señorita March, y llevar trajes largos, y parecer tan tiesa como si me hubieran almidonado! ¡Ya es bastante desgracia ser mujer cuando lo que me gusta son los juegos, los trabajos, los modales masculinos! No puedo superar la frustración de no ser un chico. ¡Y ahora menos que nunca, porque me muero de ganas de ir a luchar al lado de papá; pero solo puedo quedarme en casa haciendo calceta, como una anciana incapaz! —y Jo se puso a sacudir los calcetines azul militar hasta que las agujas sonaron como castañuelas y el ovillo saltó hasta el otro extremo del cuarto.

—¡Pobre Jo! Es terrible, pero no hay solución. Tendrás que contentarte con abreviar tu nombre para que parezca de chico y jugar a ser el hermano de todas nosotras —dijo Beth, acariciando la cabeza que se apoyaba en su rodilla con una suavidad que no podría perder ni con todas las coladas y limpiezas del mundo.

—En cuanto a ti, Amy —continuó Meg—, eres francamente afectada. Ahora puede hacer gracia, pero crecerás como una necia remilgada si no tienes cuidado. Me gustan tus modales y tu forma de hablar refinada cuando

no intentas ser elegante. Pero tus palabras absurdas son tan terribles como la jerga de Jo.

—Si Jo no sabe comportarse y Amy es tan remilgada, ¿cómo soy yo? —preguntó Beth, dispuesta a compartir el sermón.

—Tú eres un encanto, y nada más —contestó Meg, cariñosa; y nadie la contradijo porque el «ratoncito» era la mascota de la familia.

Como nuestros jóvenes lectores querrán hacerse una idea de su aspecto, aprovecharemos este momento para hacerles un pequeño esbozo de las cuatro hermanas, que estaban sentadas al atardecer haciendo punto, mientras fuera caía una suave nevada de diciembre y dentro chisporroteaba alegremente el fuego. Era una vieja habitación confortable, aunque de muebles sencillos y con la alfombra algo descolorida. Había un par de buenos cuadros en las paredes, libros en los estantes, crisantemos y rosas de Navidad en el alféizar de la ventana y una cálida atmósfera de paz hogareña llenándolo todo.

Margaret, la mayor de las cuatro, tenía dieciséis años; era muy guapa, rellenita y pálida, con ojos grandes llenos de ternura, pelo castaño, boca delicada y manos muy blancas, de las que estaba sumamente orgullosa. Para sus quince años Jo, resultaba muy alta, delgada y morena; su torpeza manejando sus largas extremidades hacía pensar en un potrillo. Tenía la boca energética, una nariz fina y graciosa, ojos grises que parecían verlo todo y que eran alternativamente fieros, burlones o pensativos. Su principal atractivo residía en su larga y espesa melena, aunque normalmente la llevaba recogida con redecilla para que no le molestase. Jo era algo cargada de espaldas, de manos y pies grandes, descuidada en el vestir y con ese aire incómodo de la niña que, a disgusto, se convierte rápidamente en mujer. Elizabeth —o Beth, como todos la llamaban— era una niña de trece años sonrosada, de pelo liso y ojos brillantes. Con modales y voz tímidos, su expresión transmitía paz y rara vez se alteraba. Su padre la llamaba «Quietecita» y el nombre le sentaba de maravilla, porque vivía en su propio mundo feliz, del que tan solo se aventuraba a salir para encontrar a los pocos a quienes amaba y admiraba. Aunque fuese la menor,



Amy era una persona importantísima, al menos según su propia opinión. Parecía una virgen de las nieves, con ojos azules y dorados rizos cayendo sobre sus hombros; pálida y esbelta, siempre se comportaba como una señorita únicamente preocupada por sus modales. Cómo era la personalidad de estas cuatro hermanas es algo que ya iremos descubriendo.

El reloj dio las seis y, después de reavivar las llamas, Beth puso unas zapatillas junto al fuego para calentarlas. De algún modo, la visión de las viejas zapatillas ejerció un efecto positivo en las chicas: mamá estaba a punto de llegar y todas se animaron para darle la bienvenida. Meg dejó de leer y encendió la lámpara, Amy se levantó del sillón sin que nadie se lo pidiera y Jo, olvidándose de su cansancio, se arrimó a la chimenea para sostener las zapatillas aún más cerca del fuego.

—Están bastante usadas. Mamá necesita un nuevo par.

—Había pensado comprarle unas con mi dólar —dijo Beth.

—¡No! ¡Lo haré yo! —gritó Amy.

—Yo soy la mayor... —empezó Meg, pero Jo la interrumpió tajantemente:

—Yo soy el hombre de la familia ahora que papá está fuera, y yo me haré cargo de las zapatillas. Él me pidió que cuidase de mamá mientras estuviera ausente.

—Os diré lo que vamos a hacer —dijo Beth—: que cada una le regale algo por Navidad en lugar de comprar cosas para nosotras mismas.

—¡Eres maravillosa! ¿Qué podemos comprar? —exclamó Jo.

Todas pensaron juiciosamente un momento y Meg proclamó, como si la idea surgiese de la contemplación de sus lindas manos:

—Le regalaré un bonito par de guantes.

—Calzado militar. El mejor que haya —gritó Jo.

—Pañuelos bordados —dijo Beth.

—Yo le compraré un bote de colonia. A ella le encanta, y no será muy caro. Podré comprar también mis lápices —añadió Amy.

—¿Y cómo le daremos los regalos? —preguntó Meg.

—Los pondremos todos sobre la mesa y la haremos entrar, y veremos cómo va abriendo los paquetes. ¿No te acuerdas de cómo lo hacíamos en nuestros cumpleaños? —contestó Jo.

—Yo me asustaba tantísimo cuando me tocaba el turno de sentarme en la silla grande, con la corona, viéndoos a todas desfilar ante mí para darme los regalos y un beso. Me gustaban los regalos y los besos, pero era horrible

teneros ahí sentadas mirándome mientras abría paquetes —dijo Beth, que tostaba el pan para el té al mismo tiempo que su cara.

—Que mamá crea que compramos cosas para nosotras y así le damos una sorpresa. Deberíamos ir de tiendas mañana por la tarde, Meg. Hay mucho trabajo pendiente para la representación de Navidad —dijo Jo, dando zancadas arriba y abajo, con las manos a la espalda y la nariz husmeante.

—Yo no volveré a actuar después de la función de este año. Me estoy haciendo mayor para estas cosas —observó Meg, que a la hora de jugar era tan niña como las otras.

—Eso no te lo crees ni tú. Con lo que te encanta pavonearte por ahí con un traje blanco y la melena al viento, enjoyada con papel de plata. Además, eres nuestra mejor actriz; si dejas el escenario, sería el fin —dijo Jo—. Lo que tenemos que hacer es ensayar esta misma noche. Ven aquí, Amy, empezarás con la escena del desmayo: te pones más tiesa que un palo.

—Pues no sé hacerlo mejor; nunca he visto desmayarse a nadie, y no soy capaz de ponerme blanca como la pared y tirarme al suelo. Esas cosas las haces tú. Y si intento caer poco a poco, tropiezo. Así que me derrumbaré graciosamente sobre una silla. No me importa en absoluto que Hugo se me acerque con una pistola —le replicó Amy, que no tenía el menor talento dramático y la habían escogido para el papel porque, al ser la más pequeña, era más fácil para el «malvado» cargar con ella.

—Prueba así: estrujándote las manos y tambaleándote por la habitación mientras gritas histérica: «¡Rodrigo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!» —y así lo hizo Jo, con un grito melodramático realmente espectacular.

Amy la imitó, pero con las manos rígidas y moviéndose como una máquina, y sus gritos más parecían producidos por pinchazos de alfiler que por miedo o angustia: Jo soltó un gemido desesperado y luego se rio a carcajadas. Beth observaba con interés la diversión general mientras sus tostadas se iban quemando.

—¡Es inútil! Cuando llegue el momento, hazlo lo mejor que puedas, y si el público se ríe, no me eches la culpa. Vamos, Meg.

A partir de ese momento las cosas fueron como la seda: Don Pedro desafió al mundo en un parlamento de dos páginas sin una sola interrupción; Hagar, la bruja, formuló un terrible conjuro sobre su caldero de sapos cocidos con resultados macabros; Rodrigo, lleno de hombría, partió en dos sus cadenas; y Hugo agonizó entre remordimientos y arsénico con unos salvajes: «¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!».

—¡Es lo mejor que hemos hecho! —dijo Meg, mientras el «malvado» se incorporaba sacudiéndose.

—No sé cómo puedes escribir e interpretar algo tan estupendo, Jo. ¡Eres todo un Shakespeare! —exclamó Beth, firmemente convencida de que su hermana estaba dotada de un extraordinario talento para todo.

—No exageres —respondió Jo humildemente—. Yo creo que *La maldición de la bruja* está bien, pero me gustaría representar *Macbeth* si tuviéramos una trampilla para Banquo. Siempre quise hacer la parte del asesinato^[3]: «¿Es un puñal lo que veo ante mí?» —recitó Jo, poniendo los ojos en blanco y tratando de agarrar la nada, como había visto hacer a un famoso actor.

—No. Es el pincho de tostar con una zapatilla de mamá en vez de una tostada. Beth se atonta con el teatro —exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general.

—Da gusto encontrarlos tan alegres, hijas —dijo una voz animada desde la puerta, y público y actores se volvieron para dar la bienvenida a una dama alta y maternal, cuya mirada revelaba una disponibilidad absolutamente deliciosa. No iba vestida con elegancia, pero tenía cierto aire respetable y las chicas estaban convencidas de que la capa gris y el anticuado sombrero cubrían a la madre más espléndida del mundo.

—Bien, queridas, ¿cómo os ha ido hoy? He tenido tanto trabajo preparando el envío de mañana que no he podido venir a comer. ¿Ha venido alguien, Beth? ¿Qué tal tu resfriado, Meg? Jo, pareces terriblemente cansada. Dame un beso, cariño.

Mientras hacía estas preguntas maternales, la señora March se quitó las ropas mojadas, se puso las zapatillas calentitas, se sentó en el sillón y aupó a Amy en sus rodillas dispuesta a disfrutar de la mejor hora de aquel ocupado día. Las muchachas revoloteaban de un lado a otro intentando, cada una a su manera, hacerlo todo más confortable. Meg puso la mesa para el té, Jo trajo más leña y colocó las sillas alborotando y volcando todo lo que tocaba, Beth iba y venía del salón a la cocina, ocupada y silenciosa, mientras Amy, mano sobre mano, daba órdenes a todo el mundo.

Al sentarse a la mesa, la señora March dijo, con cara sonriente:

—Tengo una sorpresa para después de la cena.

Una sonrisa cruzó, como un rayo de sol, por todos los rostros. Beth aplaudió, sin reparar en la galleta que tenía en las manos, y Jo, lanzando la servilleta al aire exclamó:

—¡Una carta! ¡Una carta! ¡Tres hurras por papá!

—Sí, una carta larga y afectuosa. Está bien y cree que pasará el invierno mejor de lo que suponíamos. Manda un montón de buenos deseos para Navidad y un mensaje especial para vosotras —dijo la señora March, acariciándose el bolsillo como si en él tuviera un tesoro.

—¡Date prisa y acaba! Es que no paras de marear el plato, Amy —bramó Jo atragantándose con el té a la vez que, en su prisa por terminar y llegar al momento ansiado, se le caía una tostada con mantequilla sobre la alfombra.

Beth dejó de comer, se refugió en su rincón oscuro y, mientras las otras terminaban, saboreó de antemano el placer que pronto llegaría.

—Creo que papá fue muy generoso yéndose de capellán, sin estar en edad militar y con una salud como la suya —dijo Meg afectuosamente.

—¡Cómo me gustaría poder ir tocando el tambor, o de cantinera, o de enfermera, y estar a su lado, y ayudarle! —exclamó Jo con un suspiro.

—Debe de ser repugnante dormir en una tienda, comer cualquier porquería y beber en una lata —murmuró Amy.

—¿Cuándo va a volver a casa, mami? —preguntó Beth con voz temblorosa.

—No hasta dentro de unos meses, cariño, a no ser que se ponga enfermo. Se quedará y cumplirá con su obligación fielmente mientras pueda, y nosotras no le pediremos que regrese si no ha terminado su tarea. Ahora acercaos y oíd lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego; la madre en el sillón con Beth a sus pies, Meg y Amy cada una en un brazo de la butaca y Jo apoyada en el respaldo, donde nadie pudiera notar las emociones que la carta le provocase.

Casi todas las cartas, en aquellos tiempos difíciles, eran commovedoras, mucho más las que los padres de familia enviaban a sus hogares. En esta en concreto casi no se hablaba de molestias, peligros o añoranzas. Era una carta alegre y esperanzada, llena de descripciones de la vida de cuartel, las marchas y las noticias de la guerra, y solamente al final emergía un corazón lleno de amor paterno y anhelo por las mujercitas que había dejado en casa:

Dales un beso de mi parte y transmítelos mi profundo amor. Diles que pienso en ellas cada día, que rezo por ellas cada noche y que mi mayor consuelo es su cariño. Esperar todo un año antes de verlas parece imposible, pero recuérdales que, si llenamos la espera de trabajo, estos días difíciles no habrán sido un tiempo desperdiciado. Sé que recordarán todos mis consejos, que serán cariñosas contigo, cumplirán con sus obligaciones, lucharán contra sus malos pensamientos y se convertirán en unos seres tan hermosos que, cuando vuelva, podré estar más orgulloso que nunca de mis mujercitas.

Al llegar a esta parte todas suspiraron; Jo no se avergonzó del lagrimón que caía de la punta de su nariz, y Amy escondió la cabeza en el hombro de su madre, sin preocuparse por sus bucles, diciendo entre pucheros:

—¡Soy una egoísta! Pero intentaré ser mejor, ¡de verdad! No quiero desilusionarle.

—Todas tenemos que mejorar —suspiró Meg—; yo me preocupo constantemente de mi aspecto y odio trabajar. Aunque no será así por mucho tiempo, al menos en lo que de mí dependa.

—Yo procuraré comportarme como una «mujercita», ya que a él le gusta llamarla así, y dejar de ser tan brusca y salvaje; cumpliré con mi deber aquí, en vez de esperar a estar en otra parte —dijo Jo, pensando que contener su temperamento en casa sería mucho más difícil que plantarle cara a un par de rebeldes en el Sur.

Beth no dijo nada, pero enjugó sus lágrimas con los calcetines militares y se puso a recoger con ímpetu, sin perder tiempo, lo que tenía más cerca, mientras decidía en su coroncito convertirse en todo lo que su padre esperaba encontrar después de ese año, el día del feliz regreso a casa.

La señora March rompió el silencio que había seguido a las palabras de Jo, y dijo con voz alegre:

—¿Recordáis el juego del «Viaje del peregrino», de cuando erais pequeñas? Os encantaban los hatillos para llevar a la espalda que os hacía con trapos, y los sombreros y bastones, y los rollos de papel, y que os dejara recorrer la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de la Destrucción, hasta el ático, donde guardabais todas las cosas bonitas que habíais podido juntar para construir la Ciudad Celestial.

—¡Era fantástico! Sobre todo cuando pasábamos junto a los leones, peleábamos con Apolo y atravesábamos el valle de los duendes —dijo Jo.

—A mí me gustaba el lugar desde donde tirábamos los hatillos escaleras abajo —dijo Meg.

—Lo que más me gustaba era salir al tejado, en la zona donde estaban nuestras flores, plantas y cosas más bonitas, y todas nos quedábamos quietas, y cantábamos felices bajo el sol —dijo Beth sonriendo, como si aquel momento dichoso hubiese vuelto.

—Yo no me acuerdo mucho, solo de que el sótano me daba miedo con su entrada tan oscura, y de lo bueno que estaba el pastel y la leche del ático. Si no fuese demasiado mayor para estas cosas, creo que me gustaría volver a jugar —dijo Amy, que a la madura edad de doce años anunciaba su renuncia a los juegos infantiles.

—Nunca se es demasiado mayor, cariño, porque es un juego al que siempre jugamos, de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí mismo, el camino frente a nosotras, y el deseo de bondad y felicidad es nuestra guía a través de los problemas y errores hacia la paz, que es la verdadera Ciudad Celestial. Ahora, mis pequeñas peregrinas, imaginad que hay que ponerse en marcha, pero no jugando, sino en la realidad, y a ver lo lejos que podéis llegar de aquí a la vuelta de vuestro padre.

—¿De verdad?... ¿Pero cuáles son nuestras cargas? —preguntó Amy, que era una cría que se tomaba todo al pie de la letra.

—Cada una ha dicho cuál es la suya hace un momento, menos Beth. Quizá es que ella no tiene ninguna —dijo su madre.

—Sí que la tengo. Mi carga son los platos y estropajos, y la envidia que me dan las chicas con buenos pianos, y lo mucho que me asusta la gente.

La carga de Beth resultaba francamente divertida, y todas se hubieran reído, pero no lo hicieron para no herir sus sentimientos.

—Pues juguemos —dijo Meg, pensativa—; a fin de cuentas, es solo otra forma de llamar al deseo de ser mejor, y quizás nos ayude. Porque, aunque queramos ser buenas, es algo difícil, que se nos olvida y en lo que no ponemos todo nuestro esfuerzo.

—Esta noche estábamos en el Pantano de la Desesperación, y mamá vino y nos sacó de él, como hizo el hombre llamado Socorro en el libro. Deberíamos tener nuestra lista de indicaciones, como Cristiano. ¿Qué se debe hacer en cada ocasión? —preguntó Jo, disfrutando de la idea de darle un poco de romanticismo a la árida tarea de cumplir con su deber.

—Buscad debajo de la almohada la mañana de Navidad y encontraréis vuestra guía —contestó la señora March.

Mientras la vieja Hannah recogía la mesa, ellas hablaron de sus planes, después sacaron sus cuatro cestos de costura y las agujas empezaron a trabajar siguiendo el ritmo con que las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era aburrido, pero esa noche ninguna se quejó. Seguían la idea de Jo de dividir las costuras largas en cuatro partes, a las que llamaban Europa, Asia, África y América. Así, hablando de los diferentes países que iban remendando, el camino era más agradable.

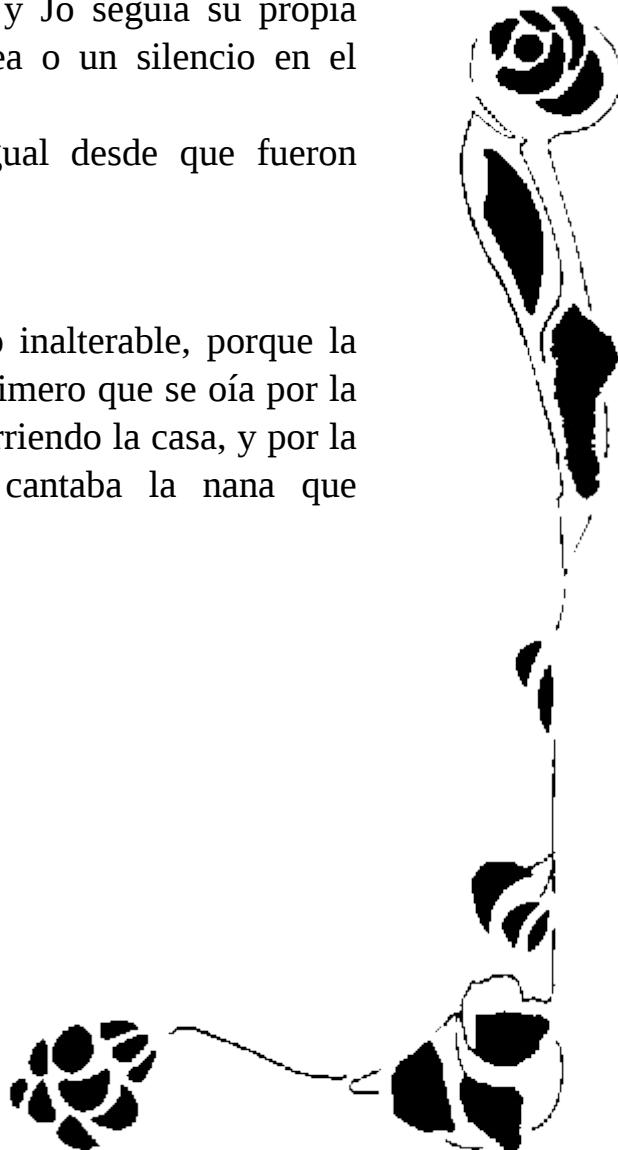
A las nueve dejaron de trabajar y cantaron, como de costumbre, antes de irse a la cama. Beth era la única que conseguía sacar verdadera música del desvencijado piano. Tenía un estilo especialmente dulce de tocar las teclas amarillas mientras componía un agradable acompañamiento para sus sencillas canciones. Las voces aflautadas de Meg y de su madre dirigían el pequeño

coro. Amy parecía una chicharra y Jo seguía su propia inspiración, colocando una corchea o un silencio en el lugar menos indicado.

Siempre terminaban el día igual desde que fueron capaces de tartamudear:

Brilla, brilla, ‘trellita.

Se había convertido en un rito inalterable, porque la madre era una cantante nata. Lo primero que se oía por la mañana era su voz de alondra recorriendo la casa, y por la noche el mismo sonido alegre cantaba la nana que arrullaba el sueño de sus hijas.



Capítulo II

Una Navidad feliz



A MAÑANA de Navidad, Jo fue la primera en despertarse con el gris amanecer. No había medias colgadas en la chimenea y, por un momento, sintió el mismo desaliento que mucho tiempo atrás, cuando no encontró su pequeño calcetín, que se había caído por el peso de tantos regalos. Entonces recordó la promesa de su madre y, metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un librito encuadrado en rojo. Lo conocía muy bien: era aquella hermosa y vieja historia sobre la más perfecta vida jamás vivida, y Jo supo que sería una buena guía para cualquier peregrino en larga travesía. Sacó a Meg de sus sueños con un «¡Feliz Navidad!» y le dijo que buscarse bajo su almohada. Apareció un libro encuadrado en verde, con el mismo grabado en su interior y algunas palabras escritas por su madre que, a sus ojos, revalorizaban el regalo. Pronto Beth y Amy se despertaron para buscar y encontrar sus libros —uno con las tapas blancas y el otro azules—, y las cuatro se sentaron a hojearlos y comentarlos, mientras el nuevo día iba llegando teñido de rosa.

A pesar de sus pequeñas vanidades, Margaret tenía un carácter dulce y piadoso e, inconscientemente, influía en sus hermanas, particularmente en Jo, que le tenía un especial cariño y procuraba obedecer sus tiernos consejos.

—Niñas —dijo muy seria Meg, mirando la cabeza recostada junto a ella y las otras dos con los gorritos de dormir en la habitación contigua—, mamá quiere que leamos y cuidemos estos libros, y deberíamos empezar ahora mismo. Antes solíamos hacerlo, pero desde que papá se marchó y se nos han venido encima los problemas de la guerra, hemos abandonado muchas cosas. Vosotras podéis hacer lo que queráis, pero yo voy a dejar mi libro en la mesilla ya que quiero leer un poco cada mañana al levantarme. Sé que me ayudará durante todo el día.

Dicho lo cual abrió su nuevo libro y se puso a leer. Jo la rodeó con el brazo y, pegando la mejilla a la de su hermana, leyó también, con una expresión apacible nada frecuente en el inquieto rostro de la muchacha.

—¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos nosotras lo mismo. Te ayudaré con las palabras difíciles y ellas nos explicarán lo que no entendamos —susurró Beth, muy impresionada por los hermosos libros y por el ejemplo de su hermana.

—Me alegra de que el mío sea azul —dijo Amy.

Y las habitaciones se quedaron silenciosas; solo se oía el suave volver de páginas, mientras el sol de invierno se deslizaba hasta tocar las brillantes cabecitas de semblante serio, en un saludo navideño.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Meg cuando, media hora más tarde, corría escaleras abajo con Jo para agradecerle los regalos.

—¡Solo Dios lo sabe! Vino uno de sus pobres y salió disparada para atenderle. ¡No hay otra igual en eso de dar comida, bebida, ropa o leña! —respondió Hannah, que vivía con la familia desde que nació Meg, y a la que trataban como una amiga más que como una criada.

—Seguro que volverá pronto, así que friamos las tortitas y tengámoslo todo listo —dijo Meg mirando los regalos, que estaban en un cesto bajo el sofá, dispuestos para ser entregados en el momento oportuno—. ¿Y el bote de colonia de Amy? —añadió, mientras buscaba infructuosamente el frasquito.

—Lo cogió ella misma hace un minuto, para ponerle un lazo o algo similar —contestó Jo bailando por el cuarto con las nuevas zapatillas del ejército, a ver si así las blandaba un poco.

—Mis pañuelos están preciosos, ¿verdad? Hannah los ha lavado y planchado y yo misma los he bordado —dijo Beth, que miraba orgullosa las letras desiguales que tanto trabajo le habían costado.

—¡Pero qué criatura! ¡Si ha escrito «Mamá» en vez de «M. March»! ¡Es fantástica! —saltó Jo, mostrando uno de los pañuelos.

—¿Y no está bien? Pensé que era lo mejor; las iniciales de Meg son M. M. y yo quería que solo los usara mamá —dijo Beth, algo preocupada.

—Claro que está bien, cariño. Es una idea muy bonita... y también inteligente; ahora nadie podrá equivocarse. Le gustarán mucho, seguro —dijo Meg, frunciéndole el ceño a Jo mientras sonreía a Beth.

—Ahí llega mamá. Esconded el cesto, ¡rápido! —gritó Jo al oír la puerta que se cerraba y pasos en el vestíbulo.

Era Amy, que entró corriendo y se quedó desconcertada al ver a todas sus hermanas expectantes.

—¿Dónde te habías metido? ¿Y qué es lo que escondes? —preguntó Meg, sorprendida al notar, por el sombrero y el abrigo, que la perezosa de Amy había salido a la calle tan temprano.

—¡No te rías de mí, Jo! Esperaba que nadie lo notase. Fui a cambiar el frasco por uno mayor y me he gastado *todo* mi dinero. No quiero seguir siendo una egoísta, de verdad.

Mientras Amy hablaba, les enseñó el precioso bote por el que había cambiado el barato, y su pequeño esfuerzo por olvidarse de sí misma les pareció tan sincero que Meg la abrazó, Jo exclamó: «¡Bien!» y Beth corrió a la ventana y cogió la rosa más bonita para adornar el frasco.

—Sabéis..., después de leer y hablar esta mañana sobre intentar ser mejores, me avergonzaba de mi regalo, así que, en cuanto me levanté, fui a la tienda de la esquina: y estoy tan contenta. Para mí, ahora es el mejor regalo, el más hermoso.

Un nuevo portazo hizo que la cesta se deslizase bajo el sofá, y las chicas se plantaron en la mesa con aire hambriento.

—¡Feliz Navidad, mamá! ¡Muchas felicidades! Gracias por los libros: hemos leído un rato y pensamos hacerlo todos los días —dijeron a coro.

—¡Feliz Navidad, hijitas! Me alegro de que ya hayáis empezado con ellos y espero que sigáis así... Pero quería deciros algo antes de que os sentarais. No lejos de aquí hay una pobre mujer con un recién nacido. Seis niños se acurrucan en una cama para no helarse, porque no tienen leña ni hay nada que comer. El niño mayor vino a decirme que tenía hambre y frío. Hijas, ¿no les daríais vuestro desayuno como regalo de Navidad?

Después de haber esperado casi una hora, todas ellas estaban especialmente hambrientas, y durante un instante nadie habló..., solo un instante, y enseguida Jo exclamó impetuosamente:

—¡Cuánto me alegro de que aún no hayamos empezado!

—¿Puedo ir y ayudarte a llevar las cosas para esos niños? —preguntó Beth, ansiosa.

—Yo llevaré la nata y los bollos —añadió Amy, renunciando heroicamente a sus manjares favoritos.

Meg ya había tapado los dulces y estaba poniendo los trozos de pan en un plato grande.

—Estaba segura de que lo haríais —dijo la señora March sonriendo satisfecha—. Podéis venir todas para echarme una mano, y a la vuelta tomaremos leche y pan; ya nos resarciremos con la cena.

No tardaron en estar listas y salieron en fila india. Afortunadamente era muy temprano y, como pasaron por calles tan poco transitadas, nadie se rio de la extraña comitiva.

Entraron en una habitación pobre, desnuda, miserable, con las ventanas y las sábanas igualmente rotas, donde se hallaba una madre enferma, con un bebé llorando y un grupo de niños pálidos y famélicos bajo una vieja colcha intentando conservar algo de calor. ¡Cómo se abrieron sus ojos y sonrieron sus labios azules cuando entraron las chicas!

—*Ach, mein Gott!*^[1] ¡Ángeles buenos que vienen a nuestra casa! —dijo la pobre mujer llorando de alegría.

—Ángeles de chiste, con sombreros y guantes —dijo Jo, haciéndolos reír.

A los pocos minutos parecía realmente que espíritus buenos se hubieran apoderado del lugar. Hannah, que había llevado la leña, encendió fuego y tapó con los sombreros y con su propio abrigo los huecos de las ventanas. La señora March ofreció té y consuelo a la madre, reconfortándola con promesas de ayuda mientras vestía al bebé con el mismo cariño que si hubiese sido suyo. Mientras tanto, las chicas pusieron la mesa, agruparon a los niños alrededor del fuego y les dieron de comer como a pajarillos hambrientos, riéndose, charlando y tratando de entender el gracioso medio inglés que hablaban.

—*Das ist gut! Die Engelkinder!*^[2] —exclamaban los chiquillos mientras comían y se calentaban las manos moradas cerca del fuego.

Nunca las habían llamado «angelitos» antes y les resultó muy agradable, especialmente a Jo, a la que desde pequeña la consideraban más bien un *Sancho*^[3]. Fue un desayuno magnífico, aunque no lo probasen, y cuando se marcharon, dejando bienestar tras ellas, no creo que hubiera en la ciudad cuatro personas más felices que aquellas niñas que habían regalado sus dulces y se iban a conformar con leche y pan en la mañana de Navidad.

—Esto se llama amar al prójimo más que a ti mismo, y me gusta —dijo Meg mientras sacaban los regalos, aprovechando que su madre estaba arriba, buscando alguna ropa que darle a los Hummel.

No eran muy vistosos, pero en los paquetes había mucho cariño; y el florero con rosas rojas, crisantemos blancos y hojas de parra, colocado en medio, le daba a la mesa un aire incluso elegante.

—¡Que viene! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy! ¡Tres hurras por mamá! —gritó Jo dando saltos por la habitación, mientras Meg se encargaba de conducir a su madre al sitio de honor.

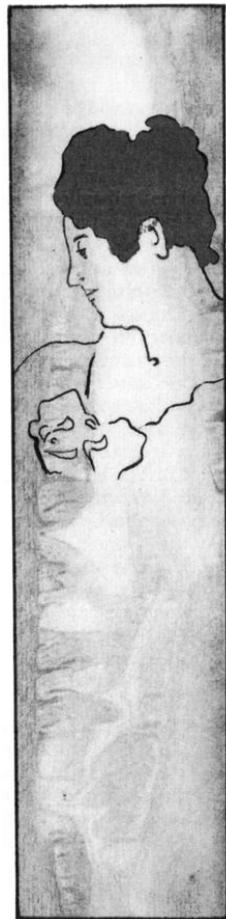
Beth tocó su marcha más alegre, Amy se abalanzó a la puerta y Meg indicaba el camino con mucha dignidad. La señora March estaba sorprendida y emocionada, y sonreía con los ojos llenos de lágrimas examinando los regalos y las dedicatorias. Se puso las zapatillas, metió en el bolsillo un pañuelo nuevo empapado con la colonia de Amy, se prendió la rosa en el pecho y los guantes le quedaban perfectos.

Hubo gran cantidad de risas, besos y explicaciones; el cariño casi se podía palpar, y en ese momento convirtió la casa en una fiesta magnífica digna de ser recordada con dulzura siempre. Después volvieron al trabajo.

Las caridades y festejos de la mañana habían durado tanto que les quedaba el tiempo justo para preparar la celebración de la noche. Como eran demasiado jóvenes para ir con frecuencia al teatro, y no lo bastante ricas para gastar mucho en funciones caseras, las cuatro hermanas aguzaron su ingenio (la necesidad es la madre de la inventiva) y construyeron todo lo que necesitaban. Enumeremos algunas de esas creaciones: había guitarras de cartón, lámparas antiguas hechas con latas viejas de mantequilla forradas de papel de plata, vistosos trajes de algodón con lentejuelas de estaño y una armadura cubierta por estrellitas del mismo material, que sacaban en láminas de las tapas de los botes. Pusieron muebles patas arriba y, como otras veces, convirtieron el salón en el escenario de sus pequeños e inofensivos placeres.

No se admitían caballeros; eso permitía que Jo disfrutara interpretando los papeles masculinos, especialmente si podía calzarse un par de botas bermellón que le había regalado una amiga, que conocía a una dama que tenía amistad con un actor. Estas botas, un viejo florete y un jubón acuchillado que en alguna ocasión retrató un artista eran los tesoros favoritos de Jo, y no perdía la ocasión de utilizarlos.

Al ser una compañía tan pequeña, los dos actores principales se veían obligados a interpretar varios personajes, y realmente se hacían merecedores de elogio, aunque solo fuera por lo duro del trabajo: aprender tres o cuatro papeles distintos, entrar y salir con diferentes trajes y, además, manejar los mecanismos del escenario. Era un buen ejercicio para sus memorias, una



diversión inocente y les ocupaba muchas horas que, de otra manera, quizá las hubieran pasado ociosas, solitarias o en peores compañías.

La noche de Navidad, una docena de niñas se agruparon sobre la cama, que era el palco, frente a una cortina amarilla y azul, en estado de máxima expectación. De detrás de la cortina salían silbiditos y susurros, el hilo de humo de un candil y algún que otro gritito de Amy que, con tanta excitación, estaba a punto de un ataque de histeria. En ese momento sonó una campanilla, se descorrió la cortina y comenzó la representación.

El programa —uno solo— anunciaba un «sombrío bosque», que ahora apareció tras el telón, formado por algunas plantas en sus maceteros, varias bayetas verdes en el suelo y, al fondo, una cueva. Esta cueva tenía por techo un pequeño camastro, las paredes eran unas cómodas y dentro se veía un hornillo encendido, con un puchero negro encima, y una bruja inclinada sobre él. Como el escenario estaba a oscuras, el resplandor del hornillo le daba un efecto bastante real, que fue aún más impactante cuando la bruja destapó la olla y empezó a salir vapor.

Después del primer instante de sorpresa entró Hugo, el villano, andando con paso majestuoso, con la espada al cinto, un sombrero gacho^[4], barba negra, una capa que le daba un cierto aire misterioso, y las ya citadas botas. Anduvo de un lado para otro muy agitado, se golpeó la frente y estalló en salvajes versos cantando su odio por Rodrigo, su amor por Zara y su decisión de matarlo a él y ganarla a ella. Los tonos ásperos de la voz de Hugo y sus repentinos gritos cuando le embargaba la emoción enardeceron a las espectadoras, que se pusieron todas a aplaudir en cuanto hizo una pausa para tomar aliento. Saludó, con el aplomo de los que están acostumbrados al clamor del público, entró en la cueva y ordenó salir a Hagar, diciendo:

—¡Ven aquí, sierva! ¡Te necesito!

Salió Meg, con colgantes crines grises en la cara, un traje rojo y negro, un bastón y signos cabalísticos en la capa. Hugo pidió una poción que postrase a Zara a sus pies y otra que destruyera a Rodrigo. Hagar, en una dramática melodía, le prometió ambas y empezó a invocar al espíritu que la proveería del filtro amoroso:

*¡Aquí, aquí, desde tu morada ven!
¡Espíritu del Aire, aproxímate!
Tú que has nacido de las rosas,
tú que has bebido del rocío,
¿qué encantamiento no harás?
¿Qué bebedizo no mezclarás?
Tráeme, con ayuda de duendes y trasgos,
el fragante filtro que te pido,*

y que sea dulce, infalible y repentino.

¡Oh, Espíritu, di algo!

¡Contesta a mi canto!

Se oyó una dulce melodía y entonces, desde el fondo de la cueva, surgió una pequeña figura alada vestida de blanco, rubia y con una corona de rosas. Moviendo su varita cantó:

*Aquí me tienes;
desde mi morada etérea vengo,
de la luna de plata llego
para traerte mis bienes.
Toma mi ofrenda mágica
y no la desperdices;
sus poderes se pueden desvanecer
antes del amanecer.*

Y dejando caer a los pies de la bruja un frasquito dorado, el espíritu desapareció. Un nuevo cántico de Hagar trajo consigo otra aparición; esta vez fue un desagradable diablillo que surgió dando saltos, gruñó su respuesta, arrojó una botella negra a Hugo y desapareció con una risa burlona. Hugo, después de murmurar las gracias y guardarse los brebajes en las botas, hizo mutis y Hagar aprovechó para informar al auditorio que este hombre, tiempo atrás, había asesinado a un grupo de amigos suyos y pensaba vengarlos: ya le había echado una maldición y seguiría intentando interferir sus planes. En ese momento bajó la cortina y el público pudo descansar y comer dulces mientras discutían los méritos de la obra.

Antes de que el telón volviera a levantarse, se oyeron bastantes martillazos, pero cuando por fin se pudo ver la obra maestra que habían logrado con el escenario, nadie se quejó de la tardanza. Era una maravilla. Una torre se elevaba hasta el cielo. Hacia la mitad de su altura había una ventana con una lámpara encendida y detrás de la cortina blanca estaba, Zara, con un precioso vestido azul y plata, esperando a Rodrigo. Él no tardó en aparecer, con gorro emplumado, capa roja, rizos castaños, una guitarra y, naturalmente, las botas. Cantó una serenata en tono meloso al pie de la torre. Zara respondió y, después de un diálogo musical, aceptó fugarse con él. Entonces llegó el mejor efecto de la representación. Rodrigo sacó una escala de cuerda con cinco peldaños, la lanzó hacia la ventana e invitó a Zara a que bajase. Ella, tímidamente, fue reptando desde su balcón, se apoyó en el hombro de Rodrigo y estaba a punto de saltar graciosamente cuando, ¡pobre Zara!, había olvidado la cola del traje..., se enganchó en la ventana, la torre tembló y cayó con estrépito, sepultando a los infelices amantes en sus ruinas.

Todas gritaron mientras las botas bermellón luchaban furiosamente por apartar los escombros; de entre ellos surgió una cabeza rubia que gritaba:

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije!

Con gran presencia de ánimo, don Pedro, el cruel progenitor, rebuscó y logró sacar a su hija; después, en un aparte enérgico le dijo:

—¡No te rías! ¡Actúa como si esto estuviera previsto!

Y haciendo que Rodrigo se levantara, lo desterró del reino con ira y desprecio. Aunque visiblemente trastornado por la caída de la torre sobre sus espaldas, Rodrigo desafió al anciano caballero y se negó a moverse. Este audaz ejemplo reanimó a Zara: también desafió a su padre, quien ordenó que los encerrasen a los dos en los calabozos del castillo. Un pajecillo gordezuelo llegó cargado con cadenas y evidentemente asustado, y se los llevó sin lograr acordarse del parlamento que le tocaba.

El acto tercero se desarrollaba en el vestíbulo del castillo. Aquí vuelve a aparecer Hagar, que llega para liberar a los amantes y acabar con Hugo. Al oír que este entra, se esconde, ve cómo echa las pócimas en dos copas de vino y cómo da órdenes al tímido criado:

—Llévaselas a los prisioneros a sus celdas y diles que yo iré luego.

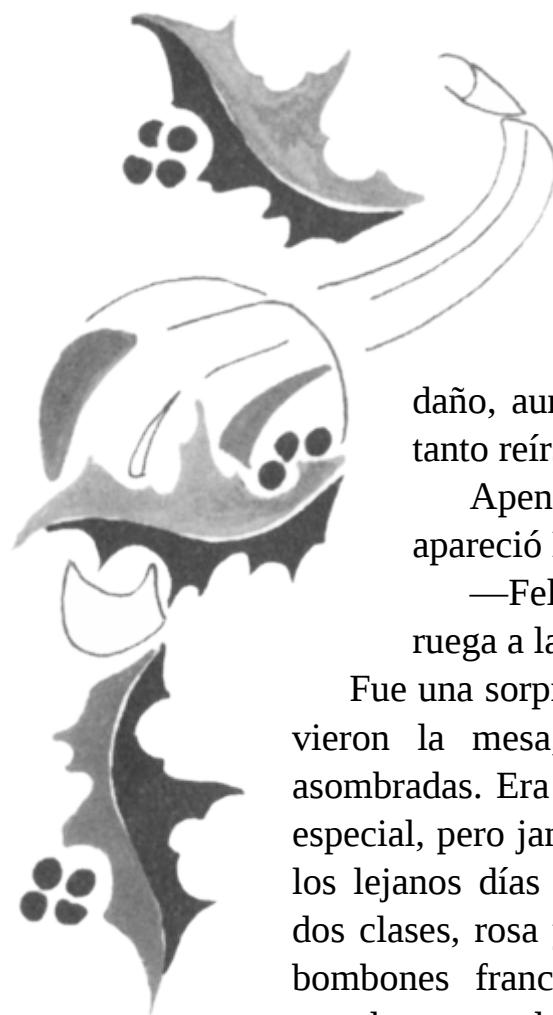
El criado se retira a hablar con Hugo y Hagar aprovecha para cambiar las copas por otras dos que resulten inocuas. Fernando, el «siervo», se las lleva y Hagar vuelve a dejar en su sitio la copa con el veneno destinado a Rodrigo. Hugo, después de un largo cántico, siente sed, vacía la copa, pierde el sentido y, tras muchas convulsiones y espasmos, cae y muere, mientras Hagar le informa de lo que ha hecho en una dramática y exquisita melodía.

Fue una escena realmente espeluznante, aunque alguno de los asistentes pudiera pensar que la repentina intromisión de una larga melena deslució el efecto de la muerte del villano. Los aplausos le reclamaban y él, muy dignamente, apareció para saludar junto a Hagar, cuya hermosa tonada fue elogiada como mejor que todo el resto de la obra junta.

El cuarto acto mostró la desesperación de Rodrigo, a punto de suicidarse tras haber sido informado de que Zara le había abandonado. Cuando la daga está a punto de atravesar su corazón, oye una dulce canción bajo su ventana: Zara le es fiel, pero está en peligro y, si quiere, él puede salvarla. Le lanzan una llave, gracias a la cual logra abrir la puerta y, lleno de gozo, aparta sus cadenas y se lanza a la búsqueda y rescate de su amada.

El quinto acto empieza con una borrascosa escena entre Zara y don Pedro. El padre quiere que su hija se recluya en un convento, pero ella se niega y, después de una súplica conmovedora, está a punto de desmayarse cuando

entra Rodrigo y pide su mano. Don Pedro se la niega porque no es rico. Gritan y gesticulan terriblemente. Rodrigo se dispone a llevarse a Zara, que está exhausta, cuando entra el criado tímido con un saquito y una carta de parte de Hagar, misteriosamente desaparecida. En la carta la bruja deja fabulosas riquezas a los jóvenes enamorados y un horrible destino a don Pedro si se niega a su felicidad. Se abre el saquito y llueven algunas monedas sobre el escenario. Esto termina de ablandar al «severo padre»: da su consentimiento sin una queja, todos se juntan en un coro alegre y la cortina cae mientras los amantes se arrodillan para recibir la bendición de don Pedro, formando un cuadro de perfecto romanticismo.



Sonaron calurosos aplausos que, de pronto, se interrumpieron; la cama plegable que servía de palco se cerró súbitamente y con ella desapareció la entusiasmada audiencia.

Rodrigo y don Pedro acudieron presurosos al rescate y las sacaron a todas sin que llegaran a sufrir ningún daño, aunque algunas habían perdido el habla de tanto reírse.

Apenas se había calmado la agitación, cuando apareció Hannah, diciendo:

—Felicitaciones de parte de la señora March; ruega a las señoritas que bajen a cenar.

Fue una sorpresa incluso para los actores, que, cuando vieron la mesa, se miraron unas a otras alegres y asombradas. Era de esperar que mamá les preparase algo especial, pero jamás habían visto algo tan exquisito desde los lejanos días de la abundancia. ¡Había helados (y de dos clases, rosa y blanco), y pastel, y frutas, y hermosos bombones franceses y, en mitad de la mesa, cuatro grandes ramos de flores de invernadero!

Se habían quedado sin respiración y miraban atónitas primero a la mesa y después a su madre, que parecía disfrutar muchísimo con ello.

—¿Han sido las hadas? —preguntó Amy.

—Ha sido Santa Claus —dijo Beth.

—Lo ha hecho mamá —y Meg sonrió lo más dulcemente que pudo con su barba gris y las cejas blancas.

—La tía March ha sufrido un ataque de generosidad y nos ha enviado la cena —gritó Jo, convencida.

—Os equivocáis todas. Ha sido el viejo señor Laurence quien nos ha mandado todo esto —respondió la señora March.

—¿El abuelo del chico Laurence? ¿Cómo se le habrá siquiera pasado por la cabeza semejante idea? ¡Pero si no le conocemos! —exclamó Meg.

—Hannah le contó a uno de sus criados lo que hicisteis con vuestro desayuno; es un anciano severo, pero eso le gustó. Conocía a mi padre, hace años, y esta tarde me mandó una nota muy amable pidiéndome permiso para expresar su amistad a mis niñas enviándoles algunas chucherías para celebrar el día. No podía rehusar, de modo que esta noche tenéis un pequeño banquete para compensar el desayuno de leche y pan.

—Ha debido de sugerírselo su nieto, estoy segura. Parece simpático y me gustaría que nos presentasen. Nos mira como si quisiera conocernos, pero es tímido y Meg tan estirada que ni me permite hablarle cuando nos encontramos —dijo Jo mientras circulaban los platos y el helado desaparecía entre *¡ohs!* y *¡ahs!* de satisfacción.

—Habláis de la familia que vive en la casa grande de al lado, ¿verdad? —preguntó una de las niñas—. Mi madre conoce al viejo señor Laurence, pero dice que es muy orgulloso y no le gusta mezclarse con sus vecinos. Tiene encerrado a su nieto y solo le deja salir para montar a caballo o para pasear con su tutor, y le hace estudiar muchísimo. Aunque le invitamos, no vino a nuestra fiesta. Mamá dice que es un muchacho encantador, pero a las chicas nunca nos habla.

—Nuestro gato se escapó una vez y él nos lo trajo. Charlamos a través de la verja, de críquet y cosas así, pero vio acercarse a Meg y se marchó. Quiero que nos hagamos amigos. Necesita divertirse, estoy segura —dijo Jo resueltamente.

—Me gustan sus modales. Parece un joven caballero; si se presenta la ocasión apropiada, no me opongo a que entabléis amistad. Él mismo trajo las flores, y le habría invitado a entrar si hubiera sabido exactamente lo que ocurría arriba. Cuando se marchaba miró atrás entristecido y se quedó escuchando la algarabía que teníais organizada. Es evidente que lo echa de menos.

—¡Mejor que no le invitaras! —rio Jo mirando sus botas—. Pero algún día haremos una función que pueda ver él. Quizá hasta nos ayude; ¿no sería divertido?

—¡Nunca había tenido un ramo tan bonito! ¡Es precioso! —y Meg examinó las flores con mucho interés.

—*Son* maravillosas! Pero prefiero las rosas de Beth... por su dulzura —dijo la señora March oliendo el ramillete medio marchito que llevaba en el cinturón.

Beth la abrazó y susurró suavemente:

—Me hubiera gustado enviarle a papá mi ramo. Temo que no tenga una Navidad tan feliz como nosotras.

Capítulo III

El joven Laurence



O! ¡JO! ¿Dónde estás? —gritó Meg al pie de la escalera de la buhardilla.

—¡Aquí! —contestó una voz ronca desde arriba.

Meg subió a la carrera y encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando sobre su ejemplar de *El heredero de Redclyffe*. Estaba arrebujada con una colcha sobre el viejo sofá de tres patas, junto a la ventana soleada. Era el refugio favorito de Jo; le gustaba esconderse allí, con media docena de

manzanas rojas y un buen libro, y disfrutar de la paz y la compañía de un ratoncito que vivía en el desván y al que no parecía molestar su presencia. Cuando apareció Meg, *Scrabble*^[1] se escondió en su agujero. Jo secó las lágrimas de su rostro y se dispuso a escuchar las novedades.

—¡Es fantástico! ¡Mira! ¡Una invitación formal de la señora Gardiner para mañana por la noche! —gritó Meg, agitando el preciado papel, que procedió a leer con deleite infantil—: «La señora Gardiner estaría encantada de recibir a la señorita Margaret y a la señorita Josephine en su baile de Fin de Año». Deberíamos ir, pero ¿qué podemos ponernos?

—¿Para qué lo preguntas? ¿No sabes que llevaremos los trajes de popelina? Si no tenemos otros —contestó Jo, con la boca llena.

—¡Si tuviera un traje de seda! —suspiró Meg—. Mamá dice que quizás pueda hacerme uno cuando cumpla los dieciocho; pero dos años es demasiado esperar.

—Estoy completamente segura de que nuestros trajes parecen de seda y nos quedan bastante bien. El tuyo está casi nuevo, pero se me olvidaba que el mío tiene una quemadura y un remiendo. ¿Qué voy a hacer? La quemadura se nota mucho, y ese vestido no tiene de donde sacar.

—Tendrás que quedarte sentada y procurar que no se te vea la espalda; de frente está bien. Tengo una cinta nueva para el pelo y mamá me prestará su alfiler de perlas; me encantan mis zapatos nuevos, y mis guantes pueden pasar, aunque no son lo que yo quisiera.

—A los míos les cayó limonada y no tienen arreglo. Tampoco puedo comprarme otros, así que tendré que ir sin guantes —dijo Jo, que nunca se preocupaba demasiado por su forma de vestir.

—*Tienes que* llevar guantes..., o no iré —le espetó Meg decididamente—. Los guantes son lo más importante. No se puede bailar sin ellos... Y si tú lo haces, yo me sentiré *muy* mal.

—Pues me quedaré sentada. No me gusta mucho eso de bailar con pareja. No es divertido eso de mecerse de un lado a otro. Lo que me gusta es volar y hacer cabriolas.

—No es justo pedirle a mamá unos nuevos: son tan caros y tú tan descuidada. Cuando estropeaste los tuyos, dijo que no iba a poder comprarte otros este invierno. ¿No se te ocurre algo? —preguntó Meg, ansiosa.

—Podría llevarlos en la mano, de ese modo nadie notaría lo mal que están. No se me ocurre otra solución. ¡No! ¡Ya está! Te diré lo que haremos: cada una llevará puesto un guante que esté bien y uno de los malos en la mano. ¿No te parece buena idea?

—Tus manos son más grandes que las mías y ensancharías mi guante de un modo horrible —empezó a decir Meg, que sentía una gran debilidad por sus guantes.

—¡Pues iré sin ellos! ¡No me importa en absoluto lo que diga la gente! —gritó Jo, recogiendo su libro.

—¡Puedes llevar el mío, de acuerdo! Pero no lo estires, y compórtate bien; no te pongas las manos a la espalda, ni mires fijamente a nadie, ni digas: «¡Por Cristóbal Colón!». ¿Lo harás?

—No te preocupes por mí; me portaré como si nunca hubiera roto un plato. Si soy capaz. Ahora vete a contestar la invitación y déjame que acabe este magnífico libro.

Meg se fue para escribir una nota aceptando agradecida, examinar su vestido y canturrear alegremente planchando su único cuello de encaje, mientras Jo acababa su libro, sus cuatro manzanas y su juego con *Scrabble*.

La tarde de Fin de Año el salón de la casa quedó desierto, ya que las dos hermanas pequeñas desempeñaban arriba el papel de doncellas y las dos mayores estaban absortas en la importante tarea de «prepararse para la fiesta». Aunque era una labor sencilla, hubo muchas carreras arriba y abajo, risas y

comentarios y, en un momento determinado, un fuerte olor a pelo chamuscado invadió la casa. Meg quería algunos bucles y Jo se encargó de ponerle las tenacillas calientes en varios mechones, previamente cubiertos de papel.

—¿Deben echar tanto humo? —preguntó Beth, que estaba con las piernas cruzadas sobre la cama.

—Es vapor; se produce al secarse la humedad —contestó Jo.

—¡Pues vaya un olor más raro! ¡Es igual que si quemaras plumas! —observó Amy, oliendo sus impecables rizos con aire de superioridad.

—¡Bueno! Ahora te quitaré los papeles y verás qué cascada de bucles —dijo Jo, dejando las tenacillas.

Quitó los papelillos, pero no apareció ninguna cascada de bucles: el pelo se había adherido a los papeles, y la peluquera, horrorizada, fue depositando sobre el escritorio, frente a su víctima, una fila de envoltorios con pelo chamuscado.

—¡Oh, oh, oh! ¿Qué *has* hecho? ¡Estoy horrible! ¡No puedo ir! ¡Mi pelo, oh, mi pelo! —exclamó Meg, mirando con desesperación los accidentados rizos.

—¡Si es que tengo tan mala suerte! No me debiste pedir que lo hiciera. Siempre lo estropeo todo. Lo siento muchísimo: las tenacillas estaban demasiado calientes, y con eso y mi ayuda ya está el lío montado —suspiró la pobre Jo, mirando los renegridos paquetitos con lágrimas de arrepentimiento.

—Aún tiene solución: rízalos y ponte una cinta de manera que las puntas queden un poco sobre la frente. Parecerá que vas a la última. He visto que muchas chicas lo llevan así —propuso Amy para consolarla.

—Me está bien empleado por pretender arreglármelo. ¡Ojalá hubiese dejado mi pelo en paz! —dijo Meg con cierta presunción.

—Eso digo yo. ¡Era tan liso y bonito! Pero pronto volverá a crecer —dijo Beth, acercándose para besar y consolar a la oveja trasquilada.

Después de algún que otro contratiempo menos grave, Meg consiguió por fin terminar, mientras, con el esfuerzo conjunto de toda la familia, se le pudo recoger el pelo a Jo y conseguir que se pusiera el vestido. Estaban muy bien con sus sencillos trajes. Meg, vestida de gris plata con una cinta azul de terciopelo, vuelos de encaje y el alfiler de perlas; y Jo, de marrón castaño, con cuello almidonado de lino y un par de crisantemos blancos como único adorno. Cada una se puso uno de los guantes impecables, llevando en la otra mano el estropeado. Producían un efecto «bastante natural y, al mismo tiempo, refinado». Los zapatos de tacón de Meg eran demasiado estrechos y

le hacían daño, aunque ella no estaba dispuesta a reconocerlo, y Jo sentía como si las diecinueve horquillas que sujetaban su cabello se le clavaran directamente en el cráneo... No era una sensación muy placentera, pero ¿qué le iban a hacer? ¡Elegancia o muerte!

—Que lo paséis bien, queridas —dijo la señora March cuando las hermanas echaron a andar—. No comáis demasiado, y volved a las once. Hannah irá a recogeros.

Cuando ya se cerraba la verja a sus espaldas, una voz les gritó desde la ventana:

—¡Niñas! ¡Niñas! ¿Lleváis unos pañuelos que estén bien?

—¡Sí, sí!, muy bonitos, y Meg les ha puesto colonia —respondió también a gritos Jo. Y cuando se hubieron alejado, añadió riéndose—: Creo que mamá nos haría esa pregunta aunque hubiese un terremoto.

—Es uno de sus rasgos distinguidos, y bastante acertado: siempre se reconoce a una verdadera dama por sus botines limpios, sus guantes y su pañuelo —repuso Meg, que tenía unos cuantos «rasgos distinguidos» propios—. Y no olvides mantener la parte quemada de forma que no se te vea. ¿Llevo bien el cinturón? ¿Ha quedado *muy* horroroso mi pelo? —preguntó después de acicalarse durante un buen rato ante al espejo del tocador de la señora Gardiner.

—Sé que me olvidaré de algo. Si me ves cometer alguna incorrección, avísame con un guiño. ¿Lo harás? —dijo Jo, dando un rápido toque a su cuello y a su pelo.

—¡Ni hablar! Las señoritas no hacen guiños. Arquearé las cejas si haces algo mal y, si inclino la cabeza, es que todo va bien. Ahora ponte recta, no des zancadas y no le estreches la mano a la gente que te presenten. No es correcto.

—¿Cómo logras aprender todos esos modales? Yo soy incapaz. ¿No es fantástica esa música?



Cuando bajaron, estaban algo cohibidas, porque rara vez iban a fiestas y, aunque esta solo era una reunión informal, para ellas resultaba todo un acontecimiento. La señora Gardiner, una anciana y majestuosa dama, las saludó amablemente y las dejó con la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto se encontró a sus anchas; pero a Jo no le gustaban las chicas ni los chismorreos de chicas y se quedó de pie, con la espalda cuidadosamente pegada la pared y sintiéndose tan fuera de sitio como un potro en un jardín de flores. En otra zona de la sala, media docena de muchachos joviales hablaban de patines y Jo hizo intención de aproximarse, porque el patinaje era una de sus diversiones favoritas. Pero las cejas de Meg se arquearon de forma tan alarmante que no osó moverse. Nadie se acercó a hablar con ella y, poco a poco, el grupo que tenía más cerca se fue disgregando hasta dejarla totalmente sola. No podía vagar de un lado a otro e intentar entretenerte por miedo a que se viese la quemadura, de modo que se quedó quieta, mirando fijamente a la gente, y bastante olvidada hasta que empezó el baile. Sacaron a Meg a la primera y sus estrechos zapatos se movían con tal ritmo que nadie hubiera imaginado el dolor que ocultaba tras su sonrisa. Jo vio que un joven alto y pelirrojo se acercaba a su esquina y, temiendo que quisiera pedirle un baile, se escurrió detrás de una cortina con la esperanza de poder observar desde allí y

divertirse en paz. Por desgracia otra persona también tímida había elegido el mismo refugio y, en cuanto la cortina se cerró tras ella, se encontró cara a cara con «el joven Laurence».

—¡Por Dios, no sabía que hubiera nadie aquí! —balbuceó Jo, preparándose a salir tan rápidamente como había entrado.

Pero el chico se rio y dijo amablemente, aunque algo asustado:

—No se preocupe por mí, quédese si quiere.

—¿No le molesta?

—En absoluto. Me metí aquí porque no conozco a mucha gente y me sentía algo extraño en un principio, ¿comprende?

—Lo mismo me pasa a mí. No se vaya, por favor, a no ser que lo prefiera...

El chico volvió a sentarse y se puso a mirar sus zapatos, mientras Jo decía, intentando ser fina y natural:

—Creo que ya he tenido el placer de verle antes. Vive cerca de nuestra casa, ¿verdad?

—En la de al lado —y levantó la vista riéndose abiertamente; los exquisitos modales de Jo le parecieron de lo más gracioso comparándolos con la forma en que habían charlado de críquet cuando devolvió el gato.

Jo se sintió repentinamente a gusto, se echó a reír también y dijo de forma calurosa:

—Disfrutamos muchísimo con su magnífico regalo de Navidad.

—Lo envió el abuelo.

—Pero usted le dio la idea, ¿no es verdad?

—¿Qué tal sigue su gato, señorita March? —preguntó el chico, intentando parecer tranquilo, aunque sus ojos negros brillaban divertidos.

—Muy bien, gracias, señor Laurence, pero yo no soy la señorita March. Soy simplemente Jo —respondió la joven.

—Y yo no soy el señor Laurence. Soy simplemente Laurie.

—Laurie Laurence... ¡Vaya nombre tan raro!

—Mi verdadero nombre es Theodore, pero no me gusta. Mis amigos solían llamarle Dora, así que me lo cambié por Laurie.

—Yo también odio mi nombre... ¡Es tan cursi! Me gustaría que todos me llamasen Jo, y no Josephine. ¿Cómo consiguió que dejaran de llamarle Dora?

—A golpes.

—¡Oh! Yo no puedo golpear a la tía March... Supongo que tendré que aguantarme.

—¿Le gustaría bailar, señorita Jo? —preguntó Laurie, mirándola como si pensase que el nombre le sentaba de maravilla.

—Me gustaría muchísimo si tuviéramos una habitación inmensa y todos estuvieran realmente animados. En un sitio como este, seguro que tiro algo, o piso a alguien o hago cualquier otra cosa horrible; así que prefiero evitar posibles desastres y dejo que sea Meg quien se mueva por ahí. ¿Usted no baila?

—A veces. Verá, he estado en el extranjero varios años y, desde que he vuelto, todavía no he tratado a tanta gente como para saber cómo se hacen aquí estas cosas.

—¡En el extranjero! —exclamó Jo—. ¡Oh, cuéntemelo! ¡Me encanta oír historias de viajes!

Laurie no parecía saber por dónde empezar, pero las ansiosas preguntas de Jo no tardaron en encaminarle y le contó que había estado en un colegio en Vevey^[2], donde los chicos no llevaban sombrero y tenían una flota de embarcaciones en el lago, y para divertirse durante las vacaciones hacían excursiones a pie por Suiza con sus profesores.

—¡Cómo me gustaría haber estado allí! —exclamó Jo—. ¿Fue a París?

—Pasamos el invierno allí.

—¿Sabe hablar francés?

—No podíamos hablar ningún otro idioma en Vevey.

—¡Diga algo! Yo puedo leerlo, pero soy incapaz de pronunciar nada.

—*Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jolies?*^[3] —dijo Laurie con bastante buen acento.

—¡Qué bien lo hace! Veamos, ha dicho: ¿quién es la joven señorita de los zapatos bonitos? ¿Verdad?

—*Oui, mademoiselle.*

—Es mi hermana Margaret y usted lo sabía. ¿No le parece que es guapa?

—Sí, me recuerda a las muchachas alemanas; es tan joven y apacible... Y baila como una dama.

Jo se sonrojó de placer al oír el comentario del joven sobre su hermana y lo memorizó para repetírselo a Meg. Ambos miraron, criticaron y charlaron hasta sentirse como dos viejos amigos. La timidez de Laurie desapareció gracias a las maneras varoniles de Jo, que le divertían y le hacían sentirse cómodo, y Jo recuperó su personalidad alegre, ahora que nadie le arqueaba las cejas ni le recordaba el asunto de su vestido. Le gustó «el joven Laurence» más que nunca y lo miró con detenimiento varias veces para poder

describírselo a las chicas: como no tenían hermanos ni casi primos, los chicos para ellas eran unas criaturas prácticamente desconocidas.

«Pelo negro y rizado, tez oscura, grandes ojos negros, nariz atractiva, dientes regulares, manos y pies pequeños, más alto que yo, muy amable, para ser un chico, y también divertido. ¿Qué edad tendrá?».

Jo tenía en la punta de la lengua esta pregunta, pero se contuvo a tiempo y, con un tacto inusual en ella, decidió dar un rodeo.

—Pronto irás a la universidad, ¿verdad? Te he visto empollando... No, quiero decir estudiando mucho —dijo Jo arrepintiéndose del espantoso «empollando» que se le había escapado.

Laurie sonrió, pero no parecía impresionado; respondió de mala gana:

—No hasta dentro de un año o dos. No iré antes de los diecisiete, eso seguro.

—¿Solo tienes quince años? —dijo Jo mirando al muchacho, al que le había calculado ya los diecisiete.

—Dieciséis el mes que viene.

—¡Cómo me gustaría poder ir a la universidad! A ti no parece que te entusiasme.

—¡Lo odio! Un poco de lustre y muchas juergas, nada más. Tampoco me gustan los estudiantes de este país.

—Y ¿qué te gusta?

—Vivir en Italia y divertirme a mi manera.

Jo se moría por preguntarle qué era «a su manera», pero, al ver las cejas del chico amenazadoramente fruncidas, decidió cambiar de tema y dijo, siguiendo el ritmo con los pies:

—¡Es una polca estupenda! ¿Por qué no entras y bailas?

—Si vienes tú también —contestó él con una pequeña inclinación de cortesía.

—No puedo. Se lo prometí a Meg. Es que... —y Jo se paró y le miró indecisa, sin saber si decírselo o echarse a reír.

—Es que ¿qué? —preguntó Laurie con curiosidad.

—No lo dirás.

—Nunca.

—Bueno; tengo la mala costumbre de arrimarme al fuego y me quemo los vestidos..., y eso le ha ocurrido a este. Aunque el zurcido es bastante bueno, se nota, y Meg me pidió que me quedara quieta para que no se me viera. Puedes reírte siquieres. Es gracioso, lo sé.

Pero Laurie no se rio; miró al suelo durante un minuto y la expresión de su cara descolocó a Jo, cuando dijo muy amablemente:

—No te preocupes por eso. Te diré lo que haremos. Hay un inmenso vestíbulo vacío y podemos bailar a lo grande sin que nadie nos vea. Vamos, por favor.

Jo le dio las gracias y fue encantada, aunque deseando haber tenido dos guantes en buen estado al comprobar lo elegantes que eran, de color gris perla, los de su pareja. No había nadie en el vestíbulo y la polca fue grandiosa: Laurie bailaba muy bien y le enseñó un paso alemán que encantó a Jo por su ritmo y variaciones. Cuando paró la música, se sentaron en las escaleras para recuperar el aliento, y Laurie estaba describiéndole un festival de estudiantes en Heidelberg^[4] cuando apareció Meg en busca de su hermana. Le hizo una seña y Jo la siguió a regañadientes hasta un saloncito, donde Meg se dejó caer en un sofá, agarrándose los pies y con el rostro pálido.

—Me he dislocado el tobillo. Ese estúpido tacón se dobló y el pie se me torció espantosamente. Me duele tanto que casi no puedo tenerme en pie. No sé ni cómo voy a llegar a casa —dijo balanceándose dolorida.

—Sabía que acabarías haciéndote daño con esos malditos zapatos. Lo siento. No sé qué puedes hacer, salvo pedir un coche o quedarte aquí a dormir —contestó Jo, frotando suavemente el tobillo dañado mientras hablaba.

—Los coches cuestan muchísimo. Además, será imposible conseguir uno; casi todo el mundo ha traído el suyo. Y los establos están demasiado lejos, aunque tampoco sé a quién podríamos enviar allí.

—Iré yo misma.

—¡No, ni hablar! Son más de las nueve y está oscuro como la boca del lobo. Si al menos pudiera quedarme aquí, pero es imposible, la casa está absolutamente llena. Sallie ha invitado a algunas chicas a pasar la noche. Esperaré a que venga Hannah y ya veremos qué se puede hacer.

—Se lo diré a Laurie; él irá —dijo Jo con una mirada más animosa desde que se le ocurrió la idea.

—¡Por favor, no! No le pidas nada a nadie, ni lo cuentes. Tráeme los chanclas y deja estos zapatos con nuestras cosas. No puedo bailar más. En cuanto se acabe la cena, estate atenta a la llegada de Hannah, y avísame cuando aparezca.

—Van a servir la cena ahora. Me quedaré contigo. Lo prefiero.

—No, cariño, vete y tráeme un poco de café. Estoy tan cansada..., no puedo ni tenerme en pie.

Meg se recostó, dejando los chanclos bien ocultos y Jo salió corriendo hacia el comedor, con el que dio después de haberse metido en un cuarto de baño y de haber abierto la puerta de una habitación en la que el anciano señor Gardiner estaba tomando en privado un tentempié.

Cuando llegó al comedor, se abalanzó sobre la mesa y agarró el café. Un segundo después se lo había echado encima y la delantera de su vestido tenía un aspecto más lamentable aún que la parte de atrás.

—¡Oh, Dios mío, soy un desastre! —exclamó Jo, destrozando el guante de Meg al usarlo para limpiar el traje.

—¿Puedo ayudarte? —dijo una voz amistosa.

Y allí estaba Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de helado en la otra.

—Quería llevarle algo a Meg, que está muy cansada, pero alguien me empujó y ya ves en qué situación he quedado —contestó Jo mirando con tristeza la falda manchada y al guante teñido de café.

—¡Qué lástima! Yo buscaba alguien a quien darle esto. ¿Puedo llevárselo a tu hermana?

—¡Oh, gracias! Te enseñaré el camino. No me ofrezco a llevarlo yo misma porque lo único que conseguiría es hacer otro estropicio.

Jo le acompañó y Laurie, como si estuviera acostumbrado a atender a señoras, les acercó una mesita y trajo una segunda remesa de café y helado para Jo. Fue tan servicial que hasta la exigente Meg lo calificó de «joven agradable». Lo pasaron muy bien con los bombones que contenían mensajes, y estaban en mitad de un agradable juego de secretos, con dos o tres jóvenes que se les habían unido, cuando apareció Hannah. Meg, que ni siquiera se acordaba de su torcedura, se levantó tan rápido que tuvo que apoyarse en Jo con un grito de dolor.

—¡Calla! No digas nada —le susurró, añadiendo en voz alta—, no es nada. He pisado mal, simplemente.

Y cojeó escaleras arriba para recoger sus cosas. Hannah refunfuñaba, Meg lloraba y Jo estaba a punto de volverse loca hasta que decidió hacerse cargo del asunto. Se escurrió sin que la vieran, corrió escaleras abajo y, en cuanto encontró a un criado, le pidió que fuese a buscarles un coche. Pero resultó que pertenecía al servicio de refuerzo contratado para esa noche, y no conocía aquel barrio. Jo buscaba a alguien que la ayudara cuando Laurie, que había oído la conversación con el criado, se le acercó para ofrecerle el coche de su abuelo; acababa de llegar a recogerle, dijo.

—¡Pero si es muy temprano! No querrás irte todavía —empezó a argumentar Jo, con aspecto aliviado, pero dudando si aceptar su oferta.

—Siempre me marcho temprano..., ¡de verdad! Por favor, permíteme que os lleve a casa. Está en mi camino, ya lo sabes. Y me han dicho que se ha puesto a llover.

Esto zanjó la cuestión. Jo le contó el percance sufrido por Meg, aceptó agradecida y subió apresuradamente para recoger al resto del grupo. Hannah odiaba la lluvia más que un gato, así que no puso ninguna traba y se fueron en el lujoso coche con capota, sintiéndose alegres y privilegiadas. Laurie viajó en el pescante para que Meg pudiera tener el pie en alto, y esto permitió que las chicas comentasen la fiesta con entera libertad.

—Lo he pasado de maravilla, ¿y tú? —preguntó Jo aplastando su peinado y poniéndose cómoda.

—También, hasta que me torcí el pie. A Annie Moffat, una amiga de Sallie, le he caído simpática y me ha invitado a pasar una semana en su casa cuando vaya Sallie, en primavera, y coincide con el comienzo de la temporada de ópera. Sería estupendo si mamá me dejara ir —contestó Meg, feliz solo de pensarla.

—Te vi bailando con un tipo pelirrojo del que yo me escapé. ¿Era simpático?

—Sí, mucho. Y su pelo no es rojo, sino castaño rojizo. Fue muy cortés y bailamos una redova^[5] deliciosa.

—Parecía un saltamontes histérico cuando marcaba el paso. Ni Laurie ni yo podíamos parar de reírnos. ¿No nos oíste?

—No, pero fue de muy mala educación. ¿Qué *hacíais* escondidos allí todo el tiempo?

Jo le contó sus aventuras y, cuando terminó, ya estaban en casa. Se despidieron dando las gracias y entraron de puntillas con la esperanza de no despertar a nadie, pero en cuanto crujió la puerta del cuarto, aparecieron dos gorritos de dormir y dos vocecillas soñolientas pero ansiosas gritaron:

—¡Contadnos la fiesta! ¡Contadnos la fiesta!

Con lo que Meg calificó como «una absoluta falta de modales», Jo había cogido algunos bombones para las pequeñas. Estas no tardaron en volver a dormirse, después de escuchar el relato de los acontecimientos más destacados de la velada.

—Me siento como si realmente fuese una joven dama de sociedad que vuelve a su casa de una fiesta en un lujoso coche y se sienta en su vestidor

con una doncella para atenderla —dijo Meg, mientras Jo frotaba su pie con árnica y le cepillaba el pelo.

—Yo no creo que las jóvenes damas de sociedad se diviertan más que nosotras, aun a pesar del pelo quemado, de los vestidos viejos, de tener un solo guante por persona y hasta a pesar de los zapatos de tacón con los que una se tuerce el tobillo si ha sido lo bastante tonta como para bailar con ellos.

Y creo que Jo tenía no poca razón.



Capítulo IV

Cargas



Y, DIOS MÍO! ¡Qué duro se hace retomar las cargas de cada uno y seguir adelante! —suspiró Meg la mañana siguiente del baile.

Ya habían terminado las vacaciones y, tras la semana de diversiones y jolgorios, no se encontraba mejor dispuesta para continuar con unas obligaciones que nunca le habían entusiasmado demasiado.

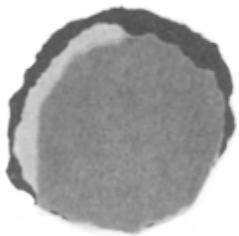
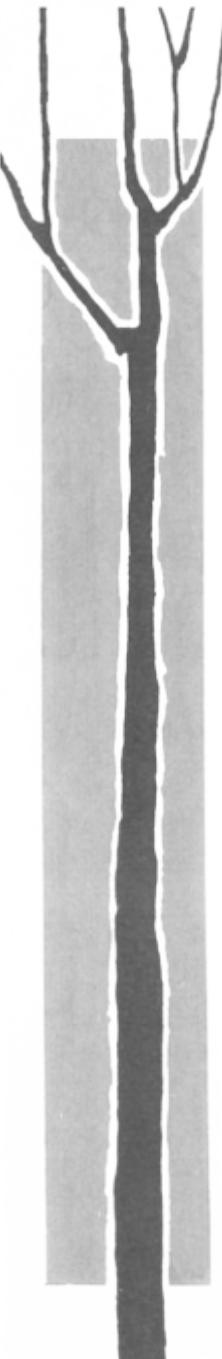
—Me gustaría que siempre fuese Navidad, o Año Nuevo. Sería divertido, ¿no? —preguntó Jo, bostezando perezosamente.

—No nos divertiríamos ni la mitad que estos días. Pero resultaría agradable tener cenas sorpresa y recibir ramos de flores, ir a fiestas y volver en coche a casa, leer y descansar, y no tener que trabajar. Ser como otra gente, ya sabes... Siempre he envidiado a las chicas que hacen todas esas cosas. ¡Me gustan tanto los lujos! —dijo Meg tratando de decidir cuál de los dos guantes estaba menos destrozado.

—No podemos tenerlos, así que dejémonos de quejas, asumamos nuestras cargas y pongámonos en marcha con alegría, como hace mamá. Para mí la tía March es como un auténtico «viejo lobo de mar» pesado, pero seguro que si consigo aguantarla sin lamentarme, esa sensación desaparecerá o se hará tan nimia que no me resultará molesta.

Esta curiosa comparación le hizo tanta gracia a Jo que se puso de buen humor. No le pasó lo mismo a Meg, cuya carga, cuatro niños mimados, le parecía más pesada que nunca. No tenía ánimos ni siquiera para arreglarse, como de costumbre, con un lazo azul y un peinado favorecedor.

—¿Para qué sirve ponerse guapa si nadie te va a ver, salvo esos enanos malcriados, y a nadie le importa si estás atractiva o no? —murmuró cerrando de golpe el cajón de la cómoda—. Tendré que trabajar todos los días de mi



vida, con alguna pequeña diversión de vez en cuando, y me convertiré en una vieja fea y malhumorada solo porque soy pobre y no puedo disfrutar de la vida como las otras chicas. ¡Qué desgracia!

Y en este estado bajó Meg a desayunar, con un aspecto deplorable y un humor de perros. Ninguna parecía estar del todo bien y se les notaban las ganas de quejarse. A Beth le dolía la cabeza y estaba tumbada en el sofá tratando de consolarse con la gata y sus tres garitos. Amy gruñía irritada porque ni había hecho sus deberes ni encontraba sus chanclas. Jo quería ponerse a silbar y hacía mucho ruido arreglándose. La señora March estaba muy ocupada intentando terminar una carta que debía enviar inmediatamente y Hannah rezongaba: acostarse tarde no le sentaba bien.

—¡Nunca he visto una familia tan enfadada! —gritó Jo perdiendo la paciencia tras haber volcado un tintero, ver que los cordones de sus botas estaban rotos y haberse sentado encima de su sombrero.

—Y tú eres la más enfadada de todas —le replicó Amy, borrando una suma equivocada con las lágrimas que caían sobre su pizarra.

—Beth, si no encierras esos horribles gatos en el sótano, acabaré ahogándolos —exclamó Meg furiosa, tratando de librarse del gatito que se le había subido a la espalda y se agarraba como una fiera a su hombro.

Jo se reía, Meg refunfuñaba, Beth imploraba y Amy lloraba, incapaz de recordar cuánto eran nueve por doce.

—Niñas, niñas, callaos un momento! Tengo que terminar esto para que salga en el primer correo y me estáis distrayendo con vuestras peleas —exclamó la señora March mientras tachaba por tercera vez una frase de su carta.

Hubo un momento de calma, roto por la entrada de Hannah, que dejó dos empanadas calientes sobre la mesa y salió de nuevo. Estos pasteles de carne eran toda una institución y las chicas los llamaban «manguitos», ya que, al carecer de estos, encontraban estas empanadas calientes muy reconfortantes para sus manos en las frías mañanas. Hannah jamás olvidaba hacerlos, sin importar lo ocupada o furiosa que estuviera, porque el camino era largo y helado y las pobres criaturas no tomaban nada más hasta que volvían a casa, casi siempre después de las dos.

—Mima a tus gatos y cuídate ese dolor de cabeza, Bethy. Adiós, mamá. Estamos hechas unas bellacas esta mañana, pero volveremos a casa como perfectos angelitos. ¡Vamos, Meg! —y Jo se puso en marcha sintiendo que los peregrinos no empezaban el día como debieran.

Siempre volvían la cabeza antes de llegar a la primera esquina porque su madre les decía adiós desde la ventana sonriendo y agitando la mano. Era como si fuesen incapaces de afrontar el día sin este rito: fuera cual fuese su humor, el último reflejo de la cara materna tenía para ellas el efecto de un rayo de sol.

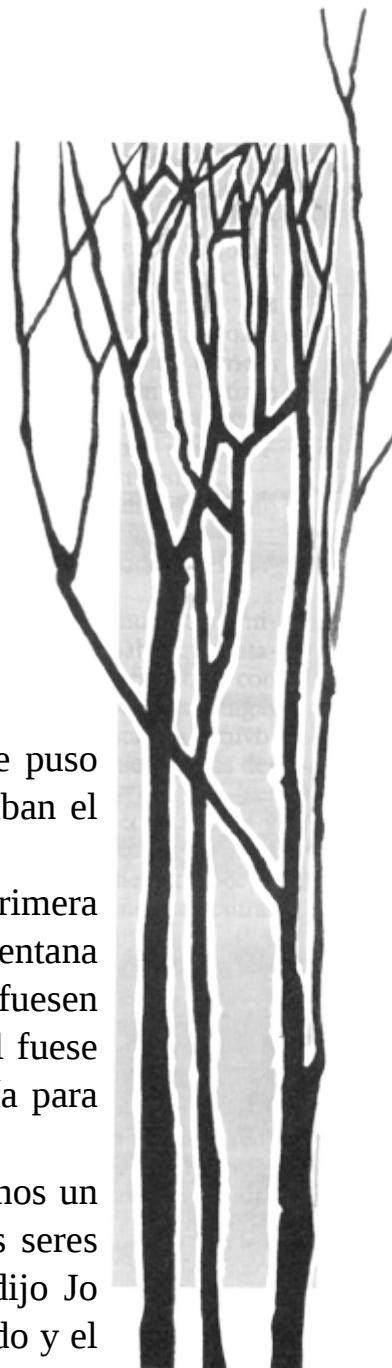
—Si mamá agitara el puño en lugar de mandarnos un beso, nos estaría bien empleado, porque somos los seres más mezquinos y desagradecidos que conozco —dijo Jo aceptando con morbosa satisfacción el camino helado y el viento áspero.

—No utilices esas expresiones tan horrorosas —dijo Meg desde la profundidad de la capa que la envolvía, como una monja apartada del mundo.

—Me gustan las palabras fuertes que quieren decir algo —contestó Jo, agarrándose el sombrero, que parecía estar a punto de salir volando.

—Llámate a ti misma lo que quieras. Pero yo no soy ni bellaca ni mezquina, y no consiento que me lo llamen.

—Tú eres un ser frustrado que hoy se ha puesto de mal humor porque no puede vivir constantemente entre lujos. Pobrecita. Pero espera a que me haga



rica y disfrutarás de coches, helados, zapatos de tacón y chicos pelirrojos con los que bailar.

—¡Qué ridícula eres, Jo! —pero Meg se rio de estas tonterías y se sintió mejor sin quererlo.

—Afortunadamente para ti, lo soy; si yo adoptase esos aires demoledores y me pusiera melancólica, como haces tú, estaríamos apañadas. Gracias a Dios siempre se me ocurre algo gracioso para animarme. Deja ya de quejarte y a ver si vuelves a casa contenta. No cuesta tanto.

Jo dio a su hermana una palmadita de ánimo en el hombro cuando se separaron para seguir cada una su camino. Ambas llevaban su pequeña empanada caliente e intentaban estar alegres a pesar del tiempo invernal, del trabajo duro y de sus insatisfechos deseos de placer juvenil.

Cuando el señor March perdió sus bienes intentando ayudar a un amigo en apuros, las dos hijas mayores pidieron permiso para hacer algo que, al menos, sirviera para cubrir sus gastos. Sus padres aceptaron, convencidos de que nunca es demasiado pronto para empezar a cultivar el carácter, la laboriosidad y la independencia, y ambas comenzaron a trabajar con esa fuerte buena voluntad que lleva al éxito final a pesar de todos los obstáculos. Margaret encontró un puesto de institutriz y se sentía rica con su pequeño salario. Como ella misma decía, «*le gustaba el lujo*» y su mayor problema era la pobreza. Le resultaba más duro sobrellevarla que a sus hermanas porque podía recordar la época en la que la casa era hermosa y la vida estaba llena de facilidades y caprichos de todo tipo. Intentaba no estar envidiosa ni descontenta, pero era lógico que a una chica joven le gustasen las cosas bonitas, los amigos alegres, las diversiones y una vida feliz. En casa de los King veía a diario todo lo que anhelaba, porque las hermanas mayores acababan de ser presentadas en sociedad y, con frecuencia, llegaba hasta Meg la visión fugaz de elegantes trajes de baile y ramos de flores, el sonido claro de comentarios sobre teatro, conciertos, paseos en trineo y las más variadas diversiones, y veía gastar dinero a manos llenas en pequeñeces que ella consideraba maravillosas. La pobre Meg rara vez se quejaba, pero a veces se dejaba invadir por un sentimiento de injusticia que la amargaba, pues aún no había descubierto lo rica que era en otros aspectos..., aquellos que sí pueden hacer de tu vida feliz.



Resultó que Jo era justo lo que buscaba la tía March, que estaba coja y necesitaba a una persona activa que cuidase de ella. La anciana dama no tenía hijos y había propuesto adoptar a una de las niñas cuando empezaron los problemas, pero su oferta había sido rechazada y aún estaba muy ofendida por ello. Muchos amigos dijeron a los March que habían perdido la oportunidad de figurar en el testamento de la rica anciana, pero estos, tan espirituales, se limitaron a contestar:

—No podemos renunciar a nuestras hijas ni por una docena de fortunas. Ricos o pobres, seguiremos juntos y seremos felices de tenernos los unos a los otros.

La vieja dama no les habló durante algún tiempo, pero, cuando conoció a Jo en casa de unos amigos, algo en su expresión cómica y en sus maneras toscas la impresionó favorablemente y ofreció contratarla como señorita de compañía. La idea no hizo demasiado feliz a Jo, pero aceptó el puesto ya que no tenía otro mejor y, para sorpresa de todos, consiguió llevarse notablemente bien con su irascible tía. En una ocasión, se produjo una pequeña tempestad y Jo llegó a marcharse de la casa, diciendo que no lo soportaba más; pero la tía March siempre se calmaba pronto y envió a buscarla con tanta urgencia que Jo no fue capaz de rehusar. Además, en el fondo, le gustaba la mordaz anciana.

Sospecho que lo que verdaderamente atraía a Jo era la magnífica biblioteca, abandonada al polvo y a las arañas desde la muerte del tío March. Jo recordaba a este amable caballero que tantas veces le había dejado construir vías de tren y puentes con sus grandes diccionarios, y que le contaba historias sobre las curiosas ilustraciones de sus libros de latín, y le compraba rebanadas de pan de jengibre siempre que se lo encontraba por la calle. La oscuridad y el polvo, los bustos que la miraban fijamente desde las altas estanterías, los cómodos butacones, los globos terráqueos y, sobre todo, los montones de libros entre los que podía escoger a su gusto, hacían de la biblioteca un lugar maravilloso para ella. En cuanto la tía March se echaba la siesta o estaba entretenida con alguna visita, Jo corría a este tranquilo lugar y, acurrucada en el butacón más grande, devoraba poesía, novela, historia, narraciones de viajes y libros de arte como un auténtico ratón de biblioteca. Pero como los momentos felices nunca duran mucho, siempre que estaba en lo más interesante de una historia, en el verso más dulce de un poema o en la aventura más peligrosa de un viaje, una voz chillona le gritaba: «¡Josy-phine, Josy-phine!», y tenía que abandonar su paraíso para devanar hilo, lavar el caniche o leer los ensayos de Belsham juntas durante hora y horas.

La ambición de Jo era hacer algo brillante; todavía no sabía qué, pero esperaba descubrirlo con el tiempo y, mientras tanto, su mayor aflicción era no poder leer, correr y cabalgar todo lo que le gustara. El genio rápido, su lengua afilada y un espíritu incansable hacían de su vida una sucesión de altos y bajos, cómicos y patéticos a la vez. Pero la disciplina que recibía en casa de la tía March era justo lo que le convenía, y pensar que lo estaba haciendo para ayudar a su sustento la hacía feliz, a pesar del perpetuo «Josy-phine».

Beth era demasiado tímida para ir a la escuela. Lo intentó durante algún tiempo, pero sufría tanto que la liberaron de esa obligación y estudiaba en casa, con su padre. Cuando él se fue y su madre tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a las asociaciones de ayuda al soldado, continuó con constancia, haciendo lo que podía ella sola. Tenía vocación de ama de casa y ayudaba a Hannah a mantener la casa limpia y confortable para las que trabajaban. Nunca esperó otra recompensa que cariño. Sus días transcurrían largos y tranquilos, pero no solitarios ni ociosos, pues su pequeño mundo estaba poblado de amigos imaginarios y ella era, por naturaleza, como una hormiguita atareada. Tenía seis muñecas, a las que levantaba y vestía cada mañana, pues Beth era aún una niña y le gustaba jugar tanto como antes. Todas ellas estaban en mal estado, pues Beth las había recogido a medida que las habían ido abandonando. Cuando sus hermanas mayores habían superado la edad de jugar con muñecas, estas habían pasado a Beth, porque Amy no quería nada usado o estropeado. Precisamente por eso, Beth las trataba con muchísimo cariño, e hizo un hospital para muñecas enfermas. Jamás un alfiler atravesó sus cuerpecitos de algodón, ni oyeron una palabra severa o recibieron un azote...; ningún descuido pudo entristecer ni a la más repulsiva de todas ellas. Les daba de comer y las vestía, las cuidaba, las mimaba y su afecto no conocía desmayo. Un trozo olvidado de lo que debió de ser una muñeca de Jo, que después de una vida tempestuosa había acabado en la bolsa de los trapos viejos, fue rescatado de ese triste hospicio por Beth, quien la adoptó. Como tenía rota la cabeza, le puso una preciosa gorrita y, para ocultar la falta de brazos y piernas, la envolvió en una manta y le adjudicó su mejor cama, como enferma crónica. Cualquiera que hubiese visto el cariño que le prodigaba a esta muñeca se habría enternecido y sonreído al mismo tiempo. Le llevaba florecillas, le leía, la sacaba a tomar el aire oculta bajo su abrigo, le cantaba nanas, y nunca se iba a la cama sin besar su carita sucia, susurrándole dulcemente:

—Que pases buena noche, querida mía.

También Beth, como las otras, tenía sus preocupaciones y no era un ángel, sino una niña de carne y hueso que, a veces, «lloriqueaba» —como decía Jo— porque no podía tener un profesor de música, ni un buen piano. Amaba la música con tanta pasión, se esforzaba tanto en aprender y practicaba tan pacientemente con el viejo y desafinado instrumento que parecía justo que alguien (y no me refiero a tía March) la ayudara. Pero nadie lo hacía, y tampoco nadie veía las lágrimas que caían sobre las amarillas teclas, siempre desafinadas, cuando estaba sola. Mientras trabajaba cantaba como una alondra, nunca estaba cansada si tenía que tocar para mamá y las chicas, y cada día se decía esperanzada:

—Sé que alguna vez haré mi propia música si persevero.

Hay muchas Beths en el mundo, tímidas y apocadas, que están en un rincón hasta que alguien las necesita. Dedican su vida a los demás con tal alegría que nadie nota sus sacrificios hasta que se apaga el canto del pequeño grillo del hogar y la presencia dulce y luminosa desaparece, dejando en su lugar silencio y sombras.

Si alguien le hubiera preguntado a Amy cuál era la mayor desgracia de su vida, ella habría contestado sin pensarlo: «mi nariz». Cuando era un bebé, a Jo se le escurrió, cayéndose en un cubo de carbón, y Amy estaba convencida de que esta caída había arruinado su nariz. No era una nariz grande o roja, sino solo una nariz un poco chata, pero ni con todas las pinzas del mundo hubiese conseguido que pareciese aristocrática. Nadie, salvo ella, tomaba en serio este asunto, pero Amy sentía un profundísimo deseo de tener una nariz griega y para consolarse dibujaba hojas y hojas con preciosas narices.

«La pequeña Rafael^[1]», como la llamaban sus hermanas, tenía verdadero talento para el dibujo. Era absolutamente feliz copiando flores, dibujando hadas o haciendo ilustraciones con curiosa inspiración artística. Sus profesores se quejaban de que, en lugar de hacer las cuentas, llenaba la pizarra de animales, las páginas vacías del atlas con copias de los mapas y, para colmo, en los momentos menos oportunos, de sus libros salían volando caricaturas evidentemente burlescas. Aprendía las lecciones lo mejor que podía y se escapaba de muchas reprimendas gracias a su conducta ejemplar.

Sus compañeras siempre la preferían entre todas por su buen carácter y porque tenía el don de saber agradar sin proponérselo. Sus gracias y pequeñas vanidades eran muy admiradas, y ella se sentía realizada con sus dibujos, con saber tocar doce notas, hacer punto y leer francés sin pronunciar mal más de las dos terceras partes de las palabras. Tenía una manera tan quejumbrosa de decir «cuando papá era rico, hacíamos esto y aquello» que resultaba

conmovedora, y las niñas encontraban su rebuscado lenguaje «perfectamente elegante».

Todos la mimaban tanto que a Amy le faltaba poco para echarse a perder definitivamente, y sus pequeñas vanidades y egoísmos iban aumentando poco a poco. Una cosa, sin embargo, templaba su arrogancia: tenía que llevar los trajes de su prima. Y la madre de Florence no se caracterizaba por su gusto, así que Amy sufrió muchísimo al ponerse un sombrero rojo cuando le habría quedado mejor uno azul, al vestir trajes que le sentaban mal, y remilgados mandiles que no entallaban su cintura. Eran prendas buenas, bien hechas y poco usadas, pero el sentido artístico de Amy se resentía, especialmente aquel invierno, en que su vestido para ir a clase era de un color púrpura apagado, con lunares amarillos y sin ningún otro adorno.

—Mi único consuelo —le dijo a Meg con lágrimas en los ojos— es que mamá no me acorta las faldas cuando me porto mal, como hace la madre de Maria Parks. ¡Dios mío, es horrible! Hay veces que el traje no le llega ni a las rodillas y no se atreve a venir a clase. Cuando pienso en esa *desgraciación*, siento que podré soportarlo todo, incluso mi nariz chata y el traje púrpura con manchones amarillos.

Meg era la confidente y consejera de Amy y, por esa extraña atracción que existe entre los opuestos, Jo lo era de la dulce Beth. Jo era la única a quien la tímida chiquilla contaba sus pensamientos y, sin saberlo, Beth era la persona que, de toda la familia, más influencia tenía sobre su atolondrada hermana mayor. Las dos mayores se llevaban muy bien, pero cada una había tomado a su cargo a una de las pequeñas, protegiéndola a su manera —ellas lo llamaban «jugar a las madres»—, y se comportaban con sus hermanas como Beth con sus muñecas, descargando en ellas todo el instinto maternal de las jovencitas.

—¿No tiene nadie nada que contar? Ha sido un día tan triste que me muero por algo divertido —dijo Meg cuando se sentaron a coser juntas por la noche.

—A mí me ha pasado algo curioso con tía March y, como al final he salido bien parada, os lo voy a contar —empezó Jo, a quien le encantaba relatar historias—. Estaba leyendo al interminable Belsham con el tono monótono que utilizo siempre para dormir a la tía y poder sacar después algún buen libro con el que disfrutar a gusto hasta que se despierta. Esta vez me entró sueño a mí y, antes de que ella echarse la primera cabezada, se me escapó tal bostezo que me preguntó por qué abría la boca de esa manera, y si es que pretendía tragarme el libro de un bocado. «Ojalá pudiera, y así

terminaría con él de una vez», dije yo intentando no ser descarada. Entonces me soltó una larga filípica sobre mis pecados, y me dijo que me sentara a reflexionar sobre ellos mientras descansaba un momento. Siempre tarda en despertarse, así que, en cuanto vi que su gorro comenzaba a balancearse como una dalia, saqué de mi bolsillo *El vicario de Wakefield*^[2] y me puse a leer con un ojo mientras con el otro vigilaba a la tía. Cuando llegué al pasaje en que todos se caen al agua, sin darme cuenta, solté una carcajada. La tía se despertó, pero como suele estar de mejor humor después de la siesta, me pidió que le leyera algo de esa frivolidad que yo prefería al esforzado e instructivo Belsham. Lo hice lo mejor que pude y le gustó, aunque se limitó a decir: «No entiendo de qué trata todo eso. Léemelo desde el principio, niña». Así que lo empecé, empleándome a fondo para que le resultara interesante. Incluso tuve el valor de pararme en un pasaje emocionante y preguntar tímidamente: «Temo fatigarla, señora. ¿No prefiere que lo deje ya?». Recogió la calceta que se le había caído de las manos, me echó una mirada penetrante a través de las gafas y dijo, con su estilo brusco: «Termina el capítulo y no seas impertinente, niña».

—¿Reconoció que le gustaba? —preguntó Meg.

—¡Dios Santo, no! Pero dejó en paz al viejo Belsham y, cuando volví corriendo esta tarde para recoger mis guantes, estaba tan embebida en el *Vicario* que ni oyó cómo me reía mientras bailoteaba por el vestíbulo pensando en los buenos ratos que voy a pasar. ¡Qué vida tan agradable podría llevar la tía con tan solo proponérselo! No la envidio. A pesar de su dinero, los ricos acaban por tener tantas preocupaciones como los pobres, creo —añadió Jo.

—Eso me recuerda —dijo Meg— que tengo que contaros una cosa. No es divertida, como la historia de Jo, pero me ha hecho pensar mucho cuando venía hacia casa. Hoy he notado que en casa de los King estaban todos nerviosos. Uno de los niños me ha dicho que el mayor de sus hermanos había hecho algo terrible y que su padre lo había echado. Se oía a la señora King llorando, y al señor King dando voces, y Grace y Ellen volvieron la cara cuando se cruzaron conmigo para que no viese sus ojos enrojecidos. No he preguntado nada, claro, pero me han dado tanta lástima que me alegra de no tener un hermano salvaje que se porte mal y avergüenze a la familia.

—Pues yo creo que el que te avergüencen en el colegio es mucho más *tragedioso* que todo lo que puedan hacer los chicos malos —dijo Amy, sacudiendo la cabeza, como quien tiene una gran experiencia de la vida—. Susie Perking trajo hoy a clase un anillo de coral rojo precioso. Me gustó

muchísimo y deseé con todas mis fuerzas ser ella. Bueno, pues ella hizo una caricatura del señor Davis con una nariz monstruosa y joroba, y con las palabras «Señoritas, las estoy vigilando» saliendo de su boca. Nos estábamos riendo del dibujo cuando nos dimos cuenta de que realmente nos estaba vigilando, e hizo que Susie le enseñara la pizarra. Estaba *parralizada* de miedo, y él se acercó y ¿qué creéis que hizo? La cogió por la oreja... ¡Por la oreja, imaginaos qué horror!... Y la llevó hasta la tarima y la hizo estar de pie allí durante media hora, sosteniendo la pizarra para que todo el mundo pudiera verla.

—Y las niñas ¿no se reían del dibujo? —preguntó Jo, que encontraba graciosa la situación.

—¿Reírse? ¡Qué va! Estaban sentadas, quietas como ratones, y Susie lloraba a mares, y de qué forma. Entonces se me pasó la envidia, porque ni un millón de sortijas de coral me hubiese consolado después de eso. Jamás, jamás me gustaría que me pusieran un castigo tan vergonzoso —y Amy continuó con su labor, orgulosamente consciente de su virtud y de la lograda pronunciación de dos palabras difíciles sin titubear.

—Esta mañana he visto algo que me ha gustado. Pensaba contároslo en la cena, pero no me he acordado —dijo Beth, mientras ordenaba la cesta de la costura de Jo—. Cuando salí a comprar unas ostras que me había encargado Hannah, me encontré con el señor Laurence en la pescadería. Él no me vio porque me escondí detrás de un tonel, además estaba entretenido con el señor Cutter, el pescadero. Entonces entró una pobre mujer, con un cubo y una escoba, y le preguntó al señor Cutter si podía limpiar a cambio de un poco de pescado, porque no tenía qué darles de comer a sus hijos y se había quedado sin trabajo. El señor Cutter tenía prisa y le dijo que no un tanto malhumorado, y cuando ella se iba a marchar, hambrienta y triste, el señor Laurence enganchó un gran pescado con la punta afilada de su bastón y se lo dio. Ella se puso tan contenta y estaba tan sorprendida que lo cogió entre sus brazos y le dio las gracias una y otra vez. Él le dijo «Váyase y cocínelo», y ella salió corriendo, ¡tan feliz! ¿No os parece maravilloso hacer eso? La mujer estaba tan graciosa, abrazando aquel pez grande y escurridizo y deseándole al señor Laurence el mejor sitio del cielo.

Después de reírse con la historia de Beth, le pidieron a su madre que les contara algo, y esta, tras pensarla un momento, dijo gravemente:

—Hoy, mientras cortaba piezas de franela azul para las guerreras, estaba muy preocupada por vuestro padre y pensaba lo solas y desamparadas que nos quedaríamos si le pasara algo. No era lo mejor en que ocupar la mente, lo sé,

pero seguí dándole vueltas a mi preocupación hasta que llegó un anciano a encargar varias prendas. Se sentó conmigo y me puse a hablar con él porque parecía pobre, cansado y preocupado. «¿Tiene usted algún hijo en el ejército?», le pregunté.

»—Sí, señora. Tenía cuatro, pero dos han muerto, a otro lo han hecho prisionero y voy a ver al último, que está muy enfermo en un hospital de Washington —me contestó sencillamente.

»—Ha hecho usted mucho por su país, señor —le dije, sintiendo esta vez respeto y ya no pena.

»—No más de lo que debería, señora. Habría ido yo mismo si hubiera sido de alguna utilidad. Ya que yo no podía, entregué a mis hijos, y lo hice libremente.

»Su tono era animoso, parecía sincero, y contento de haber dado todo lo suyo..., y yo me avergoncé de mí misma. Yo solo había podido entregar a un hombre y pensaba en ello constantemente, mientras que a él se le fueron cuatro de buena gana. Tenía a todas mis hijas en casa para consolarme, y su último hijo le esperaba a muchos kilómetros para despedirse, quizás, para siempre. Me sentía tan rica, tan feliz al pensar en mi suerte, que le hice un paquete muy bonito y le di algo de dinero, y le agradecí de todo corazón la lección que me había dado.

—Cuéntanos otra historia, mamá... Una que tenga moraleja, como esta. Me gusta pensar luego en ellas si son reales y no parecen un sermón —dijo Jo después de un momento de silencio.

La señora March sonrió y comenzó enseguida. Llevaba muchos años contando historias a su joven audiencia y sabía cómo complacerla.

—Érase una vez... cuatro niñas a las que no faltaba la comida ni la ropa necesaria, y tenían no pocos placeres y comodidades, así como buenos amigos, y unos padres que las querían mucho, pero ellas no estaban satisfechas.

Al llegar a esta parte las oyentes se miraron unas a otras a hurtadillas y se pusieron a coser diligentemente.

—Estas niñas querían ser buenas, y se hacían magníficos propósitos, pero eran incapaces de mantenerlos y al final acababan diciendo: «Solo con que tuviéramos esto», o «Si simplemente pudiera hacer aquello», olvidando lo mucho que ya tenían y todas las cosas agradables que, de hecho, hacían. Así que le pidieron a una anciana un hechizo que las hiciera felices, y la mujer les dijo: «Cuando os sintáis desgraciadas, pensad en lo bueno que os rodea y sed agradecidas».

A estas alturas, Jo levantó la cabeza con rapidez, como si fuese a hablar, pero cambió de idea al ver que la historia aún no había terminado.

—Como eran unas niñas sensibles, intentaron seguir su consejo y no tardaron en sorprenderse de la fortuna que tenían. Una descubrió que el dinero no aleja la vergüenza o la pena de las casas de los ricos. Otra, que, aunque pobre, era mucho más feliz con su juventud, salud y buen humor que cierta anciana irritable y débil, que no podía disfrutar de las comodidades que la rodeaban. La tercera supo que, si bien no era agradable ayudar a preparar la cena, peor era mendigarla. Y la cuarta, que ni un anillo de coral es más importante que comportarse bien. De ese modo llegaron al acuerdo de dejar de quejarse, disfrutar de las bendiciones que tenían e intentar merecerlas, no iba a ser que las perdiessen en lugar de aumentarlas. Y creo que nunca se han arrepentido de haber seguido el consejo de la anciana.

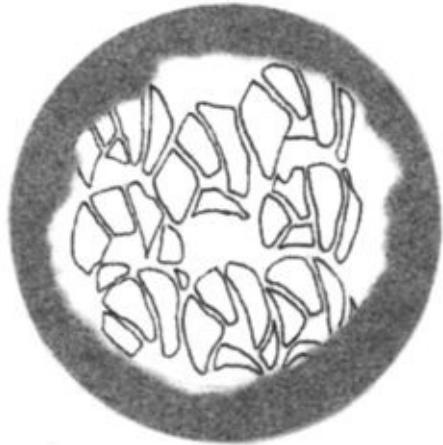
—¡Vaya, mamá, es muy hábil por tu parte volver contra nosotras nuestras propias historias y soltarnos un sermón en vez de un relato! —exclamó Meg.

—A mí me gusta esta clase de sermón. Son como los que nos solía contar papá —dijo Beth, pensativa, poniendo derechas las agujas de Jo.

—Yo nunca me quejo tanto como las demás, y a partir de ahora tendré aún más cuidado, porque lo que le ha pasado a Susie me ha servido de aviso —dijo Amy, moralizante.

—Necesitábamos esta lección y no la olvidaremos. Y si lo hacemos, solo tienes que decírnos lo que la vieja Chloe en *La cabaña del Tío Tom*^[3]. «Pensad en vuestras *gracias*, niñas, pensad en vuestras *gracias*» —concluyó Jo, que no podía evitar sacarle punta al pequeño sermón, aunque se lo tomara tan en serio como las otras.





Capítulo V

Buenos vecinos



ERO QUÉ demonios vas a hacer ahora, Jo? — preguntó Meg una tarde de nieve, al ver a su hermana, que llevaba botas de goma y un viejo abrigo con capucha, por el vestíbulo con una escoba en una mano y una pala en la otra.

—Salgo a hacer un poco de ejercicio —contestó Jo, con un brillo travieso en los ojos.

—¡Creía que con las dos caminatas de esta mañana ya tenías bastante! Hace frío y está muy nublado. Sería mejor que te quedaras calentita junto al fuego, como yo —le aconsejó Meg, tiritando.

—¡Nunca hago caso de los consejos! No me puedo quedar quieta todo el día. Además, no soy un gato, y por lo tanto no me gusta dormitar frente a la chimenea. Prefiero las aventuras... Voy a ver si encuentro alguna.

Meg volvió a colocar sus pies de modo que siguieran calentándose y continuó con *Ivanhoe*^[1]. Jo empezó a cavar enérgicamente para abrir un camino. La nieve estaba blanda y no tardó en dejar despejada una senda alrededor del jardín para que Beth pudiese pasear cuando volviera a salir el sol y sus muñecas necesitaran aire fresco. El jardín separaba la casa de los March de la del señor Laurence. Se hallaban a las afueras de la ciudad, en una zona aún campreste, con arboledas, prados, grandes jardines y calles tranquilas. Un seto bajo separaba las dos propiedades. A uno de los lados había una vieja casa de color marrón, de aspecto algo desnudo y descolorido, cuyos muros ocultaba la hiedra en verano y los llenaba de flores. Al otro lado, una señorial mansión de piedra, que claramente traslucía todo tipo de lujos y comodidades, desde la gran cochera o el cuidado camino del invernadero hasta los hermosos objetos que se percibían tras las ricas cortinas. A pesar de ello, parecía un lugar solitario y sin vida; no había niños que jugaran en el

césped, ni una cara maternal sonriendo desde la ventana y, a excepción del anciano caballero y su nieto, entraba y salía muy poca gente.

Para la imparable imaginación de Jo aquel lugar era una especie de palacio encantado, lleno de esplendor y maravillas que nadie disfrutaba. Durante mucho tiempo había deseado admirar esas glorias ocultas y conocer al «joven Laurence», quien también parecía ansioso por hacer amistades, aunque no supiera cómo. Desde la fiesta, habían aumentado sus deseos, y no dejaba de planear diferentes formas de llegar a ser amigos; pero últimamente no lo había visto, y Jo empezaba a pensar que estaba fuera. Pero un día notó que un rostro moreno espiaba, desde una ventana del último piso, la batalla de bolas de nieve que mantenían Beth y Amy.



«Este chico sufre por falta de amigos y diversiones —se dijo a sí misma—. Su abuelo no sabe lo que le conviene y lo tiene encerrado y solo. Necesita un grupo de chicos animados que jueguen con él, o por lo menos alguien joven y con vitalidad. ¡Tengo unas ganas de pasar y decírselo sin rodeos al anciano!».

La idea le resultó graciosa y, aunque sus temerarias acciones siempre escandalizaban a Meg, había decidido no olvidar el plan de «pasar» a casa del vecino. Así que, aquella tarde de nieve, Jo decidió probar qué podía hacer al respecto. Vio salir al señor Laurence y se puso a abrir un camino hacia el seto; al llegar a él se paró y echó una mirada. Todo tranquilo...: las cortinas cerradas en el piso bajo, ningún criado a la vista ni señal de presencia humana, salvo la cabeza de oscuros rizos que se apoyaba sobre la mano en la ventana del último piso.

«Ahí está —pensó Jo—. ¡Pobrecillo! Solo y aburrido en un día tan triste. ¡Es una pena! Le tiraré una bola de nieve y, cuando mire, le diré algo agradable».

Tiró la bola de nieve y, al instante, el chico volvió la cabeza. Inmediatamente, su expresión desencantada se esfumó, sus ojos brillaron y empezó a sonreír. Jo le hacía gestos y se reía, y no paraba de mover la escoba, mientras gritaba:

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás enfermo?

Laurie abrió la ventana y graznó como un cuervo ronco:

—Ya estoy mejor, gracias. He tenido un resfriado terrible y no he podido salir en toda la semana.

—¡Cuánto lo siento! ¿Qué haces para distraerte?

—Nada. Esto está más muerto que una tumba.

—¿No lees?

—No mucho. No me dejan.

—¿Y no hay alguien que pueda leerte en voz alta?

—El abuelo lo hace a veces, pero mis libros no le interesan y odio acabar recurriendo siempre a Brooke.

—Pues invita a alguien que te haga compañía.

—No me apetece ver a nadie. Los chicos meten mucho ruido y aún me duele la cabeza.

—Quizá alguna chica agradable pueda hacerte compañía y leerte. Las chicas son más tranquilas y les gusta adoptar el papel de enfermeras.

—No conozco a ninguna.

—Nos conoces a nosotras —empezó Jo, pero le entró la risa y se paró.

—¡Claro que sí! ¿Me harías el favor de venir? —gritó Laurie.

—Yo no soy tranquila ni agradable, pero iré si mamá me da permiso. Voy a preguntárselo. Cierra la ventana, como un buen chico y espera a que llegue.

Diciendo esto, Jo se echó al hombro la escoba y se encaminó a la casa preguntándose qué le dirían. Laurie estaba excitado ante la idea de tener visita y rápidamente empezó a prepararse porque, como decía la señora March, era un «pequeño caballero». En honor a su invitada se peinó, se puso un cuello limpio e intentó arreglar la habitación, que, a pesar de la media docena de criados, era cualquier cosa menos ordenada. En ese momento se oyó un timbrazo y una voz decidida preguntó por «el señor Laurie», y un criado con cara de sorpresa subió para anunciar a una señorita.

—Está bien, muéstrelle el camino. Es la señorita Jo —dijo Laurie, acercándose a la puerta de su salón para recibir a Jo, que entró colorada y amable sin perder el aplomo, con un plato tapado en una mano y los tres garitos de Beth en la otra.

—Ya estoy aquí, y con bastante equipaje —dijo atropelladamente—. Mi madre te envía recuerdos y se alegra de que podamos hacer algo por ti. Meg quería que te trajese un trozo de su pastel de gelatina; lo hace muy bien. Y Beth pensó que sus gatos te animarían. Yo sabía que no te iban a hacer gracia, pero no he podido negarme...; tenía tantas ganas de poner su granito de arena.

Pero resultó que el ingenioso préstamo de Beth fue justo lo que necesitaban. Mientras se reían con los garitos, Laurie olvidó su timidez y empezaron a charlar enseguida.

—Es demasiado bonito para comérselo —dijo, sonriendo con placer cuando Jo destapó el plato y le enseñó el pastel de gelatina adornado con una guirnalda de hojas verdes y flores rojas del geranio de Amy.

—No tiene importancia; es solo una forma de demostrarte nuestra amistad. Dile a la doncella que te lo sirva con el té. Es muy digestivo y suave, y te lo tragarás sin que te moleste la garganta. ¡Qué habitación más agradable!

—Lo sería si la tuvieran limpia. Pero las doncellas son muy perezosas y no consigo que se tomen interés. No sé qué hacer.

—Lo arreglaré en un momento: solo hace falta limpiar la chimenea, así, y colocar las cosas de la repisa, así,... y los libros aquí, los botes ahí, y girar el sofá hacia el fuego, ahuecar un poco los cojines y ya está. Ya te puedes acomodar.

Y así era, porque riendo y hablando Jo había encontrado su sitio a cada objeto y ahora el cuarto tenía un aspecto diferente. Laurie había observado

toda la operación con un silencio respetuoso y, cuando le colocó el sofá, él se sentó con cara de satisfacción y dijo, agradecido:

—¡Qué amable eres! Esto es justo lo que hacía falta. Ahora, por favor, siéntate en la butaca y deja que te distraiga.

—No, soy yo la que ha venido a distraerte. ¿Te leo? —y Jo miró con afecto algunos libros que parecían sugerentes.

—Gracias, pero ya he leído todos los que hay por aquí. Si no te importa, preferiría charlar —contestó Laurie.

—En absoluto. Yo puedo estar hablando todo el día si me dejan. Beth siempre dice que no sé cómo parar.

—¿Beth es la de la cara sonrosada, que suele estar en casa y a veces sale con una cesta? —preguntó Laurie con interés.

—Sí, esa es Beth. Es mi preferida, y también una niña encantadora.

—La guapa es Meg, y la de los rizos, Amy, creo.

—¿Cómo sabes todo eso?

Laurie se puso colorado y contestó con franqueza:

—Bueno, porque os veo, y muchas veces he oído cómo os llamabais las unas a las otras. Cuando estoy solo, aquí arriba, no puedo evitar mirar hacia vuestra casa...; parece que siempre lo pasáis tan bien. Perdona mi atrevimiento, pero a veces olvidáis correr las cortinas de la ventana con flores y cuando encendéis la luz es como estar mirando un cuadro: el fuego y todas alrededor de la mesa, con vuestra madre; tiene una cara tan bondadosa, y todo parece tan dulce a través de las flores. No puedo dejar de mirarlo. Yo nunca he tenido madre, ¿sabes?

Laurie avivó el fuego para ocultar un pequeño temblor de labios que no podía controlar. Su mirada solitaria y necesitada llegó directamente al corazón de Jo. Había recibido una educación tan sencilla que su cabeza carecía de malicia, y con quince años era tan inocente como una chiquilla. Laurie estaba enfermo y solo y ella se sentía sobrada de cariño familiar y felicidad. Quiso compartirlo generosamente con él. Puso una expresión amistosa y empleó un tono especialmente amable cuando dijo:

—Ya no volveremos a cerrar las cortinas, así podrás mirar todo lo que quieras. Pero en vez de observarnos, deberías venir a visitarnos. Mi madre es maravillosa y te haría mucho bien, y Beth cantaría para ti si yo se lo pido, y Amy podría bailar. Meg y yo te haríamos reír con nuestros absurdos trajes de teatro y lo pasaríamos muy bien. ¿Te dejará venir tu abuelo?

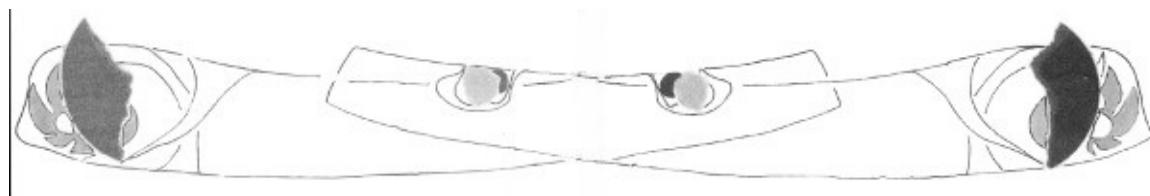
—Supongo que me dejaría si se lo pidiera tu madre. Es encantador, aunque no lo parezca. Y me deja hacer casi todo lo que quiero; solo teme que

pueda molestar a los desconocidos —comentó Laurie, cada vez más contento.

—Nosotras no somos desconocidas, somos vecinas y no debes pensar que nos molestas. Queremos conocerte. Yo llevo mucho tiempo intentándolo. No hace mucho que nos instalamos aquí, ya lo sabes, pero hemos hecho amistad con todos nuestros vecinos excepto con vosotros.

—Ya ves que el abuelo vive rodeado de sus libros y no le interesa lo que sucede fuera. El señor Brooke, mi tutor, no vive aquí, de modo que no tengo con quién salir...; me quedo en casa y lo llevo lo mejor que puedo.

Laurie volvió a ponerse rojo, pero no se ofendió cuando Jo le llamó tímido. Había tan buena intención en las palabras de la chica que era imposible mal interpretar sus bruscos comentarios.



—¿Te gusta la escuela? —preguntó el joven, cambiando de tema tras una pequeña pausa en la que él miró el fuego y Jo a su alrededor, encantada.

—No voy a la escuela. Soy un hombre que trabaja..., una chica, quiero decir. Cuido a una vieja tía, una anciana querida y cascarrabias al mismo tiempo —contestó Jo.

Laurie abrió la boca para preguntar algo más, pero recordó a tiempo que no era de buena educación hacer muchas preguntas sobre los asuntos ajenos y volvió a cerrarla, quedándose incómodo. A Jo le gustaron sus buenos modales, pero en realidad no le importaba reírse un rato a costa de la tía March, así que hizo una detallada descripción de la irritante anciana, su gordo caniche, el loro que hablaba español y la biblioteca en la que pasaba tan buenos ratos.

Laurie disfrutaba muchísimo con el relato, y cuando ella contó la historia del remilgado caballero que estaba cortejando a la tía March y cómo, en mitad de su perfecto discurso, el loro le quitó de un picotazo el peluquín y el pobre hombre quedó espantado, el muchacho hasta lloró de la risa y la doncella asomó la cabeza para ver qué pasaba.

—¡Oh! Esto es fantástico. Continúa, por favor —dijo, sacando la cara, colorada y alegre, de entre los cojines del sofá.

Encantada de su éxito, Jo «siguió» contando sus juegos y planes, sus esperanzas y sus temores por su padre, y todos los sucesos de interés que ocurrían en el pequeño mundo de las cuatro hermanas. Después, se pusieron a

hablar de libros y Jo lo pasó muy bien descubriendo que Laurie también amaba la lectura y había leído incluso más que ella.

—Si te gustan tanto, baja a ver la biblioteca. El abuelo ha salido, así que no tienes por qué asustarte —dijo Laurie, levantándose.

—Yo no me asusto de nada —le contestó Jo, agitando la cabeza.

—Me lo imagino —exclamó el chico mirándola con admiración, aunque en su interior pensaba que existían algunas buenas razones para asustarse del abuelo cuando estaba de mal humor.

Toda la casa estaba envuelta en una atmósfera cálida. Laurie la condujo de una habitación a otra, dejando que Jo se parara a examinar todo lo que le gustaba. Por último, entraron en la biblioteca, donde ella se puso a palmotear y saltar, como solía hacer cuando se entusiasmaba. Había hileras de libros, y cuadros y estatuas, y algunas pequeñas vitrinas con monedas y objetos curiosos, y butacas para recostarse, y mesas raras, y figuras de bronce y, lo mejor de todo, una chimenea abierta con unos baldosines primorosos a su alrededor.

—¡Qué suntuosidad! —suspiró Jo, dejándose caer en una mullida silla de terciopelo y mirando su entorno con total satisfacción—. Theodore Laurence, deberías ser el chico más feliz del mundo.

—Una persona no puede vivir solo de libros —dijo Laurie, sacudiendo la cabeza mientras se encaramaba a la mesa de enfrente.

Antes de que pudiera decir nada más, sonó el timbre y Jo se levantó y exclamó alarmada:

—¡Dios mío! ¡Es tu abuelo!

—Bueno, ¿qué más da? Tú no te asustas de nada, tengo entendido —repuso el chico con aire pícaro.

—Me temo que él sí me da un poquito de miedo, aunque no sé por qué. Mamá me ha dado permiso para venir, y no creo que estés peor por mi visita —dijo Jo componiéndose, sin apartar los ojos de la puerta.

—Estoy mucho mejor gracias a ello, y te lo agradezco. Solo temo haberte cansado con tanta charla. Era tan agradable que no soportaba la idea de terminarla —dijo Laurie con gratitud.

—El doctor viene a verle, señor —y la doncella se inclinó mientras hablaba.

—¿Te importa si te dejo sola un momento? Tengo que ir a verle —dijo Laurie.

—No te preocupes por mí. Soy absolutamente feliz en este lugar —contestó Jo.

Laurie salió y su invitada se entretuvo a su manera. Estaba delante de un magnífico retrato del anciano cuando la puerta se abrió de nuevo y ella, sin volverse, dijo con decisión:

—Ahora estoy segura de que no me asustaría de él. Tiene una mirada amable, aunque el gesto de la boca es algo torvo, y parece como si tuviera una gran confianza en sí mismo. No es tan guapo como *mi* abuelo, pero me gusta.

—Gracias, señorita —dijo una voz áspera detrás de ella, y allí, para su desconsuelo, estaba el viejo señor Laurence.

La pobre Jo se puso más roja que en toda su vida, y su corazón empezó a latir alocadamente según iba recordando todo lo que había dicho. Durante un instante un incontrolable deseo de salir corriendo se apoderó de ella, pero hubiera sido una cobardía y sus hermanas se habrían burlado de ella. Decidió quedarse y salir del apuro como fuese. Con un segundo vistazo comprobó que aquellos ojos vivaces, bajo las pobladas cejas grises, eran más amables todavía que los del retrato, y le hicieron un pequeño guiño que alejó bastante su temor. La voz áspera fue más áspera todavía cuando el anciano dijo de repente, después de la tensa pausa:

—Así que no la asusto, ¿eh?

—No mucho, señor.

—Pero usted no cree que sea tan guapo como su abuelo.

—No tanto, señor.

—Y tengo gran confianza en mí mismo, ¿verdad?

—Solo he dicho que lo creía.

—Pero le gusto a pesar de todo.

—Así es, señor.

Esta respuesta agradó al viejo caballero, que soltó una carcajada, estrechó la mano de la muchacha y, apoyando un dedo en su barbilla, le levantó la cara y zanjó la cuestión diciendo con una afirmación de cabeza:

—Tiene el mismo espíritu que su abuelo, pero no su rostro. Era un gran hombre, querida. Y lo que es aún mejor: era valiente y honesto y yo estaba orgulloso de ser amigo suyo.

—Gracias, señor —y Jo se sintió bastante mejor después de este comentario, que le resultó muy agradable.

—¿Qué ha estado haciendo con ese muchacho que tengo, eh? —fue la siguiente pregunta que planteó con tono brusco.



—Solo intentando ser una buena vecina, señor —y Jo le resumió cómo se había desarrollado la visita.

—Usted cree que necesita animarse un poco, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Parece algo solitario y quizás le convendría la compañía de gente joven. Nosotras somos todas chicas, pero estaríamos encantadas de poder ayudarle. Además, no olvidamos el espléndido regalo de Navidad que nos envió —dijo vivamente Jo.

—¡Vamos! Eso fue cosa del chico. ¿Cómo está esa pobre mujer?

—Le va mejor, señor —y Jo le contó, hablando muy rápido, todo lo relacionado con los Hummel, y cómo su madre había logrado que unos amigos más ricos que ellas se ocuparan de aquella familia.

—Tan bondadosa como su padre. Tengo que ir a visitar a su madre un día de estos. Dígase lo que sea. Esa campanilla anuncia el té. Lo tomamos temprano debido al chico. Ande, baje y siga siendo una buena vecina.

—Si no le importa que me quede, señor...

—No se lo habría dicho si no hubiera querido —y el señor Laurence le ofreció el brazo en un rasgo de cortesía a la antigua usanza.

«¿Qué habría dicho Meg de esto?», pensó Jo, mientras salían. Sus ojos bailoteaban disfrutando de la perspectiva de contar el suceso en casa.

—¡Eh! ¿Qué mosca le ha picado a este chico? —dijo el anciano caballero cuando vio que Laurie bajaba corriendo y se detenía sorprendido ante el asombroso espectáculo de Jo cogida del brazo de su temible abuelo.

—No sabía que ya había vuelto, señor —dijo él, mientras Jo le lanzaba una mirada triunfal.

—No cabe la menor duda, por el modo en que trotabas escaleras abajo. Ven a tomar el té, muchacho, y compórtate como un caballero —y dándole un pequeño tirón de pelo que pretendía ser una caricia, el señor Laurence continuó caminando, mientras Laurie, siguiéndolos, hacía cómicos gestos a sus espaldas, hasta el punto de que Jo casi estalló en carcajadas.

El anciano no dijo prácticamente nada mientras bebía sus cuatro tazas de té, pero observaba a los jóvenes, que enseguida se pusieron a charlar como viejos amigos, y el cambio operado en su nieto no le pasó desapercibido. Ahora, en la cara del chico había color, luz y vida, sus gestos eran energéticos y su risa verdaderamente feliz.

«Ella tiene razón: el chico está muy solo. Veremos qué pueden hacer estas niñas por él», pensó el señor Laurence, mientras observaba y escuchaba. Le gustaba Jo por su soltura. Le atraía la gente directa, y ella parecía entenderse con el chico como si no fuera mujer.

Si los Laurence hubieran sido lo que Jo llamaba «remilgados y lerdos», las cosas no habrían funcionado tan bien, porque ante ese tipo de gente se comportaba de forma apocada y torpe. Pero resultaron ser tan sencillos y naturales, que ella también lo pudo ser, así que les produjo muy buena impresión. Cuando se levantaron, Jo empezó a despedirse, pero Laurie le dijo que aún tenía que enseñarle algo más, y la llevó al invernadero que estaba iluminado en su honor. A Jo le pareció un lugar casi de cuento de hadas, con todas las paredes floridas, la luz suave, el aire dulcemente húmedo y enredaderas y árboles, cuyas ramas caían sobre ella. Su nuevo amigo cortó las más hermosas flores, hasta que no le cupieron más en las manos. Después las ató y le dijo con esa expresión de felicidad que tanto gustaba a Jo:

—Por favor, dáselas a tu madre, y dile que me encanta la medicina que me ha mandado.

Encontraron al señor Laurence de pie, junto al fuego, en el salón. La atención de Jo quedó totalmente acaparada por un piano de cola, que se hallaba abierto.

—¿Tocas? —preguntó volviéndose hacia Laurie con expresión de respeto.

—A veces —contestó con modestia.

—Por favor, toca algo ahora. Me gustaría oírtte y poder contárselo a Beth.

—¿No quieres probar tú primero?

—Es que no sé. Soy demasiado torpe para aprender, pero adoro la música.

Laurie tocó y Jo estuvo escuchando con la nariz lujuriosamente escondida entre heliotropos y rosas de té^[2]. Su respeto y admiración por «el joven Laurence» crecieron muchísimo: tocaba notablemente bien y sin presunción. Deseó que Beth pudiera oírle, aunque no lo dijo; simplemente alabó al chico hasta sonrojarlo y tuvo que venir el abuelo en su rescate.

—Todo llegará, todo llegará, señorita. Demasiados elogios no son buenos. No toca mal, pero espero que también sepa hacer cosas más importantes. ¿Se va? Bueno, le agradezco mucho su visita y espero que vuelva pronto. Preséntele mis respetos a su madre. Buenas noches, doctora Jo.

Le dio la mano amablemente, pero por su expresión parecía que algo le contrariaba. Cuando hubieron salido al recibidor, Jo le preguntó a Laurie si había dicho alguna inconveniencia. Él negó con la cabeza:

—No, he sido yo. No le gusta oírme tocar.

—¿Y por qué?

—Algún día te lo contaré. John te acompañará a casa; siento no poder hacerlo yo mismo.

—No es necesario. No soy ninguna damisela y mi casa está a un paso. Cuídate, ¿lo harás?

—Sí. Volverás otro día, espero...

—Si tú me prometes visitarnos en cuanto estés curado.

—Prometido.

—Buenas noches, Laurie.

—Buenas noches, Jo, ¡buenas noches!

Cuando terminó el relato de todos los acontecimientos de aquella tarde, cada miembro de la familia March encontró algún motivo para sentirse inclinado a hacer una visita en persona a la gran casa de al otro lado del seto. La señora March deseaba hablar de su padre con el anciano, Meg anhelaba pasear por el invernadero, Beth suspiraba por el piano de cola, y Amy estaba ansiosa por ver los hermosos cuadros y estatuas.

—Mamá, ¿por qué no le gustará al señor Laurence que Laurie toque? —preguntó Jo, curiosa.

—No puedo estar segura, aunque supongo que será porque su hijo, el padre de Laurie, se casó con una dama italiana dedicada a la música, y esta elección disgustó al anciano, que es muy orgulloso. Era una mujer buena, cariñosa y culta, pero a él no le gustaba y no volvió a ver a su hijo después de la boda. Los dos murieron cuando Laurie era muy pequeño y el abuelo lo recogió. Me imagino que el chico, que nació en Italia, no es demasiado fuerte, y el hombre teme perderlo y por eso lo rodea de tantos cuidados. El amor a la música ha de ser natural en Laurie, que se parece mucho a su madre, y su abuelo seguramente teme que quiera ser músico. De todas formas, su habilidad le recordará a esa mujer que tan poco le gustaba y por eso «estaba ceñudo», como ha dicho Jo.

—¡Dios mío, qué romántico! —exclamó Meg.

—¡Qué absurdo! —dijo Jo—. Que le deje ser músico si es lo que quiere y no le angustie la vida por tener que ir a la universidad, que es algo que odia.

—Esa es la razón de sus grandes ojos negros y sus finísimos modales, supongo. Los italianos suelen ser encantadores —dijo Meg, que era bastante sentimental.

—¿Qué sabes tú de sus ojos y sus modales? Si prácticamente no has hablado con él —dijo Jo, que *no* era en absoluto sentimental.

—Le vi en el baile y de lo que cuentas se deduce que sabe comportarse. Es una frase bonita eso de la medicina que mamá le había enviado.

—Supongo que se referiría al pastel de azúcar.

—¡Pero qué idiota eres, chica! Se refería a ti, está claro.

—¿De verdad? —y Jo abrió los ojos como si nunca se le hubiera ocurrido la idea.

—¡No conozco otra chica como tú! Eres incapaz de reconocer un cumplido cuando te lo dicen —repuso Meg con aire de experta en la materia.

—Eso son bobadas, y te agradecería que no seas tonta, y que no me estropees la diversión. Laurie es un chico encantador y me gusta, y no quiero mezclarlo con ideas imbéciles sobre cumplidos y otras sandeces por el estilo. Nos portaremos todas bien con él, porque no tiene madre; tiene que venir a visitarnos, ¿verdad, mamá?

—Sí, Jo, tu amigo será bienvenido, y espero que Meg recuerde que las niñas deben ser niñas mientras puedan.

—Pues yo no soy una niña, aunque no llegue a los catorce —remarcó Amy—. ¿Qué dices tú, Beth?

—Estaba pensando en nuestro «Viaje del peregrino» —contestó Beth, que no había oído una palabra—. En cómo hemos salido del Pantano por la Puerta Pequeña, lo cual es decidir portarse bien, y hemos ido avanzando en el camino mientras lo intentábamos; y que quizás la casa de al lado, llena de tantas maravillas, sea nuestro Palacio de la Belleza.

—Pero antes tendremos que enfrentarnos a los leones —dijo Jo, casi disfrutando con la idea.

Capítulo VI

Beth descubre el Palacio de la Belleza



A GRAN casa resultó ser realmente un Palacio de la Belleza, aunque pasó algún tiempo hasta que todas lo hubieron conocido; para Beth fue especialmente duro enfrentarse a los leones. El viejo señor Laurence era el mayor de todos, pero después de hablar, graciosa o amablemente, con cada una de las niñas y de charlar de los tiempos pasados con su madre, ninguna le temía demasiado, salvo la apocada Beth. El otro león era el hecho de que fuesen pobres y Laurie rico; no les gustaba aceptar favores que no podían devolver.

Pero, después de algún tiempo, se dieron cuenta de que el chico las consideraba sus benefactoras y creía que nunca podría demostrarles suficientemente su agradecimiento por la maternal acogida de la señora March, la alegre compañía que siempre encontraba en ellas y el reconfortante ambiente de su humilde casa. De modo que pronto olvidaron su orgullo e intercambiaron atenciones mutuas sin detenerse a pensar cuál era más valiosa.

En aquella época se sucedieron toda clase de hechos agradables, consecuencia de una nueva amistad, que crecía como la hierba en primavera. A todas les gustaba Laurie y él, por su parte, le comentaba a su tutor que «las hermanas March eran absolutamente maravillosas». Con el delicioso entusiasmo de la juventud tomaron al solitario muchacho a su cargo e hicieron mucho por él; el joven encontraba encantadora la inocente compañía de estas chicas de corazón puro. Nunca había tratado con una madre o con hermanas, y esto hacía que fuese más vulnerable a la influencia que ejercían sobre él y a percibir su modo de vida laborioso e intenso, hasta llegar a avergonzarse de sus indolentes hábitos. Estaba cansado de los libros y la gente le despertaba tal interés que el señor Brooke se vio obligado a hacer un

informe negativo, porque Laurie se pasaba el día haciendo novillos y escapándose a casa de los March.

—No importa... Deje que se tome un descanso y ya lo recuperará después —dijo el anciano—. La encantadora dama de la casa de al lado dice que el chico estudia demasiado y que necesita la compañía de gente de su edad, divertirse y hacer ejercicio. Me temo que tiene razón y que he estado mimándolo como si fuese su abuela. Déjale hacer lo que quiera, mientras sea feliz. No puede hacer muchas diabluras en esa especie de convento y la señora March le ayuda más de lo que nosotros podemos.

¡Qué buenos ratos pasaron! Aquellas representaciones y aquellos paseos en trineo, y patinando. Aquellas tardes en la vieja sala de estar... y aquellas, pocas pero inolvidables, reuniones en la casa grande. Meg podía pasear por el invernadero siempre que quisiera y hacerse ramos; Jo devoraba los libros de la nueva biblioteca y hacía reír al viejo caballero con sus críticas; Amy copiaba cuadros y disfrutaba de tanta belleza; y Laurie interpretaba el papel de «señor del castillo» con el más delicioso de los estilos.

Pero Beth, aunque suspiraba por el piano de cola, no había logrado reunir el coraje suficiente para ir a «la mansión de la felicidad», como la llamaba Meg. Fue una vez con Jo, pero el anciano, que ignoraba su debilidad, clavó su mirada en ella sin disimulo y dijo «¿Qué tal?» tan alto, que la asustó hasta «hacerla temblar como una hoja», o al menos así se lo contó a su madre. Salió corriendo y declaró que nunca volvería allí, ni siquiera por el ansiado piano. No hubo manera de que superase su pavor hasta que el suceso llegó, misteriosamente, a oídos del señor Laurence, que decidió buscarle solución. Durante una de sus breves visitas a casa de los March fue llevando, poco a poco, la conversación hacia el tema de la música, y habló de los grandes cantantes que había conocido y de los delicados órganos que había oído y contó anécdotas tan interesantes que a Beth le resultó imposible permanecer distante en su esquina y se fue acercando más y más, como hipnotizada. Se puso justo detrás de la silla del hombre y se quedó ahí, escuchando con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas de excitación. Sin hacerle más caso que si fuese una mosca, el señor Laurence habló de las lecciones de Laurie y de su profesor y, de repente, como si se le acabara de ocurrir la idea, le dijo a la señora March:

—El chico practica poco ahora y me alegro, porque su afición empezaba a ser excesiva. Pero el piano sufre por falta de uso. ¿No le gustaría a alguna de sus hijas acercarse y practicar de vez en cuando? Simplemente para tenerlo afinado, ya sabe...

Beth dio un paso y se agarró las manos para que no le temblasen; era una tentación irresistible y la idea de practicar en aquel espléndido instrumento casi la dejó sin respiración. Antes de que la señora March pudiera responderle, el señor Laurence, con su característico movimiento de cabeza y una sonrisa, continuó diciendo:

—No tendría que hablar con nadie y podría venir a la hora que quisiera. Normalmente yo me encierro en mi estudio, en el otro extremo de la casa, Laurie casi siempre está fuera y los criados nunca se acercan al salón después de las nueve.

El hombre se levantó con la intención de irse y esto decidió a Beth; las últimas argumentaciones no dejaban nada que desear.

—Por favor, cuente a sus niñas lo que le he dicho, aunque si no les apetece, bueno, no tienen ningún compromiso.

Una pequeña mano se deslizó entre las suyas y Beth lo miró con una expresión llena de gratitud, mientras decía a su manera tímidamente grave:

—¡Oh, señor, sí nos apetece, mucho, muchísimo!

—¿Tú eres la chica aficionada a la música? —dijo él, sin lanzar ningún «¿Qué tal?» y mirándola con mucha dulzura.

—Soy Beth. Adoro la música e iré, si no hay nadie que me oiga... y a quien pueda molestar —añadió, temiendo ser brusca y temblando de su audacia mientras hablaba.

—Ni un alma, querida. La casa está vacía la mitad del tiempo. Ven y practica cuanto quieras, y yo te estaré muy agradecido.

—¡Qué amable es usted, señor!

Beth se ruborizó bajo la mirada amistosa del hombre y, como ya no tenía miedo, le estrechó la mano, porque le faltaban las palabras para darle las gracias por el precioso regalo que le acababa de hacer. El viejo caballero le retiró con dulzura el flequillo de la frente, se inclinó y la besó, diciendo en un tono que poca gente le había escuchado:

—Yo tuve una niña con unos ojos como los tuyos. Dios te bendiga, querida. ¡Buenos días, señora! —y se marchó deprisa.

Beth abrazó a su madre emocionada y salió apresuradamente a darle la fantástica noticia al resto de los miembros de la familia, que no estaban en casa. ¡Cómo cantaba Beth aquella tarde, y cuánto se rieron de ella porque por la noche despertó a Amy tocando, en sueños, el piano en su cara! Al día siguiente, cuando vio salir al abuelo y a su nieto, Beth, después de un par de intentos que no llegaron a su fin, entró por la puerta de servicio y se encaminó, silenciosa como un ratoncillo, al salón donde estaba el objeto de

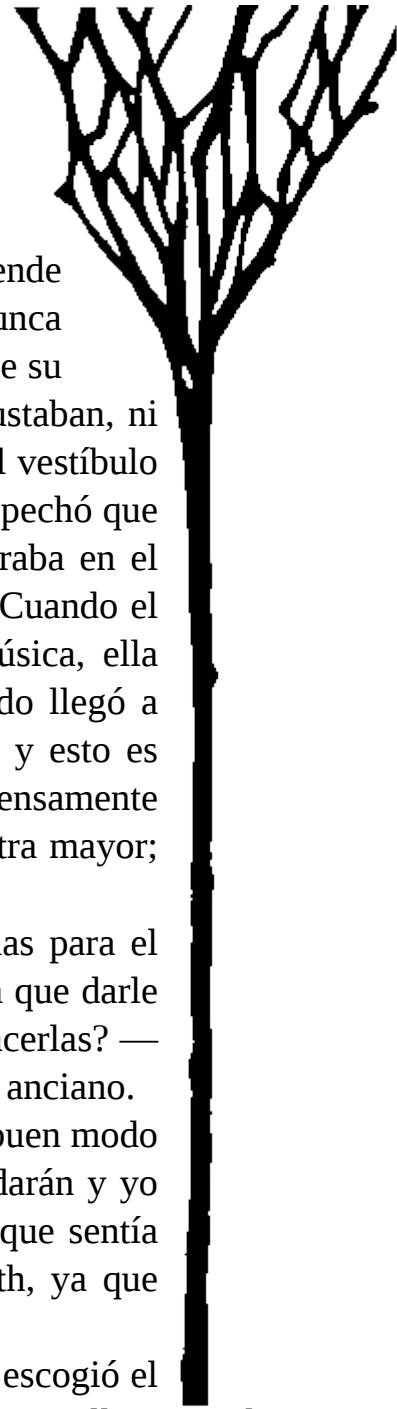
sus sueños. Casualmente, por supuesto, había algunas partituras de piezas sencillas y hermosas sobre el piano... Con dedos temblorosos y haciendo frecuentes pausas para escuchar y mirar alrededor, Beth tocó al fin el magnífico instrumento. Pronto se olvidó del miedo, de sí misma y de todo, dado el encanto inexplicable que la música le proporcionaba y que era como la voz de un amigo amado.

Estuvo tocando hasta que Hannah fue a buscarla para la cena: pero no tenía apetito. No hizo más que, desde su silla, sonreír a todas en un estado de absoluta beatitud. Desde entonces, un sombrerito marrón cruzaba casi todos los días el seto y el gran salón recibía la visita de un duende musical que entraba y salía sin ser visto. Ella nunca supo que el señor Laurence a veces abría la puerta de su estudio para oír las viejas melodías que tanto le gustaban, ni tampoco vio nunca a Laurie montando guardia en el vestíbulo para que ningún criado se acercase, y ni siquiera sospechó que los libros de ejercicios y las canciones que encontraba en el atril los habían puesto allí especialmente para ella. Cuando el joven, en alguna de sus visitas, hablaba de su música, ella pensaba que era por pura amabilidad. De este modo llegó a disfrutar plenamente, tal y como había imaginado, y esto es algo que no siempre sucede. Quizá debido a lo intensamente agradecida que estaba por esta bendición, recibió otra mayor; en cualquier caso, las merecía ambas.

—Mamá, he pensado bordar un par de zapatillas para el señor Laurence. Es tan amable conmigo que tendría que darle las gracias, y no se me ocurre otro modo. ¿Puedo hacerlas? —preguntó Beth unas semanas después de la visita del anciano.

—Sí, querida. Seguro que le gustarán y será un buen modo de agradecer su generosidad. Tus hermanas te ayudarán y yo pagaré los materiales —contestó la señora March, que sentía un placer especial al ceder a las peticiones de Beth, ya que raramente pedía algo para ella misma.

Después de largas discusiones con Meg y Jo, se escogió el dibujo, se compró lo necesario y se comenzaron las zapatillas. Decidieron que lo más apropiado sería un pequeño ramillete de pensamientos, austeros y alegres a la vez, sobre un fondo púrpura más oscuro. Beth bordó las partes



sencillas y, de cuando en cuando, echó una mano a sus hermanas en las difíciles. Hacían muy bien las labores de aguja, y las zapatillas estuvieron terminadas antes de que ninguna de ellas se cansara de la tarea. Entonces, Beth escribió una breve nota y, con ayuda de Laurie, logró dejarlas, una mañana, encima de la mesa del estudio, antes de que se levantase el anciano.

Pasada la emoción del momento, Beth esperó a ver qué sucedía. Pasó todo el día y parte del siguiente sin que llegase ninguna noticia, y empezó a temer que su excéntrico amigo se hubiese ofendido. El segundo día por la tarde salió para hacer un recado y aprovechó para que Joanna, la pobre muñeca inválida, diese un paseo. Al volver vio, desde la calle, tres, no, cuatro cabezas asomadas a las ventanas de la sala de estar y, en cuanto la reconocieron, varias manos empezaron a agitarse y se oyeron unas alegres voces que gritaban:

—¡Tienes carta del señor Laurence! ¡Corre, ven a leerla!

—¡Oh, Beth, te ha enviado...! —empezó a decir Amy, gesticulando como una loca, pero no pudo terminar porque Jo cerró de golpe la ventana.

Beth, intrigada, aceleró el paso. En la puerta encontró a sus hermanas, que la agarraron y la condujeron a la sala en una especie de comitiva triunfal; todas señalaban y decían a la vez:

—¡Mira, mira!

Y Beth miró. Palideció de alegría y sorpresa al ver lo que tenía delante de sus ojos: un pequeño piano vertical y en su resplandeciente tapa una carta dirigida a la «Señorita Elizabeth March».

—¿Para mí? —preguntó Beth agarrándose a Jo para no caer al suelo por la emoción.

—¡Sí, para ti, cariño! ¡Qué generoso! ¿No te parece que es el anciano más bueno del mundo? La llave está dentro de la carta; no la hemos abierto, aunque estamos que nos morimos por saber lo que dice —exclamó Jo abrazándose a su hermana y dándole la nota.

—Léela tú. Yo no puedo. Estoy a punto de desmayarme. ¡Oh, es demasiado bonito! —y Beth escondió la cara en el delantal de Jo, totalmente alterada por el regalo.

Jo abrió el sobre y se echó a reír, porque las primeras palabras que se encontró eran:

Señorita March: Estimada señorita...

—¡Qué bien suena! Quisiera que alguien me escribiera así —dijo Amy pensando que esa manera de encabezar las cartas, a la antigua, era muy

elegante.

He tenido muchos pares de zapatillas en mi vida, pero ninguno que me siente tan bien como las tuyas —continuó leyendo Jo—. *Los pensamientos son mis flores preferidas y estos siempre me recordarán a la adorable persona que me los regaló. Como me gusta pagar mis deudas, sé que permitirá a «el anciano caballero» enviarle algo que en otros tiempos perteneció a la nieta que he perdido.*

Le doy las gracias de corazón y le envío mis mejores deseos.

Su amigo agradecido y atento servidor,

James Laurence.

—Vaya, Beth, este es un honor del que puedes estar orgullosa, ¡no hay duda! Laurie me dijo cuánto quería el señor Laurence a la niña que murió y con qué cuidado guardaba sus cosas. Piensa que te ha dado su piano. Y todo por tener unos ojos grandes y azules y amar la música —dijo Jo, tratando de calmar a Beth, que temblaba y parecía más excitada que nunca.

—Mira qué candelabros, y lo bonitos que son estos pliegues de seda verde con una rosa dorada en el centro, y el atril, y el taburete. No le falta de nada —añadió Meg, abriendo el piano y mostrando todas sus maravillas.

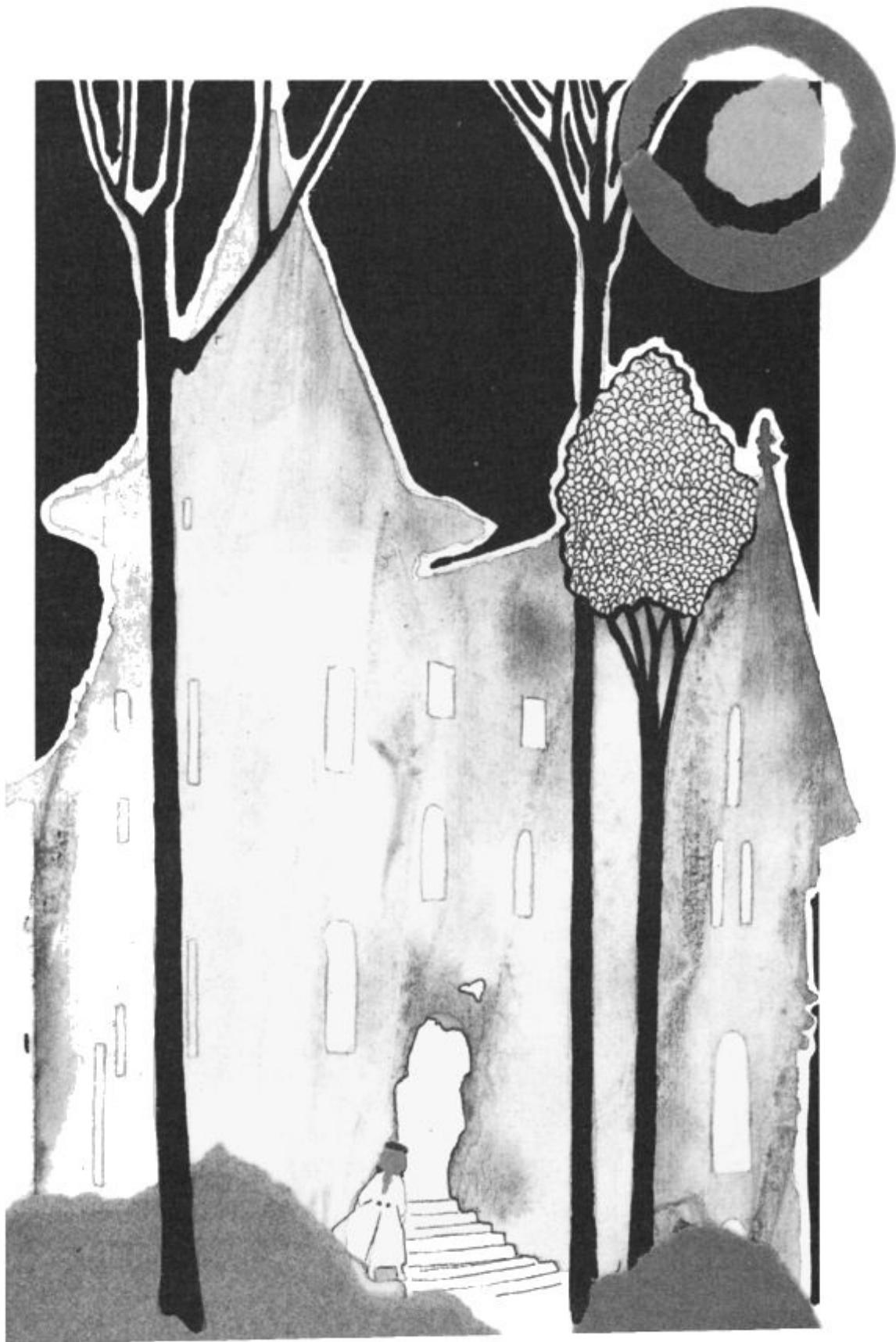
—«Su atento servidor, James Laurence»... pensar que alguien te ha escrito esas palabras. Se lo contaré a mis amigas; les va a encantar —dijo Amy muy impresionada por la nota.

—¡Pruébalo, cariño! ¡Que oigamos cómo suena el piano! —dijo Hannah, que siempre participaba de las alegrías y penas familiares.

Beth lo probó. Todas coincidieron en que era el mejor piano que habían oído. Era evidente que lo acababan de afinar y lo habían dejado perfecto, pero su mayor encanto consistía en las caras de felicidad con que observaban cómo Beth tocaba amorosamente las negras y blancas teclas y presionaba los brillantes pedales.

—Tendrás que ir a darle las gracias —dijo Jo en broma, porque nunca imaginó que la niña fuese a hacerlo realmente.

—Sí, lo haré. Creo que iré ahora mismo, antes de que me entre el miedo pensándolo —y ante el increíble asombro de toda la familia, Beth salió muy decidida al jardín, cruzó el seto y la puerta de casa de los Laurence.



—¡Bueno, que me muera si no es lo más raro que he visto en mi vida! ¡El piano la ha vuelto loca! Nunca haría semejante cosa si estuviera en su sano juicio —gritó Hannah, viéndola salir, mientras las chicas seguían mudas ante el milagro.

Todavía se habrían sorprendido más si hubieran visto a Beth a continuación. Aunque no me creáis, fue y llamó a la puerta del estudio sin darse tiempo para pensar, y cuando la voz ronca gritó «¡Adelante!», entró, llegó sin dudar hasta el señor Laurence y le cogió la mano diciendo, con un pequeño temblor en la voz:

—He venido a darle las gracias, señor, por...

No terminó la frase porque el anciano la miraba con tanto cariño que se olvidó de lo que le iba a decir y solo pensaba en que el hombre había perdido a su amada nieta. Le echó los brazos al cuello y le besó.

Si el techo de la casa hubiese salido volando, el viejo caballero no se habría sorprendido más. Pero le gustó —oh, Dios, ya lo creo que le gustó muchísimo—, le conmovió tanto aquel pequeño beso confiado que toda su dureza se esfumó; la cogió y la sentó en sus rodillas y apoyó su arrugada mejilla en la sonrosada de la niña, sintiendo que, por un momento, volvía a tener a su nietecita. Desde ese momento, Beth dejó de temerle y, así sentada, habló con él con la misma confianza que si le conociera desde siempre. El amor acaba con el miedo y la gratitud con el orgullo.

Cuando volvió a casa, él la acompañó hasta la verja, le estrechó la mano cordialmente y la saludó con el sombrero al despedirse, erguido y firme, como el atractivo y marcial caballero que era.

Cuando sus hermanas vieron esta escena, Jo se puso a bailar de alegría, Amy casi se cae de la ventana por la sorpresa y Meg, levantando los brazos, exclamó:

—¡Creo que es el día del fin del mundo!



Capítulo VII

Amy y el Valle de la Humillación



SE CHICO es un perfecto cíclope, ¿no creéis? —dijo Amy un día, al ver pasar a Laurie a caballo, haciendo florituras con la fusta.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? Si tiene los dos ojos... y muy bonitos, por cierto —gritó Jo, a quien no hacían gracia los comentarios despectivos sobre su amigo.

—Pero si yo no he dicho nada de sus ojos. No sé por qué tienes que enfadarte cuando lo que hago es admirar su modo de montar a caballo.

—¡Oh, por Dios! Esta gansa enana quería decir centauro, y va y lo llama cíclope —exclamó Jo con una carcajada.

—No hace falta insultar, ha sido simplemente un *lapsus polígota*, como dice el señor Davis —le contestó Amy, dejando definitivamente pasmada a Jo —. Lo que me gustaría es tener algo, un poco, del dinero que Laurie se gasta en ese caballo —añadió como para ella, aunque con la esperanza de que sus hermanas la oyesen.

—¿Para qué? —le preguntó amablemente Meg, ya que Jo estaba otra vez muerta de risa por la segunda metedura de pata de Amy.

—Lo necesito. Tengo una deuda terrible y todavía falta un mes para mi asignación.

—¿Una deuda? ¿Qué quieres decir? —y Meg la miró con gesto serio.

—Bueno, es que debo por lo menos una docena de limas en conserva y no puedo pagarlas hasta que no consiga algún dinero. Ya sabes que mamá me ha prohibido dejar nada a deber en la tienda.

—Cuéntamelo desde el principio. ¿Es que ahora están de moda esas limas? Antes pellizcábamos trocitos de goma para hacer pelotas —y Meg

trató de no perder la seriedad, tal era el aire de solemnidad e importancia que tenía Amy.

—Verás, las chicas las compran constantemente, y si una no quiere ser menos, pues tiene que hacerlo también. Ahora las limas son lo más interesante, todas las están chupando en los pupitres durante las clases y, en la hora del recreo, las cambian por lápices, abalorios, anillos, muñecas de papel y cosas así. Si una niña te cae bien, le regalas una lima; y si no la soportas, te la comes delante de sus narices sin invitarla ni a un gajo. Se regalan alternativamente, y a mí ya me han dado un montón y no las he devuelto, que es lo que debería hacer...; son deudas de honor, ¿lo comprendes?

—¿Cuánto cuesta pagarlas todas y restituir tu crédito? —preguntó Meg sacando su monedero.

—Un cuarto de dólar será suficiente, y sobrarán algunos centavos para que te regale una. ¿Te gustan las limas?

—No mucho, puedes quedarte con la vuelta. Aquí tienes el dinero. Y a ver si te dura, que ya sabes que no nos sobra.

—¡Oh, gracias! ¡Debe de ser estupendo tener tu propio dinero! Me voy a dar un festín; hace semanas que no pruebo una lima. Me daba reparo aceptarlas si no iba a poder devolvérselas..., y me apetecían tanto.

Al día siguiente llegó algo tarde a la escuela; aun así no pudo resistir la tentación de mostrar, con perdonable orgullo, el paquete de papel marrón húmedo, antes de meterlo en su pupitre. Durante los minutos siguientes se extendió por toda la clase el rumor de que Amy March había comprado veinticuatro deliciosas limas (se había comido una por el camino) y las iba a repartir entre su «pandilla». Sus amigas la abrumaron con sus atenciones... Katy Brown la invitó a su próxima fiesta; Mary Kingsley insistió en prestarle su reloj hasta la hora del recreo; y Jenny Snow, una chica muy irónica que se había burlado de Amy cuando no tenía limas, se ofreció a hacer las paces y a resolverle algunos problemas de matemáticas especialmente complicados... Pero Amy no había olvidado sus burlonas palabras sobre «ciertas personas presumidas cuyas narices no son tan chatas como para impedirles oler las limas de las demás y, con tanto orgullo, que son incapaces de pedir una», e inmediatamente aplastó las aspiraciones de «esa muchacha, Snow» con una misiva fulminante: «Es inútil que te pongas amable de repente, porque no conseguirás nada».

Dio la casualidad de que un distinguido personaje visitó la escuela aquella mañana, y alabó los mapas tan detalladamente dibujados por Amy. Este honor a su enemiga no le sentó nada bien a la señorita Snow, y la señorita March,

por su parte, se puso hinchada como un pavo real. Pero ¡ay!, al orgullo siempre le sigue la caída, y la vengativa Snow hizo girar las tornas con un resultado desastroso. En cuanto el visitante hubo hecho los cumplidos habituales y salió de la clase, Jenny, con la excusa de hacer una pregunta importante, le contó al señor Davis, el maestro, que Amy March tenía limas en conserva en su pupitre.

El caso es que el señor Davis había declarado las limas artículo de contrabando y había prometido solemnemente castigar en público con la regla a la primera que encontrase infringiendo la ley. Este hombre tan resistente había logrado, tras una dura batalla, que desaparecieran los chicles, había quemado las novelas y revistas que confiscaba, había conseguido cerrar el servicio privado de correo entre las chicas, había prohibido las muecas, motes y caricaturas y, en resumen, había hecho todo lo que un hombre puede hacer para mantener en orden a cincuenta niñas rebeldes. Los chicos podían acabar con la paciencia de cualquiera, no hay duda, pero las chicas son infinitamente peor, en especial para un caballero nervioso, de carácter autoritario y sin ningún talento para la enseñanza. El señor Davis sabía mucho griego, latín, álgebra y otras materias por el estilo, y consideraba que eso conformaba un buen profesor, y los modales, la moral, los sentimientos y el dar ejemplo le parecían asuntos sin importancia. Era el peor momento para denunciar a Amy, y Jenny lo sabía. Sin duda, el señor Davis había tomado un café demasiado fuerte aquella mañana y soplaba viento del Este, que siempre afectaba a su neuralgia, y, para colmo, sus alumnas no le había dejado en tan buen lugar como él creía merecer. Así que, usando una expresión escolar muy apropiada, aunque no elegante, estaba «tan histérico como una bruja y furibundo como un oso». La palabra «limas» le produjo el mismo efecto que el fuego a la pólvora: enrojeció de ira, y golpeó tan brutalmente su mesa que Jenny dio un bote en su asiento con unos reflejos inusuales en ella.

—¡Señoritas, hagan el favor de prestar atención!

Cesó el murmullo y cincuenta pares de ojos azules, negros, grises y marrones fijaron obedientemente la mirada en su terrible rostro.

—Señorita March, acérquese a mi mesa.

Amy se levantó, obediente, manteniendo en apariencia la calma, pero secretamente angustiada por el peso de las limas sobre su conciencia.

—Y traiga las limas que hay en su pupitre —fue la orden inesperada que la detuvo antes de que hubiera dejado su sitio.

—No las lleves todas —le susurró su vecina, una jovencita de gran presencia de ánimo.

Amy sacó rápidamente media docena del paquete y llevó el resto ante el señor Davis, pensando que cualquier persona que tuviese corazón se ablandaría cuando aquel delicioso perfume llegase a sus narices. Para su desgracia, el señor Davis detestaba en especial ese fuerte olor, y el asco se unió a su ira.

—¿Están todas?

—No exactamente —balbuceó Amy.

—Traiga el resto inmediatamente.

Echando una mirada de desesperación a su pandilla, obedeció.

—¿Está segura de que ya no quedan más?

—Yo nunca miento, señor.

—Ya veo. Ahora vaya cogiendo esas repugnantes cosas de dos en dos y tirelas por la ventana.

Hubo un suspiro general al caer la última fruta, como si les arrancaran su sabor de los labios mismos. Roja de vergüenza e indignación, Amy fue de la mesa a la ventana en seis espantosas ocasiones, y cada vez que arrojó un par de delicias jugosas, un alegre grito desde la calle vino a unirse a la angustia de las chicas, porque les hacía comprender que estaban regalando su festín a los críos irlandeses, sus peores enemigos. Era... demasiado; todas parecían indignadas o echaban miradas implorantes al inexorable Davis, y una apasionada amante de las limas llegó incluso a llorar.



Cuando Amy regresó de su último viaje, el señor Davis lanzó un potente «¡Ejem!» y dijo, con su tono más severo:

—Señoritas, creo que recordarán lo que les dije la semana pasada. Siento que esto haya sucedido, pero jamás permito que se infrinja una de mis normas, y jamás incumpliré mi palabra. Señorita March, extienda la mano.

Amy se asustó y escondió las manos a su espalda, volviéndose hacia el hombre con una mirada implorante que era un ruego mejor que todas las palabras que no era capaz de pronunciar. Era una de las alumnas favoritas del

«viejo Davis» —este, evidentemente, era su mote— y estoy convencida de que sí *habría* roto su palabra de no ser porque el enfado de una jovencita irresponsable vino a manifestarse en forma de silbido. Este silbido, aunque débil, terminó de irritar al irascible caballero y zanjó el destino de la culpable.

—La mano, señorita March —fue la contestación que la muda súplica recibió.

Demasiado orgullosa para llorar e implorar, Amy apretó los dientes, echó hacia atrás su cabeza, desafiante, y aguantó sin queja varios palmetazos en su pequeña mano extendida. No fueron muchos, ni muy fuertes, pero eso le daba igual. Era la primera vez en su vida que alguien le pegaba, y el desastre, a su modo de ver, era tan grande como si la hubieran tumbado de golpe.

—Se quedará en la tarima hasta la hora del recreo —dijo el señor Davis, decidido a llegar hasta el final, ahora que había empezado.

Fue horrible. Ya hubiera sido bastante espantoso volver a su sitio y ver las caras de compasión de sus amigas, o las de satisfacción de sus enemigas; pero enfrentarse a todo el colegio, con el castigo aún reciente sobre sus espaldas, era demasiado, y por un momento pensó que se iba a dejar caer en el mismo sitio donde estaba y rompería a llorar con toda su alma. Un sentimiento amargo de injusticia y el recuerdo de Jenny Snow la ayudaron a aguantar. Se colocó en el lugar de la vergüenza y fijó la vista en el tubo de la estufa, por encima de lo que ahora le parecía un mar de rostros. Allí se quedó, de pie, tan silenciosa y pálida que a las demás alumnas les resultó muy duro estudiar con aquella figura patética ante ellas.

Durante los quince minutos que siguieron, la chiquilla, orgullosa y sensible, soportó un castigo y un dolor que nunca olvidaría. Para otras habría sido algo trivial, incluso risible, pero no para ella, que durante los doce años de su vida solo había recibido amor. Nunca le había pasado nada parecido. El dolor que sentía en la mano y la angustia en el corazón no eran nada comparado con el horror que le producía la idea: «Tendré que contarla en casa, y ¡cómo les voy a desilusionar!».

Los quince minutos le parecieron una hora, pero por fin pasaron, y la palabra «¡Recreo!» le pareció más deseable que nunca.

—Puede marcharse, señorita March —dijo el señor Davis, que se sentía más bien molesto.

Tardó en olvidar la mirada de reproche que Amy le lanzó mientras salía, sin decirle nada a nadie, directa al vestíbulo, donde recogió sus cosas y abandonó aquel lugar «para siempre», según se dijo a sí misma apasionadamente. Estaba tan triste cuando volvió a casa, que sus hermanas,

según fueron llegando, algo más tarde, organizaron inmediatamente una indignada reunión. La señora March prácticamente no dijo nada, pero parecía estar disgustada, y calmó a su afligida hija pequeña con muchísimo cariño. Meg lavó la mano herida con glicerina y lágrimas; Beth pensó que un daño semejante no lo calmarían ni sus adorados gatitos; Jo, furiosa, decidió que el señor Davis tenía que ser arrestado sin demora; y Hannah temblaba de ira contra el «canalla», mientras aplastaba las patatas para la cena como si tuviese al hombre bajo su tenedor.



Nadie notó la huida de Amy salvo sus compañeras. Las perspicaces muchachas notaron además que el señor Davis fue más benigno de lo habitual aquella tarde, y que se comportó con un nerviosismo no frecuente. Poco antes de que la escuela cerrara, entró Jo y, con expresión severa, se acercó hasta la mesa del profesor y entregó una carta de parte de su madre; después, recogió las pertenencias de Amy y se fue, frotando cuidadosamente sus botas en el felpudo de la puerta, como si se limpiara la suciedad de aquel lugar.

—Sí, puedes tomarte una temporada de vacaciones, pero tendrás que estudiar todos los días un rato con Beth —dijo la señora March esa tarde—. No apruebo el castigo corporal, y menos con las niñas. Y no me gusta la manera de enseñar del señor Davis, ni creo que las chicas que conoces ahí te hagan ningún bien, así que voy a pedirle consejo a tu padre antes de enviarte a algún otro sitio.

—Eso está bien. Ojalá se marcharan todas las niñas y su vieja escuela se quedase vacía. Es para volverse loca pensar en todas esas maravillosas limas desperdiciadas —suspiró Amy con aire de mártir.

—Yo no siento que te hayas quedado sin ellas; rompiste las normas y merecías algún castigo por tu desobediencia —fue la severa respuesta, que dejó bastante desilusionada a la cría, que no esperaba sino la comprensión de todos.

—¿Quieres decir que te alegras de mi vergüenza ante todo el colegio? —exclamó Amy.

—Yo no hubiera elegido exactamente ese castigo —contestó su madre—, aunque tengo mis dudas; no sé si métodos más suaves habrían sido igualmente efectivos. Te estás volviendo muy vanidosa, cariño, y va siendo hora de que empieces a corregirlo. Tienes muchas virtudes, pero no es necesario que vayas jactándote de ellas, porque al vanagloriarte las destruyes. El talento o la bondad no suelen pasar desapercibidos a los demás, pero, aunque así fuera, el ser consciente de que los posees y el saber hacer un buen uso de ellos debería ser satisfacción suficiente. Además, la modestia es el mayor encanto de cualquier virtud.

—¡Sin duda! —exclamó Laurie, que estaba en un rincón jugando al ajedrez con Jo—. Yo conocí a una chica que tenía un talento increíble para la música, sin saberlo. Ni siquiera imaginaba lo dulces que eran sus pequeñas improvisaciones, y si alguien se lo hubiera dicho, no lo hubiese creído.

—Me gustaría haber conocido a esa chica; quizás habría podido ayudarme. Yo soy tan torpe —dijo Beth, que estaba pegada a su espalda, escuchando sin perder palabra.

—Pues la conoces. Y te ayuda más que nadie —contestó Laurie mirándola con una expresión pícara que, de repente, la hizo enrojecer y esconder la cabeza entre los cojines del sofá, confundida por el inesperado descubrimiento.

Jo dejó que Laurie ganase la partida, en pago al piropo que le había lanzado a Beth, quien, por su parte, y después de tal alabanza, fue incapaz de tocar el piano, por más que se lo rogaron. De modo que acabó por tocar Laurie. Y cantó magníficamente, mostrando su mejor humor..., y es que en casa de los March raramente dejaba ver el lado sombrío de su carácter.

Cuando se hubo ido, Amy, que había estado pensativa durante toda la velada, dijo de pronto, como si estuviera ocupadísima con algún nuevo descubrimiento:

—¿Laurie es un chico culto?

—Sí. Ha tenido una educación excelente y no le falta talento. Llegará a convertirse en un auténtico caballero si no lo miman demasiado —contestó su madre.

—Y no es vanidoso, ¿verdad? —preguntó Amy.

—En absoluto. Por eso resulta tan agradable y nos gusta su compañía.

—Ya. Es agradable tener cultura y ser elegante, pero sin resultar pretencioso o hacer hincapié en ello —dijo Amy pensativa.

—De la misma manera que no es de buen gusto ponerte todos tus sombreros, trajes y lazos a la vez, solo para que los demás sepan que los tienes —concluyó Jo, arrancando una carcajada general.



Capítulo VIII

El encuentro de Jo con Apollyon^[1]



DÓNDE VAIS? —preguntó Amy cuando, un sábado por la tarde, al entrar en el cuarto de sus hermanas, las encontró arreglándose a escondidas para salir.

Los secretos excitaban su curiosidad.

—No te importa. Las niñas no deberían andar por ahí preguntando —le contestó Jo, cortante.

Si *hay* algo que realmente hiere nuestros sentimientos cuando somos jóvenes, es precisamente que nos lo recuerden; y si además se nos invita cortésmente a salir, parece que no nos podríamos irritar más. Amy se tragó este insulto, decidida a descubrir el secreto aunque tuviera que estar fastidiándolas durante una hora. Se dirigió a Meg, que nunca era capaz de negarle algo por mucho tiempo, y dijo con aire engatusador:

—¡Cuéntamelo! Seguro que yo podría ir también. Beth está alborotando con el piano y yo no tengo nada que hacer, y estoy tan sola.

—No puedo, cariño. No estás invitada —empezó a explicar Meg, pero Jo la interrumpió con impaciencia.

—Meg, haz el favor de callarte, o lo estropearás todo. No puedes venir, Amy, así que no seas cría y deja de lloriquear.

—Vais a algún sitio con Laurie. Estoy segura: anoche cuchicheabais y os reíais en el sofá y os callasteis cuando llegué yo. ¿A que vais con él?

—Sí, vamos con él. Ahora estate calladita y deja de molestar.

Amy contuvo su lengua y se dedicó a observar. Vio que Meg introducía su abanico en uno de sus bolsillos.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Vais al teatro a ver *Los siete castillos* —gritó, añadiendo muy decidida— y yo voy a ir. Mamá dijo que podía verla y tengo

el dinero de mi asignación. Ha sido una maldad que no me lo dijerais a tiempo.

—Escúchame un momento y sé buena niña —dijo suavemente Meg—. Mamá no quería que fueses esta semana, porque tus ojos no están lo suficientemente recuperados como para soportar las luces de esta obra. Podrás ir la semana que viene, con Beth y Hannah, y te lo pasarás muy bien.

—No será ni la mitad de divertido que ir con vosotras y con Laurie. Déjame ir, por favor. Llevo tanto tiempo encerrada con este resfriado que me muero de ganas de hacer algo apetecible. ¡Anda, Meg! Seré buenísima —imploró Amy, mirándola tan patéticamente como le fue posible.

—Supongo que podríamos llevarla. No creo que a mamá le importe si va bien abrigada —dijo Meg.

—Si va *ella*, no voy yo. Y si no voy yo, a Laurie no le va a gustar. Además, sería de muy mala educación llevar a Amy cuando nos ha invitado solo a nosotras. Lo que pasa en realidad es que no quiere pagar la entrada de su dinero —dijo Jo secamente, porque si algo la enojaba, era tener que cuidar de una cría molesta cuando quería divertirse.

Su tono y sus maneras irritaron tanto a Amy que empezó a ponerse las botas, diciendo de forma absolutamente provocativa:

—Voy a ir. Meg me ha dicho que puedo..., y si pago mi entrada, Laurie no tiene por qué opinar nada.

—No podrás sentarte con nosotras. Nuestras localidades ya están reservadas y tendrás que sentarte sola. Así que Laurie se verá obligado a cederte su sitio y ya no tendrá ninguna gracia..., o, si no, tendrá que sacar una entrada más para ti, lo cual no es en absoluto correcto, ya que no estás invitada. No vas a conseguir nada, o sea que no hace falta que sigas arreglándote —espetó Jo, más seca que nunca.

Sentada en el suelo y con las botas a medio poner, Amy se echó a llorar. Meg intentaba razonar con ella cuando Laurie llamó a la puerta y las dos chicas se apresuraron a bajar, dejando a Amy en pleno desconsuelo. Y como, de vez en cuando, olvidaba sus modales de jovencita y actuaba como una niña mimada, se asomó a la barandilla y dijo con tono teatral:

—Te arrepentirás de esto, Jo March, acuérdate de lo que te digo.

—¡Bobadas! —le contestó Jo, dando un portazo. Fue una velada maravillosa. *Los siete castillos del lago del Diamante* resultó aún más brillante y maravillosa de lo que esperaban. Pero, a pesar de los graciosos diablillos rojos, de los chispeantes duendes, de los elegantes príncipes y princesas, un detalle amargó el disfrute de Jo: los rizos rubios de la reina de

las hadas le recordaban a Amy, y en los entreactos no pudo evitar ponerse a pensar qué se le ocurriría a su hermana para hacer que «se arrepintiera». Amy y ella habían chocado muchas veces a lo largo de sus vidas, debido a que ambas tenían un genio rápido que, cuando aparecía —cosa muy frecuente—, las predisponía a la violencia. Amy fastidiaba a Jo y Jo irritaba a Amy, y de vez en cuando explotaban, aunque luego se arrepintieran de ello. A pesar de ser la mayor, Jo tenía menos control sobre sí misma y se esforzaba en doblegar ese carácter fiero que tantos problemas le acarreaba. Sus enojos nunca duraban mucho, luego, confesaba humildemente su falta, lo sentía de corazón e intentaba comportarse mejor. Sus hermanas solían decir que les gustaba poner furiosa a Jo, porque después se convertía en un auténtico ángel. La pobre Jo intentaba desesperadamente aprender a comportarse, pero el enemigo que llevaba en su seno estaba siempre dispuesto a alzarse y derrotarla. Le llevaría años de paciente esfuerzo llegar a dominarlo.

Cuando llegaron a casa, encontraron a Amy leyendo en la sala. En cuanto entraron, adoptó un aire ofendido, no levantó los ojos del libro ni les hizo ninguna pregunta. Quizá la curiosidad hubiese podido con su resentimiento si Beth no hubiera estado allí para preguntar y escuchar la encendida descripción de la obra. Al subir para guardar su mejor sombrero, lo primero que Jo miró fue la cómoda, porque, tras su última disputa, Amy había desahogado su rabia volcando el cajón de Jo por el suelo. Todo estaba en su sitio y, después de echar un rápido vistazo en armarios, bolsos y cajas, Jo decidió que Amy había olvidado y perdonado sus agravios.

Pero Jo se equivocaba. Al día siguiente descubrió algo que provocó una auténtica tempestad. A última hora de la tarde, Meg, Beth y Amy estaban sentadas juntas cuando Jo se plantó en la habitación, muy excitada, y preguntó casi sin aliento.

—¿Ha cogido alguien mi libro?

Meg y Beth dijeron «no» a la vez y la miraron sorprendida. Amy avivó el fuego y no dijo nada. Jo vio cómo le subían los colores y se abalanzó sobre ella:

—¡Amy, lo tienes tú!

—No, no lo tengo.

—¡Entonces, sabes dónde está!

—Tampoco.

—¡Mientes! —gritó Jo, agarrándola por los hombros y mirándola con una ira capaz de amedrentar a una niña mucho más valiente que Amy.

—No. Yo no lo tengo y no sé dónde está ahora, ni me importa.

—Tú sabes algo. Y mejor será que lo digas de una vez si no quieres que te obligue —y Jo la zarandeó.

—Insúltame cuanto quieras... No volverás a ver tu ridículo libro —gritó Amy, excitándose también.

—¿Por qué?

—Porque lo he quemado.

—¡Qué! ¡El libro en el que había trabajado tanto y del que tan orgullosa estaba!... Quería terminarlo antes de que papá volviera a casa. ¿Lo has quemado de verdad? —dijo Jo, muy pálida, mientras sus ojos se inflamaban y sus manos agarraban a Amy nerviosamente.

—¡Sí, lo he quemado! Te dije que me vengaría por lo que me hiciste ayer, y me he vengado...

Amy no pudo decir nada más porque la furia dominaba a Jo, que sacudía a su hermana hasta hacerla temblar, mientras gritaba, dolida e iracunda:

—¡Eres mala, mala! ¡Nunca podré volver a escribirlo!... ¡No te perdonaré mientras viva!

Meg corrió a rescatar a Amy y Beth a apaciguar a Jo. Pero Jo estaba fuera de sí y, dándole un bofetón a su hermana en la oreja como toda despedida, salió del cuarto precipitadamente para refugiarse en el viejo sofá de la buhardilla y acabar su pelea a solas.

La tormenta se despejó cuando la señora Marcha volvió a casa y, después de oír la historia, hizo comprender a Amy el daño que había causado a su hermana. Ese libro era el mayor orgullo de Jo y la familia lo consideraba toda una promesa literaria. Eran solamente media docena de cuentos, pero Jo los había trabajado con ahínco, poniendo todo su corazón en ello, con la esperanza de conseguir algo lo suficientemente bueno como para que se publicase. Acababa de copiarlos con mucho cuidado y había roto el manuscrito. De modo que el fuego de Amy había destruido el amoroso trabajo de varios años. A algunos podría parecerles una pérdida no tan grave, pero para Jo fue un desastre terrible, del que no podría consolarse jamás. A Beth le dolió tanto como la muerte de uno de sus gatitos y Meg se negó a defender a su favorita. La señora March se mostró severa y apesadumbrada y Amy empezaba a creer que nadie volvería a quererla hasta que no pidiera perdón por ese acto que, a estas alturas, sentía más que ninguna.



Cuando sonó la campana para el té apareció Jo, tan fría e inabordable que Amy necesitó todo su valor para decirle humildemente:

—Por favor, perdóname, Jo. Lo siento, lo siento muchísimo.

—Nunca te perdonaré —fue la tajante respuesta de Jo y, desde ese momento, ignoró absolutamente a Amy.

Nadie habló del asunto —ni siquiera la señora March— porque sabían por experiencia que, cuando Jo estaba así, todas las palabras eran inútiles. Lo mejor era esperar que algún acontecimiento intrascendente o la propia naturaleza generosa de Jo suavizase el resentimiento y curase la herida.

No fue una velada alegre y, mientras cosían como cada noche y su madre leía en voz alta a Bremer, Scott o Edgeworth^[2], faltaba algo que hacía que la paz hogareña no lo fuese realmente. Lo notaron más aún cuando llegó la hora de cantar, porque Beth a duras penas pudo tocar, Jo estaba inmóvil como una piedra y Amy se echó a llorar, así que Meg y su madre cantaron solas. Pero, a pesar de sus esfuerzos por parecer animadas, sus aflautadas voces no entonaban tan bien como siempre y acabaron desafinando.

Al dar a Jo su beso de «buenas noches», la señora March le susurró dulcemente:

—Cariño, no dejes que tu enfado oculte el sol; perdonaos, ayudaos y empezad de nuevo mañana.

Jo sentía ganas de apoyar la cabeza en el pecho de su madre y llorar hasta que su pena y su enojo hubiesen desaparecido, pero las lágrimas eran una debilidad poco masculina y el dolor le llegaba tan hondo que *realmente* no podía perdonar aún. De modo que contuvo lo mejor que pudo las lágrimas, sacudió la cabeza y dijo hosamente, sabiendo que Amy escuchaba:

—Ha sido abominable; no merece que la perdone.

Acto seguido se fue a la cama y esa noche no hubo risas ni confidencias.

Amy se ofendió muchísimo cuando sus proposiciones de paz fueron rechazadas. Casi deseaba no haberse humillado, se sentía más insultada que nunca y se jactaba de un modo exasperante de su mayor virtud. En cuanto a Jo, aún parecía una nube cargada de rayos y truenos y nada le salió bien ese día: la mañana resultó terriblemente fría; se le cayó su pastel en el barro; a tía March le dio un ataque de nervios; Meg no abandonaba su aire pensativo; cuando llegó a casa, Beth hacía esfuerzos por parecer seria y desanimada... Y para colmo, Amy no paró de hablar de las personas a las que tanto importa ser buenas, pero realmente son incapaces de esforzarse en serlo cuando, además, tienen delante un ejemplo de virtud.

«Todo el mundo está insopportable. Le diré a Laurie que vayamos a patinar; siempre está de buen humor. Seguro que él consigue animarme», se dijo Jo mientras salía.

Amy oyó el ruido de los patines y miró por la ventana, exclamando impaciente:

—¡Vaya! Había prometido que la próxima vez me llevaría con ellos, porque ya no habría más heladas este año. Pero cualquiera se lo recuerda con el genio que gasta.

—No digas eso. Has sido de lo más perversa con ella, y no es tan fácil olvidar la pérdida de su querido libro. Aunque eso es lo que probablemente debe de estar haciendo ahora. Seguro que, si la coges en el momento oportuno, te perdona —dijo Meg—. Síguelos y no digas nada hasta que Jo haya recuperado su buen humor; aprovecha entonces y dale un beso, o haz cualquier otra cosa amable, y estoy segura de que te responderá de la misma manera.

—Lo intentaré —dijo Amy, que encontró el consejo muy apropiado.

Se abrigó y salió corriendo detrás de la pareja de amigos, que en ese momento desaparecía tras una colina.

El río no se encontraba lejos, pero Jo y Laurie ya estaban listos para patinar antes de que Amy los alcanzase. Jo la había visto acercarse y se volvió de espaldas. Laurie no se dio cuenta de nada porque estaba patinando cuidadosamente por la orilla, probando el hielo.

—Iré hasta el primer recodo, a ver si es lo bastante firme, antes de ponernos a correr —oyó Amy que decía Laurie, mientras se alejaba como si fuera un ruso, con chaquetón y gorro de piel vuelta.

Jo oyó que Amy llegaba sin aliento tras la carrera y se golpeaba los pies y se soplaba los dedos mientras intentaba ponerse los patines, pero en ningún momento se volvió. Fue apartándose, haciendo suaves zigzags sobre el río, mientras se recreaba, con cierta satisfacción amarga, en los apuros de su hermana. Había dejado que su furia creciese hasta casi poseerla, algo que suele suceder con los malos sentimientos si no se los expulsa en el primer momento.



Cuando Laurie llegó al recodo, se volvió y gritó:

—Patina por la orilla, el centro no es seguro.

Jo lo oyó, pero no Amy, que luchaba por mantenerse en pie. Su hermana echó un rápido vistazo atrás, pero los demonios que entonces llevaba dentro le susurraron al oído:

«¡Qué importa si no lo ha oído; que aprenda a cuidar de sí misma!».

Laurie había desaparecido tras el recodo. Jo estaba a punto de hacerlo y Amy, aún lejos, patinaba hacia el hielo, más liso, del centro del río. Durante un minuto Jo se quedó inmóvil, con un sentimiento extraño oprimiéndole el corazón. Pero se decidió a seguir. Sin embargo, algo hizo que se volviera justo a tiempo de ver cómo Amy agitaba las manos y, con un inesperado crujido del hielo, se hundía, dando un grito que dejó a Jo helada. Trató de llamar a Laurie, pero había perdido la voz; trató de correr, pero sus pies no le respondieron. Por un instante se quedó como sin sentido, paralizada por el terror, sin poder apartar la vista de la pequeña capucha azul en el agua oscura. Algo pasó a su lado como una exhalación y la voz de Laurie gritó:

—Trae una tabla, ¡rápido, rápido!

Jamás supo cómo lo hizo. Durante los pocos minutos que siguieron, trabajó como una posesa, obedeciendo ciegamente a Laurie. Él sí conservaba la serenidad y, tendido boca abajo en el hielo, sostuvo a Amy hasta que Jo

llegó con un trozo de valla y, entre los dos, la sacaron, más asustada que herida.

—Hay que llevarla a casa cuanto antes. Tápala con todas nuestras ropas, mientras le quito estos malditos patines —gritó Laurie, echándole su chaquetón sobre los hombros y luchando con las correas, que por primera vez le parecían terriblemente complicadas.

Tiritando, chorreando y llorando, llevaron a Amy a casa. Después del sobresalto se quedó dormida frente al fuego, envuelta en mantas. Durante aquel rato Jo apenas habló. Corría de un lado a otro, pálida y desencajada, con el vestido roto y las manos amoratadas por el hielo, y cortadas por las maderas y las hebillas de los patines. Cuando Amy se quedó cómodamente dormida y la casa en silencio, su madre, sentada al lado de la cama, llamó a Jo y se puso a vendarle las manos heridas.

—¿Estás segura de que se pondrá bien? —murmuró Jo mirando con remordimiento la dorada cabellera, que podía haber desaparecido para siempre bajo el hielo traidor.

—Claro que sí, cariño. No se ha roto nada... Creo que ni siquiera se ha resfriado. Fuisteis muy prudentes al taparla y traerla tan rápido a casa —dijo su madre alegramente.

—Laurie lo hizo todo. Yo simplemente la dejé sola. Mamá, si ella muriese, sería culpa mía.

Jo se dejó caer junto a la cama, deshecha en llanto, y contó todo lo que había sucedido, condenando amargamente la dureza de su corazón e hipando de gratitud por haber escapado del impresionante castigo que podría haber caído sobre ella.

—¡Es mi horrible carácter! Intento remediarlo, pero cuando creo que lo he conseguido resurge peor que antes; ¡oh, mamá!, ¿qué puedo hacer? —gritó la pobre Jo, desesperada.

—Velar y rezar, cariño, no cansarte nunca de intentarlo, ni pensar nunca que va a ser imposible controlar tu genio —dijo la señora March, apoyando en su hombro la cabeza revuelta de su hija y besando sus húmedas mejillas con tanta ternura que el llanto de Jo subió aún más de tono.

—No sabes, no puedes imaginarte lo terrible que es, mamá. Parece que, cuando me domina la ira, fuera capaz de cualquier cosa. Me pongo tan furiosa que podría herir a alguien y disfrutarlo. Tengo miedo de hacer algo horrible algún día, destrozar mi vida y hacer que todo el mundo me odie. ¡Oh, mamá, ayúdame! ¡Ayúdame!

—Lo haré, hija mía, lo haré. No llores tanto. Acuérdate de este día y júrate con toda el alma que nunca conocerás otro parecido. Jo, querida, todos tenemos nuestras tentaciones, algunas aun mayores que las tuyas, y a menudo hay que luchar toda la vida para vencerlas. ¿Crees que tu genio es el peor del mundo? Pues el mío también era así.

—¿El tuyo, mamá? ¡Pero si tú no te enfadas nunca! —dijo Jo, olvidando, con la sorpresa, su remordimiento.

—He tratado de curarme ese defecto durante cuarenta años y tan solo he logrado controlarlo. Me enfado casi todos los días de mi vida, Jo, pero he aprendido a no demostrarlo, y todavía tengo la esperanza de aprender a no sentirlo, aunque necesite otros cuarenta años.



La paciencia y la humildad que reflejaba aquel rostro tan amado valían más para Jo que el más sabio de los discursos o que la reprimenda más severa. Se sintió consolada por la afinidad y por la confidencia que había recibido. El saber que su madre tenía un defecto parecido al suyo y que había tratado de enmendarlo, realmente le sirvió de ayuda, aunque eso de velar y orar durante cuarenta años era una verdadera eternidad para una chica de quince años.

—Mamá, ¿estás enfadada cuando a veces aprietas los labios y sales de la habitación porque la tía March se pone insopportable o la gente te molesta? —preguntó Jo, que quería y se sentía más cercana a su madre que nunca.

—Sí, he aprendido a contener las palabras desagradables que me vienen a los labios, y cuando siento que se me van a escapar en contra de mi voluntad, salgo un momento y me enfado conmigo misma por mi debilidad.

—¿Cómo has aprendido a mantenerte tranquila? Eso es lo que encuentro más difícil, porque las palabras hirientes se me escapan antes de darme cuenta, y cuanto más digo, peor, hasta que herir los sentimientos de los demás y encontrar expresiones horribles se convierte en un placer. Dime cómo lo haces, mami.

—Mi madre solía ayudarme...

—Como tú a nosotras —le interrumpió Jo, con un beso agradecido.

—Pero la perdí cuando era poco mayor que tú y, durante años, he tenido que luchar sola, porque era demasiado orgullosa para confesarle mi debilidad a nadie más. Pasé ratos muy malos, Jo, y lloré muchas veces mis fracasos

porque, a pesar de mis esfuerzos, nunca parecía que aquello fuese a terminar. Entonces apareció tu padre, y era tan feliz que todo resultaba fácil. Pero con el tiempo, cuando tuve cuatro hijitas a mi alrededor y éramos pobres, el viejo problema reapareció. No soy paciente por naturaleza y me atormentaba ver que a mis niñas les faltaban muchas cosas.

—¡Pobre mamá! ¿Y quién te ayudó entonces?



—Tu padre, Jo. Él nunca pierde la paciencia, ni duda, ni se queja... Siempre tiene esperanza: trabaja y confía tan alegremente que a cualquiera le daría vergüenza comportarse de otro modo delante de él. Me ha ayudado y consolado, y me ha enseñado que debía daros ejemplo. Era más fácil hacerlo por vuestro bien que por el mío. Una mirada de susto o de sorpresa de una de vosotras cuando yo hablaba de forma hiriente me corrigió más que ninguna otra cosa. El amor, el respeto y la confianza de mis niñas eran la recompensa más dulce que mis esfuerzos por ser vuestro modelo podían recibir.

—¡Oh, mamá! Si algún día fuese la mitad de buena que tú, estaría satisfecha —exclamó Jo, muy conmovida.

—Espero que seas mucho mejor, cariño. Pero tienes que vigilar «al enemigo que haya en ti», como dice tu padre, si no él conseguirá que tengas una vida triste o desgraciada. Hoy has recibido un aviso. Recuérdalo, y procura con toda tu alma dominar ese genio, antes de que te acarree una desgracia mayor.

—Lo intentaré, mamá, lo intentaré, de veras. Pero tienes que ayudarme, recordármelo y contenerme cuando vaya a saltar. A veces vi cómo papá se ponía el dedo en los labios y te miraba con una expresión cariñosa, pero seria, y tú siempre apretabas los labios o te marchabas. ¿Te lo estaba recordando?

—Sí. Yo se lo había pedido y nunca lo olvidaba. Con ese pequeño gesto ha logrado evitarme muchas palabras desagradables.

Jo notó que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas, que sus labios temblaban al hablar y, temiendo haber dicho más de lo que debía, murmuró preocupada:

—¿Hice mal al observarte y comentarlo ahora? No quería ser impertinente, pero es tan reconfortante hablar de todo lo que pienso y sentirme tan segura y feliz aquí, contigo.

—¡Jo, mi Jo! Puedes contárselo todo a tu madre... Mi mayor orgullo es saber que mis hijas confían en mí y saben cuánto las quiero.

—Pensé que te había entrustecido.

—No, cariño. Pero al hablar de tu padre, recuerdo cuánto le echo de menos y cuánto he de vigilar para que sus hijas continúen a salvo y siendo buenas, como cuando estaba él.

—Sin embargo, tú le dijiste que se fuera, mamá, y no lloraste cuando se marchó, ni te quejas, ni parece que necesites ninguna ayuda —dijo Jo, algo sorprendida.

—He entregado a mi patria lo que más amaba, y contuve mis lágrimas hasta que estuvo lejos. ¿Por qué quejarme? No hacemos más que cumplir con nuestro deber, y seguro que, al final, lo que nos reporta es felicidad. Si no parece que necesite ayuda, es porque tengo un amigo aún mejor que tu padre, que me conforta y me sostiene. Hija, las penas y tentaciones de tu vida empiezan ahora, y quizás sean muchas, pero podrás superarlas si aprendes a sentir la fuerza y ternura de tu Padre Celestial como sientes la de tu padre terreno. Cuanto más le ames y confíes en Él, dependerás menos del poder y del criterio humanos. Su amor y cuidado nunca decaen ni cambian, ni te los pueden quitar, sino que pueden llegar a ser una fuente de paz, felicidad y fuerza de por vida. Créelo de todo corazón y acércate a Dios con tus inquietudes, esperanzas, pecados y penas, tan libre y confiada como recurras a tu madre.

La única respuesta de Jo fue darle un fuerte abrazo a su madre. Durante el silencio que siguió, del fondo de su corazón salió la oración más sincera que jamás hubiera formulado, porque en aquella hora, triste pero feliz, había aprendido no solo la amargura del remordimiento y de la desesperación, sino también la dulzura de la abnegación y del dominio de uno mismo. Conducida por la mano materna, se había acercado al Amigo que recibe a todos los niños con un amor más firme que el de cualquier padre, y más tierno que el de cualquier madre.

Amy se movió y suspiró entre sueños. Y como si con el solo deseo hubiera comenzado a aplacar su carácter, Jo la miró con una expresión totalmente nueva.

—He dejado que el sol oculte mi ira. No quise perdonarla ayer, y hoy, de no haber sido por Laurie, sería demasiado tarde. ¿Cómo he podido ser tan malvada? —dijo Jo a media voz, inclinándose sobre su hermana y acariciando sus rizos húmedos.

Como si la hubiese oído, Amy abrió los ojos y extendió los brazos con una sonrisa que llegó directa al corazón de Jo. Ninguna dijo nada, pero se abrazaron fuerte, a pesar de las mantas, y todo quedó perdonando y olvidado con un tierno beso.



Capítulo IX

Meg va a la Feria de las Vanidades



EALMENTE ha sido una coincidencia perfecta que esos niños hayan cogido el sarampión justo ahora —dijo Meg a sus hermanas un día de abril en su dormitorio, mientras empaquetaba sus cosas en el baúl de viaje.

—Y Annie Moffat, tan amable, al no olvidar su promesa. Quince días seguidos de diversión debe de ser algo maravilloso —respondió Jo, que parecía un molino de viento cada vez que doblaba una falda con sus largos brazos.

—¡Y con un tiempo tan agradable! Me alegra tanto —añadió Beth, colocando cuidadosamente en su mejor caja las lazadas de cuello y las cintas para el pelo que le iba a prestar a Meg para la gran ocasión.

—¡Cómo me gustaría poder dedicarme a disfrutar y ponerme todos estos trajes tan preciosos! —dijo Amy, con la boca llena de alfileres, que colocaba artísticamente en el acerico de su hermana.

—Ojalá pudieseis venir conmigo..., pero, como eso es imposible, al menos recordaré todas mis aventuras para contároslas a la vuelta. Será una forma de agradecerlos lo amables que sois prestándome tantas cosas y ayudándome a preparar todo —dijo Meg, paseando la vista por la habitación y el sencillo equipaje, que a sus ojos era casi perfecto.

—¿Qué te ha dado mamá del cofre del tesoro? —preguntó Amy, que no había estado presente en la apertura del arcón de cedro en el que la señora March guardaba reliquias del pasado esplendor, para ir regalándoselas a sus hijas en el momento adecuado.

—Un par de medias de seda, ese precioso abanico tallado y una faja azul divina. Yo quería la pieza de seda malva, pero no había tiempo para hacer un traje, así que me tengo que conformar con el viejo.

—Quedará muy bien encima de mi nueva falda de muselina, y con la faja resultará perfecto. Ojalá no hubiese roto mi pulsera de coral...: habrías podido llevarla —dijo Jo, a quien le encantaba prestar sus cosas o regalarlas, aunque normalmente no era posible porque ya las había estropeado antes.

—En el arcón había un collar antiguo de perlas que era una preciosidad, pero mamá dice que las flores frescas son el mejor adorno para una chica de mi edad, y Laurie ha prometido enviarme todas las que quiera —respondió Meg—. Ahora, veamos: está mi nuevo traje gris de paseo... Riza la pluma de mi sombrero, Beth...; después, el vestido de popelín para los domingos y reuniones informales. ¿No os parece demasiado abrigado para primavera? ¡Qué bien hubiera estado el de seda malva!

—Pero ¡qué más da! Tienes tu traje de fiesta blanco y con él pareces un auténtico ángel —dijo Amy, que revoloteaba absolutamente encantada entre las prendas del vestuario.

—Le falta escote y vuelo, pero tendré que conformarme. Mi traje azul de estar en casa ha quedado tan bien después del arreglo que parece recién comprado. El bolso de raso no está a la última, ni mi sombrero es como el de Sallie. Y no quería comentarlo, pero me he llevado una desilusión con la sombrilla: le dije a mamá que la quería negra con la empuñadura blanca, pero se olvidó y ha comprado una verde con el mango amarillo. Bueno, no debería quejarme; es nueva y parece resistente, pero sé que me sentiré acomplejada cuando la vea al lado de la de Annie, que es de seda con la punta dorada —suspiró Meg, examinando la sombrilla con cierto desagrado.

—Cámbiala —le aconsejó Jo.

—No voy a ser tan tonta, y no quiero herir los sentimientos de mamá cuando se ha tomado tantas molestias para que pueda tener todo lo necesario. Es una idiotez por mi parte y lo sé. Mis medias de seda y los dos pares de guantes nuevos me consuelan. ¡Eres un encanto prestándome los tuyos, Jo! Me siento casi rica y elegante con dos pares nuevos y, además, uno viejo para diario —y Meg echó una mirada de consuelo al estuche de los guantes.

—Annie Moffat tiene lazos azules y rosas para sus sombreros de noche. ¿Quieres ponerle a los tuyos alguna de mis cintas? —le preguntó Beth acarreando una pila de puntillas como la nieve, recién salidas de las manos de Hannah.

—No, en absoluto. Un sombreo rebuscado no conjunta bien con un vestido sencillo y sin adornos. Las pobres debemos conformarnos —dijo Jo con decisión.

—Me pregunto si *alguna* vez podré darme el gusto de usar auténticos encajes en mi ropa y lazos para los sombreros —susurró Meg, impaciente.

—El otro día decías que serías totalmente feliz con solo ir a casa de Annie Moffat —observó Beth, con su habitual modo apacible.

—¡Es verdad! Y *estoy* contenta... Ya *no* me quejaré más; parece que cuanto más se tiene, más se quiere, ¿verdad? Bueno, ya está todo listo y guardado, excepto mi traje de baile, que prefiero que lo doble mamá —dijo Meg, animándose al pasar la vista del baúl, casi lleno, al vestido blanco, tantas veces planchado y remendado, al que llamaba «vestido de baile» con aire de importancia.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, y Meg partió hacia su quincena de novedades y placer. La señora March había consentido en el viaje un poco a regañadientes, temiendo que Meg volviera más acomplejada de lo que se iba. Pero se lo había pedido con tanta insistencia, y, además, Sallie había prometido una y otra vez que cuidaría de ella, y parecía tan necesario y agradable un poco de diversión después de un invierno de trabajo, que la señora March cedió, y su hija marchó hacia su primer contacto con la vida mundana.

Los Moffat eran gente realmente mundana, y la pobre Meg se sintió, en un primer momento, intimidada por la fastuosidad de la casa y la elegancia de sus inquilinos. Pero como a pesar de la vida frívola eran personas muy amables, no tardaron mucho en conseguir que su huésped se sintiera cómoda. Quizá Meg intuyó, sin comprenderlo del todo, que no eran personas excesivamente cultas o inteligentes, y que debajo de tanto adorno había gente hecha del mismo material corriente que todos. Era ciertamente agradable darse un banquete, pasear en coche, ponerse sus mejores galas todos los días y no hacer nada más que divertirse. Estas cosas iban a la perfección con su carácter y pronto empezó a imitar la manera de hablar y los modales de sus nuevas compañías: a darse tono y usar frases en francés, a rizarse el pelo, ajustarse los trajes y a hablar, en cuanto tenía ocasión, de lo que estaba o no de moda. Y cuanto más veía las cosas bonitas de Annie Moffat, más la envidiaba y suspiraba por ser rica. Ahora, cuando pensaba en su casa, le parecía desnuda y triste, y el trabajo, más difícil que nunca. Se sentía desamparada y dolida, a pesar de sus dos pares de guantes y sus medias de seda.

En cualquier caso, no le quedaba mucho tiempo para lamentarse, porque las tres jovencitas estaban francamente ocupadas «divirtiéndose»: salían de tiendas, paseaban, montaban a caballo y quedaban durante todo el día; por la

noche iban al teatro y a la ópera o, como Annie Moffat tenía muchas amigas, se divertían en casa. Sus hermanas mayores eran unas auténticas señoritas; una de ellas estaba prometida, cosa terriblemente interesante y romántica para Meg. El señor Moffat, un viejo caballero regordete y jovial, conocía a su padre, y la señora Moffat, una dama igualmente regordeta y jovial, enseguida se encariñó con Meg, tal y como le había pasado a su hija. Todos la mimaban y a «Daisy», como habían decidido llamarla, no le faltaba mucho para perder la cabeza.

Cuando llegó el día en que iban a celebrar la primera «fiesta informal», Meg se dio cuenta de que el vestido de popelín no pegaba en absoluto. Las otras chicas preparaban trajes ligeros y muy elegantes, así que sacó su vestido blanco de baile y lo encontró más viejo, soso y deslucido que nunca al lado del de Sallie, aún sin estrenar. Meg notó que las otras chicas miraban su traje y luego cruzaban miradas entre sí, y eso la hizo enrojecer. Era una muchacha de buen carácter, pero orgullosa.



Nadie dijo nada, pero Sallie se ofreció a arreglarle el pelo, Annie a ajustarle el fajín y Belle, la hermana prometida, alabó la fina blancura de sus brazos. Pero en toda esta amabilidad Meg no vio más que lástima hacia una chica pobre, y se sintió muy sola mientras las otras reían, charlaban y correteaban ligeras como mariposas. Su amargura iba en aumento cuando entró la doncella con una caja de flores. Antes de que pudiera decir nada, Annie ya la había abierto y todas coreaban la hermosura de las rosas, brezos y helechos que había en su interior.

—Deben de ser para Belle, seguro. George le manda siempre flores, pero con estas se ha superado —exclamó Annie, oliéndolas aparatosamente.

—El hombre ha dicho que son para la señorita March. Y vienen con una nota —aclaró la doncella, tendiéndole el papel a Meg.

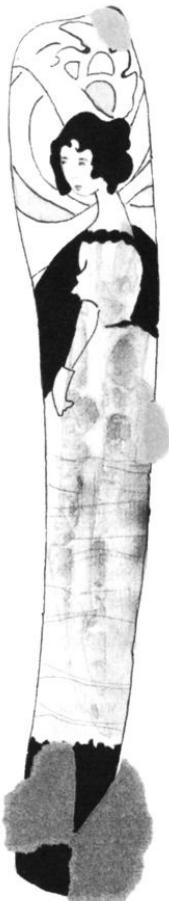
—¡Qué bien! ¿De quién son? ¡No sabíamos que tuvieras novio! —gritaron las chicas, revoloteando alrededor de Meg llenas de curiosidad y sorpresa.

—La nota es de mamá, y las flores, de Laurie —fue la escueta respuesta de Meg, aunque en el fondo agradecía que no se hubiera olvidado de su promesa.

—¿Ah, sí? —dijo Annie con expresión pícara.

Meg guardó la nota en su bolsillo, como un talismán contra la envidia, la vanidad y el falso orgullo. Esas pocas palabras cariñosas que contenía y la belleza de las flores habían conseguido animarla. Se sentía otra vez casi feliz del todo. Apartó unos cuantos helechos y rosas para ella y, con el resto, hizo unos preciosos ramilletes para el pecho, la cintura o el pelo de sus amigas y se los ofreció con tanta gracia que Clara, la hermana mayor, le dijo que era «la criatura más amable que había visto». Todas se mostraron encantadas con este detalle y, de algún modo, el saberse generosa hizo que su ánimo mejorara aún más. Cuando las demás se fueron a pasar el visto bueno de la señora Moffat, se sentó frente al espejo, con el rostro resplandeciente, mientras colocaba los helechos en su pelo rizado y las rosas en su traje, que ya no le parecía tan terriblemente usado.

Aquella noche se divirtió mucho: bailó sin parar, todos fueron muy amables y recibió tres cumplidos. Annie la invitó a cantar y alguien dijo que tenía una voz especialmente agraciada; el mayor Lincoln preguntó quién era



la «dulce jovencita de los bellos ojos»; y el señor Moffat insistió en bailar con ella porque «no perdía el paso y era ligera como una flor primaveral». Así que fue una velada muy agradable, hasta que por casualidad oyó un trozo de conversación que la alteró totalmente.

Estaba sentada en el invernadero, esperando a su pareja, que había ido a por un helado, cuando oyó, al otro lado del muro cubierto de flores, una voz que preguntaba:

—¿Qué edad tiene él?

—Yo le calculo dieciséis o diecisiete —dijo otra voz.

—¡Sería un partido estupendo para una de esas chicas! Sallie dice que son muy amigos y que el viejo está encantado con ellas.

—Supongo que la señora M. ya habrá hecho sus planes y jugará sus cartas con tiempo. Aunque está claro que la muchacha aún no se ha dado cuenta de nada —añadió la señora Moffat.

—Pero dijo aquel embuste sobre su madre como si lo supiera, aunque la delató el rubor cuando vio las flores. ¡Pobrecilla! ¡Sería tan bonita si vistiese un poco mejor! ¿Crees que se ofendería si nos ofreciéramos a prestarle un traje para el jueves? —preguntó otra voz.

—Es orgullosa, aunque no creo que le importase. No tiene más vestido que ese blanco tan gastado que lleva. Puede que se le rompa esta noche, y eso sería una buena excusa para ofrecerle uno más decente.

—Ya veremos. Puedo invitar al joven Laurence, como un detalle hacia ella, y quizás hasta nos divirtamos con toda esta historia.

En ese momento apareció la pareja de Meg y la encontró acalorada e inquieta, pero era orgullosa, y su orgullo la ayudó a ocultar el disgusto por lo que acababa de oír. Y es que, además de orgullosa, era inocente y confiada y no terminaba de comprender por qué sus amigas murmuraban de ella. Trató de olvidarlo pero no pudo, y se repetía una y otra vez: «la señora M. ya ha hecho sus planes», «aquel embuste sobre su madre» y «ese vestido blanco tan gastado», hasta estar casi a punto de llorar. Quería escaparse corriendo a su casa para allí contar sus penas y pedir consejo, pero, como eso era imposible, hizo lo que pudo para parecer alegre, y lo consiguió tan plenamente que nadie hubiera sospechado el esfuerzo que estaba haciendo. Se alegró cuando, finalmente, terminó la fiesta y se quedó a solas en la cama, pensando y devanándose los sesos, hasta que le dolió la cabeza y las lágrimas refrescaron sus mejillas encendidas.

Aquellas palabras necias, aunque no malintencionadas, le descubrieron a Meg un mundo nuevo, perturbando la paz de aquél en el que había vivido

hasta entonces, tan feliz como una niña. Las tonterías que había oído habían logrado estropear su inocente amistad con Laurie; su fe en su madre era un poco menos firme tras conocer los planes que le atribuía la señora Moffat, quien juzgaba a los demás según su propio modo de comportarse; y su sensata decisión de conformarse con el sencillo guardarropa de hija de una familia humilde estaba debilitada por la innecesaria compasión que le habían demostrado unas chicas para las cuales la mera idea de un vestido gastado era la peor de las desgracias.

La pobre Meg pasó una noche inquieta y se levantó con los ojos pesados, infeliz, medio resentida con sus amigas y medio avergonzada consigo misma por no haber hablado francamente y haberlo aclarado todo. Aquella mañana todas estaban soñolientas y hasta el atardecer ninguna de ellas tuvo energía suficiente para seguir con sus labores de punto. Meg no tardó en notar algo raro en la conducta de sus amigas. Le dio la impresión de que la trataban con más respeto, parecían interesadas en todo lo que decía y la miraban de una forma que delataba su curiosidad. Todo esto le sorprendió y se sintió halagada, hasta que Belle levantó los ojos de su lectura y dijo con aire sentimental:

—Daisy, querida, he enviado una invitación a tu amigo, el señor Laurence, para el jueves. Nos encantará conocerle y, además, es una manera de ofrecerte un pequeño obsequio.

Meg se puso colorada, pero, con cierta malicia, se le ocurrió responder modestamente:

—Eres muy amable, pero no creo que venga.

—¿Por qué no, *chérie*^[1]? —preguntó Belle.

—Es demasiado viejo.

—Criatura, ¿qué quieres decir? Me gustaría saber qué edad tiene — exclamó Clara.

—Casi setenta, creo —contestó Meg, intentando que no se le notara lo mucho que se estaba divirtiendo.

—¡Muy astuta! Está claro que estamos hablando del joven —repuso Belle.

—Pero si Laurie no es más que un niño —y Meg se rio también de la mirada de extrañeza que intercambiaron las hermanas al oír de sus labios semejante descripción de su supuesto enamorado.

—Si será de tu edad —dijo Nan.

—Más bien de la de mi hermana Jo; yo cumple diecisiete en agosto.

—Es muy amable enviándote flores, ¿no crees? —dijo Annie, mirándola como si nada.

—Sí. Suele hacerlo con todas nosotras; en su casa hay montones y sabe que nos encantan. Ya os he dicho que mi madre y el viejo señor Laurence son amigos, así que es normal que los chicos de las dos familias juguemos juntos —dijo Meg con la esperanza de dejar zanjado el asunto.

—Es evidente que Daisy aún no sabe nada —le dijo Clara a Belle con un ligero movimiento de cabeza.

—Está sumida en un estado de absoluta inocencia pastoril —le contestó Belle encogiéndose de hombros.

—Voy a salir a comprar algunas cosas para mis niñas. Chicas, ¿queréis algo vosotras? —preguntó la señora Moffat, entrando como un elefante vestido de seda y encaje.

—No, gracias, señora —repuso Sallie— tengo mi vestido nuevo de seda rosa para el jueves y no me hace falta nada.

—A mí tampoco... —comenzó a decir Meg, pero se interrumpió porque se dio cuenta de que sí le hacían falta varias cosas de las que no disponía.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó Sallie.

—Otra vez mi viejo traje blanco, si es que puedo arreglarlo. Anoche se rasgó un poco —dijo Meg, tratando de hablar con naturalidad, aunque se sentía francamente incómoda.

—¿Por qué no envías a tu casa a por otro? —dijo Sallie, que no era una chica muy observadora.

—No tengo otro.

A Meg le costó cierto esfuerzo confesarlo, pero Sallie ni se dio cuenta, y exclamó, amistosamente sorprendida:

—¿Solo ese? ¡Qué barbaridad...!

No terminó la frase, al ver que Belle sacudía la cabeza e interrumpía, diciendo con amabilidad:

—¡Qué va! ¡De qué sirven los trajes cuando aún no te has puesto de largo? No hay necesidad de enviar a nadie a tu casa, Daisy, aunque tuvieras una docena de vestidos. Yo tengo uno maravilloso, de seda azul, que se me ha quedado pequeño, y vas a ponértelo para complacerme, ¿a que sí, querida?

—Eres muy amable, pero no me importa llevar mi vestido viejo, si a ti no te molesta. Creo que está bastante bien para una chica de mi edad —dijo Meg.

—Pero tienes que darme el gusto de dejar que te vista yo ese día. Es algo que me encanta, y con un toque aquí y otro allí haré de ti una auténtica belleza. No dejaremos que nadie te vea hasta que estés perfecta y, de repente,

apareceremos en el baile, como Cenicienta y su madrina —dijo Belle, en tono persuasivo.

Meg no pudo rehusar una oferta tan amable, entre otras cosas porque el deseo de ver si realmente se convertía en «una auténtica belleza» después de algunos toques la llevó a aceptar, olvidando todos sus resentimientos contra los Moffat.

El jueves por la noche Belle se encerró con su doncella, y entre ambas lograron convertir a Meg en una damisela. Le rizaron el pelo, le perfumaron el cuello y los brazos con polvos de olor, le pintaron los labios con coralina, y Hortense, la doncella, propuso dar un *soupçon*^[2] de colorete a sus mejillas, pero Meg se negó a esto último. La embutieron en un traje azul celeste tan ajustado que apenas podía respirar, y tan escotado que la pobre Meg enrojeció al mirarse al espejo. Le pusieron a continuación un juego de filigrana de plata: pulseras, collar, broche y hasta unos pendientes, que Hortense ató con una pequeña cinta de seda rosa, que al final no se notaba. Un pequeño ramillete de rosas en el pecho y un chal reconciliaron a Meg con el escote que tan descaradamente mostraba sus blancos hombros, y un par de botines azules de tacón colmaron su último deseo. Pañuelo de encaje, abanico de plumas y un ramo con sujeción de plata fueron los últimos toques, y Belle la miró con la misma satisfacción con que una niña observa a su muñeca recién vestida.

—*Mademoiselle* está *charmante, très jolie*^[3], ¿verdad? —exclamó Hortense, apretando las manos de un modo muy afectado.

—Ven, vamos a que te vean —dijo Belle, precediéndola a la habitación donde estaban esperando las demás.

Meg la siguió, con su larga falda arrastrando, los pendientes tintineando, sus bucles ondeantes y el corazón palpitante; sabía que estaba hecha «una auténtica belleza», lo había visto en el espejo, y con este descubrimiento comenzaba su verdadera diversión. Sus amigas se lo confirmaron con entusiasmo, y durante unos instantes estuvo, como un grajo, disfrutando de sus plumas prestadas, mientras las demás charlaban como cotorras.

—Mientras me visto, Annie, enséñala a moverse con la falda y con esos tacones franceses, o tropezará. Coge tu mariposa de plata y colócale ese rizo de la izquierda, Clara, y que nadie estropree la magnífica obra de arte que he hecho —dijo Belle saliendo apresuradamente, muy satisfecha de su éxito.

—Me da miedo bajar. Me siento tan rara y estirada, y medio desnuda... —le dijo Meg a Sallie cuando sonó la campanilla y la señora Moffat envió a buscar a las jóvenes.

—No pareces tú misma, pero estás muy bonita. No se me va a ver a tu lado. Belle tiene mucho gusto y te ha convertido en una auténtica francesa, te lo aseguro. Deja que las flores cuelguen, no te preocupes de ellas y ten cuidado de no tropezar —repuso Sallie, intentando no preocuparse de que Meg estuviera más guapa que ella.

Con mucho cuidado, Meg consiguió bajar las escaleras sin dar ningún traspié e hizo su entrada en el salón, donde estaban reunidos los Moffat y algunos de los primeros invitados. No tardó en descubrir que el lujo en el vestir atrae a cierto tipo de gente y te asegura su respeto. Algunas chicas que no le habían hecho el menor caso antes, estuvieron de repente encantadoras; ciertos jóvenes que en la fiesta anterior tan solo la habían mirado, ahora, además de mirarla, intentaron que se la presentaran y le dijeron toda clase de ridículas, pero agradables cosas; y las ancianas damas, que estaban sentadas en los sotas criticando a los demás invitados, preguntaron con interés quién era. Oyó cómo la señora Moffat le respondía a una de ellas:

—Daisy March...; su padre es coronel del ejército...; una de nuestras mejores familias, pero un revés de la fortuna..., ya sabe. Son amigas de los Laurence. Una chica muy dulce, se lo aseguro..., mi Ned está loco por ella.

—¡Vaya! —dijo la anciana, volviéndose a poner los anteojos para someter a Meg, que trató de fingir que no las había oído, a una nueva inspección. Estaba realmente impresionada por las mentiras de la señora Moffat.

No dejaba de sentirse rara, así que se imaginó que estaba interpretando, en una obra, el papel de dama elegante, y logró que le saliera bastante bien, a pesar de que el traje se le encajaba en la cintura, el bajo del vestido se enredaba con los tacones y no dejaba de temer que los pendientes salieran volando y se perdieran o se rompiesen. Estaba abanicándose y riendo las insulsas bromas de un joven que intentaba resultar gracioso cuando, de repente, la expresión de su cara cambió al descubrir a Laurie justo frente a ella, al otro lado del salón. Él la observaba con inequívoca sorpresa y desaprobación, al menos eso pensó Meg porque, aunque se inclinó para saludarla y le sonrió, algo en su mirada franca hizo que se ruborizase y deseara cambiar sus elegantes ropas por su traje viejo. Para completar su confusión, vio que Belle le hacía señas a Annie y que ambas los miraban, primero a ella y luego a Laurie, que parecía más tímido e infantil que de costumbre, lo cual observó Meg con placer.

«¡Qué idiotas, intentando convencerme de semejante cosa! ¡No voy a dejarme influir ni a cambiar de actitud!», pensó, cruzando la habitación para dar la mano a su amigo.

—Me alegro de que hayas venido. Creía que quizás no lo harías —dijo con su tono más adulto.

—Yo quería que viniera para poder contarle luego cómo estabas, así que aquí estoy.

—Y ¿qué le vas a decir? —preguntó Meg llena de curiosidad por saber qué opinaba de ella, aunque sintiéndose por primera vez inquieta delante de él.

—Le diré que casi no te reconocía, porque pareces tan distinta y tan mayor que casi me das miedo —dijo él jugueteando con el botón de su guante.

—¡Qué absurdo! Las chicas me han vestido así para divertirse y a mí me gusta. ¿No se quedaría asombrada Jo, si me vieras?

—Sí, creo que sí —le contestó Laurie con gravedad.

—¿No te gusto así? —preguntó Meg.

—Pues no —fue la brusca respuesta.

—¿Por qué no? —dijo con tono ansioso.

Él miró su pelo rizado, sus hombros desnudos y el recargadísimo traje con una expresión que la confundieron aún más que su anterior respuesta, tan extraña teniendo en cuenta que habitualmente era sumamente cortés.

—No me gustan tantos adornos.

Eso rebasó lo que Meg consideraba soportable viendo de alguien más joven que ella, así que dio media vuelta y se marchó, diciendo con petulancia:

—Eres el chico más bruto que he conocido.

Se sentía muy enfadada y se acercó a una ventana apartada para refrescar sus sofocadas mejillas, debido en parte a lo ajustado del traje. Mientras estaba allí, el mayor Lincoln pasó a su lado y, un instante después, oyó que le comentaba a su madre:

—Están idiotizando a esa chica. Me habría gustado presentártela, pero la han estropeado por completo. Esta noche no parece más que una muñeca falsa.

—¡Dios mío! —suspiró Meg—. Ojalá hubiese tenido la sensatez de llevar mis propias cosas. No molestaría a nadie ni me sentiría tan incómoda y avergonzada.

Apoyó la frente en el frío cristal y se quedó allí, medio oculta por las cortinas, sin darse cuenta de que su vals favorito había empezado a sonar. Entonces, alguien la tocó y, al volverse, vio a Laurie, que parecía arrepentido y le decía con la mejor de las reverencias y la mano extendida:

—Perdona mi brusquedad y baila conmigo.

—Temo resultarte demasiado desagradable —dijo Meg, tratando de parecer ofendida, pero sin lograrlo.

—En absoluto; será un placer. Ven, seré bueno. No me gusta tu traje, pero tú sigues siendo encantadora —y apoyó su comentario moviendo las manos, por si las palabras no resultaban lo bastante expresivas.

Meg sonrió, cedió y, mientras esperaban para incorporarse a la pista, le susurró:

—Ten cuidado con mi falda, que puedes dar un traspié; es un auténtico tormento. Ha sido una imbecilidad ponérmela.

—Sujétatela a la muñeca. Ya verás cómo te manejas mucho mejor —le dijo Laurie, observando los botines azules con evidente aprobación.

Comenzaron a bailar con ligereza y gracia, ya que, al haber practicado en casa, se acoplaban muy bien. Daba gusto verlos: una joven pareja girando y girando, y ellos se sentían cada vez más amigos, después de su pequeña pelea.

—Laurie, ¿me harías un favor? —dijo Meg, mientras él la abanicaba porque se había quedado sin aliento, aunque ella no quisiese admitirlo.

—¡Claro! —repuso Laurie, vivamente.

—No digas nada en casa del vestido que llevo esta noche. No comprenderían la broma y mamá se podría preocupar.

—Entonces, ¿por qué te lo has puesto? —preguntaron tan claramente los ojos de Laurie que Meg se apresuró a añadir:

—Yo misma les contaré todo y explicaré a mamá lo tonta que he sido, pero prefiero hacerlo yo. No les dirás nada, ¿verdad?

—Te doy mi palabra, pero ¿qué les digo cuando me preguntén?

—Di que yo estaba bien y que me lo pasé estupendamente.

—Lo primero lo diré encantado, pero lo otro... No parece que te lo estés pasando estupendamente.

Y Laurie la miró de tal manera que ella le contestó en un suspiro:

—No precisamente. Y no pienses que soy insoportable; solo quería divertirme un poco..., pero no de esta forma, y estoy empezando a cansarme.

—Aquí viene Ned Moffat. ¿Qué querrá? —dijo Laurie frunciendo sus negras cejas, como si no le resultase grata la presencia de su joven anfitrión.

—Le he prometido tres bailes y supongo que ese será el motivo. ¡Qué rollo! —susurró Meg, fingiendo un aire lúgubre que a Laurie le resultó gracioso.

No volvió a hablar con ella hasta la cena. La encontró bebiendo champán con Ned y su amigo Fisher, que se comportaban como «un par de idiotas», se

dijo Laurie a sí mismo. Se sentía como una especie de hermano que debía cuidar de las March y defenderlas si necesitaban un defensor.

—Mañana tendrás un dolor de cabeza horrible si sigues bebiendo eso. Yo que tú lo dejaría ya, Meg; a tu madre no le gusta y lo sabes —le susurró inclinándose sobre su silla, aprovechando que Ned estaba de espaldas llenando su vaso de nuevo y que Fisher se había inclinado para recoger el abanico de Meg.

—Esta noche no soy Meg. Soy una «muñeca» que hace toda clase de locuras. Mañana me quitaré todos estos adornos y volveré a ser una chica buena —le contestó con una risita afectada.

—Entonces, ojalá fuese ya mañana —murmuró Laurie, alejándose molesto por el cambio que había visto en ella.

Meg bailó, coqueteó, charló y se rio como hacían las demás. Después de la cena probó con una danza germana, pero se equivocó constantemente y casi hizo caer a su pareja con la falda. Laurie, escandalizado, hubiera querido regañarla, pero no tuvo ocasión: Meg se mantuvo fuera de su alcance hasta el momento de despedirse.

—¡Acuérdate! —dijo ella haciendo un esfuerzo por sonreír, a pesar del dolor de cabeza que le había empezado.

—*Silence à la mort*^[4] —dijo Laurie con una exagerada reverencia, y se fue.

Esta breve escena excitó la curiosidad de Annie, pero Meg estaba demasiado cansada para charlar; se fue a la cama con la sensación de haber estado en una mascarada menos divertida de lo que esperaba. Se sintió enferma durante todo el día siguiente y el sábado volvió a casa agotada de su quincena de diversión y lujo. Había tenido más que suficiente.

—¡Qué agradable es poder estar en paz, sin tener que preocuparme de los modales todo el rato! No hay nada como tu casa, aunque no sea una casa lujosa —dijo Meg observando su hogar con expresión apacible; era domingo por la tarde y se hallaba sentada junto a su madre y Jo.

—Me alegra oírte eso, cariño. Temía que nuestra casa te pareciera triste y pobre después de estos días de esplendor —respondió su madre, que la había estado observando ansiosamente durante todo el día, pues los ojos de las madres advierten enseguida cualquier cambio en el rostro de sus hijas.

Meg había contado alegremente sus aventuras y repetía una y otra vez que lo había pasado de maravilla. Sin embargo, algo parecía pesar sobre su ánimo y, cuando sus hermanas pequeñas se fueron a la cama, se quedó sentada mirando pensativamente el fuego. Habló poco y parecía preocupada. Dieron

las nueve y Jo propuso que se acostaran, pero Meg se levantó de repente, se sentó en el taburete de Beth, apoyó los codos en las rodillas de su madre y dijo con valentía:

—Mamá, quiero confesarte algo.

—Ya me lo imaginaba; ¿qué es, cariño?

—¿Me voy? —preguntó, discreta, Jo.

—Claro que no, ¿no te lo cuento siempre todo? Me daba vergüenza hablar de ello delante de las niñas, pero quiero que sepáis todas las cosas horribles que he hecho en casa de los Moffat.

—Cuando tú quieras —dijo la señora March, sonriente, pero un poco inquieta.

—Os conté que me vistieron, pero no que me pusieron polvos, y me entallaron el vestido y me rizaron el pelo, y me convirtieron en una especie de maniquí. A Laurie no le pareció bien; lo sé aunque no dijó nada, y un hombre me llamó «muñeca». Yo sabía que me comportaba como una idiota, pero me adularon tanto y me repetían que estaba guapísima y muchas más tonterías, que los dejé que me ridiculizaran.

—¿Eso es todo? —preguntó Jo, mientras la señora March miraba silenciosa la cara abatida de su hija sin decidirse a censurar su comportamiento.

—No. Bebí champán y me insinué coqueteando; me porté de una forma absolutamente abominable —se autorreprochó Meg.

—Sospecho que hay algo más —y la señora March acarició el rostro de su hija, que inmediatamente enrojeció mientras respondía lentamente:

—Sí. Creo que es una tontería, pero quiero decírtelo, porque me parece odioso que la gente piense que existen ciertas cosas entre nosotras y Laurie.

Entonces les contó los comentarios que había oído en casa de los Moffat, y a medida que hablaba Jo notó que su madre iba apretando cada vez más los labios, y su disgusto ante la idea de que hubiesen convencido a la inocente Meg de semejantes cosas era más y más evidente.

—¡Es la mayor basura que he oído en mi vida! —gritó Jo con indignación
—. ¿Por qué no te asomaste y contestaste en aquel mismo momento?

—No podía; era una situación muy embarazosa. No pude evitar oír el principio de la conversación y después, estaba tan indignada y tan avergonzada, no fui capaz de alejarme.

—Espera a que yo vea a Annie Moffat y te enseñaré cómo se aclaran todas esas tonterías ridículas. ¿Conque tenemos «planes» y somos amigas de Laurie porque es rico y puede llegar a casarse con una de nosotras más

adelante? ¡Vaya grito que va a dar cuando le cuente lo que esas tontas dicen de nosotros!

—¡Si se lo dices a Laurie, no te lo perdonaré! ¡No puede hacerlo, mamá, no puede! —gritó Meg, angustiada.

—No. No repitáis esos necios chismes y olvidadlos cuanto antes — contestó gravemente la señora March—. Fue una imprudencia por mi parte dejarte ir a casa de una gente a la que casi no conozco; amables probablemente, pero mundanos, mal educados y llenos de esas vulgares ideas acerca de los jóvenes. Lamento profundamente el daño que estos días fuera hayan podido causarte, Meg.

—No te preocupes; no dejaré que me hagan daño. Voy a olvidarme de todo lo malo y solo me acordaré de lo bueno, porque también he disfrutado, y te agradezco muchísimo que me dejaras ir. No quiero ponerme sentimental, mamá, pero sé que soy una cría tonta, incapaz de cuidar de mí misma, y estaré a tu lado hasta que aprenda. ¡Aunque es tan agradable que te alaben y te admiren! No puedo evitar que me guste —dijo Meg, medio avergonzada por su confesión.

—Es una inclinación perfectamente natural e inofensiva, a no ser que se convierta en una pasión que te empuje a cometer locuras o actos indignos. Aprende a valorar las alabanzas que merecen la pena, y a despertar la admiración de las buenas gentes. Sé modesta además de bonita, Meg.

Durante un momento, Margaret se quedó sentada, pensando, mientras Jo, de pie y con las manos en la espalda, la miraba perpleja. Era algo completamente nuevo ver a Meg ruborizándose y hablando de admiración, novios y cosas por el estilo. Jo tuvo la sensación de que, durante aquellos quince días, su hermana había crecido extraordinariamente y se alejaba de ella hacia un mundo al que no podría seguirla.

—Mamá, ¿realmente tienes «planes», como dice la señora Moffat? — preguntó Meg azorada.

—Sí, cariño, tengo muchísimos planes; todas las madres los tienen, pero sospecho que los míos difieren bastante de lo que la señora Moffat cree. Te hablaré de algunos de ellos porque ha llegado el momento de centrar esa romántica cabecita tuya, al menos en este asunto, que sí es serio. Eres joven Meg, pero no tanto como para no entenderme, y los labios de una madre son los más apropiados para explicarle estas cosas a una chica como tú. Jo, también a ti te llegarán el turno seguramente, así que escuchad las dos mis «planes» y ayudadme a que lleguen a buen término, si es que son apropiados.

Jo se sentó en el brazo de la butaca, dispuesta a unirse a este asunto que le parecía tan terriblemente solemne.

La señora March cogió una mano a cada una de sus hijas y dijo, en tono serio, aunque alegre:

—Quiero que mis hijas sean bellas, cultas y buenas, que las admiren, las quieran y las respeten; que su juventud sea feliz, que se casen bien y con acierto, que tengan vidas útiles y dichosas, con alguna preocupación y pena que las haga más fuertes, hasta el punto que Dios juzgue necesario. Que te elija y te ame un hombre bueno es lo mejor, lo más dulce que le puede ocurrir a una mujer, y espero de todo corazón que mis niñas conozcan esa hermosa experiencia. Es natural pensar en ello, Meg; es justo esperarlo y prudente prepararse para que, cuando llegue ese momento precioso, os sintáis dispuestas a cumplir con las obligaciones que conlleva la felicidad. Hijas, tengo grandes ambiciones para vosotras, pero no se refieren a que hagáis ostentación de nada, ni a que os caséis con hombres ricos por el hecho de que sean ricos o tengan casas espléndidas, que no serían auténticos hogares si en ellas falta el amor. El dinero es algo necesario e incluso precioso y noble si se emplea bien, pero no querría que jamás pensarais que es el primero de los premios o el único. Preferiría veros casadas con un hombre pobre, pero venturosas, amadas y contentas, que reinas en tronos, pero habiendo perdido la paz y el respeto por vosotras mismas.

—Las chicas pobres no tenemos muchas posibilidades, según dice Belle, a no ser que le echemos mucho empeño —suspiró Meg.

—Entonces seremos solteronas —dijo Jo con energía.

—Tienes razón, Jo; más vale ser solterona feliz que esposa desgraciada o pasarte toda tu juventud corriendo desesperada para encontrar un marido —dijo decidida la señora March—. No te preocunes, Meg, no es fácil que la pobreza asuste al verdadero amor. Algunas de las mejores y más honorables damas que conozco eran muchachas pobres, pero tan dignas de amor que les fue imposible quedarse solteronas. Cada cosa a su tiempo. Conseguid que este sea un hogar dichoso, y así sabréis lo que tenéis que hacer cuando estéis en los vuestros, si ese día llega, y, si no llega, seguid contentas aquí. Recordad una cosa, hijas: siempre tendréis una madre dispuesta a escucharos y un padre que desea ser vuestro amigo, y los dos esperamos y confiamos que nuestras hijas, casadas o solteras, sean el orgullo y el consuelo de nuestras vidas.

—Lo seremos, mamá, lo seremos —exclamaron ambas de todo corazón, mientras su madre les daba las buenas noches.



Capítulo X

El «C. P.» y la «O. C.»



ON LA primavera llegó el tiempo de las nuevas diversiones. Los días se alargaron y sobre todo las tardes, convirtiéndose en ideales para todo tipo de juegos o de tareas. Por ejemplo, cuidar el jardín: lo habían dividido en cuatro y cada hermana tenía su parcela para cultivar lo que quisiera. Hannah decía que «podría reconocer la mano que trabajaba cada trozo de tierra, aunque se los encontrara en la China», y seguro que lo hubiese hecho, porque los gustos de las chicas eran tan diferentes como sus caracteres. En el terreno de Meg florecían rosas, heliotropos, arrayanes^[1] y un pequeño naranjo. El de Jo cambiaba de un año a otro, pues siempre estaba experimentando; en esta ocasión había decidido plantar girasoles, con cuyas semillas esperaba poder alimentar a la Tía *Cockletop* y a su familia de polluelos... Beth cultivaba flores antiguas, de fragancias fuertes: guisantes de olor, resedas, espuelas de caballero, claveles, pensamientos y ajenjo, con álsine para los pájaros, además de hierbas gateras^[2] para sus garitos. Amy tenía en el suyo un cenador —pequeño e irregular, pero hermoso— con madreselvas y dondiegos de día, que colgaban formando coloridas guirnaldas entrelazadas de campanillas, altas azucenas blancas, delicados helechos y cualquier otra planta luminosa y pintoresca que quisiera crecer allí.

Cuidar el jardín, pasear, remar en el río o salir a coger flores, eran entretenimientos para cuando hacía buen tiempo. En los días lluviosos tenían otras diversiones —algunas viejas y otras nuevas— más o menos originales, que se podían realizar en casa. Una de ellas era el «C. R.», y es que, como las sociedades secretas estaban de moda, les pareció apropiado tener la suya. Todas admiraban a Dickens, así que decidieron llamarse Club Pickwick^[3]. Llevaban con él todo el año, salvo algunas pocas interrupciones. Se reunían cada sábado en la buhardilla grande para celebrar la siguiente ceremonia: se

colocaban tres sillas en fila frente a una mesa, en la que había una lámpara, cuatro escarapelas blancas con la letras «C. P.» de diferente color en cada una y el semanario que llamaban *La Carpeta de Pickwick*, del que Jo era la directora y en el que todas colaboraban. A las siete en punto los cuatro miembros subían a la sala del club, se colocaban las escarapelas y tomaban asiento con gran solemnidad. Meg, por ser la mayor, ocupaba el lugar de Samuel Pickwick; siguiendo el tumo literario, Jo era Augustus Snodgrass; Beth, por redondita y sonrosada, Tracy Tupman; y Amy, que siempre quería hacer lo que no podía, era Nathaniel Winkle^[4]. Pickwick, el presidente, leía el periódico, que estaba compuesto por cuentos originales, poemas, noticias locales, anuncios en broma y sugerencias que se hacían unas a otras sobre sus fallos y defectos.

En cierta ocasión, el señor Pickwick se puso sus gafas sin cristales, dio un golpe en la mesa, carraspeó y, lanzando una dura mirada al señor Snodgrass, que se balanceaba en la silla sin terminar de colocarse, comenzó la lectura:

LA CARPETA DE PICKWICK

20 de mayo de 18...

EL RINCÓN DEL POETA

Oda de aniversario

Nos hallamos de nuevo reunidos
para, con escarapelas y rito solemne,
nuestro cincuenta y dos aniversario^[5], esta noche,
en casa de Pickwick celebrar.

De perfecta salud todos gozamos
y nuestro pequeño club nadie ha abandonado;
con los rostros conocidos, una vez más, nos encontramos
y las manos amigas estrechamos.

Siempre en su puesto, al querido Pickwick,
con reverencia, saludamos,
mientras, con sus gafas sobre la nariz,
nuestras repletas cuartillas semanales lee.

Aunque resfriado esté,
su voz nos gusta oír,
pues sabiduría de sus labios sale
aun cuando que berrea y croa parezca.

Desde sus alturas, con gracia elefantina,
el viejo y gigantesco Snodgrass se asoma,

y, con su rostro oscuro y jovial,
alegre entre sus compañeros destaca.

Poéticas luces sus ojos iluminan,
contra su suerte está luchando,
la ambición lleva en la frente,
y en la nariz, ¡un borrón!

A continuación, nuestro pacífico Tupman,
tan sonrosado, rollizo y dulce,
que, con los juegos de palabras, se ahoga de risa
hasta caerse de la silla.

El pequeño y primoroso Winkle también aquí está,
con cada pelo en su sitio,
y el modelito más apropiado,
aunque lavarse la cara odie.

Un año ha pasado y aún unidos seguimos,
gastando bromas, riendo y leyendo,
por el sendero de la literatura caminando
que hasta la gloria nos llevará.

Que largo tiempo nuestro diario dure,
que nuestro club no se rompa,
y que los años venideros de bendiciones colmen
a nuestro «C. P.» productivo y jocoso.

A. SNODGRASS

LA BODA DE MÁSCARAS

CUENTO VENECIANO

Una tras otra, las góndolas se deslizan majestuosamente hasta la escalinata de mármol, y dejan que su adorable carga engrase la brillante multitud que abarrotá los regios salones del conde de Adelon. Caballeros y damiselas, enanos y pájares, monjes y jovencitas floridas, todos se mezclan alegremente en el baile. El aire está repleto de ricas melodías y dulces voces, y así, entre júbilo y música, la fiesta de máscaras prosigue.

—¿Ha visto su alteza a *lady* Viola esta noche? —preguntó un galante trovador a la Reina de las Hadas, que había entrado en el salón flotando entre sus brazos.

—Sí, ¿no está encantadora, a pesar de su tristeza? También su vestido es hermoso. Pero dentro de una semana ha de casarse con el conde Antonio, y lo odia con toda su alma.

—A fe mía que le envidio. Ahí viene, vestido de novio, pero con un antifaz negro. Cuando se lo quite, podremos ver cómo mira a la agraciada doncella cuyo corazón no ha podido conquistar, aunque su severo padre le haya concedido su mano —comentó el trovador.

—Se dice que ama a un joven artista inglés que la ha estado rondando, pero el viejo conde lo echó a puntapiés.

La fiesta llegaba a su momento álgido cuando apareció un sacerdote, que apartó a la joven pareja a un rincón adornado con terciopelo púrpura y les indicó

que se arrodillaran. Se hizo el silencio entre la alegre multitud, y nada rompió la absoluta calma salvo el rumor del agua de las fuentes y el susurro del naranjal a la luz de la luna, hasta que el conde de Adelon tomó la palabra:

—Damas y caballeros, disculpen el ardid con el que les he reunido aquí para que sean testigos de la boda de mi hija. Padre, esperamos sus servicios.

Todas las miradas se volvieron hacia los contrayentes y un murmullo de asombro se extendió entre la multitud, ya que ni la novia ni el novio se quitaron sus máscaras. Aunque todos los corazones presentes se hallaban expectantes y poseídos por la curiosidad, el respeto frenó todas las lenguas hasta que la ceremonia hubo concluido. Entonces, los ansiosos espectadores se congregaron alrededor del conde, exigiendo una explicación.

—La daría encantado si pudiese, pero lo único que sé a ciencia cierta es que era un capricho de mi tímida Viola, al que yo he accedido. Y ahora, hijos míos, terminemos con el juego. Quitaos las máscaras y recibid mi bendición.

Pero ninguno de los dos se inclinó ni se arrodilló, sino que el joven desposado contestó en un tono que sorprendió a la audiencia, al tiempo que retiraba su máscara, descubriendo el noble rostro de Ferdinand Devereux, el artista enamorado. Apoyada en su pecho, en el que ahora brillaba la estrella de un conde de Inglaterra, estaba la adorable Viola, radiante de felicidad y belleza:

—Señor, usted me desdeñó sin pensarla cuando le pedí la mano de su hija. Entonces no me dio la oportunidad de ofrecerle un nombre de tan alta alcurnia y vasta fortuna como el conde Antonio. Lo hago ahora, y aún más, ya que ni siquiera su ambicioso espíritu será capaz de rechazar al conde de Devereux y De Vere, cuyo título ancestral e inmensos bienes se le ofrecen a cambio de la adorable mano de esta maravillosa dama, que ya es mi esposa.

El conde estaba tan inmóvil que parecía de piedra, y Ferdinand se volvió hacia la aturdida multitud y añadió con una feliz sonrisa de triunfo:

—Y a ustedes, mis amables amigos, solo puedo deseársos que vuestros juegos amorosos prosperen como el mío, y os lleven hasta una novia tan perfecta como la que yo he tenido en esta boda de máscaras.

S. PICKWICK

* * *

ADIVINANZA

¿En qué se parece el «C. P.» a la torre de Babel?
En que está lleno de miembros ingobernables.

* * *

HISTORIA DE UNA CALABAZA

Érase una vez un granjero que plantó una semilla en su jardín, y, después de algún tiempo, brotó y se convirtió en una planta a la que le nacieron varias calabazas. Un día de octubre, cuando ya estaban maduras, el hombre cogió una y la llevó al mercado. Se la vendió a un tendero, que la puso sobre el mostrador. Esa misma mañana, una niña con sombrero marrón, vestido azul, cara redonda y nariz chata entró y la compró para su mamá. Cargó con ella hasta su casa, donde la cortaron y la cocinaron en una gran olla. Una parte la amasaron con sal y mantequilla para la cena. El resto lo prepararon con una pinta de leche, dos huevos, cuatro cucharadas de azúcar, nuez moscada y algunas galletas, la pusieron

en una fuente honda y la metieron en el horno hasta que estuvo dorada y apetitosa. Al día siguiente se la zampó una familia apellidada March.

T. TUPMAN

* * *

Estimado Sr. Pickwick:

Me dirijo a usted para tratar el asunto del pecado el pecador al que me refiero es un caballero llamado Winkle que tiene constantes problemas con su club debido a su risa y a que en algunas ocasiones no escribe sus textos en el papel adecuado espero que disculpe sus errores y le permita enviarle esto en una cuartilla y es que no ha podido evitarlo por lo ocupado que está con los deberes y pensando en el futuro pero sacaré tiempo de donde sea para preparar un trabajo *commy la fo*^[6] que significa que esté bien tengo prisa porque es casi la hora de clase.

Suyo atentamente

N. WINKLE

[Este escrito es un valiente y hermoso reconocimiento de las malas acciones cometidas en el pasado. Si nuestro joven amigo estudiara puntuación, sería aún mejor].

* * *

UN TRISTE ACCIDENTE

El viernes pasado nos vimos sobresaltados por un violento golpe en nuestros propios cimientos, seguido de sollozos de angustia procedentes del sótano. Bajamos a toda prisa y descubrimos a nuestro bien amado Presidente postrado en el suelo; había tropezado y caído mientras recogía madera con propósitos domésticos. Lo que se presentaba ante nuestros ojos era una escena perfectamente deplorable: en su caída, el señor Pickwick había sumergido la cabeza y los hombros en una tina llena de agua, volcado un barril de jabón líquido sobre su varonil figura y rasgado sus ropas de mala manera. Al rescatarlo de su peligrosa situación, pudimos constatar que no había sufrido herida alguna, aunque sí varias magulladuras. Nos alegra poder añadir que, en estos momentos, se encuentra perfectamente.

ED.

* * *

DUELO PÚBLICO

Es nuestro doloroso deber recordar la repentina y misteriosa desaparición de nuestra apreciada amiga, la señora Zarpita Bola de Nieve. Esta adorable y adorada gata era la mascota de un nutrido grupo de amigos muy cercanos y queridos. Su belleza atraía todas las miradas y sus gracias y habilidades ganaron todos los corazones. La comunidad en pleno siente profundamente su pérdida. La última vez que fue vista estaba junto a la verja, vigilando el carro del carnicero. Es de temer que algún malvado, atraído por sus encantos, la haya robado vilmente. En las semanas que han pasado, no se ha descubierto ni rastro de ella y ya nos ha abandonado toda esperanza: hemos atado un lazo negro a su cuna y tirado su plato. La lloramos sabiendo que la hemos perdido para siempre.

Un simpático amigo nos envía la siguiente joya:

LAMENTO

por Zarpita Bola de Nieve

Nos aflige la pérdida de nuestra pequeña mascota
y lamentamos su desventurado fin;
ya no volveremos a verla sentada frente al fuego
ni jugando junto a la vieja verja del jardín.

Sus cachorros reposan en una tumba
bajo el castaño,
pero sobre la suya no nos es posible llorar:
desconocemos dónde se pueda hallar.

Su cuna vacía, su pelota solitaria
ya no la verán más.
Adiós a los suaves roces, a los dulces ronroneos
junto a la puerta de la sala de estar.

Otra gata persigue ahora a sus ratones,
una gata de cara sucia,
pero no caza como nuestra adorada ausente
y carece de su grácil mirada.

Sus pasos furtivos recorren la sala
por donde Zarpita solía jugar,
y con sus bufidos
a los perros suele ahuyentar.

Es útil, mansa y esforzada,
aunque corta de vista,
pero no puede ocupar tu lugar
porque te queremos más a ti.

A. S.

ANUNCIOS

La señorita Oranthy Bluggage, la consumada y decidida conferenciante, nos hablará sobre su famoso texto *La mujer y su posición* en la sala Pickwick, el próximo sábado por la tarde, después de los actos habituales.

* * *

Se celebrará una reunión semanal en la cocina, a fin de enseñar a las chicas las artes culinarias. Presidirá Hannah Brown; están todos invitados a asistir.

* * *

La Sociedad de Recogedores de Basura se reunirá el próximo miércoles y desfilará por el piso superior de la sede del Club. Se ruega a todos los miembros que, a las

nueve en punto, se presenten de uniforme y con sus escobas al hombro.

* * *

La señora Beth Bouncer recibirá la próxima semana un nuevo paquete de ropa para muñecas. En él llega la última moda de París. Se aceptan pedidos.

* * *

Dentro de pocas semanas se estrenará una nueva obra en el Teatro Barnville. Será un acontecimiento que sobrepasará todo lo visto hasta el momento en un escenario americano. El título de este emocionante drama es *El esclavo griego*, o *Constantino el Vengador*.

SUGERENCIAS

Si S. P. no usara tanto jabón para lavarse las manos, no llegaría siempre tarde al desayuno.

* * *

Se ruega a A. S. que no silbe por la calle.

* * *

Don T. T. no olvide, por favor, la servilleta de Amy.

* * *

N. W. no debería rozar tanto su vestido, porque no tiene nueve sobrefaldas.



INFORME SEMANAL

Meg: Bien.

Jo: Mal.

Beth: Muy bien.

Amy: Regular.

Cuando el Presidente terminó la lectura del periódico (y puedo asegurar a mis lectores que se trata de una copia *bona fide* de lo que hace mucho tiempo escribieron unas chicas *bona fide*^[7]) se inició una salva de aplausos y el señor Snodgrass se levantó para hacer una propuesta.

—Señor Presidente, caballeros —comenzó, adoptando el tono y actitud de un parlamentario—. Quisiera proponer la admisión de un nuevo miembro. Se trata de un hombre que merece este honor, lo agradecería sinceramente y aportaría animación al club, valor literario al periódico y simpatía y encanto en general. Propongo que se haga miembro honorario del «C. P.» al señor Theodore Laurence. Venga, hagámoslo.

El repentino cambio en el estilo oratorio de Jo hizo reír a las chicas, pero sus rostros reflejaban ansiedad y nadie dijo una palabra hasta que Snodgrass se hubo sentado.

—Lo someteremos a votación —dijo el Presidente—. Los que estén a favor de esta moción, por favor, que digan «Sí».

Snodgrass respondió alto y claro, seguido, para sorpresa de todos, de la tímida vocecita de Beth.

—Los que estén en contra que digan «No».

Meg y Amy estaban en contra, y el señor Winkle se levantó para decir con gran elegancia:

—No queremos chicos: solo saben contar chistes y fanfarronadas. Este es un club de señoritas y nos gusta la intimidad y la corrección.

—Yo me temo que se reirá de nuestro periódico, y al final, también de nosotras —comentó Pickwick, tirándose de un rizo del flequillo, como solía hacer cuando dudaba.

Snodgrass se levantó de un salto y sumamente serio:

—Señor, le doy mi palabra de caballero de que Laurie no hará ninguna de esas cosas. Le gusta escribir y elevará el tono de nuestras colaboraciones y no permitirá que caigamos en sentimentalismos, ¿no se da cuenta? Podemos hacer tan poco por él, y él hace tanto por nosotras que al menos deberíamos ofrecerle un puesto aquí y recibirllo con los brazos abiertos si acepta.

Esta astuta alusión a los beneficios recibidos hizo que Tupman también se levantara, con aspecto de estar casi convencido.

—Sí, hemos de hacerlo, aunque *tengamos* miedo. Yo digo que *puede* venir, y su abuelo también, si quiere.

El empuje de Beth prendió en el resto de los miembros del club y Jo se acercó para estrecharle la mano calurosamente.

—Ahora, votemos de nuevo. Recordad que hablamos de nuestro Laurie y decid «Sí» —gritó Snodgrass excitado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —contestaron tres voces a la vez.

—¡Bien! ¡Sois maravillosas! Y ahora, como no hay nada mejor que no «*tirar*» el tiempo, como suele decir Winkle, permitidme que os presente al nuevo miembro.

Y, ante el asombro del resto del club, Jo abrió la puerta del armario y allí estaba Laurie, sentado encima de una bolsa de trapos viejos, rojo por la risa contenida.

—¡Granuja! ¡Traidor! Jo, ¿cómo has podido? —exclamaron las tres, mientras Snodgrass sacaba triunfalmente a su amigo y, acercándose una silla y una escarapela, lo instalaba en un periquete.

—¡La caradura de estos dos tunantes es increíble! —empezó a decir el señor Pickwick, intentando fruncir el ceño, pero consiguiendo tan solo un gesto de amable sonrisa.

El nuevo miembro se puso a la altura de las circunstancias y, mientras se levantaba, hizo un gracioso saludo al Presidente y dijo de forma encantadora:

—Señor Presidente, damas..., perdón, caballeros..., permítanme que me presente: soy Sam Weller^[8], el humilde criado de este club.

—¡Bien! ¡Bien! —gritó Jo, dando golpes con el mango del viejo calentador en el que se apoyaba.

—Mi fiel amigo y noble patrón —continuó Laurie, con un ampuloso gesto de la mano—, que tan favorablemente me ha presentado, no debe ser censurado por la estratagema de esta noche. Yo la planeé y ella solamente accedió después de mucho insistir por mi parte.

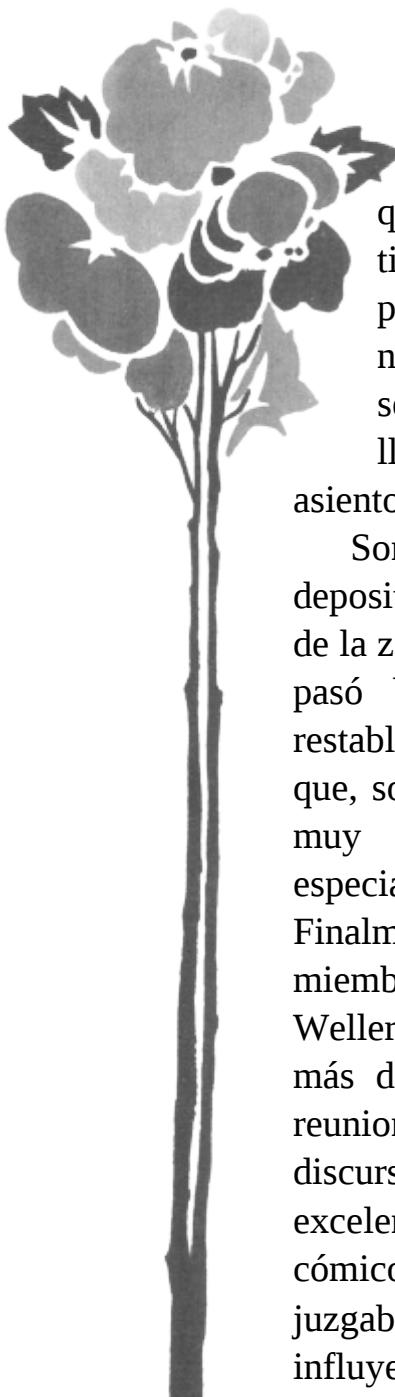
—¡Vamos! No te eches todas las culpas, sabes que yo propuse lo del armario —interrumpió Snodgrass, que estaba disfrutando a placer la broma.

—No hagan caso de lo que dice; yo soy el miserable que lo ha hecho, señor —dijo el nuevo miembro, con un saludo a lo Weller dedicado al Presidente—. Pero por mi honor que no volverá a suceder, y en adelante dedicaré todo mi esfuerzo a los intereses de este club inmortal.

—¡Escuchadle, escuchadle! —exclamó Jo, golpeando la tapa de la estufa como si fuera un timbal.

—¡Que siga, que siga! —terciaron Winkle y Tupman, mientras el presidente se inclinaba afablemente.

—Tan solo quiero añadir que estoy profundamente agradecido por el honor del que me han hecho merecedor, y que, a fin de promover las relaciones de amistad entre las naciones, he instalado una oficina de correos



junto al seto, en la parte baja del jardín; es un edificio espacioso y muy adecuado, con candados en la puerta. Se trata del viejo palomar, pero he clausurado la puerta y abierto el techo para que quepan todo tipo de objetos, y así ahorrarnos un tiempo precioso. Cartas, manuscritos, libros y paquetes pueden depositarse allí, y, como cada nación dispondrá de su propia llave, creo que nos será francamente útil. Permítanme que les muestre la llave del club y que, agradeciendo su atención, tome asiento.

Sonaron calurosos aplausos cuando el señor Weller depositó una pequeña llave sobre la mesa, y procedentes de la zona del calentador se oyeron toda suerte de ruidos y pasó bastante tiempo hasta que la calma se hubo restablecido. Siguió una larga sesión de discusiones en la que, sorprendentemente, todos participaron, y lo hicieron muy bien, de manera que resultó una reunión especialmente animada que duró más que de costumbre. Finalmente, se clausuró con tres ruidosos vítores al nuevo miembro. Nadie se arrepintió de haber admitido a Sam Weller, ya que el club no hubiera encontrado miembro más devoto, educado y jovial. Ciertamente animó, las reuniones y elevó el nivel literario del periódico, pues sus discursos mataban de risa a los otros miembros y sus excelentes artículos, ya fueran patrióticos, clásicos, cómicos o dramáticos, nunca resultaron sensibleros. Jo los juzgaba dignos de Bacon, Milton o Shakespeare^[9], e influyeron y mejoraron su propio estilo, pensaba ella.

La «O. C.» se convirtió en una pequeña institución y prosperó de maravilla: por ella pasaron casi tantas cosas curiosas como por una oficina de correos de verdad.

Tragedias y corbatas, poesía y confitura, semillas y largas cartas, música y pan de jengibre, invitaciones, regañinas y cualquier cosa. El viejo caballero se divertía mandando paquetes intrigantes, mensajes misteriosos y divertidos telegramas, y su jardinero, rendido a los encantos de Hannah, le envió una carta de amor a través de Jo. ¡Cuánto se rieron cuando el secreto se hizo

público, sin imaginar la de cartas de amor que iba a recibir la pequeña oficina de correos en los años venideros!



Capítulo XI Experimentos



NO DE Junio! Los King se van a la costa mañana y ¡soy libre! Tres meses de vacaciones... ¡Cómo los voy a disfrutar! —exclamó Meg, de regreso a casa.

Era una mañana calurosa y encontró a Jo tumbada en el sofá en un inusual estado de agotamiento. Beth le quitaba las botas sucias y Amy estaba haciendo limonada para que todas pudieran refrescarse.

—La tía March se ha marchado por fin hoy. ¡Qué alegría! —dijo Jo—. Estaba aterrorizada de que me invitase a ir con ella. Habría tenido que aceptar, pues me hubiera sentido obligada. Ya sabéis que Plumfield es tan alegre como un cementerio, pero no habría tenido excusa. Con las prisas por que se fuera y para evitar que me hablase, estuve tan amable y servicial que temí que en el último momento se arrepintiera de no llevarme. No paré de temblar hasta que la vi dentro del coche, y entonces me dio el último susto, porque cuando ya se iban a poner en marcha asomó la cabeza por la ventanilla y dijo: «Jo, ¿no quieres...?». Pero no oí nada más: cobardemente di media vuelta y salí huyendo. De hecho, corrí hasta esconderme tras la esquina y solo allí pude sentirme a salvo.

—¡Pobre Jo! Cuando llegó, parecía que la viniera persiguiendo una manada de osos —dijo Beth, mientras frotaba maternalmente los pies de su hermana.

—La tía March es un auténtico *papiro*, ¿verdad? —observó Amy, probando la limonada con aire crítico.

—Ha querido decir *vampiro*^[1], pero no importa: hace demasiado calor para ponerse quisquilloso por una palabra —murmuró Jo.

—¿Qué vais a hacer durante las vacaciones? —preguntó Amy cambiando con tacto de conversación.

—Levantarme tarde y vaguear —contestó Meg desde el fondo de la mecedora—. Me he pasado todo el invierno madrugando y trabajando para los demás, así que ahora voy a descansar y a divertirme.

—Pues yo no —dijo Jo—. Lo de la pereza no va conmigo; tengo una buena pila de libros y voy a aprovechar para leer al sol subida a mi rama del viejo manzano si no me voy de a...

—¡No digas de «alondra^[2]»! —rogó Amy, en venganza por lo de «papiro».

—Entonces diré de «ruiseñor» con Laurie; eso es más correcto y apropiado, ya que él es una curruca^[3].

—¿Por qué no dejamos también nosotras de estudiar durante una temporada, Beth, y jugamos a todas horas y descansamos, como piensan hacer las demás? —propuso Amy.

—Bueno, yo lo haría si a mamá no le importa. Me gustaría aprender algunas canciones nuevas, y mis bebés no tienen qué ponerse para el verano; necesitan vestidos urgentemente.

—¿Podemos, mamá? —preguntó Meg, volviéndose hacia la señora March, que se hallaba cosiendo en lo que llamaban «el rincón de mamá».

—Podéis hacer la prueba durante una semana a ver si os gusta. Estoy segura de que el sábado por la noche habréis descubierto que jugar solo y no trabajar es tan malo como trabajar y no jugar.

—¡Oh, no! Será una maravilla, estoy segura —dijo Meg, complacida.

—Y ahora propongo un brindis, como dice mi amigo y compañero Sairy Gamp: por que la diversión no pare —vociferó Jo, levantando su vaso en alto, mientras la limonada pasaba de mano en mano.

Bebieron alegremente y empezaron su experimento ganduleando el resto del día. A la mañana siguiente, Meg no apareció hasta las diez. No le gustó desayunar a solas y, además, la habitación le pareció solitaria y desordenada, porque Jo no había llenado los floreros, ni Beth había quitado el polvo y los libros de Amy estaban desparramados por todas partes. Nada le resultaba agradable, salvo el «rincón de mamá», que tenía el mismo aspecto de siempre, y allí se instaló Meg a «descansar y leer», lo cual quiere decir, realmente, a imaginarse los bonitos vestidos de verano que podría hacerse con su sueldo. Jo pasó la mañana en el río con Laurie, y la tarde, leyendo y llorando con *El ancho, ancho mundo* en lo alto del manzano. Beth empezó a sacar todo lo que había dentro del gran armario en el que vivía su «familia», pero a mitad de tarea se cansó y, dejándolo como estaba, se fue a su música, feliz por no tener platos que fregar. Amy arregló su cenador, se puso su mejor vestido blanco,

se peinó los bucles y se sentó a dibujar bajo la madreselva, con la esperanza de que alguien la viera y preguntase quién era la joven artista. Como no se presentó nadie, a excepción de una araña de patas largas, que examinó muy interesada su trabajo, se fue a dar un paseo, pero le pilló una tormenta y volvió a casa pingando.

A la hora del té intercambiaron impresiones y todas estuvieron de acuerdo en que había sido un día delicioso, aunque excepcionalmente largo. Meg, que se había ido de compras por la tarde y había vuelto con una pieza de «suavísima muselina azul», descubrió, después de haber cortado el patrón, que no se podía lavar, lo cual la contrarió algo. Jo se había quemado la nariz remando y tenía dolor de cabeza de tanto leer. Beth estaba preocupada por el desorden del armario y por lo difícil que resultaba aprender tres o cuatro canciones a la vez, y Amy se lamentaba del daño sufrido por su vestido ya que al día siguiente era la fiesta de Katy Brown y ahora, al igual que Flora McFlimsey, «no tenía nada que ponerse». Pero esto eran naderías, y aseguraron a su madre que el experimento iba de maravilla. Ella sonrió, no dijo nada y, con ayuda de Hannah, arregló lo que habían dejado sin hacer a lo largo del día, manteniendo la casa agradable y haciendo que la maquinaria doméstica siguiera funcionando sin roces. Fue curiosa y hasta asombrosa la incomodidad que produjo en el ambiente el proceso de «descanso y laxitud». Los días se fueron haciendo cada vez más largos, y el humor se fue volviendo tan variable como el tiempo. La inquietud se apoderó de ellas y el diablo encontró muchas bromas que gastar a las ociosas. En el colmo del lujo, Meg dio parte de su costura a la costurera, y el tiempo empezó a pesarle tanto que acabó estropeando sus vestidos al intentar emperifollarlos como si fueran de una Moffat. Jo leyó hasta destrozarse la vista y acabó hartándose de los libros; estaba tan nerviosa que hasta el bueno de Laurie discutió con ella y era tal su desánimo que deseó desesperadamente haberse ido con la tía March. A Beth le iba bastante bien, porque con cierta frecuencia olvidaba que debía «jugar sin descanso» y, de vez en cuando, volvía a sus antiguos quehaceres; pero el ambiente le afectaba y más de una vez perdió su calma habitual..., tanto es así que un día llegó a coger por el cuello a su querida Joanna y la llamó «espantajo». El caso de Amy era el peor, ya que tenía menos recursos que sus hermanas y, cuando estas la dejaban sola, no tardaba en descubrir que una personalidad competente y engreída como la suya era una gran carga. No le gustaban las muñecas, ni los cuentos para niños y tampoco podía pasarse el día dibujando; las reuniones para tomar el té no le divertían demasiado y lo

mismo le pasaba con las excusiones, a no ser que estuviesen muy bien organizadas.

—Si una tuviera una gran casa, llena de niñas agradables, o pudiera irse de viaje, el verano sería estupendo, pero quedarse en casa con tres hermanas egoístas y un chico mayor puede acabar con la paciencia de cualquiera —se quejaba doña Despropósitos, después de varios días de placer, irritación y aburrimiento.

Ninguna quería reconocer que estaba cansada del experimento, pero el viernes por la noche todas se alegraron para sus adentros de que la semana estuviera a punto de terminar. La señora March, que tenía un notable sentido del humor, decidió que había que terminar el experimento de un modo apropiado, así que le dio a Hannah el día libre, para que así las chicas pudieran disfrutar plenamente de ese juego.

Cuando se levantaron el sábado por la mañana, no había fuego en la cocina, ni desayuno en el comedor, ni se veía a su madre por ningún sitio.

—¡Pobres de nosotras! ¿Qué es lo que pasa? —exclamó Jo, mirando horrorizada a su alrededor.

Meg corrió escaleras arriba y al poco rato volvió con expresión tranquila, pero algo aturdida y avergonzada.

—Mamá se encuentra bien: dice que está cansada y que se va a quedar tranquilamente en su cuarto el resto del día, y que nos las arreglemos sin ella. Es muy raro, nunca había hecho una cosa así, pero me ha contado que para ella ha sido una semana muy dura y que no debemos quejarnos sino ocuparnos de nosotras mismas.

—Pues eso es fácil y me gusta la idea. Ya tenía yo ganas de hacer algo..., quiero decir, algo nuevo y entretenido —añadió Jo, con presteza.

De hecho, fue un inmenso alivio para todas tener algo que hacer, y pusieron manos a la obra con ganas. No tardaron en darse cuenta de cuánta razón tenía Hannah al decir que «las tareas de la casa no eran ninguna broma». En la despensa había comida de sobra y, mientras Beth y Amy ponían la mesa, Meg y Jo prepararon el desayuno, preguntándose por qué los criados se quejaban de tener mucho trabajo.

—Le subiré algo a mamá, aunque haya dicho que no nos ocupemos de ella, sino de nosotras —dijo Meg, que presidía la mesa y se sentía muy digna detrás de la tetera.

Así que, antes de empezar, prepararon una bandeja y se la subieron con los mejores deseos de la cocinera. El té estaba demasiado fuerte, la tortilla

quemada y a las galletas les había caído sal, pero la señora March recibió su desayuno agradecida y se rio un buen rato cuando Jo se hubo marchado.

«Pobrecillas, me temo que no les va a ser fácil, pero tampoco van a sufrir, y será una buena lección», se dijo, sacando las provisiones que previsoramente había guardado y deshaciéndose del espantoso desayuno para no herir sus sentimientos...

Después de esto se produjeron numerosas quejas y los exquisitos platos de la cocinera jefe fueron humillados.

—No te preocupes, yo haré la comida y os serviré, y tú serás la señora, tendrás las manos cuidadas, recibirás a las visitas y darás las órdenes —dijo Jo, que sabía aún menos que Meg de asuntos culinarios.

Meg aceptó gustosa la oferta y se retiró al salón; arregló la habitación de cualquier modo, escondiendo bajo el sofá lo que no estaba en su sitio y cerrando las persianas para evitarse quitar el polvo. Jo, convencida de sus habilidades y deseosa de hacer las paces, dejó una nota para Laurie en la «O. C.», en la que le invitaba a comer.

—Hubiera sido mejor ver con qué cuentas antes de invitar a nadie —dijo Meg cuando se enteró de la hospitalaria pero arriesgada decisión.

—Hay fiambre de carne, y un montón de patatas, y compraré espárragos y una langosta «para el vicio» como dice Hannah. Hay lechuga, así que haré ensalada. No sé cómo, pero lo dirá en los libros. Y de postre, budín y fresas, y también café, para que parezca una dama elegante.

—No te metas en líos, Jo; si tú solamente sabes hacer pan de jengibre con miel. Yo me lavo las manos de todo este asunto de la comida. Tú has invitado a Laurie por tu cuenta, así que tú te ocuparás de él.

—No te he pedido que hagas nada. Solo pórtate correctamente con él y ayúdame con el budín. Me aconsejarás si me confundo, ¿no? —preguntó Jo, dolida.

—Sí, pero yo no sé mucho: hacer pan y cuatro tonterías más. Mejor será que le pidas permiso a mamá antes de encargar nada —le contestó Meg, prudentemente.

—Pues claro, no soy idiota.

Y Jo se fue enfadada por las dudas que se habían manifestado sobre su capacidad.

—Coge lo que necesites y no me molestes. Voy a salir a comer y no puedo estar preocupándome por las cosas de la casa —dijo la señora March cuando Jo fue a hablar con ella—. Nunca me han gustado las tareas

domésticas, y el día de hoy me lo he tomado de vacaciones para leer, escribir, hacer algunas visitas y divertirme.

El desconocido espectáculo de su activa madre meciéndose confortablemente y leyendo a primera hora de la mañana hizo que Jo se sintiera como si fuese a ocurrir un desastre de la naturaleza: un eclipse, un terremoto o una erupción volcánica no le hubieran parecido más extraños.

«De algún modo todo es triste —se dijo a sí misma mientras bajaba la escalera—. Ahí está Beth llorando, y eso es un signo inequívoco de que algo va mal en esta familia. Y como Amy empiece a dar la lata, le doy un sopapo».

Sintiéndose ella misma de lo más triste, se apresuró a entrar en el salón, donde encontró a Beth, muy desconsolada, sobre Pip, el canario, que estaba muerto en su jaula, con sus patitas patéticamente tiesas, como si estuviera implorando su comida, sin la cual había muerto.

—Es culpa mía...; me olvidé de él...; no le quedaba ni un granito, ni una gota de agua. ¡Oh, Pip, Pip!, ¿cómo he podido ser tan cruel contigo? —sollozó Beth, cogiendo al animalillo en sus manos e intentando revivirle.



Jo examinó sus ojos medio cerrados, y también su corazoncito, y lo sintió rígido y frío; sacudió la cabeza y ofreció su caja de dominó como ataúd.

—Mételo en el horno; quizá se caliente y reviva —dijo Amy, con esperanza.

—Lo he matado de hambre; encima no lo voy a asar. Le haré un sudario y lo enterraré en el jardín, y nunca tendré otro pájaro, nunca; ¡mi pobre Pip!, soy demasiado mala —murmuró Beth, sentada en el suelo con su mascota favorita en las manos.

—El entierro será esta tarde, e iremos todas. Ahora, no llores, Bethy; es una pena, pero es que nada ha ido bien esta semana, y a Pip le ha tocado la peor parte del experimento. Cósele el sudario y déjalo en mi caja, y después de la comida leharemos un bonito funeral —dijo Jo, sintiendo que hacía algo bueno.

Dejó que las demás consolaran a Beth y se metió en la cocina, donde reinaba la confusión. Se puso un gran delantal y con mucho espíritu apiló

todos los platos para empezar a fregar. Entonces, se dio cuenta de que no había fuego.

—¡Vaya panorama! —murmuró Jo, abriendo de golpe la puerta de la estufa y moviendo vigorosamente las cenizas.

Cuando hubo reavivado el fuego, pensó que podría hacer la compra mientras el agua hervía. El paseo la animó y volvió a casa convencida de haber hecho unas adquisiciones estupendas: una langosta muy tierna, unos espárragos nada tiernos y dos cestas de fresas ácidas. Para cuando acabó de limpiar, era ya la hora de la comida y el hogar estaba al rojo. Hannah había dejado la masa del pan preparada y Meg, a primera hora, lo había metido en el horno para que subiera y se había olvidado de él. Estaba entretenida con Sallie Gardiner en el salón cuando la puerta se abrió de repente y una cara chamuscada y llena de harina le preguntó mordazmente:

—Digo yo que un pan ya ha subido lo suficiente cuando se sale del molde, ¿verdad?

Sallie se echó a reír, pero Meg arqueó las cejas de tal modo que la aparición decidió desvanecerse y meter otro pan en el horno sin más dilación. La señora March se marchó después de haber echado una ojeada para ver cómo iban las cosas y haber consolado a Beth, que estaba cosiendo el sudario para el difunto, que yacía a su lado en la caja de dominó. Una extraña sensación de desamparo se apoderó de las chicas cuando el sombrero gris desapareció al girar la esquina, y a los pocos minutos se convirtió en desesperación, al aparecer la señorita Crocker anunciando que venía a comer. Era una dama delgada, una solterona de mal color, con nariz afilada y ojos inquisitivos que lo veían todo, y que, de todo lo que veía, murmuraba. No les gustaba en absoluto, pero intentaron ser amables con ella por el hecho de que era mayor, pobre y tenía pocos amigos. Así que Meg le ofreció el sillón e intentó entretenérla, mientras la señora no paraba de hacer preguntas, criticándolo todo y contando chismes sobre personas amigas.

No hay palabras para describir las ansiedades y angustias que pasó Jo aquella mañana. La comida que sirvió se convirtió en una broma clásica. Renunciando a pedir más consejos, hizo por su cuenta lo que pudo y descubrió que para cocinar hace falta algo más que empeño y buena voluntad. Tuvo los espárragos cociendo más de una hora y se le deshicieron las puntas, pero los tallos se quedaron más duros que nunca. El pan se le quemó porque el aliño de la ensalada la tuvo tan obsesionada que olvidó todo lo demás hasta que se hubo convencido de que no era capaz de hacer una salsa comestible. La langosta era un misterio de color rojizo, pero a fuerza de golpear y

escarbar logró sacar algo de carne, que quedó sepultada bajo un montón de hojas de lechuga. Tuvo que darse prisa con las patatas para no hacer esperar a los espárragos y, al final, quedaron medio crudas. El budín tenía grumos y las fresas no estaban maduras como parecía.

«Bueno, si tienen hambre, pueden comer carne y pan con mantequilla, pero es lamentable haber estado trabajando toda la mañana para nada», pensó Jo, mientras tocaba la campanilla media hora más tarde que de costumbre.

Estaba allí, de pie, acalorada, cansada y con el ánimo por los suelos, revisando el banquete que había preparado para Laurie, acostumbrado a toda clase de lujos, y para la señorita Crocker, cuyos ojos curiosos detectarían todas las faltas y cuya lengua viperina se encargaría de difundirlas a conciencia.

La pobre Jo se hubiera escondido bajo la mesa según iban probando y dejando a un lado un plato tras otro. Amy se reía tontamente, Meg parecía apurada, la señorita Crocker apretaba los labios y Laurie hablaba y reía con la intención de animar la fiesta. El punto fuerte de Jo era la fruta: le había echado bastante azúcar y tenía una jarra de riquísima nata para acompañarla. Se le pasó en parte el sonrojo y se permitió un hondo suspiro de alivio mientras repartía los platos de cristal, que resultaban muy vistosos con sus islitas rosas flotando en un mar de nata. La señorita Crocker fue la primera en comer: hizo una mueca y bebió agua precipitadamente. Jo, que no se había servido pensando que quizás no había suficiente —las fresas parecían haber menguado desde que las había cogido—, miró de reojo a Laurie, que comía valientemente, pero sin poder disimular un ligero pliegue en su boca, y miraba fijamente su plato. Amy, tan orgullosa de sus delicados modales, cogió una cucharada a rebosar, se ahogó, escondió la cara en la servilleta y abandonó la mesa precipitadamente.

—Pero ¿qué pasa? —exclamó Jo temblando.

—Sal en vez de azúcar, y la nata está agria —contestó Meg con gesto trágico.

Jo lanzó un gemido y se dejó caer de espaldas en la silla, recordando que había espolvoreado las fresas una última vez con el contenido de uno de los dos botes de la cocina, sin fijarse en cuál, y que había olvidado meter la leche en la nevera. Se puso roja como un tomate y estaba a punto de llorar cuando sus ojos se encontraron con los de Laurie, quien *realmente* parecía divertido, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo y, de pronto, también ella descubrió la cara cómica del asunto y se echó a reír mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Todos los demás se contagieron y hasta «la Croaker^[4]», como solían

llamarla, soltó una risita, con lo que la desgraciada comida acabó felizmente a base de pan, mantequilla, aceitunas y buen humor.

—No soy capaz de ponerme a recoger ahora. Lo mejor será que nos tranquilicemos con el entierro —dijo Jo levantándose.

La señorita Crocker se dispuso a irse, ansiosa por contar el nuevo chisme en la mesa de otros conocidos. Los demás se serenaron por respeto a Beth; Laurie cavó una tumba entre los helechos, en la alameda, y Pip fue depositado allí entre lágrimas de su dueña y cubierto por musgo y un ramo de violetas sobre la lápida, en la que figuraba su epitafio, escrito por Jo mientras luchaba con las cacerolas:

Aquí yace Pip March,
muerto el 7 de junio.
Le quisimos y le lloramos,
pero, sobre todo, no le olvidamos.

Terminada la ceremonia, Beth se fue a su cuarto, agotada por la emoción y la langosta, pero no pudo acostarse en ningún sitio porque las camas estaban sin hacer. Sacudiendo las almohadas y ordenando la habitación encontró auténtico consuelo. Meg ayudó a Jo a limpiar los restos del festejo; la tarea las ocupó media tarde y las dejó tan cansadas que inmediatamente estuvieron de acuerdo en que para cenar sería suficiente con un poco de té y unas tostadas. Laurie, sintiéndose caritativo, llevó a Amy a dar una vuelta en coche porque, al parecer, la nata agria había agriado de paso el humor de la pequeña de la familia. Cuando volvió la señora March, se encontró a sus tres hijas mayores en pleno trabajo, y un vistazo a la alacena le bastó para comprender el éxito de esa parte del experimento.

Antes de que las amas de casa pudieran descansar, llegaron varias visitas y tuvieron que apresurarse a recibirlas; después había que preparar el té, hacer algunos recados y coser un par de cosas dejadas hasta el último minuto. Al anochecer, cuando el sol se ocultaba tranquila y silenciosamente, una tras otras fueron llegando al porche en el que las rosas de junio se abrían ofreciendo un hermoso espectáculo. Todas suspiraron al sentarse, como si estuvieran cansadas o irritadas.

—¡Qué día más horrible! —empezó Jo, que solía ser la primera en hablar.

—Se me ha hecho más corto que nunca, pero ¡*tan* desagradable! —dijo Meg.

—No parecía nuestra casa —añadió Amy.

—No puede parecerlo sin mamá ni Pip —suspiró Beth, mirando con los ojos cuajados de lágrimas la jaula vacía sobre su cabeza.

—Ya está mamá aquí, cariño, y, si quieres, mañana tendrás otro pájaro.

Mientras hablaba, la señora March se acercó y se sentó entre sus hijas; por su aspecto parecía que su día de vacaciones no había sido mucho más agradable que el de ellas.

—¿Habéis quedado satisfechas con vuestro experimento, chicas, o queréis prolongarlo una semana más? —les preguntó.

Beth se le arrimó mimosa y las demás volvieron los rostros brillantes hacia ella como flores hacia el sol.

—¡Yo no! —exclamó, decidida, Jo.

—¡Ni yo! —se hicieron eco las otras.

—Así que habéis decidido que es preferible tener alguna obligación y dedicarse un poco a los demás, ¿no es así?

—Vaguear no merece la pena —comentó Jo sacudiendo la cabeza—. Ya estoy cansada de gandulerías: quiero hacer algo ya.

—Podrías aprender a cocinar lo más elemental, es útil y toda mujer debe saberlo —dijo la señora March riéndose por lo bajo del relato que la señorita Crocker, a la que se había encontrado, le hizo de la comida de Jo.

—¡Mamá! ¿Te has marchado dejándolo todo empantanado para ver qué hacíamos? —gritó Meg, que llevaba todo el día con esa sospecha.

—Sí, quería que os dieseis cuenta de que el bienestar de todos depende de que cada uno cumpla con su parte como es debido. Mientras Hannah y yo hacíamos vuestro trabajo no os iba mal, aunque particularmente creo que no se os veía muy felices, así que se me ocurrió demostraros qué sucede cuando todo el mundo piensa solo en sí mismo. ¿No os parece que es mejor ayudarse las unas a las otras y tener algunas obligaciones que hagan más gratos los momentos de recreo, y ser tolerantes e indulgentes para que la casa nos resulte confortable a todas?

—¡Claro que sí, mamá! —contestaron las cuatro.

—Entonces dejadme que os dé un consejo: volved otra vez a cumplir con vuestras pequeñas tareas diarias, que, aunque a veces parecen muy pesadas, son de gran ayuda para todas y, cuando una se acostumbra, resultan francamente llevaderas. El trabajo es saludable y hay mucho por hacer: nos



libra del aburrimiento y de las malas ideas, es bueno para el cuerpo y el espíritu y nos da una sensación de poder e independencia mucho mayor que el dinero o la elegancia.

—Trabajaremos como abejas y ya verás cómo nos va a encantar —dijo Jo—; mi ocupación para estas vacaciones será aprender a cocinar, y la próxima vez que invite a alguien a comer será un éxito.

—Yo haré un juego de camisas para papá, así te lo evitas tú, mamá. Sé que puedo hacerlo, aunque la costura no sea mi fuerte; y así dejaré de dar vueltas a mis vestidos, que como están ya resultan bastante bonitos —dijo Meg.

—Yo estudiaré todos los días, y pasarár menos tiempo con mi música y mis muñecas. Soy una idiota y debería estudiar en vez de jugar —fue la decisión de Beth.

Amy, siguiendo su ejemplo, declaró heroicamente:

—Aprenderé a coser ojales y prestaré atención a la gramática.

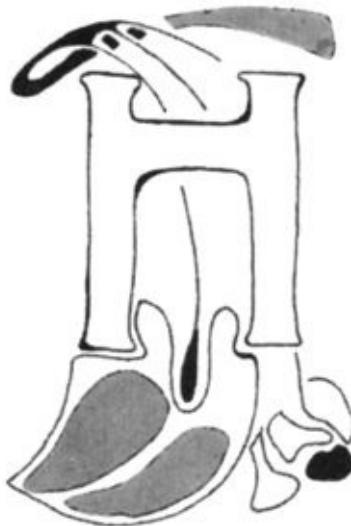
—¡Muy bien! Entonces estoy satisfecha con el resultado del experimento y creo que no será necesario repetirlo. Pero ahora no os vayáis al otro extremo y trabajéis como esclavas. Repartid vuestras horas entre las obligaciones y los juegos, que cada día sea útil y agradable a la vez, y aprended el valor del tiempo haciendo buen uso de él. Así sabréis disfrutar de la juventud, y en la vejez no os lamentaréis y la vida os resultará hermosa, a pesar de la pobreza.

—Lo recordaremos, mamá.

Y lo recordaron.



Capítulo XII El campamento Laurence



ABÍA RECAÍDO en Beth la responsabilidad del correo, ya que, al ser la que más tiempo permanecía en casa, podía hacerse cargo de él con mayor regularidad; y realmente le gustaba la diaria tarea de abrir la puertecilla y distribuir la correspondencia. Una mañana de julio entró con las manos llenas y recorrió la casa repartiendo cartas y paquetes como un genuino cartero.

—Aquí está tu ramo, mamá. Laurie no lo olvida nunca —añadió colocando las flores frescas en el jarrón que adornaba «el rincón de mamá»—; para la señorita Meg March una carta y un guante —continuó Beth, dando ambas cosas a su hermana, que cosía junto a su madre.

—¡Pero si yo dejé un par y aquí solo hay uno! —dijo Meg, mirando el guante de algodón gris—. ¿No se te habrá caído el otro en el jardín?

—No, seguro que no; en la «O. C.» solo había uno.

—¡Odio tener los guantes desparejados! No importa, ya aparecerá el otro. Mi carta no es más que la traducción del alemán de una canción que quería. Ha debido de hacerla el señor Brooke; no parece la letra de Laurie.

La señora March miró de reojo a Meg, que estaba muy guapa con su bata de raso, algunos ricitos moviéndosele en la frente y tan femenina bordando ante su mesita de labor. Cosía y cantaba ajena a las ideas que cruzaban la mente de su madre; sus dedos parecían tener alas, y sus pensamientos, al igual que las flores del mismo nombre que llevaba prendidas del cinturón, eran jóvenes, inocentes y frescos. La señora March sonrió satisfecha.

—Dos cartas para la doctora Jo, un libro y un gracioso sombrero viejo que cubría por completo la «O. C.» han sido los hallazgos de hoy —dijo Beth, riéndose mientras entraba en el estudio donde Jo estaba escribiendo.

—¡Qué bromista es Laurie! Le comenté que me gustaría que estuviera de moda llevar sombreros más grandes porque aún me duran las quemaduras en la cara del otro día; y me contestó: «Qué te importa la moda; ponte un sombrero grande si es lo que necesitas». «Claro que lo haría si tuviera alguno». Y mira lo que me manda. Pues pienso ponérmele y demostrarle que *no me importa* nada la moda.

Le colocó el viejo sombrero de ala ancha al busto de Platón y empezó a leer las cartas. La primera de ellas estaba firmada por su madre e hizo que se sonrojara y que sus ojos se humedecieran, porque decía:

Querida:

Te escribo estas líneas para hablarte de la satisfacción que me produce comprobar tus esfuerzos por controlar tu genio. No comentas nada sobre tus dificultades y éxitos y quizás creas que nadie se da cuenta de ellos, a excepción del Amigo al que cada día pedimos ayuda. Pues yo los he notado, y estoy convencida de que eres sincera en tu empeño porque ya ha empezado a dar sus frutos. Sigue con paciencia y valor, y no olvides que nadie te admira con más cariño que tu devota

MADRE

—Esto sí que me ayuda. Vale más que el dinero o la gloria. ¡Sí, mamá, lo intento! Y seguiré intentándolo, y no me cansaré porque ahora cuento con tu ayuda.

Y apoyando la cabeza sobre los brazos, vertió algunas lágrimas de felicidad sobre su novela, porque realmente sí *había* creído que nadie apreciaba sus esfuerzos por mejorar, y esta nueva seguridad era doblemente preciosa, doblemente alentadora, por inesperada y por provenir de la persona cuyo elogio más valoraba. Se sintió con la fuerza necesaria para reconocer y dominar mejor que nunca su Apollyon; prendió la nota en su vestido, como escudo y recordatorio que no quería perder y procedió a abrir la otra carta, dispuesta a recibir tanto buenas como malas noticias. Con trazos grandes y apresurados, Laurie había escrito:

Querida Jo:

¡Hola!

Mañana viene a visitarme un grupo de amigos ingleses y vamos a tratar de divertirnos. Si hace bueno, acamparemos en Longmeadow y los llevaré a todos en barca para almorzar y jugar al cróquet^[1]. Encenderemos fuego, haremos la comida como los gitanos y todo lo que se nos ocurra. Brooke se encargará de que los chicos se comporten y Kate Vaughn de las chicas.

Quiero que vengáis todas, y Beth no puede faltar, nadie va a molestarla. No os preocupéis de las provisiones, yo me ocupo de ello; solo tenéis que venir.

Con todas las prisas del mundo,
vuestro amigo,
LAURIE

—¡Estupendo! —exclamó Jo, saliendo a toda prisa para contar la noticia a Meg—. Podemos ir, ¿verdad, mamá? Yo ayudaré a Laurie a remar y Meg puede vigilar el almuerzo, y las pequeñas seguro que también saben ser útiles.

—Espero que los Vaughn no sean gente mayor y afectada. ¿Sabes algo de ellos, Jo? —preguntó Meg.

—Solo que son cuatro. Kate es mayor que tú, Fred y Frank, gemelos, de mi edad más o menos, y una niña, Grace, que debe de tener nueve o diez años. Laurie los conoció en el extranjero y congenió con los chicos, aunque creo, por cómo tuerce la boca cuando habla de ella, que Kate no le hace mucha gracia.

—Me alegro de que mi traje estampado francés esté limpio; es el más apropiado y me sienta muy bien —observó Meg, complacida—. ¿Tienes algo decente que ponerte, Jo?

—Un vestido marinero rojo y gris; para mí es suficiente. Si voy a remar y a pasear, no quiero estar preocupándome de almidones. ¿Vendrás, Bethy?

—Si no permitís que me hable ningún muchacho.

—¡Ni uno!

—Me gustaría complacer a Laurie, y el señor Brooke no me asusta; es una persona muy amable, pero no quiero tocar, ni cantar ni decir nada. Trabajare lo que haga falta y no será un problema para nadie, y si tú me proteges, Jo, iré.

—Esta es mi chica, tratando de luchar con su timidez, y por eso la quiero. No es fácil enfrentarse a las carencias de uno, lo sé bastante bien, y una palabra amable siempre levanta el ánimo. Gracias, mamá.



Y Jo depositó un beso agradecido en la mejilla de su madre. Para la señora March fue un regalo más precioso que si le hubieran devuelto la lozanía de su juventud.

—A mí me han dejado una caja de bombones y el dibujo que quería copiar —dijo Amy enseñando a las demás su correo.

—Y yo he recibido una nota del señor Laurence, en la que me invita a tocar el piano esta noche, antes de que enciendan las luces. Creo que iré —añadió Beth, cuya amistad con el viejo caballero finalmente prosperaba.

—Ahora, lo mejor será moverse y hacer hoy el trabajo de dos días: así, mañana podremos disfrutar sin preocupaciones —dijo Jo disponiéndose a cambiar su pluma por una escoba.

Cuando a la mañana siguiente el sol, que anunciaba un magnífico día, entró en la habitación de las hermanas, se encontró con una escena bastante cómica. Cada una había hecho todos los preparativos que les había parecido necesarios para la jornada festiva. Meg tenía una fila extra de papillotes^[2] sobre la frente; Jo había amanecido con la cara enrojecida pingando de crema refrescante; Beth dormía con Joanna para compensar el choque de la reciente separación; y Amy, superando a las demás, lucía una pinza de la ropa en la nariz para elevarla con gesto ofendido. Hasta ahora había sujetado las hojas al tablero de dibujo, pero ahora le había encontrado una utilidad más apropiada y efectiva. Este espectáculo debió de divertir bastante al sol, ya que se puso a brillar con tal intensidad que despertó a Jo, y esta, a sus hermanas, al reírse a mandíbula batiente del adorno de Amy.

Sol y risas eran excelentes presagios para un día de campo, y enseguida reinó la animación en ambas casas. Beth, que fue la primera en estar lista, mantenía informadas a las demás de lo que sucedía en la mansión vecina, y entretenía su aseo con frecuentes telegramas desde la ventana:

—¡Ahí va un hombre con la tienda de campaña! Veo a la señora Barker metiendo el almuerzo en dos grandes cestas. Ahora, el señor Laurence mira al cielo y a la veleta. ¡Ojalá viniera él también! Y ahí está Laurie: parece un marinero... ¡Ay de mí! Llega un carro lleno de gente: una dama alta, una niña y dos aterradores chicos. Uno es cojo, pobrecito, lleva una muleta. Laurie no nos lo contó. ¡Daos prisa! Se está haciendo tarde. Juraría que ese es Ned Moffat. Mira, Meg, ¿no es el que te saludó un día cuando íbamos de compras?

—Sí que lo es. Qué curioso que haya venido; pensé que estaba en las montañas. Y ahí está Sallie. Me alegra de que haya vuelto a tiempo. ¿Estoy bien, Jo? —preguntó Meg sin poder estarse quieta.

—Como una auténtica margarita. Recógete el vestido y ponte derecho el sombrero, queda muy romántico así inclinado, pero se te volará con la primera ráfaga de viento. Y ahora, ¡vámonos!

—¡Jo! ¡No irás a llevar ese sombrero espantoso! ¡Es demasiado ridículo! *No deberías* ir hecha un mamarracho —protestó Meg, mientras Jo se ataba con una cinta roja el viejo sombrero de paja de ala ancha que Laurie le había mandado para gastarle una broma.

—Claro que voy a llevarlo; es más, es primordial, puesto que es tan grande y ligero, y da mucha sombra. No me importa ir hecha un mamarracho si voy cómoda.

Y con esta frase, Jo emprendió la marcha y las demás la siguieron: un luminoso grupo de hermanas con sus mejores galas veraniegas y rostros radiantes bajo las alas de sus sombreros.

Laurie corrió a su encuentro y se las presentó a sus amigos del modo más cordial. La sala de recepciones era el prado y, durante unos minutos, se desarrolló allí una escena muy animada. Meg se congratuló al ver que la señorita Kate, a pesar de tener veinte años, iba vestida con la sencillez que las jóvenes americanas consideraban apropiada para intimar, y se sintió de lo más halagada cuando Ned aseguró que había ido especialmente para volver a verla. Jo comprendió enseguida por qué Laurie torcía la boca al hablar de Kate: aquella chica tenía un aspecto de «mírame y no me toques» que contrastaba fuertemente con el aire desen vuelto de las demás. Beth observó a los gemelos hasta llegar a la conclusión de que el cojito no era «aterrador», sino débil y agradable y que, por eso mismo, debía ser amable con él. Amy descubrió que Grace era una niña educada y alegre y, después de mirarse de arriba abajo durante los primeros minutos, de repente se hicieron muy buenas amigas.

Por delante ya iban tienda, almuerzo y palos de cróquet, y el grupo no tardó en embarcar en dos botes a la vez, dejando en la orilla al señor Laurence, que agitaba su sombrero. Laurie y Jo eran los remeros de una de las barcas, y de la otra, el señor Brooke y Ned, mientras que Fred Vaughn, el gemelo ágil, hacía todo lo posible por volcar a unos y otros. El estrambótico sombrero de Jo mereció un voto de agradecimiento, puesto que fue de utilidad general: rompió el hielo desde el primer momento causando las carcajadas de todos, creaba una cierta brisa refrescante al avanzar y retroceder Jo mientras remaba y, según ella misma comentó, podría ser un excelente paraguas comunitario en caso de que lloviese. Kate miraba algo atónita su comportamiento, y más cuando exclamó: «¡Por Cristóbal Colón!», al perder

el remo, y Laurie le preguntó: «¿Te has hecho daño, compañero?», pues había tropezado al volver a su sitio. Pero, después de haberse puesto las gafas en varias ocasiones para examinar a la curiosa jovencita, Kate decidió que era «rara, pero lista» y le sonrió desde lejos.

En el otro bote, Meg estaba maravillosamente situada de cara a los remeros, quienes, a su vez, admiraban el panorama frente a ellos y manejaban los remos con inusual habilidad y destreza. El señor Brooke era un joven grave y silencioso, con unos bellos ojos marrones y voz dulce. A Meg le agradaban sus modales tranquilos y le consideraba una especie de enciclopedia ambulante de materias útiles. Casi nunca se dirigía a ella, pero la miraba constantemente y estaba segura de que no era con aversión. Ned, que iba a la universidad, asumía el aire mundano que se suponía debían tener los estudiantes de primero; no era muy inteligente, pero sí amable y, en conjunto, resultaba ser un excelente compañero de excursión. Sallie Gardiner no daba abasto procurando mantener limpio su traje de piqué blanco y esquivando las bromas del ubicuo Fred, quien, a su vez, tenían aterrorizada a Beth.

Aunque Longmeadow no estaba lejos, cuando llegaron ya se encontraron montadas la tienda y las argollas de cróquet. Era un agradable prado con tres frondosos robles en medio y una zona de césped corto ideal para el juego.

—¡Bienvenidos al campamento Laurence! —dijo el joven anfitrión al desembarcar entre exclamaciones de gozo—. Brooke es el comandante en jefe, yo soy el intendente general, los demás jóvenes, el cuerpo de oficiales, y ustedes, señoritas, el séquito. La tienda está especialmente reservada para el uso de las damas, y ese roble servirá de salón, este de comedor, y el tercero, de cocina de campaña. Y ahora, echemos una partida antes de que haga demasiado calor; luego nos ocuparemos de la comida.

Frank, Beth, Amy y Grace se sentaron como espectadores del juego de los otros ocho. Los ingleses lo hicieron bien, pero los americanos aún mejor, defendiendo cada milímetro de terreno como si les impulsara el espíritu del 76^[3]. Fred y Jo tuvieron varios encuentros frontales y, en una ocasión, poco faltó para que se insultasen. A Jo le quedaba solo el último aro; había fallado el golpe anterior y le sentó bastante mal. Fred iba en segunda posición y le tocaba tirar justo antes que a ella; lo hizo, pero su pelota chocó con el aro y, en vez de entrar, se quedó a unos dos centímetros. No había nadie alrededor y, con el pretexto de echar un vistazo, se acercó y rozó con el pie la bola, dejándola en el sitio adecuado.

—¡Lo conseguí! Señorita Jo, la he superado y ahora voy el primero —dijo el joven, balanceando el mazo para dar otro golpe.

—¡La ha empujado, lo he visto! Me toca a mí —afirmó Jo, cortante.

—Palabra de honor que no la he tocado; quizá se haya movido un poco, pero eso está permitido, así que retírese y déjeme marcar.

—En América no hacemos trampas, pero usted puede hacerlas si lo desea —dijo Jo, enfadada.

—Los yanquis son unos fulleros, todo el mundo lo sabe. ¡Ahí va su bola! —le contestó Fred, mandándola bien lejos de un mazazo.

Jo abrió la boca para decir alguna barbaridad, pero se contuvo a tiempo, se puso colorada y empezó a golpear un aro con todas sus fuerzas, mientras Fred marcaba y, con gran exultación, se declaraba vencedor. Ella se fue a buscar su pelota y le llevó cierto tiempo encontrarla entre los arbustos, pero volvió como si nada y esperó pacientemente su turno. Necesitó varios golpes para recuperar la posición que había perdido y, cuando lo consiguió, el otro equipo prácticamente había ganado, porque solamente quedaban en juego su bola y la de Kate, que estaba muy cerca de la meta.

—¡Por el rey Jorge, no tenemos nada que hacer! Adiós, Kate; la señorita Jo me debe una, o sea, que estás perdida —gritó Fred excitado, mientras todos se acercaban para ver el final.

—Los yanquis somos tan fulleros que nos gusta ser generosos con nuestros enemigos —dijo Jo con una mirada que hizo que el joven se sonrojara—, especialmente cuando los vencemos —añadió, mientras, sin tocar la bola de Kate, ganaba el partido con un hábil golpe.

Laurie lanzó su sombrero por los aires, pero se dio cuenta entonces de que no debía celebrar la derrota de sus invitados, y se detuvo conteniendo un vítor y le susurró a su amiga:

—¡Estupendo, Jo! Ha hecho trampa, yo también lo he visto, aunque no podamos decírselo. No volverá a suceder, te lo prometo.

Meg se la llevó aparte con el pretexto de arreglarle una trenza y, con tono de aprobación, le dijo:

—Ha sido una terrible provocación, pero has sabido controlarte y me alegro muchísimo, Jo.

—No me elogies tanto, Meg, porque aún podría darle una bofetada ahora mismo. Si no me llego a quedar un rato entre las ortigas, habría estallado, aunque todavía estoy que ardo. Lo mejor que puede hacer es no acercárseme demasiado —respondió Jo mordiéndose los labios mientras, a la sombra del ala inmensa de su sombrero, contemplaba amenazadoramente a Fred.

—Hora de comer —dijo el señor Brooke mirando su reloj—. Intendente general, ¿podría usted encargarse de hacer fuego y de traer agua mientras la

señorita March y la señorita Sallie ponen la mesa? ¿Quién sabe hacer buen café?

—Jo —dijo Meg, encantada de recomendar a su hermana.

Jo, convencida de que gracias a sus últimas lecciones de cocina quedaría bien, ocupó la presidencia frente a la cafetera. Los niños recogieron ramitas secas y los mayores hicieron fuego y trajeron agua de un manantial cercano. La señorita Kate dibujaba y Frank hablaba con Beth, que estaba tejiendo pequeñas esterillas de junco para usarlas como platos.

El comandante en jefe y sus ayudantes no tardaron en extender sobre el mantel una apetecible variedad de comida y bebida, adornada con hojas verdes. Jo anunció que el café estaba listo y todos se colocaron para hacer los honores al banquete. Los jóvenes suelen ser comilones y más si han hecho ejercicio. Fue un almuerzo alegre, pues todo resultaba natural y divertido, y sus frecuentes carcajadas acabaron por espantar a un venerable caballo que estaba pastando por allí cerca. Como la mesa no era demasiado estable, varios platos y tazas acabaron sufriendo algún percance, cayeron bellotas en la leche, algunas hormigas se colaron en los refrescos sin haber sido invitadas y unas orugas peludas bajaron reptando del árbol para ver qué sucedía. Tres niños pálidos se asomaron a la verja y un perro malencarado les ladró con todas sus fuerzas desde la otra orilla del río.

—Siquieres, ahí tienes la sal —dijo Laurie pasándole a Jo un cuenco de fresas.

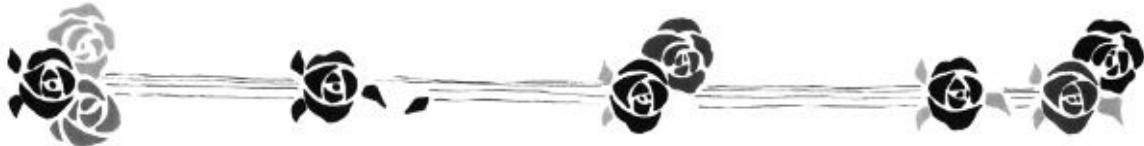
—Gracias, prefiero arañas —contestó ella pescando a dos imprudentes que se habían ahogado en la nata—. ¿Cómo te atreves a recordarme aquella horrible comida cuando la tuya es tan buena? —añadió Jo, y ambos rieron y comieron del mismo plato.

—Fue un día divertido como pocos, aún no lo he olvidado. Sin embargo, en el de hoy no debes atribuirme los méritos a mí. No he hecho prácticamente nada; habéis sido tú, Meg y Brooke los que habéis conseguido que resulte un éxito y os estoy infinitamente agradecido. ¿Qué podemos hacer cuando no seamos capaces de seguir comiendo? —preguntó Laurie, que no tenía nada más previsto.

—Un juego estaría bien hasta que refresque un poco. Yo he traído el de «Los autores» y seguro que Kate conoce alguno nuevo: ve y pregúntale; es una de tus invitadas y deberías estar más con ella.

—¿Es que tú no eres también mi invitada? Pensé que congeniaría con Brooke, pero él no para de hablar con Meg, y Kate se limita a mirarlos con

esas ridículas gafas. Ya voy, no necesitas enseñarme modales; además, no eres la persona más indicada, Jo.



La señorita Kate conocía varios juegos nuevos, y como ni las chicas querían ni los chicos podían comer más, pasaron al «salón» para jugar a los disparates.

—Uno empieza una historia, cualquier tontería que le apetezca, y cuenta todo lo que se le ocurra; lo más importante es pararse de repente, en un momento emocionante, y el siguiente la tiene que retomar y hacer lo mismo. Si se sigue bien, es muy divertido: se monta un lío de tragedias y comedias que da mucha risa. Empiece usted, por favor, señor Brooke —dijo Kate, con un autoritarismo que sorprendió a Meg; ella solía tratar al tutor con el mismo respeto que a cualquier otro caballero.

Tumbado en la hierba, a los pies de las dos damas, el señor Brooke, obedientemente, comenzó la historia, con sus hermosos ojos castaños fijos en el soleado río.

—Érase una vez un caballero que se echó al mundo en busca de fortuna, pues no tenía más posesión que su espada y su armadura. Viajó durante mucho tiempo, casi veintiocho años de penalidades, hasta que llegó al palacio de un rey bueno y viejo que ofrecía una recompensa a quien pudiera domar y amansar a un bello, pero salvaje, potro por el que sentía un especial cariño. El caballero decidió intentarlo y puso manos a la obra con calma y firmeza. El potro, aunque caprichoso, era un animal noble y no tardó en apreciar a su maestro. Cada día, en las horas de clase, el caballero daba un paseo por la ciudad sobre el bello animal y aprovechaba para mirar en todas direcciones buscando un rostro que, constantemente, veía en sus sueños; pero nunca lo encontró. Certo día, mientras enseñaba al potro algunas cabriolas en una tranquila calle, descubrió, tras la ventana de un ruinoso castillo, aquella cara adorable. Encantado por el hallazgo, preguntó quién vivía en el castillo, y le contaron que varias princesas cautivas por un hechizo, que se pasaban los días enteros hilando para ahorrar el dinero que comprara su libertad. El caballero deseó rescatarlas con toda su alma, pero era pobre, y tuvo que contentarse con ir cada día a ver el rostro amado tras el cristal, anhelando tenerlo al otro lado.

Finalmente se decidió a entrar en el castillo para ofrecer su ayuda. Llamó, la gran puerta se abrió y vio...

—A una dama arrebatadora, que exclamó con un grito embelesado: «¡Al fin, al fin!» —continuó Kate, que admiraba el estilo de las novelas francesas—. «Es ella», exclamó el conde Gustavo, y cayó a sus pies extasiado de alegría. «Oh, levántese», dijo ella, extendiendo su mano de marfil. «¡Nunca! Hasta que me digáis cómo puedo rescataros», juró el caballero aún de rodillas. «¡Ay! ¡Mi destino cruel me condena a permanecer aquí hasta que el tirano sea destruido!». «¿Dónde está ese malvado?». «En el salón violeta. Id, mi bravo corazón, y salvadme de la desesperanza». «Obedezco. ¡Volveré victorioso o muerto!», y con estas estremecedoras palabras se precipitó a abrir la puerta del salón violeta. Estaba a punto de entrar cuando recibió...

—Un golpe que le dejó aturdido; un anciano vestido de negro le había arrojado un gordísimo diccionario de Griego —dijo Ned—. *Sir Como-se-llame* se recuperó enseguida, arrojó al tirano por la ventana y volvió a reunirse con su dama, victorioso, pero con un chichón en la frente. Encontró la puerta cerrada a cal y canto, rasgó las cortinas, hizo una escala con ellas y ya había descendido la mitad del camino cuando se rompió y cayó de cabeza al foso, sesenta pies^[4] más abajo. Sabía nadar como un pato, y así pudo rodear el castillo hasta dar con una portezuela vigilada por dos fornidos guardias; hizo chocar la cabeza del uno contra la del otro hasta que sonaron como dos nueces al partirse. Entonces, en una demostración de su prodigiosa fuerza, derribó la puerta, subió un par de escalones de piedra con una capa de polvo de varios dedos de grosor y cubiertos de sapos grandes como puños y de arañas, que habrían llevado al histerismo a la señorita March. En lo alto de esta escalera vio algo que le cortó la respiración y le heló la sangre...

—Una figura alta, vestida de blanco, con un velo cubriendole la cara y un candil en la escuálida mano —continuó Meg—. La visión le hizo una señal y se deslizó delante de él para conducirle por un corredor oscuro y frío como una tumba. A ambos lados de la penumbra se distinguían figuras con armadura y un silencio de muerte reinaba allí. El candil daba una luz azulada que dejaba entrever el brillo de los terribles ojos velados que cada trecho se volvían hacia él. Llegaron hasta una puerta tapada por un cortinón, del otro lado provenía una melodía atrayente y el caballero se precipitó hacia ella, pero el espectro se lo impidió empujándole y mostrándole de forma amenazadora...

—Una caja de rapé —dijo Jo, con un tono sepulcral para que la audiencia se tronchase—. «Agradecido», dijo amablemente el caballero y, cogiendo un

poco, estornudó siete veces con tal violencia que perdió su cabeza. «¡Ja, ja!», rió el fantasma y, después de comprobar a través del ojo de la cerradura que las princesas seguían hilando sin descanso por sus vidas, el espíritu maligno lo arrojó a un gran recipiente metálico, en el que ya había acumulado a otros once caballeros, todos descabezados. Parecían sardinas en lata; al unísono, se levantaron y empezaron a...

—A bailar como los marineros —le interrumpió Fred cuando Jo hizo una pausa para tomar aire— y, según iban bailando, el viejo castillo se convertía en un buque de guerra con las velas desplegadas. «¡Arriba el foque; arriad la drizas; timón todo a sotavento^[5]; a los cañones!», bramó el capitán al descubrir un barco pirata portugués que ondeaba en su mástil una bandera negra como la tinta. «¡Vamos a vencer, mis valientes!», les aseguró a sus hombres, y comenzó la gran batalla. Por supuesto, vencieron los ingleses, como siempre.

—¡No es cierto! —exclamó Jo.

—Hicieron prisionero al capitán pirata y hundieron la goleta, en cuyas cubiertas se apilaban los cadáveres, y la sangre empapaba el puente, porque la orden había sido: «A machetazos, vended caras vuestras vidas». «Contramaestre, coja un cabo del petifoque^[6] y arroje a este villano por la borda, a no ser que confiese sus pecados ahora mismo», dijo el capitán británico. El portugués permaneció mudo y caminó por la tabla, mientras los marineros se reían como locos. Pero el muy perro buceó bajo el buque de guerra, agujereó su casco y lo hizo ir a pique «Al fondo, fondo del mar», donde...

—¡Ay! ¿Qué puedo decir? —se quejó Sallie cuando Fred dio por concluida su parte del galimatías, en la que había mezclado los términos, frases y aventuras marineras de sus libros favoritos—. Bueno, pues se fueron al fondo, donde los recibió una sirena, que se puso muy triste al descubrir el cajón de los caballeros sin cabeza y, afablemente, los conservó en salmuera, con la esperanza de descubrir su misterio, ya que, como todas las mujeres, era curiosa. Tiempo después llegó un buzo, y la sirena le dijo: «Te daré este cofre de perlas si lo llevas a la superficie». Quería devolver la vida a los pobrecitos, pero ella no tenía fuerza para mover aquel peso. El buzo aceptó, y se quedó muy desilusionado cuando, al abrir la caja, no encontró perlas. La abandonó en medio de un prado solitario y allí la descubrió un...

—Una pastorcilia que cuidaba de cien hermosos gansos en aquel campo —dijo Amy cuando se agotó la inventiva de Sallie—. A la cría le dieron mucha pena y preguntó a una anciana qué podía hacer para ayudarlos. «Tus

gansos te lo dirán; ellos lo saben todo», dijo la anciana, así que fue y les preguntó si los caballeros podrían usar algo como cabezas, puesto que las suyas se habían perdido. Los gansos, a coro, abrieron sus cien bocas y gritaron...

—¡Coles! —continuó Laurie ágilmente—. «Eso es», dijo la niña, y corrió a buscar una docena de coles de su huerto. Se las puso y los caballeros revivieron todos a la vez; estos le dieron las gracias y continuaron su camino encantados, sin notar en ningún momento la diferencia. A fin de cuentas, hay tantas cabezas como esas por el mundo que nadie les iba a hacer caso. El caballero que nos interesa volvió en busca del hermoso rostro y se enteró de que las princesas, por fin, habían conseguido su libertad, y todas, salvo una, se habían marchado para casarse. Esta noticia le alteró mucho. Montó en el potro, que todo este tiempo le había estado esperando, y se precipitó al castillo para averiguar cuál era la que aún estaba allí. Mirando desde el seto descubrió a la reina de sus sueños cogiendo flores en el jardín. «¿Me regaláis una rosa?», le dijo. «Debéis venir a cogerla. Yo no puedo acercarme a vos, no sería correcto», dijo ella, dulce como la miel. Trató de escalar el seto, pero este parecía crecer más y más; entonces intentó atravesarlo, pero se hizo más y más espeso; empezó a desesperarse. Con mucha paciencia, rompió rama tras rama hasta hacer un pequeño agujero, por el que se asomó, diciendo angustiosamente: «¡Dejadme pasar, dejadme pasar!». La hermosa princesa parecía no entender y seguía tan tranquila cogiendo rosas, indiferente a la lucha del caballero por entrar. Si lo consiguió o no es algo que os contará Frank.

—No, yo no juego, nunca juego —dijo Frank desanimado por el enredo sentimental del que se suponía debía rescatar a aquella absurda pareja. Beth había desaparecido detrás de Jo y Grace dormía.

—Así que vamos a dejar al pobre caballero pegado al seto, ¿es eso? —preguntó el señor Brooke, que no había dejado de mirar al río ni de jugar con la rosa silvestre que llevaba en el ojal.

—Supongo que, después de un rato, la princesa acabó por darle un ramo de flores y le abrió la verja —se sonrió Laurie, y le tiró unas bellotas a su tutor.

—¡Qué pedazo de estupidez hemos contado! Con un poco de esfuerzo podría haber salido algo medianamente inteligente. ¿Conocéis «La verdad»? —dijo Sallie cuando terminaron de reírse del galimatías.

—Eso espero —dijo, seria, Meg.

—Me refiero al juego.

—¿Qué juego? —preguntó Fred.

—Ponemos todos las manos unas encima de otras y se dice un número, se van quitando manos hasta ese número, y al que le toca tiene que responder la verdad a las preguntas que le hagan los otros. Es muy divertido.

—Vamos a probar —dijo Jo, a quien le gustaban las experiencias nuevas.

La señorita Kate, el señor Brooke, Meg y Ned no se apuntaron, pero Fred, Sallie, Jo y Laurie apilaron las manos y, al contar, la suerte recayó en Laurie.

—¿Quiénes son tus héroes? —preguntó Jo.

—El abuelo y Napoleón.

—¿Cuál de las damas presentes le parece más guapa? —dijo Sallie.

—Margaret.

—¿Cuál le gusta más? —insistió Fred.

—Jo, claro.

—¡Vaya tonterías que preguntáis! —y Jo se encogió de hombros ante la risa de los demás por el tono decidido de la última respuesta de Laurie.

—Vamos otra vez. No es un mal juego —dijo Fred.

—Sí, estupendo para ti —contestó Jo por lo bajo.

Ella fue la siguiente.

—¿Cuál es su peor defecto? —preguntó Fred, demostrando, sin quererlo, una virtud en ella de la que él carecía.

—Mi genio.

—¿Qué es lo que más deseas? —dijo Laurie.

—Un par de lazos para las botas —contestó Jo, adivinando su propósito.

—Eso no es cierto; debes decir lo que de verdad más deseas.

—¡Adivino! ¿No crees que yo soy quien mejor lo sabe? —y sonrió astutamente al desilusionado Laurie.

—¿Qué virtudes admirás en un hombre? —preguntó Sallie.

—El valor y la honradez.

—Ahora me toca a mí —dijo Fred cuando su mano quedó la última.

—Déjamelo a mí —le susurró Laurie a Jo, quien asintió con la cabeza; ambos preguntaron a la vez.

—¿Hiciste trampa en el cróquet?

—Bueno, sí, un poquito.

—¡Bien! ¿Y la historia que has contado antes no la has sacado de *Los leones marinos*^[7]? —dijo Laurie.

—Bastante.

—¿No cree usted que el pueblo inglés es perfecto en todos los sentidos? —preguntó Sallie.

—Me avergonzaría de mí mismo si no lo creyera.

—Es un auténtico John Bull^[8]. Y ahora, señorita Sallie —dijo Laurie, mientras Jo hacía un gesto con la cabeza a Fred, en señal de que hacía las paces con él—, ahora le toca a usted sin necesidad de poner las manos. Empezaré yo preguntado si no cree que es un poco coqueta.

—¡Qué impertinente! Claro que no —exclamó Sallie, aunque su expresión demostraba lo contrario.

—¿Qué es lo que más odia? —preguntó Fred.

—Las arañas y el budín de arroz.

—¿Y lo que más te gusta? —preguntó Jo.

—Bailar y los guantes franceses.

—Bueno, creo que «La verdad» es un juego muy tonto. Vamos a jugar a los «Los autores» para aclararnos la cabeza —propuso Jo.

Ned, Frank y las dos niñas se les unieron, mientras que los tres mayores se sentaron a charlar aparte. La señorita Kate volvió a sacar su dibujo, Meg la observaba y el señor Brooke se tumbó en la hierba con un libro que no leía.

—¡Es precioso! Me gustaría saber dibujar —dijo Meg, con una mezcla de admiración y pesar en la voz.

—¿Por qué no aprende? Estoy segura de que tiene suficiente gusto y talento —respondió afablemente la señorita Kate.

—No tengo tiempo.

—Supongo que su madre prefiere que aprenda otro tipo de cosas. Lo mismo pasaba con la mía hasta que tomé algunas clases a escondidas y acabé probándole que tenía cualidades; después de eso se mostró muy bien dispuesta. Haga lo mismo con su institutriz.

—No tengo institutriz.

—Siempre olvido que las jóvenes en América van a la escuela durante más años que nosotras. Papá dice que las escuelas también son muy buenas. Supongo que va a una privada, ¿no?

—No, no voy a ninguna. Yo soy institutriz.

—¡Ah! ¡Sí? —dijo la señorita Kate, aunque sonó exactamente como si hubiera dicho: «Querida, ¡qué espanto!», y algo en su expresión hizo que Meg enrojeciera y deseara no haber sido tan franca.

El señor Brooke levantó la vista y dijo inmediatamente:

—Las jóvenes americanas aman su independencia tanto como sus antepasados, y las admiramos y respetamos por ganarse la vida.

—¡Oh, sí! Claro, es maravilloso y muy adecuado para ellas. También entre nosotros algunas jóvenes de lo más respectable hacen lo mismo y

trabajan en casas de la aristocracia. Al ser hijas de nobles son personas cultas y bien educadas —dijo la señorita Kate con un tono paternalista que hirió el orgullo de Meg e hizo que su trabajo pareciera más desabrido e incluso degradante.

—¿Le gustó la canción alemana, señorita March? —preguntó el señor Brooke, rompiendo un silencio tirante.

—¡Mucho! Es de lo más dulce. Estoy muy agradecida a quien la haya traducido —y el abatido rostro de Meg se animó al decir esto.

—¿No lee alemán? —preguntó la señorita Kate mirándola sorprendida.

—No muy bien. Mi padre, que era quien me enseñaba, no está aquí y yo sola no adelanto mucho. No tengo a nadie que me corrija la pronunciación.

—Practique ahora un poco. Aquí tiene *María Estuardo* de Schiller^[9] y un maestro al que le encanta enseñar —y el señor Brooke dejó el libro en el regazo de Meg con una sonrisa invitadora.

—Es tan difícil que me da miedo intentarlo —dijo Meg agradecida, pero indecisa por la presencia de la culta dama que estaba a su lado.

—Leeré yo primero para darle ánimos.

La señorita Kate leyó uno de los pasajes más bellos del libro con absoluta corrección, pero con la más absoluta falta de sentimiento o expresividad. El señor Brooke se abstuvo de hacer ningún comentario mientras el libro volvía a las manos de Meg, que comentó inocentemente:

—Pensé que estaba en verso.

—Una parte de la obra lo está. Lea esta escena.

Había una sonrisa pícara en la boca del señor Brooke cuando abrió el libro por el lamento de la pobre María.

Meg siguió obedientemente la brizna de hierba con la que su nuevo tutor le iba señalando el texto; leyó despacio y con timidez, haciendo, sin darse cuenta, poesía de las palabras de sonido más áspero al entonarlas dulcemente con su voz musical. La brizna de hierba descendía por la página y, olvidando a sus oyentes debido a la belleza del pasaje, Meg leyó como si estuviera sola, dando cierto tono trágico a las palabras de la desgraciada reina. Si hubiera visto cómo la miraban los ojos castaños en ese momento, se habría parado de repente, pero, como no alzó la mirada en ningún momento, la lección llegó hasta su fin.

—¡Realmente bien! —dijo el señor Brooke cuando ella terminó, ignorando sus errores y mirándola arrojado.

La señorita Kate se puso las gafas, echó un nuevo vistazo al boceto que tenía enfrente y, cerrando la carpeta de dibujo, dijo con tono condescendiente:

—Tiene un bonito acento y, en su momento, llegará a ser una buena lectora. Le aconsejo que estudie alemán, es muy útil para los maestros. Voy a buscar a Grace; debe de estar haciendo alguna travesura.

Y se alejó, añadiendo para sí, con un encogimiento de hombros:

«No he venido aquí para ser la dama de compañía de una institutriz, aunque sea joven y guapa. ¡Qué extraños son estos yanquis!; me temo que acabarán estropeando a Laurie».

—Había olvidado que los ingleses miran con desprecio a las institutrices y no las tratan como nosotros —dijo Meg, observando molesta la figura que se alejaba.

—Tampoco los tutores lo tienen fácil allí; lo sé por experiencia. Para los que trabajamos no hay un sitio mejor que América, señorita Margaret —y el señor Brooke la miró con tal expresión de felicidad y alegría que Meg se avergonzó de sus lamentaciones.

—Pues me alegro de vivir aquí. No me gusta mi trabajo, pero, a fin de cuentas, me da bastantes satisfacciones y no debería quejarme. Ojalá disfrutara enseñando, como usted.

—Lo haría si tuviera a Laurie por discípulo. Sentiré mucho perderlo el año próximo —dijo el señor Brooke mientras, concienzudamente, hacía un agujero en el césped.

—Supongo que se irá a la universidad —los labios de Meg dijeron estas palabras, pero sus ojos preguntaban «¿qué será de usted?».

—Sí, está bien preparado y ya es hora de que vaya. Yo me alistaré; hacen falta hombres.

—¡Me alegro de ello! —exclamó Meg—. Creo que todos los jóvenes deberían hacer lo mismo, aunque sea una dura prueba para sus madres y hermanas, que se quedan en casa —añadió entristecida.

—Yo no tengo familia, y a muy pocos amigos les importa si vivo o muero —dijo con cierta amargura, enterrando distraído una rosa marchita en el agujero y tapándola, como si fuera una pequeña tumba.

—A Laurie y a su abuelo les importa y mucho, y todas nosotras sentiríamos de corazón que le sucediera algo malo —dijo Meg con emoción.

—Gracias; eso es muy agradable.

Y el señor Brooke sonrió de nuevo, pero antes de que pudiera seguir hablando apareció Ned montado en el viejo caballo con intención de lucir sus habilidades ecuestres ante las damas, y así terminó el rato de tranquilidad de aquel día.

—¿No te gusta montar a caballo? —le preguntó Grace a Amy mientras descansaban después de echar todos una carrera por el prado, que acabó ganando Ned.

—Me encanta; mi hermana Meg solía hacerlo antes, cuando papá era rico; pero ahora no tenemos ningún caballo...; bueno, nos queda Ellen Tree —añadió Amy riendo.

—¿Quién es Ellen Tree, un burro? —preguntó Grace, intrigada.

—Pues verás. A Jo le vuelven loca los caballos, como a mí, y lo que sí tenemos es una silla de montar. El manzano del jardín tiene una rama baja estupenda, así que Jo la ensilló y enganchó las riendas en el tronco; de esta forma, en cualquier momento, podemos cabalgar sobre Ellen Tree^[10].

—¡Qué divertido! —dijo Grace, entre risas—. Yo tengo un pony y casi todos los días voy a montar al parque con Fred y Kate; es muy agradable porque allí me encuentro con mis amigas y el Paseo está lleno de damas y caballeros.

—¡Oh, qué maravilla! Me gustaría ir al extranjero algún día, pero prefiero conocer Roma al Paseo —dijo Amy, que no tenía ni la más remota idea de qué era el Paseo y tampoco iba a preguntarlo.

Frank, que estaba sentado justo detrás de ellas, oyó la conversación de las niñas y apartó su muleta con gesto impaciente mientras observaba los activos ejercicios de los demás. Beth recogía las cartas esparcidas del juego de los «Los autores»; levantó la vista y le dijo con tono amistoso y tímido:

—Debe de estar cansado. ¿Quiere algo?

—Cuénteme cualquier cosa, por favor. Es un aburrimiento estar sentado solo —le contestó Frank, a quien, evidentemente, prestaban mucha más atención en su casa.

A Beth, tan apocada, esto le pareció dificilísimo, como si le hubiera pedido que le tradujese una frase del latín; pero no había ningún sitio a dónde huir, ni Jo podía ampararla, y el pobre chico la miraba con tal ansiedad que, armándose de valor, decidió intentarlo.

—¿De qué le apetece que hablemos? —preguntó, mientras se le caían la mitad de las cartas al intentar atarlas.

—Bueno, me gustan las historias de cróquet, de barcos y de cacerías —dijo Frank, que aún no había aprendido a adaptar sus gustos a sus posibilidades.

«Dios mío, ¿qué puedo hacer? No sé nada de todo eso», pensó Beth, y, olvidándose de la desgracia del chico, le dijo, con la esperanza de que así se pusiera a hablar él:

—Nunca he estado en una cacería, pero supongo que usted las conoce muy bien.

—En otros tiempos sí, pero ya no podré volver a cazar nunca porque me caí del caballo al saltar un obstáculo de cinco barras. Para mí se han acabado los caballos y los perros —dijo Frank, dando un suspiro que hizo que Beth se lamentara de su ingenua metedura de pata.

—Sus ciervos son mucho más bonitos que nuestros horrorosos búfalos —improvisó, buscando apoyo en las praderas y alegrándose de haber leído uno de los libros de chicos que tanto gustaban a Jo.

Los búfalos resultaron un tema interesante y, absorta como estaba por entretenérle, Beth se olvidó de sus propios miedos. Ni siquiera se dio cuenta de que su hermana la miraba entre sorprendida y encantada por el espectáculo nada habitual de ver a Beth conversando con uno de esos aterradores chicos, contra los cuales pedía protección.

—¡Que Dios la bendiga! Le da pena y por eso está con él —dijo Jo, sonriendo desde el campo de cróquet.

—Siempre he dicho que es casi una santa —añadió Meg, como si esa afirmación estuviera fuera de toda duda.

—Hace mucho que no veía a Frank reírse tanto —le dijo Grace a Amy mientras hablaban de muñecas y simulaban tomar el té en tazas hechas con bellotas.

—Mi hermana, cuando quiere, sabe ser muy *fastidiosa* —dijo Amy, complacida por el éxito de Beth.

En realidad quería decir «fascinante», pero como Grace no conocía exactamente el significado de ninguna de las dos palabras, «fastidiosa» le causó muy buena impresión.

Un circo improvisado, el juego del zorro y los gansos y una partida amistosa de cróquet pusieron fin a la tarde. A la puesta de sol, desmontaron la tienda, guardaron todo en las cestas, cargaron los botes y volvieron navegando río abajo cantando a grito pelado. Ned se puso sentimental y entonó una serenata cuyo estribillo era:

Solo, solo, ¡ay!, triste y solo,

y cuando cantó:

*Si todos somos jóvenes y tenemos corazón,
¿por qué debemos aceptar la separación?*

miró a Meg con una expresión tan láguida que esta se echó a reír y echó a perder la canción.

—¿Cómo puede ser tan cruel conmigo? —le susurró de forma encubierta al abrigo del vociferante coro—. Se ha pasado todo el día con esa inglesa estirada y ahora me desaira.

—No era mi intención, pero estaba tan gracioso que no pude contener la risa —repuso Meg, pasando por alto la primera parte del reproche, porque sí era cierto que le había estado evitando, pues no había olvidado la conversación de la fiesta de los Moffat.

Ned se sintió ofendido y se volvió hacia Sallie en busca de consuelo, diciéndole quisquilloso:

—No hay ni una pizca de coquetería en esta chica, ¿no crees?

—Ni una pizca, pero es adorable —le respondió Sallie, defendiendo a su amiga, aun cuando reconociera sus defectos.

—De todas formas, tampoco es un ciervo lastimado —dijo Ned, con unas pretensiones de ingenio que conseguía en la misma escasa medida que la mayoría de los jóvenes.

En el mismo prado donde se había reunido el grupo, se separó, dándose las buenas noches y despidiéndose de los Vaughn, que se iban a Canadá. Cuando las cuatro hermanas volvían a casa, atravesando el jardín, la señorita Kate se quedó mirándolas y dijo, esta vez sin ningún tono paternalista:

—A pesar de sus modales ostentosos, las chicas americanas son muy agradables cuando se las conoce.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —sentenció el señor Brooke.



Capítulo XIII

Castillos en el aire



RA UNA calurosa tarde de septiembre y Laurie se mecía perezosamente en su hamaca, preguntándose qué harían sus vecinas, pero incapaz de moverse para averiguarlo. No estaba de buen humor: había sido un día improductivo e insatisfactorio y hubiera deseado vivirlo de nuevo. El calor le volvía indolente; no había estudiado, casi había agotado la paciencia del señor Brooke, había irritado al abuelo tocando el piano durante media tarde, había puesto

los pelos de punta al servicio diciendo perversamente que uno de los perros estaba rabioso y, después de decirle cuatro palabras al encargado del establo por haber descuidado a su caballo, se había tirado en la hamaca furioso con la estupidez del mundo en general, hasta que la paz de aquel hermoso día lo calmó aun a su pesar. Perdido en los más diversos sueños, miraba la verde penumbra del castaño sobre su cabeza, y justo cuando estaba imaginándose a sí mismo cruzando el océano en un viaje alrededor del mundo, el sonido de unas voces lo devolvió a la tierra. Miró a través de la red de la hamaca y vio que las March salían de casa con aspecto de ir de excursión.

«¿Qué irán a hacer ahora estas chicas?», pensó Laurie, abriendo bien los ojos soñolientos, pues había notado algo bastante raro en sus vecinas. Todas ellas llevaban sombreros de ala ancha, mochilas de lino marrón al hombro y largos bastones. Además, Meg llevaba un cojín, Jo, un libro, Beth, una cesta, y Amy, una carpeta. Atravesaron despacio el jardín, salieron por la puertecilla trasera y empezaron a subir la colina que separaba la casa del río.

«¡Qué cara más dura! —se dijo Laurie a sí mismo—. ¡Se van a merendar al campo y no me dicen nada! No podrán coger el bote porque no llevan la llave. Quizá la hayan olvidado. Se la llevaré, y así echo un vistazo».

Aunque tenía media docena de sombreros, tardó algún tiempo en encontrar uno; después, tuvo que localizar la llave, que, al final, resultó estar en su bolsillo. Cuando saltó la verja y echó a correr, las chicas ya se habían perdido de vista. Cogió un atajo hasta el cobertizo donde guardaban la barca y esperó allí a que apareciesen; pero no lo hicieron; así que decidió subir a lo alto de la colina y observar. El lugar estaba en parte cubierto por un bosquecillo de pinos, y de su espesura procedía un sonido más nítido que el habitual murmullo del viento en las hojas o que el chirrido amodorrado de los grillos.

«¡Vaya escena!» pensó Laurie mirando entre los arbustos. A estas alturas ya estaba bien despejado y de estupendo humor.

Realmente, era un cuadro precioso, en un rincón del cual se hallaban las cuatro hermanas, entre reflejos de sol y sombra, y la suave brisa meciéndoles el pelo y refrescándoles las acaloradas mejillas, mientras los habitantes del bosque seguían con sus quehaceres habituales como si no hubiera ningún extraño entre ellos. Meg, sentada en su cojín, cosía delicadamente con sus manos blanquísimas y parecía una dulce y fresca flor, vestida de rosa, sobre el césped. Beth recogía las piñas caídas de un abeto cercano para sus trabajos manuales, Amy dibujaba unos helechos y Jo hacía punto mientras leía en voz alta. Una sombra cruzó la cara de Laurie y dudó entre marcharse de allí, donde nadie le había invitado, o quedarse; en su casa no habría nadie y esta tranquila reunión campestre era mucho más apetecible para su ánimo desasosegado. No se movió hasta que una ardilla, que andaba recogiendo frutos bajo un pino cercano, lo vio de repente y volvió a subir al árbol dando tales chillidos que Beth levantó la vista, descubrió el rostro ansioso tras los abedules y le dio la bienvenida con una sonrisa tranquilizadora.



—¿Puedo quedarme u os molesto? —preguntó, avanzando despacio.

Meg arqueó las cejas, pero Jo la miró desafiante y dijo inmediatamente:

—Claro que puedes quedarte. Deberíamos habértelo dicho, pero pensamos que no encontrarías divertidos unos pasatiempos tan femeninos.

—Siempre me han gustado vuestros pasatiempos, pero, si Meg no quiere que me quede, me iré.

—No tengo nada que objetar si te buscas una ocupación; va contra las reglas estar aquí sin hacer nada —contestó Meg, entre seria y gentil.

—Muchísimas gracias. Haré lo que sea si me libráis del aburrimiento de ahí abajo; es peor que el desierto del Sáhara. ¿Coso, leo, recojo piñas, dibujo, o lo hago todo a la vez? Dadme las órdenes, estoy listo.

Y Laurie se sentó, adoptando una expresión sumisa que encantó a la concurrencia.

—Acaba este cuento mientras enhebro la aguja —dijo Jo, pasándole el libro.

—Ahora mismo —fue su humilde respuesta, mientras se ponía a leer, intentando demostrar su agradecimiento por haber sido admitido en el club de la «Abeja industriosa».

La historia no era larga y, al terminarla, se atrevió a plantear algunas cuestiones, pensando que merecía una pequeña recompensa.

—Perdonen, señoras. ¿Podría preguntarles si esta instructiva y encantadora institución es nueva?

—¿Se lo decimos? —preguntó Meg a sus hermanas.

—Se reirá —advirtió Amy.

—¿Y qué más da? —dijo Jo.

—Yo creo que le va a gustar —añadió Beth.

—¡Seguro que sí! Os doy mi palabra de que no me reiré. Dímelo, Jo; no tengas miedo.

—¡Qué cosas: tenerte miedo! Bueno, verás: nosotras solíamos jugar a «El viaje del peregrino», y hemos vuelto a tomárnoslo en serio, tanto en invierno como en verano.

—Sí, lo sé —dijo Laurie con un comprensivo gesto de cabeza.

—¿Quién te lo ha dicho? —interrogó Jo.

—Un fantasma.

—No; he sido yo. Quería animarle una noche que todas estabais fuera y él parecía estar algo triste. Y le gustó; así que no te enfades, Jo —dijo Beth humildemente.

—No sabes guardar un secreto. Da igual: así nos evitamos ahora las explicaciones.

—Sigue, por favor —dijo Laurie cuando Jo volvió a su trabajo un poco disgustada.

—¡Ah! ¿Pero no te ha contado también nuestro nuevo plan? Bien; pues hemos decidido no desperdiciar nuestras vacaciones, de modo que cada una se ha fijado un trabajo que hacer a su elección. Ahora que el verano se está acabando y las tareas ya están hechas, nos alegramos mucho de no haber perdido el tiempo.

—Sí; a mí me pasaría lo mismo.

Y Laurie pensó con cierto descontento en los días ociosos que había pasado él.

—A mamá le gusta que salgamos siempre que sea posible, así que nos venimos aquí con nuestras ocupaciones y lo pasamos muy bien. Nos divierte cargar nuestras cosas en las mochilas, ponernos sombreros viejos y apoyarnos en un bastón al subir la colina, como si fuéramos peregrinos, como hace años. Hemos bautizado esta loma con el nombre de «La Montaña Deliciosa», porque desde aquí se puede ver lo que hay lejos, muy lejos, allí donde esperamos vivir algún día.

Jo le indicó el lugar y Laurie se sentó a contemplarlo: a través de un claro del bosque se descubría, al otro lado del ancho río azul, más allá de la vega y de los lindes de la ciudad, unos verdes montes, que se elevaban hasta encontrarse con el cielo. El sol estaba bajo y el firmamento se encendía con el esplendor de una puesta de sol otoñal. Nubes de oro y púrpura reposaban sobre las cumbres y, en mitad de la luz rojiza, asomaban relucientes picos nevados que brillaban como la torres de una Ciudad Celestial.

—¡Qué maravilla! —dijo suavemente Laurie, que siempre había tenido una gran sensibilidad para admirar la belleza.

—Sí, siempre es precioso, aunque nunca es igual. Por eso nos gusta mirarlo —repuso Amy, deseando ser capaz de pintar algo así.

—Cuando Jo habla del lugar en el que nos gustaría vivir, se refiere al campo real, con sus cerdos, sus gallinas y su siega del heno. Y sería estupendo, pero a mí me gustaría que el campo de ahí arriba también fuese real y que algún día pudiésemos llegar hasta él —musitó Beth.

—Y aún hay otro más hermoso, al que seguro llegaremos, poco a poco, cuando seamos lo bastante buenas —añadió Meg con su dulce voz.

—Pero hay que esperar tanto y es tan difícil. Querría salir volando ya, como una golondrina, y entrar por una puerta gloriosa.

—Irás antes o después, Beth, no temas —dijo Jo—. Yo sí que tendré que luchar y trabajar y escalar y esperar y, después de todo, quizás lo consiga.

—Yo estaré a tu lado, si eso te consuela. Tengo un largo viaje por delante antes de poder ver vuestra Ciudad Celestial. Si llego demasiado tarde, ¿intercederás por mí, Beth?

Algo en la cara del chico preocupó a su pequeña amiga quien, a pesar de ello, dijo con voz alegre y los ojos fijos en las nubes cambiantes:

—Si alguien realmente quiere ir y lo intenta a lo largo de su vida, estoy segura de que podrá entrar; no creo que las puertas estén cerradas con llave o guardadas por centinelas. Siempre me lo he imaginado como en ese cuadro en el que seres resplandecientes extienden sus manos para dar la bienvenida al pobre Cristiano cuando sale del río.

—¡Sería estupendo que todos estos castillos en el aire que hacemos fueran reales y que pudiésemos vivir en ellos! —dijo Jo después de una pausa.

—Yo lo tendría muy difícil: me he hecho tantos que no sabría cuál elegir —dijo Laurie tumbándose y tirándole piñas a la ardilla que le había descubierto.

—¿Y cuál es tu favorito? —preguntó Meg.

—Si yo os digo el mío, vosotras me decís el vuestro.

—Sí si las demás quieren.

—Vale. Que empiece Laurie.

—Después de haber recorrido el mundo, me gustaría establecerme en Alemania y disponer de cuanta música deseara, y convertirme en un músico al que todo el mundo ansiase oír; no tener que preocuparme nunca por el dinero o los negocios y disfrutar y vivir para lo que me gusta. Este es mi castillo favorito, ¿y el tuyo, Meg?

A Meg no le resultaba fácil contarla y sacudió una rama delante de su cara, como espantando mosquitos imaginarios, mientras decía despacio:

—Me gustaría una casa bonita, llena de lujos: buena comida, hermosos vestidos, bellos muebles, gente agradable y mucho dinero. Sería la señora de la casa y la gobernaría a mi gusto, con multitud de sirvientes para no tener que trabajar. ¡Cómo lo disfrutaría! Pero no estaría inactiva: haría el bien y todos me querían.

—¿No habría un señor en tu castillo en el aire? —preguntó sibilinamente Laurie.

—He dicho «gente agradable».

Y Meg, mientras hablaba, se ató con cuidado el botín para que nadie pudiera verle la cara.

—¿Por qué no añades un marido maravilloso, inteligente y bueno y algunos niños encantadores? Admite que tu castillo no sería perfecto sin ellos —dijo bruscamente Jo, que aún no tenía fantasías sentimentales y despreciaba el romanticismo, excepto en los libros.

—En el tuyo no querías más que caballos, tinteros y novelas.

—¿Es que no puedo? Tendría un establo lleno de purasangres árabes, habitaciones con pilas de libros y, gracias a mi tintero mágico, mi trabajo sería tan famoso como la música de Laurie. Antes de recluirme en ese castillo, me gustaría hacer algo especial..., algo heroico, maravilloso, que no se olvidase tras mi muerte. No sé qué es, pero algún día os sorprenderé. Estoy convencida de que escribiré libros y me haré rica y famosa; eso me gustaría: es mi sueño preferido.

—El mío es quedarme en casa tranquilamente con papá y mamá, y ayudar a cuidar al resto de la familia —dijo, alegre, Beth.

—¿No ambicionas nada más? —preguntó Laurie.

—Desde que tengo el piano, estoy totalmente satisfecha; solo querría que todos siguiésemos estando bien y juntos, nada más.

—Yo tengo tantos deseos...; mi favorito es ser artista, ir a Roma, hacer cuadros bonitos y ser la mejor pintora del mundo —fue el modesto anhelo de Amy.

—Somos un grupo ambicioso, ¿no os parece? Todos, excepto Beth, queremos ser ricos y famosos y, de algún modo, extraordinarios. Me pregunto si alguno de nosotros verá cumplidas sus aspiraciones —dijo Laurie rumiando hierba como una ternera pensativa.

—Yo tengo la llave de mi castillo en el aire, peroigo sin ver la puerta —apuntó misteriosamente Jo.

—Yo tengo la llave del mío, pero no me dejan usarla. ¡Que se pudra la universidad! —murmuró Laurie con un suspiro impaciente.

—¡Aquí está la mía! —y Amy esgrimió su lápiz.

—Pues yo no la tengo —dijo Meg tristemente.

—Sí que la tienes —repuso Laurie al instante.

—¿Dónde?

—Delante de tus narices.

—¡Tonterías! Eso no quiere decir nada.

—Espera y verás cómo aparece algo que merece la pena —añadió Laurie, sonriendo al pensar en el pequeño secreto que creía conocer.

Meg se sonrojó ocultándose tras la rama y no preguntó nada más; se limitó a mirar el río con la misma expresión expectante que el señor Brooke

mientras contaba la historia del caballero.

—Reunámonos dentro de diez años, si es que aún vivimos, y comprobemos cuáles de nosotros han hecho realidad sus sueños o si estamos más cerca de conseguirlos que ahora —dijo Jo, siempre con un plan en perspectiva.

—¡Por Dios! Entonces tendré... veintisiete años —exclamó Meg, que a sus diecisiete años ya se sentía mayorcísima.

—Tú y yo tendremos veintiséis, Laurie; Beth, veinticuatro, y Amy, veintidós. ¡Vaya grupo de venerables! —dijo Jo.

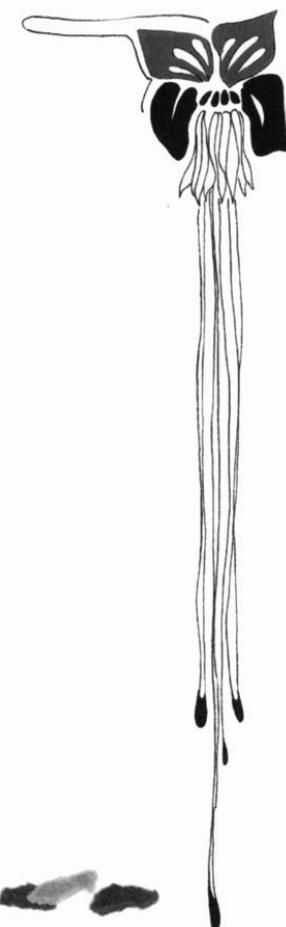
—Para entonces espero haber hecho algo de lo que sentirme orgulloso, pero soy tan vago que me temo que me quedaré en la cuneta, Jo.

—Según mi madre, solo necesitas una motivación; está convencida de que, en cuanto la tengas, lucharás con todas tus fuerzas.

—¿De veras? ¡Por Júpiter que lo haría si tuviera una oportunidad! —exclamó Laurie, incorporándose con súbita energía—. Debería bastarme con agradar al abuelo, y lo intento, pero es luchar contracorriente, imposible. Quiere que sea un comerciante con la India, como él. Antes preferiría morirme. Odio el té, la seda y las especies, y todas esas basuras que traen sus viejos barcos. Cuando sean míos, rogaré para que se hundan lo antes posible. Debería darse por satisfecho con que vaya a la universidad: son cuatro años de mi vida que le regalo; a cambio, podría dejarme al margen del negocio. Pero está decidido: tengo que seguir sus pasos... o los de mi padre y romper totalmente con él para vivir mi vida. Y lo haría mañana mismo si le quedara alguna otra persona.

Hablabía excitado y parecía dispuesto a llevar a cabo su amenaza a la más ligera provocación. Era un joven que crecía rápido y, a pesar de su indolencia, odiaba sentirse sujeto y ansiaba encontrar su propio mundo.

—Te aconsejo que subas a uno de tus barcos y no vuelvas hasta haber intentado hacer las cosas a tu manera —dijo Jo, cuya imaginación se excitaba al pensar en semejante empresa y cuya simpatía estaba del lado de las «injusticias de Laurie».



—Eso no está bien, Jo; no deberías decir esas cosas. Querido amigo, has de hacer lo que desea tu abuelo —dijo Meg con su tono más maternal—. Esfuérzate en la universidad y, cuando él vea que intentas complacerle, estoy segura de que no será injusto contigo. Como tú mismo dices, no hay nadie más que le quiera y le haga compañía, y nunca te lo perdonarás si te vas sin su permiso. No te desanimes, haz lo que debes, y acabarás recibiendo tu recompensa..., como le pasa al señor Brooke, al que su bondad le ha granjeado respeto y cariño.

—¿Qué sabes tú de él? —le preguntó Laurie, que, aunque agradecía el buen consejo, hubiera tenido mucho que objetar a su sermón y prefería que la conversación se alejara de sus asuntos personales, de los que normalmente hablaba muy poco.

—Bueno, lo que me contó tu abuelo de él: que se ocupó de su madre hasta que esta murió y que rechazó varias ofertas para trabajar en el extranjero por no abandonarla; también que ahora se hace cargo de la anciana que la cuidó. Él nunca habla de estas cosas, pero es todo lo generoso, paciente y bueno que se puede ser.

—Desde luego que sí —dijo Laurie de corazón cuando Meg hizo una pausa; parecía avergonzado por la historia que acababa de oír—. Es muy propio del abuelo enterarse de la vida de Brooke sin que él lo sepa, y luego ir contando sus virtudes a los demás para despertar sus buenos sentimientos. Brooke no puede entender por qué tu madre es tan amable con él, por qué le invita conmigo y le trata con semejante cordialidad. Está convencido de que es perfecta, lo dice una y otra vez, y después añade lo mismo de vosotras en su estilo más rimbombante. ¡Si alguna vez se cumplen mis deseos, veréis lo que voy a hacer por Brooke!

—Pues podías empezar ahora fastidiándole un poco menos —dijo duramente Meg.

—¿Y cómo sabe usted que yo le fastidio, señorita?

—Por su cara. Unas veces parece satisfecho y camina animado, pero cuando le disgustas tiene un aspecto decaído y anda despacio, como si estuviera a punto de volver sobre sus pasos para hacer su trabajo de nuevo y mejor.

—¡Vaya, esto sí que me gusta! Así que llevas la cuenta de mis notas por la cara de Brooke. Ya he visto que te saluda y sonríe cuando pasa bajo tu ventana, pero no sabía que hubieseis montado un telégrafo.

—¡No lo hemos hecho! No te enfades y, por favor, no le digas a él nada de esto. Solo quería que supieras que me preocupó por ti; lo que te he contado

es confidencial; te lo ruego —exclamó Meg, alarmada por las posibles consecuencias de su irreflexivo discurso.

—Yo no voy por ahí contando chismes —repuso Laurie, con lo que Jo llamaba su tono «digno y orgulloso»—, pero, si Brooke es un termómetro, tendré que procurar que marque buen tiempo.

—No te ofendas, por favor. No quería regañarte ni contarte historias o tonterías. Solo pensé que Jo te animaba a algo de lo que acabarías arrepintiéndote. Eres tan amable con nosotras que te vemos ya como a un hermano y por eso te decimos todo lo que pensamos sin tapujos. Perdóname: lo hice con mi mejor intención.

Meg le tendió la mano con un gesto amable y tímido. Avergonzado de su momentáneo enfado, Laurie se la estrechó y le dijo con franqueza:

—Soy yo quien debe pedir perdón. Estoy de un humor de perros y llevo todo el día inaguantable. Me gusta que seáis como mis hermanas y me digáis mis defectos; no tiene que preocuparos que algunas veces gruña. Os lo agradezco a todas.

En su deseo por demostrar que no estaba ofendido, se portó lo mejor que pudo: devanó algodón para Meg, recitó unos poemas del agrado de Jo, sacudió varias ramas para conseguirle piñas a Beth, ayudó a Amy con sus helechos y demostró ser un perfecto miembro del club de la «Abeja industrial». En mitad de una animada discusión sobre las costumbres de las tortugas —una de estas amigables criaturas se les había acercado paseando desde el río—, el sonido lejano de una campana les avisó de que Hannah había puesto a hervir el té y que tenían el tiempo justo para llegar a cenar.

—¿Puedo volver otro día? —preguntó Laurie.

—Si eres bueno y tratas tus libros con el mismo cuidado que un parvulito —dijo Meg con una sonrisa.

—Lo intentaré.

—Entonces puedes venir —declaró Jo al despedirse en la verja—. Te voy a enseñar a tricotar como los escoceses. Ahora hay una gran demanda de calcetines —añadió agitando los que ella tenía a medio tejer como si fueran una gran bandera azul de tregua.

Aquella noche, mientras Beth tocaba para el señor Laurence en la penumbra, Laurie, escondido tras la cortina, escuchaba al pequeño David^[1] cuya música siempre tranquilizaba su espíritu inquieto, y observaba al anciano, que, con su cabeza gris apoyada en la mano, pensaba con ternura en la niña muerta a la que tanto había amado. Recordando la conversación de esa tarde, el chico se dijo a sí mismo, resuelto a hacer el sacrificio con alegría:

«Dejaré que se esfume mi castillo en el aire, y me quedaré con el abuelo querido mientras me necesite. Soy todo lo que tiene».

Capítulo XIV

Secretos



O ESTABA muy atareada en la buhardilla. Los días de octubre empezaban a ser frescos y las tardes se iban acortando. Durante las dos o tres horas que el sol calentaba la ventana del ático, podía verse a Jo sentada en el viejo sofá, escribiendo con todo su empeño. Sus papeles estaban desparramados sobre el baúl que tenía delante, mientras Scrabble, el ratón mascota, se paseaba por las vigas del techo en compañía de su hijo mayor, un animalito muy orgulloso de sus finos bigotes. Absorta en su trabajo, Jo escribió sin descanso hasta llenar la última página y firmarla; entonces, dejando la pluma a un lado, exclamó:

—¡Ya está; lo he hecho lo mejor que sé! Si no sirve, tendré que esperar hasta haber aprendido algo más.

Se recostó en el sofá y repasó el manuscrito con cuidado, poniendo comas aquí y allá y también muchos signos de exclamación que parecían pequeños balones; después lo ató con una alegre cinta roja y se quedó sentada un instante mirándolo con una expresión grave y pensativa que demostraba perfectamente lo en serio que se había tomado ese trabajo. El escritorio que tenía Jo allí arriba era una vieja cocina de latón pegada a la pared. En ella guardaba sus papeles y algunos libros para mantenerlos a salvo de las aficiones literarias de Scrabble, entre las que se incluía roer las tapas de los volúmenes que encontraba en su camino. De este mueble metálico sacó Jo otro manuscrito, metió los dos en su bolsillo y bajó sigilosamente la escalera, dejando a sus amigos mordisqueando las plumas y bebiendo la tinta.

Se puso el sombrero y el abrigo procurando no hacer ruido, salió por la ventana trasera, y saltó al techo de un porche bajo. Desde ahí se deslizó hasta el césped y dio un rodeo para llegar a la carretera. Al borde del camino se

recompuso las ropas, cogió un ómnibus que pasaba y se fue a la ciudad muy alegre y misteriosa.

Si alguien la hubiera estado observando, habría pensado, sin duda, que su comportamiento era bastante peculiar: bajó del ómnibus y no se detuvo un instante hasta llegar a cierto número de cierta transitada calle. Había tenido algunas dificultades para encontrar el lugar y, cuando lo halló, entró al portal, miró la sucia escalera, se quedó parada durante un instante y, de repente, volvió a salir a la calle y se alejó tan rápidamente como había llegado. Luego repitió esta maniobra, para diversión de un joven de ojos negros que la contemplaba desde una ventana del edificio de enfrente. Cuando volvía por tercera vez, Jo se dio un sopapo a sí misma, se caló el sombrero y subió la escalera con la misma cara que si fueran a sacarle todos los dientes.

En la puerta de la calle había, entre otras, la placa de un dentista y, después de echar un vistazo a un par de mandíbulas artificiales que se abrían y cerraban lentamente, el joven se puso el abrigo, cogió su sombrero y bajó para esperar delante de la puerta, diciéndose con una sonrisa y un escalofrío: «Es muy propio de ella venir sola, pero, si pasa un mal rato, necesitará que alguien la acompañe a casa».

A los diez minutos apareció Jo; bajaba la escalera corriendo, con la cara coloradísima y toda la pinta de alguien que acaba de pasar un trago amargo. No le hizo ninguna gracia ver al joven y pasó de largo saludándole con un gesto. Pero él la siguió y le preguntó amablemente:

—¿Has sufrido?

—No mucho.

—Has acabado muy rápido.

—Sí, gracias a Dios.

—¿Por qué has venido sola?

—No quería que nadie lo supiese.

—Eres la persona más rara que he conocido en mi vida. ¿Cuántos te han sacado?

Jo miró a su amigo como si no le entendiera y, de repente, se echó a reír como si la pregunta le resultase divertida.

—Me gustaría que me sacaran dos, pero tengo que esperar una semana.

—¿De qué te ríes? Tú estás tramando algo, Jo —dijo Laurie, desconcertado.

—Y tú también. ¿Se puede saber qué hacía el señor en esa sala de billar?

—Perdone, señora, pero no es ninguna sala de billar sino un gimnasio, y estoy recibiendo lecciones de esgrima.

—Eso me alegra.

—¿Por qué?

—Porque así podrás enseñarme y, cuando representemos *Hamlet*, podrás hacer de Laertes^[1] y, al batirnos, quedará muy bien.

Laurie soltó una carcajada con toda su alma que hizo que varios transeúntes sonrieran sin quererlo.

—Te enseñaré aunque no montemos *Hamlet*. Será divertido y así te mantendrás derecha. Pero no creo que esa sea la única razón de que te alegres tanto, ¿a que no?

—No; es que prefiero que no estuvieras en el salón de juegos. Tú no vas a esos sitios, ¿verdad?

—No suelo hacerlo.

—Ojalá no fueras nunca.

—No es malo, Jo. Tengo una mesa de billar en casa, pero no le sacas provecho si no es con buenos contrincantes; me gusta venir a echar una partida con Ned Moffat o con algún otro.

—¡Cuánto lo siento! Te irás aficionando cada vez más, y malgastarás tu tiempo y tu dinero. Acabarás pareciéndote a esos horribles chicos. Esperaba que siguieras siendo respetable y un orgullo para tus amigos —dijo Jo, sacudiendo la cabeza.

—¿Es que no puede uno tener una afición inocente sin perder la respetabilidad? —preguntó Laurie, irritado.

—Depende de dónde y cómo la practique. No me gustan Ned y su grupito y preferiría que no fueras uno de ellos. Mamá no nos permite invitarle a casa, aunque él quiera venir; y si tú te conviertes en alguien así, supongo que tampoco querrá que juguemos juntos como hasta ahora.

—¿No querrá? —preguntó ansioso.

—No, no puede soportar a los jovencitos mundanos y antes nos encerraría bajo siete llaves que vernos mezcladas con ellos.

—Bueno, no hace falta que saque el manojo de llaves todavía. No soy ningún mundial ni pretendo serlo, es solo que de vez en cuando me gusta una juerga inofensiva; ¿no te pasa a ti lo mismo?

—Sí, y no hay que preocuparse por una juerga, pero no te conviertas en un necio, o será el fin de nuestros buenos ratos.

—Seré un santo.

—Odio a los santos. Limítate a ser normal, honesto y respetable y no te abandonaremos. No sé qué haría si te volvieras como el hijo del señor King; tenía demasiado dinero, pero no sabía cómo gastarlo, y acabó siendo un

jugador borracho que tuvo que huir, y hasta creo que falsificó la firma de su padre. Fue espantoso.

—¿Me crees capaz de eso? ¡Muchas gracias!

—¡Oh, no, no!... Pero se habla tanto de que el dinero es una tentación que a veces preferiría que fueses pobre. Así no tendría que preocuparme.

—¿Te preocupas por mí?

—Un poco, en ocasiones, cuando pareces triste o de mal humor. Eres tan cabezota que, si decidieras meterete en el mal camino, creo que sería muy difícil pararte.

Laurie siguió caminando en silencio durante unos minutos. Jo le observaba deseando haberse mordido la lengua, porque los ojos del chico reflejaban su enfado, aunque sus labios sonrieran como respuesta a la reprimenda.

—¿Me vas a seguir leyendo la cartilla todo el camino hasta casa? —preguntó de repente.

—Claro que no, ¿por qué?

—Porque, si sigues, cogeré el ómnibus, pero, si lo dejas, me gustaría ir paseando y contarte algo muy interesante.

—Se acabaron los sermones, me muero por oírlo.

—De acuerdo entonces. Es un secreto, así que, si te lo cuento, tienes que contarme el tuyo.

—Yo no tengo ningún secreto —empezó Jo, pero se detuvo inmediatamente al recordar que sí tenía uno.

—Claro que sí...; no sabes ocultar nada. O confiesas o no suelto prenda —exclamó Laurie.

—¿Es un buen secreto?

—¡Ya lo creo! Es de gente que conoces y muy gracioso. Hace tiempo que estoy deseando decírtelo. Vamos, empieza.

—No quiero que se enteren en casa.

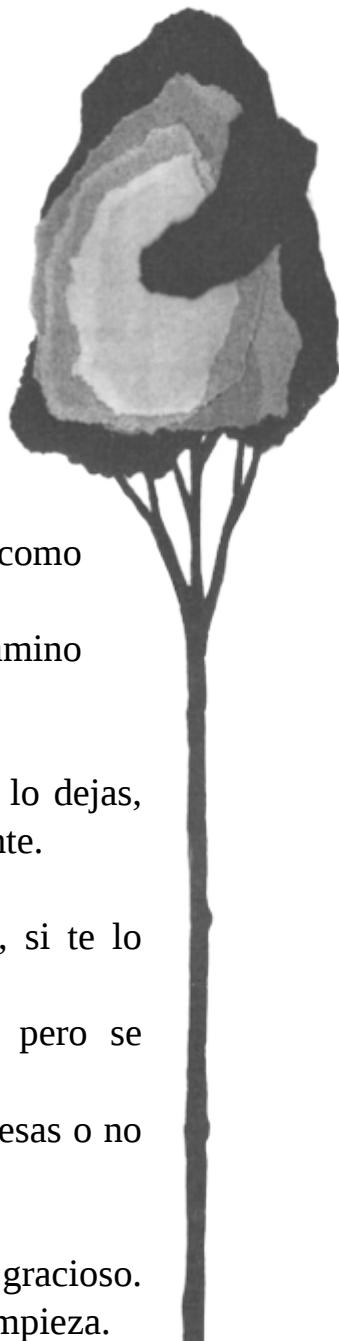
—Seré como un mudo.

—¿Y no me tomarás el pelo?

—Nunca lo hago.

—Sí, sí que lo haces. Siempre consigues que acabe hablando de lo que quieras saber; no sé cómo lo haces, pero has nacido para embaucador.

—Gracias. Dispara.



—Vale. Le he dejado dos cuentos al encargado de una revista, y me dará su respuesta la semana que viene —susurró Jo al oído de su confidente.

—¡Viva la señorita March, la célebre escritora americana! —aulló Laurie lanzando su sombrero por los aires y cogiéndolo al vuelo para regocijo de dos patos, cuatro gatos, cinco gallinas y media docena de chavalillos irlandeses, pues ya habían salido de la ciudad.

—¡Calla! Seguro que no los publican, pero tenía que intentarlo. No se lo he contado a nadie porque no me gustaría que se desilusionase nadie más.

—No habrá desilusión. Tus cuentos son dignos de Shakespeare comparados con la mitad de las porquerías que se publican todos los días. ¿No crees que será estupendo verlos impresos y que nos vamos a sentir muy orgullosos de la autora?

Los ojos de Jo brillaban; siempre es agradable que crean en uno, y el elogio de un amigo es más dulce que la fama efímera de una docena de periódicos.

—¿Cuál es *tú* secreto? Juega limpio, o no volveré a creerte nunca más —dijo, intentando apagar la chispa de esperanza que se había encendido en ella al oír las palabras de ánimo.

—Quizá me meta en un lío por decírtelo, pero he prometido hacerlo y lo haré. No me quedo tranquilo hasta haberte contado todas las novedades que conozco. Sé dónde está el guante de Meg.

—¿Y eso es todo? —preguntó Jo, que pareció desilusionada cuando Laurie afirmó con la cabeza y sus ojos centellearon llenos de misterio.

—Será más que suficiente, y me darás la razón en cuanto te explique dónde está.

—Pues dímelo.

Laurie se agachó y susurró tres palabras en el oído de Jo. Entonces se produjo un curioso cambio: se quedó quieta, mirándole fijamente durante un instante, con cara de estar a la vez sorprendida y disgustada; después reanudó la marcha y dijo con sequedad:

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

—¿Dónde?

—En su bolsillo.

—¿Todo el tiempo?

—Sí, ¿no es romántico?

—No, es horrible.

—¿No te gusta?

—Claro que no. Es ridículo, no debería permitirlo. ¡Por Dios! ¿Qué dirá Meg?

—No puedes contárselo a nadie, recuérdalo.

—No he prometido nada.

—Pero se sobreentiende, y yo confío en ti.

—Bueno, no diré nada de momento, pero no me gusta; preferiría que no me lo hubieras contado.

—Creía que te iba a encantar.

—¿La idea de que alguien quiera llevarte a Meg? No, gracias.

—Lo verás con mejores ojos cuando alguien quiera llevarte a ti.

—Me gustaría ver quién es el listo que lo intenta —gritó Jo con fiereza.

—¡Y a mí! —añadió Laurie ahogando la risa que le producía la mera idea.

—No me gustan los secretos; tengo mala conciencia desde que me lo has contado —dijo Jo de forma bastante desagradable.

—Echemos una carrera colina abajo y te sentirás mejor —sugirió Laurie.

No se veía un alma y el sendero, de suave pendiente, se extendía incitante ante ella. Le resultó una tentación irresistible; echó a correr perdiendo el sombrero y la peineta por el camino y sembrándolo de horquillas. Laurie fue el primero en llegar a la meta y se sintió bastante satisfecho por el resultado de su tratamiento de choque: su Atalanta^[2] venía con el pelo revuelto, los ojos brillantes, las mejillas encendidas y ni rastro de descontento en su cara.

—Me gustaría ser un caballo para poder correr al viento millas y millas sin perder el resuello. Ha sido magnífico, pero mira en qué situación me has dejado. Anda, recoge mis cosas como un buen chico, que es lo que eres —dijo Jo dejándose caer bajo un arce que había cubierto el suelo de hojas carmesí.

Laurie fue perezosamente a recoger los objetos perdidos y Jo se arregló las trenzas, con la esperanza de que no pasara nadie por allí hasta que estuviera de nuevo presentable. Pero pasó alguien, y quién podía ser sino Meg, que venía de hacer unas visitas con su mejor traje y un aspecto de lo más respetable.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mirando sorprendida a su desaliñada hermana.

—Recogiendo hojas —respondió humildemente Jo, mostrándole un puñado de hojas rojizas que acababa de amontonar.

—Y horquillas —añadió Laurie, que dejó caer media docena de ellas sobre la falda de Jo—; crecen en este camino, Meg, y también peinetas y sombreros de paja.

—Has estado corriendo, Jo. ¿Cuándo vas a dejar estas chiquilladas? —le reprochó Meg, mientras se colocaba el pelo que el aire había despeinado.

—Nunca hasta que sea una vieja estirada y tenga que usar bastón. No quieras que crezca antes de tiempo, Meg; ya es duro ver cómo cambias tú de repente; déjame ser una cría todo lo que pueda.

Jo sacudía las hojas al hablar, intentando disimular el temblor de sus labios: se daba cuenta de que Meg se estaba convirtiendo rápidamente en una mujer y el secreto de Laurie le había hecho temer una separación que ahora parecía mucho más cercana. El chico notó la preocupación en su rostro y distrajo la atención de Meg preguntándole con agilidad:

—¿A quién has ido a ver tan puesta?

—A los Gardiner. Sallie me ha contado la boda de Belle Moffat. Ha sido espléndida y van a pasar el invierno en París. ¡Debe de ser maravilloso!

—¿Te da envidia?

—Eso me temo.

—¡Me alegro! —murmuró Jo atándose el sombrero de un tirón.

—¿Por qué? —preguntó, desconcertada, Meg.

—Porque, si tanto te preocupan los ricos, no intentarás casarte con un pobre —contestó Jo mirando ceñuda a Laurie, que le hacía gestos para que tuviera cuidado con lo que decía.

—Nunca «intentaré casarme» con nadie —constató Meg, caminando con gran dignidad.

Los otros dos la siguieron riéndose, susurrando, brincando y «portándose como niños», se dijo Meg a sí misma; aunque, si no hubiera llevado su mejor vestido, se habría sentido tentada de unirse a ellos.

Durante una o dos semanas, Jo se comportó de una forma tan extraña que sus hermanas no sabían qué pensar. Corría a la puerta cada vez que llamaba el cartero; si se encontraba con el señor Brooke, le trataba descortésmente; se pasaba largos ratos observando a Meg con cara de angustia y, de repente, se levantaba y le daba un beso de forma muy misteriosa; ella y Laurie no paraban de hacerse señas y de hablar de «águilas imperiales»^[3], hasta que las demás llegaron a la conclusión de que se estaban volviendo majaretas. Habían pasado dos sábados desde que Jo saliera por la ventana cuando Meg, que estaba cosiendo junto a la ventana, se escandalizó al ver que Laurie corría por el jardín detrás de su hermana y la alcanzaba en el cenador de Amy. No pudo distinguir qué sucedía después, pero sí oyó risas histéricas seguidas de murmullo de voces y ruido de hojas de periódico.

—¿Qué vamos a hacer con esta chica? ¿Es que nunca va a comportarse como una señorita? —suspiró Meg; desaprobaba las carreras.

—Espero que no. Resulta tan graciosa y adorable como es ahora —dijo Beth, evitando demostrar la decepción que sentía porque Jo no tuviera un secreto con ella.

—Es irritante, pero nunca conseguiremos que se comporte *commly la fo* —añadió Amy, que estaba sentada, con sus bucles recogidos con gran propiedad y bordando unos adornos, dos cosas que la hacían sentirse más elegante y señorita que nunca.

Al cabo de unos minutos apareció Jo, se tiró sobre el sofá y fingió leer.

—¿Hay algo interesante? —preguntó Meg con condescendencia.

—Nada, solamente un cuento, aunque me temo que no vale mucho —contestó Jo procurando ocultar el nombre del periódico.

—Será mejor que lo leas en voz alta. Así nos entretendremos todas y no harás travesuras durante un rato —dijo Amy, dándose aires de persona mayor.

—¿Cómo se titula? —preguntó Beth, intrigada al ver que Jo ocultaba el rostro tras las hojas.

—Pintores rivales.

—Suena bien. Léelo —pidió Meg.

Jo se aclaró la garganta, tomó aire y se puso a leer a toda velocidad. Sus hermanas escuchaban con interés: era un cuento romántico, a veces hasta patético y casi todos los personajes morían al final.

—Me gusta cuando describe el espléndido cuadro —fue el aprobador comentario de Amy cuando Jo se detuvo.

—Yo prefiero la parte de la historia de amor. Viola y Angelo son dos de nuestros nombres favoritos, ¿no es gracioso? —dijo Meg, mientras se secaba las lágrimas, porque la historia de amor era una absoluta tragedia.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Beth, que había creído ver un resplandor en la cara de Jo.

La lectora, de repente, se sentó bien, dejó el periódico aparte y con el rostro encendido y una graciosa mezcla de solemnidad y excitación, declaró en voz alta:

—Vuestra hermana.

—¿Tú? —gritó Meg dejando caer su costura.

—Es muy bueno —dijo Amy con espíritu crítico.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Oh, Jo, estoy tan orgullosa! —exclamó Beth corriendo a abrazar a su hermana y a felicitarla por el espléndido éxito.

¡Qué felices estaban, os lo aseguro! Meg no pudo creerlo hasta que vio las palabras «Señorita Josephine March» impresas en el periódico; Amy hizo una estimulante crítica del contenido artístico del cuento y ofreció sus conocimientos para la continuación que, desgraciadamente, no existiría, ya que el héroe y la heroína habían muerto; Beth, de puro excitada, no paraba de saltar y cantar de felicidad. Hannah entró exclamando: «¡Nunca lo hubiera creído!», asombradísima por «los logros de Jo», y la señora March se llenó de orgullo al enterarse. Jo reía, con lágrimas en los ojos, al decirles que se sentía como un pavo real. El Águila imperial agitaba triunfante sus alas sobre la casa de los March, mientras el periódico pasaba de mano en mano.

—¡Explícanos todo! ¿Cómo ha sido? ¿Cuánto te han pagado? ¿Qué dirá papá? ¿Se reirá Laurie?...

Toda la familia preguntaba a la vez, apiñadas alrededor de Jo. Para ellas, gente afectuosa, cualquier pequeña alegría familiar era una auténtica fiesta.

—Parad un momento y os lo contaré todo —dijo Jo preguntándose si la señorita Burney se habría sentido tan grandiosa con *Evelina*^[4] como ella con sus «Pintores rivales».

Les relató lo que había hecho con los cuentos y añadió:

—Cuando volví a preguntar cuál era la respuesta, el hombre me dijo que le gustaban los dos, pero que no pagaba a los principiantes, aunque sí les publicaba para que se dieran a conocer. Sirve de práctica y, cuando mejoras, todo el mundo quiere contratarte. Así que le di las dos historias y hoy ha llegado esto. Laurie me pilló con él en la mano e insistió en verlo; dice que es bueno y que debo escribir más, que él conseguirá que me paguen el próximo. Soy *tan* dichosa de saber que algún día podré mantenerme y ayudaros a todas.

Se quedó sin aliento, apoyó la cabeza en el periódico y empapó su cuento con algunas lágrimas de alegría. Ser independiente y admirada por aquellos a los que quería era su más querido deseo, y este parecía ser el primer paso hacia ese final feliz.



Capítulo XV

Un telegrama



OVIEMBRE ES el mes más desagradable del año —dijo Meg una tarde nublada. Estaba de pie junto a la ventana mirando el jardín helado.

—Supongo que por esa razón yo nací en estas fechas —dijo Jo, pensativa, sin darse cuenta del manchón que tenía en la nariz.

—Si ahora pasase algo agradable pensaríamos que es un mes estupendo —dijo Beth, que incluso en noviembre era optimista.

—Claro, pero a esta familia nunca le sucede nada agradable —repuso con fatalismo Meg—. Trabajamos día tras día sin ninguna distracción. Como si fuéramos una rueda de molino.

—¡Vaya aburrimiento; pues sí que estamos deprimidas! —exclamó Jo—. Tampoco me extraña, porque te pasas todo el año trabajando mientras ves cómo otras chicas disfrutan. ¡Me gustaría poder arreglarte las cosas como hago con mis heroínas! Ya eres lo suficientemente guapa y bondadosa, por lo que solo tendría que hacer que algún familiar te legara de repente una fortuna; así podrías comportarte como una rica heredera, despreciar a todos los que te hayan ofendido, viajar al extranjero y volver convertida en *lady* Algo, resplandeciente de lujo y elegancia.

—Hoy en día ya nadie te deja una fortuna. Ahora, para conseguir dinero, los hombres tienen que trabajar y las mujeres que casarse. Es un mundo injusto —aseguró amargamente Meg.

—Jo y yo os haremos ricas a todas; espera diez años y verás cómo es cierto —dijo Amy, que estaba sentada en un rincón haciendo galletas de arcilla, como llamaba Hannah a las figuritas que modelaba con formas de pájaros, frutas y caras.

—No puedo esperar hasta entonces. Además, aunque lo siento, no confío mucho en la tinta y el barro, pero agradezco tu intención.

Con estas palabras, Meg suspiró y de nuevo volvió el rostro hacia el jardín helado; Jo emitió un quejido de desaliento y se dejó caer de codos en la mesa; sin embargo, Amy siguió trabajando enérgicamente y Beth, que estaba junto a la otra ventana, dijo con una sonrisa:

—Dos cosas agradables van a suceder dentro de nada: mamá se acerca por la calle y Laurie cruza el jardín a grandes zancadas, como si viniera a darnos alguna buena noticia.

En ese momento entraron ambos; la señora March preguntando, como siempre, «¿Hay carta de papá, chicas?», y Laurie proponiendo con su tono más persuasivo:

—¿Alguien me acompaña a dar una vuelta en coche? He estado estudiando matemáticas hasta que me ha dado dolor de cabeza y voy a ver si tomo un poco el fresco. A pesar de que está nublado, la brisa es agradable. Pensaba llevar a Brooke a su casa, así que si empeora el tiempo, cerrando la capota lo pasaremos bien de todos modos. ¿Vendrás, Jo, y tú, Beth, a que sí?

—Claro que vamos.

—Yo te lo agradezco, pero estoy ocupada —dijo Meg mostrando su cesto de costura. Había acordado con su madre que era preferible, para ella al menos, no pasear con demasiada frecuencia en el coche del joven caballero.

—Nosotras tres estaremos listas en un instante —gritó Amy mientras subía por las escaleras para lavarse las manos.

—¿Puedo serle útil en algo, señora madre? —preguntó Laurie apoyándose afectuosamente en la silla de la señora March y hablándole, como ya era habitual, con gran cariño.

—En nada, gracias, excepto... si eres tan amable de parar un momento en correos. Hoy debe de llegarnos carta de mi marido; es tan regular como el sol, pero por algún motivo se ha retrasado.

El timbre la interrumpió y un minuto después apareció Hannah con un sobre.

—Es uno de esos horribles telegramas, señora —dijo tendiéndoselo como si temiera que de un momento a otro fuera a explotar.

Al oír la palabra «telegrama» la señora March se lo arrebató de las manos, leyó las dos líneas de su contenido y se recostó en la silla; estaba blanca como si el pequeño papel le hubiera disparado directo al corazón. Laurie corrió a buscar agua, mientras Meg y Hannah la sostenían y Jo leía en alto con voz temblorosa:

Señora March: Su marido está gravemente enfermo. Venga cuanto antes. S. Hale.
Blank Hospital, Washington.

Qué silenciosa quedó la habitación mientras escuchaban, sin atreverse a respirar; cómo se oscureció el día en un instante; cómo, de repente, el mundo entero pareció cambiar para estas cuatro niñas, que se arremolinaban junto a su madre, sintiendo que les iban a arrebatar la felicidad y el apoyo de sus vidas. La señora March se reanimó, leyó de nuevo el mensaje y, estrechando, a sus hijas les dijo en un tono que nunca olvidarían:

—Tengo que irme cuanto antes. Puede que ya sea demasiado tarde. ¡Oh, hijas, hijas mías, ayudadme a soportarlo!

En los minutos siguientes no se oyeron en la habitación más que sollozos, palabras entrecortadas de consuelo, dulces promesas de ayuda y buenos deseos que acababan en llanto. La pobre Hannah fue la primera en recuperarse e, inconscientemente, dio ejemplo a las demás, pues para ella el trabajo era la cura de casi todas las tristezas.

—¡Que el Señor cuide del pobre hombre! No puedo perder más tiempo con lamentaciones; tendré sus cosas preparadas enseguida, señora —dijo con cariño, enjugándose las lágrimas con el delantal; estrechó calurosamente la mano de su señora y se puso manos a la obra como tres mujeres en una.

—Tiene razón: no es momento de lloros. Pensemos con calma, niñas.

Y las pobres intentaron tranquilizarse. Su madre se incorporó, pálida pero serena, y apartó su pena para poder hacer los planes necesarios.

—¿Dónde está Laurie? —preguntó cuando hubo ordenado sus pensamientos y decidido las prioridades.

—Aquí, señora. ¡Oh, déjeme ayudarlas! —exclamó el muchacho, entrando a toda prisa desde el otro cuarto, a donde se había retirado para no interferir en la intimidad del primer dolor.

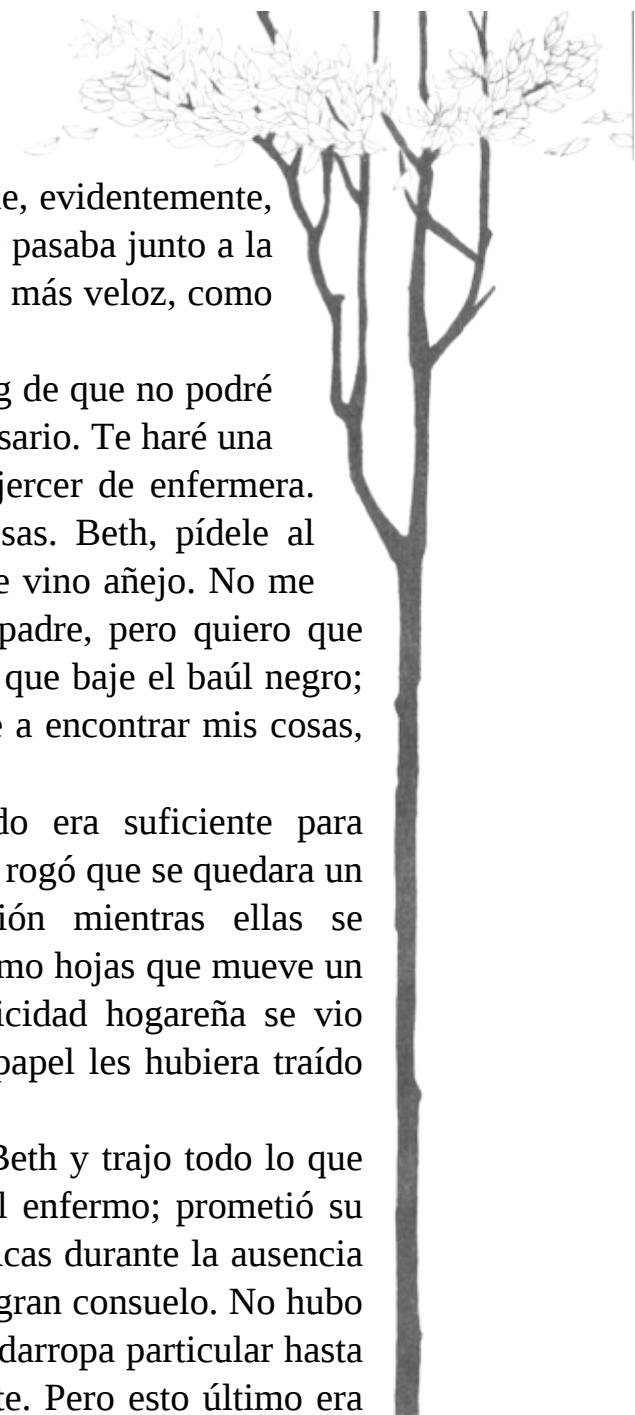
—Envía un telegrama diciendo que salgo para allá. El próximo tren sale a primera hora de la mañana. Lo cogeré.

—¿Qué más? Los caballos están enganchados, puedo ir a cualquier sitio, hacer lo que sea —dijo, dispuesto a volar hasta el fin del mundo.

—Deja una nota en casa de la tía March. Jo, dame esa pluma y papel.

Jo arrancó un trozo de hoja en blanco de sus nuevos escritos y colocó la mesa delante de su madre, sabiendo que debían pedir prestado el dinero que iba a costar ese triste y largo viaje y preguntándose cómo podría conseguir aunque fuera una pequeña suma con la que colaborar.

—Ahora vete, querido, pero no te mates corriendo como un loco. No es necesario.



El consejo de la señora March fue, evidentemente, inútil. Cinco minutos después Laurie pasaba junto a la ventana a pleno galope en su caballo más veloz, como si en ello le fuera la vida.

—Jo, ve a avisar a la señora King de que no podré ir y, de paso, compra lo que sea necesario. Te haré una lista; tengo que ir preparada para ejercer de enfermera. En los hospitales faltan muchas cosas. Beth, pídele al señor Laurence un par de botellas de vino añejo. No me enorgullece mendigar para vuestro padre, pero quiero que tenga lo mejor. Amy, dile a Hannah que baje el baúl negro; y Meg, quédate conmigo y ayúdame a encontrar mis cosas, porque estoy medio ida.

Escribir, pensar y dirigirlo todo era suficiente para trastornar a la pobre señora y Meg le rogó que se quedara un ratito descansando en su habitación mientras ellas se ocupaban de todo. Se dispersaron como hojas que mueve un golpe de viento y la quietud y felicidad hogareña se vio definitivamente rota como si aquel papel les hubiera traído una maldición.

El señor Laurence acompañó a Beth y trajo todo lo que se le ocurrió que podría serle útil al enfermo; prometió su más amistosa protección para las chicas durante la ausencia de su madre, lo que para ella fue un gran consuelo. No hubo nada que no ofreciera, desde su guardarropa particular hasta su propia persona como acompañante. Pero esto último era imposible. La señora March no quiso ni oír hablar de que el anciano caballero emprendiera tan largo viaje, aunque, cuando lo mencionó, un gesto de alivio se dejó traslucir en la mirada de la dama; la soledad no es buena compañía cuando uno se encuentra angustiado. Él notó la expresión, frunció el ceño, se estrujó las manos y se marchó apresuradamente, diciendo que enseguida estaría de vuelta. Nadie se acordó de él hasta que Meg, que corría por el vestíbulo con un par de zapatillas en una mano y una taza de té en la otra, se tropezó con el señor Brooke.

—Me acabo de enterar. Lo siento mucho, señorita March —dijo con su tono amable y tranquilo, que sonó especialmente reconfortante para el perturbado espíritu de ella—. Vengo a ofrecerme como escolta de su madre. El señor Laurence me ha encargado algunas gestiones en Washington, y personalmente sería una verdadera satisfacción poder serle a la señora March de alguna utilidad.

A Meg se le cayeron las zapatillas y poco faltó para que también la taza de té, al tenderle la mano con tal expresión de agradecimiento que Brooke se hubiera sentido compensado de un sacrificio mucho mayor; a fin de cuentas un poco de tiempo y consuelo no eran gran cosa.

—¡Qué amables son todos! Estoy segura de que mamá aceptará, y para nosotras será un gran alivio saber que alguien se ocupa de ella. ¡Muchas, muchísimas gracias!

Meg hablaba de corazón. Se había olvidado de todo lo demás, hasta que un gesto de los ojos castaños de su interlocutor le recordaron que el té se estaba enfriando; tras indicarle que pasara al salón, desapareció diciendo que iba a avisar a su madre.

Todo estaba arreglado para cuando volvió Laurie con una nota de la tía March; con el dinero que le habían pedido enviaba unas líneas repitiendo lo que tantas veces les había dicho: que ya les avisó de lo absurdo que era que March se uniera al ejército, que nada bueno saldría de ello y que esperaba que la próxima vez alguien hiciera caso de sus consejos. La señora March arrojó la nota al fuego, guardó el dinero en su monedero y continuó con los preparativos, apretando los labios de un modo que Jo habría entendido perfectamente de haber estado allí.

Pasó la tarde en un santiamén; ya habían hecho todas las gestiones pendientes y, ahora, Meg y su madre estaban muy atareadas terminando de coser las prendas más necesarias, mientras Beth y Amy hacían el té y Hannah planchaba con su estilo brusco. Pero Jo aún no había llegado. Empezaban a preocuparse y Laurie salió a buscarla; ninguno sabía qué locura se le habría metido en la cabeza. No la encontró: apareció ella sola. Entró mirándoles con una expresión extraña, entre divertida y asustada, entre satisfecha y arrepentida, que asombró a toda la familia tanto como el montón de billetes que depositó delante de su madre, diciendo con un pequeño temblor en la voz:

—Esta es mi ayuda para que papá se ponga mejor y lo traigas a casa.

—Cariño, ¿de dónde lo has sacado? ¡Veinticinco dólares! Espero que no hayas cometido ninguna imprudencia.

—No, lo he conseguido honradamente. No he estado pidiendo, no es robado ni prestado. Lo he ganado, y no tendrás nada que reprocharme; simplemente he vendido lo que era mío.

Al decir esto, Jo se quitó el sombrero; la reacción fue un grito general: se había cortado su abundante cabellera.



—¡Tu pelo, tu precioso pelo! ¿Cómo has podido? ¡Tu mayor atractivo! ¡Hija mía, no era necesario! ¡No parece la misma Jo, pero así la quiero aún más!

Todas hablaban a la vez, mientras Beth acariciaba con ternura la cabeza trasquilada de su hermana. Jo adoptó un aire indiferente que no engañó a nadie y dijo, tocándose lo que quedaba de su melena, como si le gustara:

—No es un asunto de importancia nacional, así que no llores, Beth. Además, será una buena cura de vanidad; estaba ya demasiado orgullosa de mi peluca, y a mis neuronas les he quitado un peso de encima; siento la cabeza maravillosamente ligera y fresca. El barbero me ha dicho que pronto me crecerán los rizos, como a un chico, y que me será muy fácil peinarlos. Estoy contenta, conque coge el dinero y cenemos.

—Cuéntamelo con detalle, Jo. Lo que has hecho no me produce satisfacción, pero tampoco puedo reñirte: sé que te has sacrificado por amor. Pero, cariño, no hacía falta y me temo que un día de estos lo lamentarás —dijo la señora March.

—¡No, en absoluto! —repuso Jo con firmeza, aunque aliviada al comprobar que su travesura no merecía una condena unánime.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —preguntó Amy, que hubiera pensado antes en cortarse la cabeza que sus preciosos bucles.

—Bueno, quería a toda costa hacer algo por papá —contestó Jo mientras se sentaban a la mesa, pues los jóvenes son capaces de comer incluso en mitad de un conflicto—. Odio tanto como mamá tener que pedir prestado y sabía que la tía March gruñiría; siempre lo hace cuando le piden un penique. Meg utilizó su sueldo en el alquiler y yo me había comprado ropa con el mío, así que me sentía egoísta; necesitaba conseguir dinero aunque fuera a costa de vender la nariz.

—No tenías que sentirte egoísta, hija mía; estabas sin ropa de invierno y compraste lo imprescindible con el dinero que ganas con tu esfuerzo —dijo la señora March dirigiendo una reconfortante mirada a Jo.

—Al principio ni se me pasó por la cabeza vender el pelo. Iba paseando y pensando qué podía hacer, como si fuera un personaje de uno de mis cuentos y pudiera inventarme una solución. En el escaparate de la barbería vi expuestas varias trenzas con etiquetas de precio; una de ellas, morena y menos gruesa que la mía costaba cuarenta dólares. De repente me di cuenta de que tenía algo de valor y, sin pensarlo dos veces, entré, pregunté si compraban pelo y cuánto me darían por el mío.

—No puedo imaginarme cómo te atreviste —dijo Beth con voz de horror.

—¡Bah! Era un hombrecillo que parecía tan solo interesado en abrillantar sus propias canas. De entrada, casi ni me miró; no parecía acostumbrado a que las chicas se presenten en su local queriendo venderle su melena. Dijo que no le interesaba la mía, que el color no estaba de moda, que no pagaría demasiado por ella, que llevaría mucho trabajo arreglarla, y más cosas. Era tarde y empecé a temer que, si no lo hacía entonces, no lo haría nunca, y ya sabéis lo cabezota que soy. Le rogué que me la comprara, le expliqué que tenía prisa y el motivo a mi manera alocada y excitada, y será una tontería, pero cambió de opinión; además, su mujer, que lo había oído todo, dijo muy cordialmente: «Cógela, Thomas; complace a la señorita; yo haría lo mismo por nuestro Jimmy si tuviera un mechón de pelo que pudiera venderse».

—¿Quién era Jimmy? —preguntó Amy, pues le gustaban las explicaciones en su debido momento.

—Su hijo, que también está en el ejército. Qué amables pueden llegar a ser los desconocidos en estas situaciones, ¿verdad? La mujer me estuvo hablando mientras su marido me cortaba el pelo, y logró distraerme.

—¿No te sentiste fatal al primer tijeretazo? —preguntó Meg con un estremecimiento.

—Me limité a mirarme las trenzas por última vez mientras el hombre preparaba las cosas, y eso fue todo. No suelo lloriquear por estas tonterías. Aunque os confesaré que sentí algo extraño cuando vi mi vieja y querida melena sobre la mesa y noté que ya solo tenía en la cabeza unas puntas espinosas. Casi parecía como si me hubieran quitado un brazo o una pierna. La mujer se dio cuenta de cómo la miraba y me ofreció un largo mechón. Te lo regalo, mamá, como recuerdo de glorias pasadas, porque yo he descubierto que el pelo corto es tan cómodo que ya no pienso dejármelo crecer nunca más.

La señora March cogió el ondulado mechón castaño y lo puso en el escritorio junto a otro gris. Tan solo dijo:

—Gracias, querida.

Pero algo en su rostro les hizo cambiar de conversación y se pusieron a hablar de la amabilidad del señor Brooke, de las previsiones de buen tiempo para el día siguiente, y de lo bien que lo iban a pasar cuando su padre volviera a casa para reponerse.

Nadie quería irse a la cama cuando, a las diez, la señora March terminó la costura y dijo:

—Venga, niñas.

Beth se sentó al piano y tocó el himno favorito de su padre; las demás intentaron cantar valerosamente, pero acabaron dejando sola a Beth, que lo interpretaba con toda su alma, pues la música para ella era un auténtico consuelo.

—Marchaos a la cama y no os quedéis charlando; tenemos que levantarnos temprano y descansadas. Buenas noches, queridas mías —susurró la señora March cuando terminaron el himno sin ánimos para entonar otro.

La besaron tranquilamente y fueron a acostarse en absoluto silencio, como si el enfermo estuviera en la habitación de al lado. Amy y Beth no tardaron en quedarse dormidas a pesar de los problemas, pero Meg permaneció en vela con la mente ocupada por los pensamientos más serios que había tenido en su corta vida. Jo estaba tumbada sin moverse y su hermana pensó que también dormía, hasta que oyó un sollozo; entonces, tocándole la mejilla húmeda, exclamó:

—Jo, cariño, ¿qué te pasa? ¿Lloras por papá?

—No, ahora no.

—¿Entonces por qué?

—Por... mi pelo —estalló la pobre Jo intentando en vano ocultar su emoción en la almohada.

A Meg no le pareció en absoluto cómico y besó y acarició a la afligida heroína con gran dulzura.

—No lo siento —protestó Jo ahogando el llanto—. Volvería a hacerlo mañana si pudiera. Son mi vanidad y mi egoísmo los que se quejan de esta manera idiota. No se lo digas a nadie, ya se me ha pasado. Creí que estabas dormida y creí que podía soltar un pequeño sollozo; era lo único hermoso que tenía. ¿Por qué estás despierta?

—No puedo dormir, estoy tan nerviosa... —dijo Meg.

—Piensa en algo agradable y, enseguida, te entrará sueño.

—Ya lo he intentado y solo he conseguido despejarme aún más.

—¿En qué pensabas?

—En caras atractivas..., sobre todo en los ojos —contestó Meg sonriendo para sus adentros en la oscuridad.

—¿De qué color los prefieres?

—Marrones..., bueno, a veces; los azules también son bonitos.

Jo se rio y Meg le recordó bruscamente que no debían hablar; después, con cariño, prometió rizarle el pelo y se dio media vuelta para soñar en su castillo en el aire.

Los relojes dieron las doce sobre las habitaciones calladas cuando una figura se deslizó sigilosamente de cama en cama, colocando una colcha aquí, una almohada allí, y deteniéndose a mirar larga y tiernamente cada uno de los inconscientes rostros, besándolos, a la vez que los bendecía con una plegaria que solo las madres saben rezar. Cuando descorrió la cortina para observar la noche melancólica, la luna apareció de repente entre las nubes con su gran cara redonda, bondadosa y brillante que parecía susurrarle en el silencio: «Animo, amiga querida; siempre hay luz detrás de los nubarrones».



Capítulo XVI

Cartas



L AMANECER, frío y gris, las hermanas encendieron la luz y leyeron un capítulo de la Biblia con una reverencia desconocida hasta entonces; ahora tenían una preocupación real y en los libritos encontraron ayuda y consuelo. Se vistieron y acordaron despedirse de forma alegre y esperanzada, y evitarle lágrimas y quejas a su madre, que debía emprender un viaje angustioso. Cuando bajaron todo les pareció extraño: tan oscuro

y desapacible fuera, tan iluminado y ajetreado dentro. Desayunar a esas horas resultaba raro, y hasta el rostro familiar de Hannah era una aparición insólita entrando y saliendo de la cocina con su gorro de dormir. El baúl grande estaba listo en la entrada; el abrigo y el sombrero de su madre, en el sofá; y ella misma, sentada a la mesa tratando de comer, tenía un aspecto tan agotado y desmejorado por el insomnio y la tensión que a las hermanas les resultó muy difícil mantener su decisión. Los ojos de Meg, a pesar de sus esfuerzos, se llenaron de lágrimas; Jo, más de una vez, tuvo que esconderse la cara con la servilleta, y las pequeñas no podían evitar estar serias y con expresión preocupada, como si la pena fuera algo que acabaran de descubrir.

Casi no hablaron, pero al acercarse la hora de la partida, cuando estaban esperando la llegada del coche, la señora March les dijo a las niñas, que estaban todas haciendo algo a su alrededor, una acercándose el chal, otra arreglando las cintas del sombrero, la tercera poniéndole los chanclos y la cuarta cerrando la bolsa de viaje:

—Hijas, os dejo al cuidado de Hannah y bajo la protección del señor Laurence. Hannah es la fidelidad personificada y nuestro buen vecino os atenderá como si fuerais de su familia. No temo por vosotras, aunque me preocupa que sepáis sobrellevar esta situación correctamente. No os lamentéis

cuando me haya ido ni penséis que olvidándoo de todo conseguiréis aliviar la angustia. Haced vuestro trabajo como siempre, porque el trabajo es un consuelo divino. Estad ocupadas y tened esperanza y, suceda lo que suceda, recordad que nunca perderéis a vuestro padre.

—Sí, mamá.

—Meg, cariño, sé prudente, cuida de tus hermanas, haz caso a Hannah y, si tienes algún problema, acude al señor Laurence. Ten paciencia, Jo, no te desanimes ni hagas locuras; escríbeme con frecuencia y sigue siendo mi chica valiente, dispuesta a ayudarnos y a animarnos a todos. Beth, busca refugio en la música y sigue fielmente con tus pequeñas tareas caseras; y tú, Amy, ayuda en lo que puedas, obedece a lo que te digan y quédate en casa contenta y sin causar problemas.

—¡Sí, mamá, lo haremos, lo haremos!

El ruido de un carroje acercándose hizo que todas levantasen la cabeza y atendieran. Fue el momento más duro, pero las cuatro lo soportaron bien: ninguna lloró ni salió corriendo ni se lamentó, aunque se les encogió el corazón cuando, al enviar mensajes de amor a su padre, recordaron que quizás fuese demasiado tarde. Besaron a su madre en silencio, la abrazaron con ternura y procuraron saludar alegremente con la mano al ponerse el coche en marcha.

Laurie y su abuelo se unieron a la despedida, y el señor Brooke les pareció tan fuerte y sensible y amable que las chicas le bautizaron con el sobrenombre de «Corazón de oro».

—¡Hasta pronto, hijas mías, que Dios os bendiga y os guarde a todas! —susurró la señora March, besándoles el rostro una a una y entrando a toda prisa en el vehículo.

Cuando arrancaron salió el sol y, al volverse para echar una última mirada, pudo verlo, como un buen presagio, brillando sobre el grupo, que estaba junto a la verja. También ellas lo vieron, y sonrieron y agitaron las manos; y la imagen final que le decía adiós, cuando ya tomaban la curva, fue la cara resplandeciente de sus cuatro hijas y, tras ellas, sus guardianes: el viejo señor Laurence, la fiel Hannah y el inseparable Laurie.

—¡Qué amables son todos con nosotras! —dijo girándose para encontrar una prueba de ello en la respetuosa cordialidad del semblante de su joven escolta.

—No podría ser de otra manera —repuso el señor Brooke con una risa contagiosa que arrancó una sonrisa de los labios de la señora March.

Y así comenzó el largo viaje, con un sol radiante de buenos augurios, sonrisas y palabras amables.

—Me siento como si hubiera habido un terremoto —dijo Jo cuando sus vecinos se retiraron a desayunar, dejando que ellas pudieran descansar y arreglarse.

—Es como si con ella se fuera la mitad de nosotras —añadió tristemente Meg.

Beth abrió la boca para hablar, pero solo pudo señalar una pila de medias cuidadosamente remendadas que estaban sobre la mesa de su madre y que eran la demostración de que, hasta en las prisas del último momento, se había acordado y hecho algo por ellas. Era un pequeño detalle, pero les llegó directamente al corazón y, a pesar de su firme resolución, todas se echaron a llorar amargamente.

Hannah, a quien no faltaba sabiduría, dejó que se desahogaran y, cuando notó que la tormenta empezaba a aclarar, apareció al rescate armada con una cafetera.

—Ahora, mis queridas señoritas, recordad lo que dijo vuestra madre y no os lamentéis. Venid y tomad una taza de café y, después, a trabajar; hay que mantener el buen nombre de la familia.

El café de Hannah era una estupenda medicina y la mujer demostró su tacto al hacerlo especialmente fragante aquella mañana. Nadie pudo resistirse a sus persuasivos gestos ni a la aromática invitación que manaba del pitorro de la cafetera. Se sentaron a la mesa, cambiaron los pañuelos por servilletas y, a los diez minutos, volvían a ser las de siempre.

—«Ocupadas y con esperanza», ese es nuestro lema; a ver cuál de nosotras lo recuerda mejor. Yo me voy a casa de la tía March, como de costumbre. ¡Vaya sermón que me espera! —dijo Jo sorbiendo el café con espíritu renovado.

—Y yo a casa de los King, aunque preferiría quedarme aquí y ocuparme de los asuntos domésticos —dijo Meg, que hubiera deseado no tener los ojos tan enrojecidos.

—No hace falta. Beth y yo nos encargaremos de esos asuntos perfectamente —apuntó Amy dándose importancia.

—Hannah nos dirá lo que tenemos que hacer y, cuando volváis, lo encontrareis todo ordenado —aseguró Beth, al tiempo que sacaba el estropajo y el barreño.

—Esto de los nervios es muy interesante —observó Amy mientras comía azúcar pensativamente.

Sus hermanas no pudieron evitar la risa y Meg sacudió la cabeza ante el hecho de que aquella cría pudiera encontrar consuelo en el azucarero.

La visión de los pasteles matutinos calmó de nuevo a Jo y, cuando salieron para dirigirse a sus trabajos, las dos volvieron con melancolía la cabeza hacia la ventana donde solían encontrar el rostro de su madre. No estaba, pero Beth, que conocía bien esta costumbre, sí, y las saludaba con su cara de mandarina sonrosada.

—¡Esta sí que es mi Beth! —dijo Jo agitando agradecida el sombrero—. Hasta luego, Meg; espero que los King no te den hoy mucha guerra. No te preocupes por papá —añadió cuando se separaban.

—Y yo espero que la tía March no gruña. Te sienta bien el pelo, parece de chico..., pero te queda bonito —repuso Meg, intentando no reírse de la cabecita rizada, que resultaba cómicamente pequeña sobre los hombros de su alta hermana.

—Es mi único consuelo —y, tras colocarse el sombrero a la manera de Laurie, Jo se alejó, sintiéndose como una oveja trasquilada en un día de invierno.

Las noticias que llegaron de su padre fueron reconfortantes, pues, aunque la enfermedad era grave, la presencia de la mejor y más dulce de las enfermeras ya había tenido efectos beneficiosos. El señor Brooke les mandaba información todos los días y Meg, como cabeza de familia, insistía en leer en voz alta las cartas, que, según pasaban las semanas, iban siendo más y más esperanzadoras. Al principio todas ardían en deseos de escribir, y los sobres que dejaban en el buzón abultaban considerablemente; su correspondencia con Washington les hacía sentirse importantes. Cada uno de estos envíos contenía mensajes reveladores de todas ellas, así que robemos uno imaginario y leámoslo:

Queridísima mamá:

Es imposible describir la alegría que nos produjo tu última carta, que nos traía tan buenas noticias que no pudimos evitar echamos a reír y a llorar. ¡Qué amable es el señor Brooke y qué suerte que los asuntos del señor Laurence le retengan a tu lado todo este tiempo y os sea de tanta utilidad a papá y a ti! Las chicas son estupendas. Jo me ayuda con la costura e insiste en hacer ella los trabajos duros. Temería que se agotara si no fuera porque estoy segura que esta «buena disposición» no va a durar mucho. Beth cumple con sus obligaciones como un reloj y nunca olvida tus consejos.

Aunque está apenada por papá se mantiene serena, excepto cuando toca el piano. Amy intenta agradarme y cuidar de sí misma. Se arregla el pelo y le estoy enseñando a hacer ojales y a zurcir sus medias. Pone mucho empeño, y estoy segura de que, cuando vuelvas, te van a sorprender sus progresos. El señor Laurence nos cuida como una «gallina clueca» —el término es de Jo— y Laurie es amable y solícito. Él y Jo se encargan de animarnos cuando nos deprimimos o nos sentimos un poco huérfanas al tenerte tan lejos. Hannah es una santa: jamás nos regaña y me trata con

mucho respeto, llamándome «señorita Margaret». Todas estamos bien y nos mantenemos ocupadas, aunque, día y noche, esperamos vuestro regreso.

Transmítele a papá todo mi cariño y confía en mí.

Tuya, Meg

Esta nota, cuidadosamente redactada en papel perfumado, contrasta considerablemente con la siguiente, escrita en una hoja grande y gruesa y adornada con todo tipo de garabatos y borrones:

Mi preciosa mamá:

¡Tres burras por papá! Brooke ha sido genial al telegrafiarnos inmediatamente para contarnos su mejoría. Cuando llegó la carta corrí a la buhardilla para intentar darle las gracias a Dios por ser tan bueno con nosotras, pero solo conseguí llorar y decir: «¡Soy feliz! ¡Soy feliz!». ¿Crees que servirá como si hubiera rezado una oración? Yo lo sentía así en mi interior. Pasamos ratos divertidos y, ahora, será más fácil disfrutarlos; todas somos desesperadamente buenas: es como vivir en un nido de tortugas. Te reirías si vieras a Meg presidiendo la mesa e intentando comportarse como tú. Cada día está más guapa y, a veces, creo que estoy enamorada de ella. Las niñas son unos ángeles y yo..., bueno, yo soy Jo, y nunca seré otra cosa. Tengo que contarte que casi me peleo con Laurie. Le dije sinceramente lo que opinaba de una tontería y se ofendió. Yo tenía razón, aunque quizás no utilicé el tono adecuado, y él se fue a casa diciendo que no pensaba volver hasta que le pidiera perdón. Me enfadé y decidí que no iba a hacerlo. Me sentí fatal durante todo el día y te eché mucho de menos. Tanto Laurie como yo somos demasiado orgullosas; nos es muy difícil pedir disculpas, pero estaba segura de que él acabaría viniendo, porque yo tenía razón. No vino; por la noche me acordé de lo que dijiste cuando Amy se cayó al río. Leí un poco mi Biblia, me sentí mejor, y decidí «no dejar que el sol se pusiera sobre mi ira». Corrí a casa de Laurie para decirle que lo sentía, y me lo tropecé en la verja cuando venía a verme. Nos echamos a reír, nos pedimos perdón el uno al otro y todo volvió a su sitio.

Ayer, mientras ayudaba a lavar a Hannah, compuse un poema y, como sé que a papá le gustan las bobadas que escribo, os lo mando para que se entreteenga. Dale de mi parte el abrazo más grande del mundo, y tú recibe una docena de besos;



tu incorregible Jo

CANTO DEL JABÓN

Reina de mi barreño, alegremente canto
mientras más y más la blanca espuma crece;
lavo, aclaro y vigorosamente retuerzo,
y a secar la ropa tiendo;
al aire fresco libremente se mueve,

como si, bajo el sol, a bailar aprendiera.

Quisiera también de nuestras almas y corazones
las manchas de esta semana lavar,
y que la magia del agua y del aire
nos llegue a purificar.

¡Sería entonces para la tierra
un glorioso día de limpieza general!

En el sendero de una vida útil
pacíficas crecen las flores,
sin dejar lugar en la mente
a tristezas o temores;
para de las angustias librarnos
nada mejor que con una escoba armarnos.

Agradezco tener una ocupación
que me haga trabajar día tras día;
eso me da salud, esperanza y devoción,
y me enseña a decir con alegría
¡corazón, puedes sentir, mente, puedes pensar,
pero, manos, no dejéis de trabajar!

Querida mamá:

No queda sitio más que para que te envíe mi cariño y unos pensamientos que había puesto a secar en un libro; son de la maceta que he estado cuidando para que papá la vea. Leo todas las mañanas, durante el día intento portarme bien y me duermo cantándome el himno de papá. No puedo tocar Tierra de leales porque se me saltan las lágrimas. Todos son muy amables con nosotras y procuramos estar contentas, todo lo que nos es posible sin ti. Amy quiere que le deje el resto de la página, así que no sigo. No me olvido de tapar los portalámparas y doy cuerda a los relojes y ventilo las habitaciones todos los días.

Besa con mucho cariño a papá en la mejilla que dice que es mía. Y vuelve pronto con tu hija que te quiere

Beth

Ma chère^[1] mamá:

Estamos todas bien, estudio todos los días y nunca corroboro a las chicas (Meg dice que es contradigo, así que te escribo las dos palabras y tú eliges la mejor). Meg es un gran consuelo y me deja tomar mermelada todas las noches con el té. Jo dice que es estupenda para mí porque me tiene de buen humor. Laurie no es respetuoso conmigo, ya voy a cumplir los trece y sigue llamándome «Polluelo», además hiere mis sentimientos hablando en francés a toda prisa cuando digo *merci* o *bonjour^[2]* como hace Hattie King. Las mangas de mi traje azul estaban muy gastadas y Meg le ha puesto unas nuevas, pero la parte de delante no ha quedado bien y son de un azul más fuerte que el resto del vestido. Me sentí desgraciada, pero no me quejé, soporto mis penas aunque me gustaría que Hannah almidonase mejor mis delantales y que hubiera pan dulce todos los días. ¿Puedo pedírselo? ¿Me han salido bien los signos de interrogación? Meg dice que mi *puntuación* y ortografía son horribles y yo lo

siento mucho. ¡Pobre de mí!, tengo tanto que hacer que no puedo pensar. *Adieu*^[3], dale montones de amor a papá.

Tu afectuosa hija, Amy Curtis MARCH

Querida señora March:

Solo unas líneas para decirle *qe* nos las arreglamos bastante bien. Las niñas son listas y *paresen* alegres. La señorita Meg se está *combirtiendo* en toda una ama de casa; le gusta y se *ase* con las cosas tan rápido *qe* sorprende; Jo procura ser la primera en todo, pero no se para a pensar antes y una nunca sabe por dónde te *ba* a salir. El lunes *labó* un barreño entero de ropa pero le dio almidón sin secarla, y destiñó de *asul* un *bestido* rosa *qe* pensé *qe* me moría de risa. Beth es la más mona de las criaturas y para mí de mucha alinda, tan *prebisora* y prudente. *Ba* al mercado como una persona *mallor* y, si la *alludo*, *ase* muy bien las cuentas. Aorramos mucho. Solo dejo *qe* las niñas tomen café un día a la semana, como *usté* me pidió, y *ago qe* coman cosas sanas. Amy *sige* su consejo en lo de no *qejarse*, se pone los mejores *bestidos* y come bastantes dulces. El señorito Laurie *sige* tan *trabieso* como siempre y muchas *beces* pone la casa patas arriba, pero anima a las niñas, así *qe* los dejo. El *biejo* caballero manda montones de cosas, es un poco pesado pero lo *ase* con su mejor intención y una no es *qien* para andar con cuentos. El pan está a punto en el *orno*, tengo que dejarla. Mis respetos al señor March y espero *qe* se *alla* despedido para *sienpre* de su *nemonía*.

Afectuosamente, Hannah MULLET

Enfermera jefe del pabellón n.º 2:

Sin novedad en el frente de Rappahannock^[4]; la tropa está en inmejorables condiciones y el departamento de aprovisionamiento funciona correctamente. El coronel Laurie no falta a su puesto de guardia y el comandante en jefe Laurence pasa revista a diario; el sargento Mullet mantiene el orden y el mayor León hace las rondas nocturnas. Una salva de veinticuatro cañonazos saludaron las buenas noticias llegadas de Washington y hubo desfile de gala en el cuartel general. El comandante en jefe envía sus mejores deseos, a los que se une de todo corazón

el coronel Laurie

Estimada señora:

Las niñas se encuentran todas bien. Beth y mi nieto me dan noticias a diario; Hannah es una criada modelo y cuida de Meg como un perro guardián. Me alegra de que continúe el buen tiempo; no dude en pedir lo que necesite a Brooke y avíseme si sus gastos exceden de lo que tenía previsto. No permita que a su marido le falte de nada. Gracias a Dios, va mejorando.

Su sincero amigo y servidor, James LAURENCE

Capítulo XVII

La pequeña Fiel^[1]



ODA LA virtud que durante una semana se acumuló en la casa habría bastado para abastecer al barrio entero. Era sorprendente ver cómo todas parecían estar inspiradas por los mismísimos ángeles, y la abnegación se puso de moda entre ellas. Superadas las primeras angustias por su padre, las chicas fueron relajando, sin darse cuenta, sus loables esfuerzos y volvieron, poco a poco, a ser las

de siempre. No es que olvidaran su lema —estar ocupadas y tener esperanza—, sino que cada vez se lo tomaban menos al pie de la letra, y después de tan tremendo esfuerzo sintieron que merecían un descanso, y se lo cogieron con creces.

Jo pilló un resfriado tremendo por no taparse bien la trasquilada cabeza y tuvo que quedarse en casa hasta recuperarse, porque a la tía March no le gustaba tener gente enferma a su alrededor. A Jo le pareció buena la idea y, después de revolverlo todo desde el sótano hasta la buhardilla, se instaló en el sofá con unos cuantos libros para cuidarse el catarro. Amy descubrió que las tareas domésticas no casaban bien con el arte, y volvió a sus figuritas de barro. Meg se ocupaba de sus pupilos y, en casa, de coser, o eso creía ella, porque en realidad pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo largas cartas a su madre o releyendo una y otra vez los telegramas de Washington. Beth era la que mejor se mantenía, dejándose llevar solo de vez en cuando por la pereza o la melancolía. Cumplía fielmente con sus pequeñas obligaciones y con parte de las que sus hermanas olvidaban y, cuando su corazón no podía más de añoranza por su madre o de temor por su padre, se encerraba en cierto armario, con la cabeza oculta entre los pliegues de cierto vestido tan gastado como querido para, a solas, derramar algunas lágrimas y rezar una silenciosa

oración. Nadie sabía cómo animarla después de sus ataques de llanto, pero era tan dulce y colaboradora que, sin darse cuenta, se acostumbraron a esperar que ella sí las consolara o aconsejara en el día a día.

Vivían sin darse cuenta de que esta experiencia era una prueba para sus caracteres y, en cuanto pasaron los primeros momentos de nerviosismo, decidieron que no lo habían hecho tan mal y que eran dignas de alabanza. Y lo eran; lo malo es que dejaron de serlo. Fue esta una lección que aprendieron a base de muchos disgustos.

—Meg, me gustaría que fueras a ver a los Hummel; ya sabes que mamá nos pidió que no nos olvidáramos de ellos —dijo Beth a los diez días de la partida de la señora March.

—Esta tarde estoy demasiado cansada —repuso Meg meciéndose cómodamente mientras cosía.

—¿No puedes ir tú, Jo? —preguntó Beth.

—Hace mal tiempo y con mi resfriado...

—Creí que ya estabas prácticamente bien.

—Lo bastante bien para salir con Laurie, pero no para ir hasta casa de los Hummel —rio Jo, aunque parecía un poco avergonzada de semejante contradicción.

—¿Por qué no vas tú? —sugirió Meg.

—He ido todos los días, pero el bebé está muy enfermo y yo no sé qué hacer. La señora Hummel sale a trabajar y Lottchen lo cuida, pero cada día se pone peor. Deberíais ir Hannah o tú.

Beth hablaba en serio y Meg prometió hacerles una visita al día siguiente.

—Dile a Hannah que prepare algo de comida y llévasela, Beth; el aire te sentará bien —dijo Jo, añadiendo como disculpa—: Lo haría yo, pero tengo que terminar este cuento.

—Me duele la cabeza y estoy cansada; pensé que hoy podríais ir alguna de vosotras —repitió Beth.

—Amy está a punto de llegar y podrá acercarse hasta allí —sugirió Meg.

—Bueno, descansaré un poco y la esperaré.

Dicho lo cual, Beth se tumbó en el sofá, las demás volvieron a sus quehaceres y los Hummel quedaron olvidados. Una hora después Amy aún no había vuelto, Meg se fue a su habitación para probarse un vestido nuevo, Jo estaba absorta escribiendo y Hannah se había quedado dormida delante del fogón de la cocina. Beth, despacito, se puso su capa con capucha, llenó una cesta con cosas para los pobres niños y salió al aire helado con la cabeza pesada y una mirada turbia en sus ojos pacientes. Era tarde cuando regresó y

nadie la vio deslizarse escaleras arriba y encerrarse en el cuarto de su madre. Media hora después, cuando Jo abrió el armario para algo, se la encontró allí, sentada sobre el cajón de las medicinas, con expresión grave, los ojos rojos y un bote de alcanfor en la mano.

—¡Por Cristóbal Colón! ¿Qué es lo que pasa? —gritó Jo, mientras Beth extendía el brazo como para mantenerla a distancia y preguntaba nerviosamente:

—Tú has tenido la escarlatina, ¿verdad?

—Hace años, con Meg. ¿Por qué?

—Entonces te lo diré. ¡Oh, Jo, el bebé ha muerto!

—¿Qué bebé?

—El de la señora Hummel, murió en mi regazo antes de que ella regresara a casa —lloró Beth.

—¡Pobrecita mía, qué horror! Debía haber ido yo —dijo Jo cogiendo a su hermana en brazos mientras se sentaba en la silla de su madre con cara de remordimiento.

—¡No ha sido horrible, Jo, sino muy triste! Vi que el niño se estaba poniendo peor, pero Lonchen dijo que su madre había ido a buscar al médico, así que cogí al bebé y dejé que Lotty descansara. Parecía dormido; entonces, de repente se puso a llorar y a temblar y se quedó muy quieto. Intenté calentarle los pies y Lotty quiso darle un poco de leche, pero no se movió...; me di cuenta de que estaba muerto.

—¡No llores, cariño! ¿Qué hiciste entonces?

—Me quedé allí sentada, sosteniéndolo suavemente hasta que llegó la señora Hummel con el médico. Dijo que estaba muerto, y miró a Heinrich y a Minna, que tenían dolor de garganta. «Escarlatina, señora; debían haberme avisado antes», dijo, enojado. La señora Hummel le contestó que era pobre y que había intentado curar al bebé por sus medios, pero que ya era demasiado tarde, y que lo único que podía hacer era pedirle que ayudara a sus otros hijos por caridad, pues no podía pagarle. Entonces, él sonrió y estuvo más amable, aunque todo era muy triste; yo estuve llorando con ellos hasta que, de repente, se volvió a mí y me dijo que me fuera a casa y tomara inmediatamente belladona, o cogería la enfermedad.

—¡No, eso sí que no! —gritó Jo, asustada, estrechándola más fuerte—. ¡Oh, Beth, si te hubieras contagiado, jamás me lo perdonaría! ¿Qué podemos hacer?

—No te asistes; creo que aún no es grave. He mirado en el libro de mamá y dice que empieza con dolor de cabeza y de garganta y con una indisposición

como la mía, pero he tomado belladona y me siento mejor —dijo Beth, poniendo sus frías manos sobre su frente enfebrecida y tratando de aparentar que se encontraba bien.

—¡Si al menos mamá estuviera en casa! —exclamó Jo.

Cogió el libro con la sensación de que Washington estaba inmensamente lejos. Leyó una página, miró a Beth, le tocó la cara, observó su garganta y dijo gravemente:

—Has estado con el bebé todos los días durante más de una semana, y con sus hermanos, que también se han contagiado... Me *temo* que la has cogido, Beth. Avisaré a Hannah; sabe mucho de enfermedades.

—No dejes que venga Amy; no la ha pasado y no quiero pegársela. Meg y tú no podéis tenerla dos veces, ¿verdad? —preguntó Beth con ansiedad.

—Supongo que no, pero tampoco me importa; me estaría bien empleado por ser una egoísta asquerosa. ¡Mira que dejarte ir para quedarme yo escribiendo mis estupideces! —murmuró Jo mientras salía en busca de Hannah.

La buena mujer se despertó al instante y tomó las riendas de la situación. Le aseguró a Jo que no había motivo para preocuparse: todo el mundo pasa la escarlatina y, con el tratamiento oportuno, nadie muere. Jo la creyó y cuando subieron a avisar a Meg se sentía ya mucho más aliviada.

—Ahora, les diré lo que vamos a hacer —dijo Hannah una vez que hubo examinado e interrogado a Beth—. Llamaremos al doctor Bangs para que la reconozca, querida, y para saber lo que se ha de hacer desde el principio. Enviaremos a Amy a casa de la tía March durante unos días, así estará fuera de peligro, y una de ustedes dos se puede quedar aquí para distraer y hacer compañía a la enferma.

—Me quedo yo, por supuesto; soy la mayor —empezó a decir Meg, que se reprochaba lo sucedido.

—No, me quedo yo. Es culpa mía que esté enferma. Le prometí a mamá que haría las visitas —la interrumpió Jo, decidida.

—¿A cuál prefiere, señorita Beth? Con una será suficiente —intervino Hannah.

—A Jo, por favor.

Y Beth recostó la cabeza sobre el hombro de su hermana con expresión de contento y, así, quedó zanjada la cuestión.

—Voy a decírselo a Amy —dijo Meg, que se sentía un poco herida, pero en el fondo también aliviada: no le gustaba atender a convalecientes y a Jo sí.

Amy se negó con firmeza; declaró apasionadamente que prefería la escarlatina a irse a casa de la tía March. Meg razonó, rogó y ordenó; pero todo fue en vano. Amy aseguraba que *no* iría y Meg, desesperada, la dejó para consultarle a Hannah qué podían hacer. Antes de que hubiera vuelto, entró Laurie en el salón y se encontró a Amy llorando, con la cabeza oculta entre los cojines del sofá. Le contó toda la historia con la esperanza de que la consolara, pero Laurie se metió las manos en los bolsillos y se puso a caminar por la habitación, silbando bajito, sumido en profundas reflexiones que le hacían fruncir el ceño. De repente, se sentó junto a ella y le dijo de forma absolutamente zalamera:

—Ahora debes ser una chica sensata y hacer lo que te dicen. No llores y escucha el plan que te propongo. Te vas a casa de la tía March y yo iré a buscarte todos los días, en coche o a pie, y lo pasaremos estupendamente. ¿No te parece que es mejor que quedarte aquí aburrida?

—No quiero que me echen como si fuera un estorbo —exclamó Amy sintiéndose ofendida.

—¡Pero criatura, si es por tu bien! ¿No querrás ponerte enferma?

—No, claro que no; pero quizás lo esté...; yo me paso el día entero con Beth.

—Razón de más para que te vayas enseguida y lo evites. Si cambias de aires y te cuidas, estarás a salvo o, por lo menos, no enfermarás de gravedad. Mi consejo es que te marches cuanto antes; la escarlatina no es ninguna broma, señorita.

—Pero la casa de la tía March es tan triste, y ella tiene muy mal carácter —dijo Amy, que parecía asustada.

—No será tan triste si yo voy todos los días y te cuento cómo está Beth y te saco por ahí. Sé que le gusto a la anciana señora y seré tan amable con ella que no nos molestará hagamos lo que hagamos.

—¿Me llevarás a pasear en el coche descapotable con Puck?

—Te doy mi palabra de caballero.

—¿Y vendrás todos los días?

—Ya lo verás.

—¿Y me traerás a casa en cuanto Beth esté bien?

—En ese mismo instante.

—¿E iremos a un teatro de verdad?

—A una docena de teatros, si los hay.

—Bueno..., creo... que me iré —dijo Amy despacio.

—¡Buena chica! Llama a Meg y dile que has aceptado —dijo Laurie dándole una palmadita de aprobación que desconcertó a Amy más que el hecho de haber «aceptado».

Meg y Jo bajaron a toda prisa para constatar el milagro, y Amy, sintiéndose importante y abnegada, prometió marcharse si el médico confirmaba la enfermedad de Beth.

—¿Cómo está la pobre? —preguntó Laurie, quien sentía por Beth un cariño especial y estaba más preocupado de lo que quería demostrar.

—La hemos acostado en la cama de mamá y se encuentra mejor. La muerte del bebé la ha trastornado; quizás solo tenga un catarro. Hannah dice que eso es lo que ella cree, pero parece tan preocupada que me inquieta —contestó Meg.

—¡Qué complicada es la vida! —dijo Jo estrujándose el pelo como si estuviera irritada—. En cuanto sales de un problema, surge otro. Y sin mamá es como si no hubiera dónde agarrarse. Me siento perdida.

—Bueno, pero no te pongas como un puercoespin; no es correcto. Arréglate los rizos, Jo, y dime si debo telegrafiar a tu madre o hacer alguna otra cosa —dijo Laurie, que no había superado que su amiga perdiera su mayor atributo de belleza.

—Eso es otra cosa que me tiene intranquila —intervino Meg—. Yo creo que, si Beth está realmente enferma, deberíamos avisarla, pero Hannah dice que no, que mamá no puede dejar a papá y que lo único que conseguiríamos es alarma. Beth no estará enferma mucho tiempo y Hannah sabe perfectamente qué hay que hacer, y mamá dijo que le hiciéramos caso; supongo que es lo correcto, pero no me acaba de parecer bien.

—Bueno, no sé qué decir. Podrías pedirle opinión al abuelo cuando sepas el diagnóstico del médico.

—Lo haré. Jo, vete a buscar al doctor Bangs ahora mismo —encomendó Meg—. No podemos decidir nada hasta que la haya visto.

—Quédate donde estás, Jo. Aquí soy yo el chico de los recados —afirmó Laurie cogiendo su gorra.

—Pero tú tendrás cosas que hacer —argumentó Meg.

—No, ya he terminado de estudiar por hoy.

—¿También estudias durante las vacaciones? —preguntó Jo.



—Sigo el buen ejemplo que de mis vecinas —fue la respuesta de Laurie mientras salía apresuradamente.

—Tengo muchas esperanzas en este chico —observó Jo viendo con una sonrisa cómo saltaba la verja.

—Se porta muy bien... para ser un muchacho —repuso Meg de forma no muy grata; era un tema que no le interesaba.

Vino el doctor Bangs, dijo que Beth tenía síntomas de escarlatina, pero que creía que no sería muy grave, aunque pareció inquietarse al oír la historia de los Hummel. Ordenó que Amy se fuera de inmediato y le recetó algunas cosas para evitar riesgos; con gran pompa, la cría se puso en camino llevando como escoltas a Jo y a Laurie.

La tía March los recibió con su habitual hospitalidad.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó, mirándolos fijamente por encima de sus gafas, al tiempo que el loro, sentado en el respaldo de su silla, gritaba:

—Fuera. No se permiten chicos aquí.

Laurie se retiró hacia la ventana y Jo le contó la historia.

—Es lo que cabía esperar, puesto que os dejan mezclaros con los pobres. Amy puede quedarse y hacer algo útil si no está enferma, aunque no dudo que lo estará...; ya lo parece ahora. No llores, niña; me molesta oír a la gente gimoteando.

Amy estaba a punto de deshacerse en lágrimas, pero Laurie, con disimulo, le tiró de la cola al loro, lo que hizo que soltase un chillido de asombro y gritara: «¡Por mis botas!», de una forma tan graciosa que la niña se echó a reír.

—¿Qué sabéis de vuestra madre? —preguntó ásperamente la anciana.

—Papá está mucho mejor —repuso Jo intentando mantenerse tranquila.

—¿Ah, sí? Bueno, no durará mucho, supongo. March nunca tuvo aguante —fue la alentadora contestación.

—¡Ja, ja! No digas morir. Toma rapé. ¡Adiós, adiós! —berreó Polly, bailando en su percha y picoteando el gorro de la vieja dama porque Laurie le estaba pinchando por detrás.

—¡Contén esa lengua, pajarraco irrespetuoso! Y tú, Jo, será mejor que te vayas ya. No es apropiado que andes por ahí tan tarde con un chico casquivano como...

—¡Contén esa lengua, pajarraco irrespetuoso! —aulló Polly, que, de un brinco, se tiró de la silla y se puso a perseguir al «chico casquivano» con intención de picotearle; este, por su parte, estaba muerto de risa por la última intervención del loro.

«No creo que *pueda* soportarlo, pero lo intentaré» se quedó pensando Amy cuando la dejaron sola con la tía March.

—¡Lárgate, gallina! —chilló Polly.

Y ante semejante grosería, Amy no pudo contener un sollozo.



Capítulo XVIII

Días funestos



ETH ENFERMÓ, y fue mucho más grave de lo que todos, excepto Hannah y el médico, se habían imaginado. Las chicas no sabían nada de estos asuntos y al señor Laurence no se le permitía ver a la enferma, así que Hannah tuvo que hacerse cargo de todo. El doctor Bangs, siempre ocupado, dejó gran parte del trabajo en manos de tan excelente enfermera.

Meg no iba a casa de los King por miedo a contagiarlos y se encargaba de las tareas domésticas; estaba muy nerviosa y se sentía un poco culpable cada vez que escribía a su madre sin mencionar la escarlatina de Beth. No acababa de parecerle bien estar engañándola, pero le habían ordenado obedecer a Hannah, y Hannah no quería ni oír hablar de «contárselo a la señora March y preocuparla por esa bobada». Jo se dedicaba a Beth día y noche; no era una tarea difícil, pues Beth tenía mucha paciencia y soportó el dolor sin una queja mientras pudo controlarse. Pero cuando llegaron las fiebres altas empezó a delirar con voz entrecortada, moviendo los dedos sobre la colcha, como si allí estuvieran las teclas de su piano, e intentó cantar, aunque estaba tan afónica que no podía emitir una sola nota; después, ya no fue capaz de reconocer los rostros familiares, equivocaba sus nombres y empezó a llorar implorando a su madre. Entonces, Jo se asustó de verdad y Meg rogó que le permitieran escribir lo que sucedía, pero Hannah contestó: «lo pensaré; aún no hay peligro». Una carta de Washington vino a sumarse a los problemas: el señor March había sufrido una recaída y no podría regresar en bastante tiempo.

¡Qué días funestos, qué triste y sola estaba la casa, y qué acongojados los corazones de las hermanas mientras trabajaban y esperaban y la sombra de la muerte se cernía sobre aquel hogar en otro tiempo feliz! Fue entonces cuando Margaret, sentada a solas mientras las lágrimas mojaban su costura, se dio

cuenta de lo rica que había sido en aspectos que ni el más valioso dinero podría comprar: ... rica en amor, en protección, en paz y en salud, las verdaderas bendiciones de la vida. Y fue entonces cuando Jo, encerrada en la habitación a oscuras mientras su hermana pequeña sufría ante sus ojos intentando hablar con voz patética, se dio cuenta de lo hermosa y dulce que era la naturaleza de Beth, de cómo había llenado sus corazones con su cariño y su generoso deseo de dedicarse a los demás, de cómo había hecho de su casa un lugar feliz simplemente ejerciendo estas sencillas virtudes que todos deberían poseer y apreciar más que el talento, el lujo o la belleza. Y Amy, en su exilio, deseaba con toda su alma estar en casa y poder ayudar a Beth, sintiendo que ningún sacrificio bastaría para compensar los cientos de tareas que aquellas manos generosas habían hecho por ella. Laurie rondaba la casa como un fantasma condenado a vagar, y el señor Laurence cerró con llave el piano de cola, que le recordaba los gratos atardeceres que su pequeña vecina le había hecho pasar. Todos echaban de menos a Beth. El lechero, el panadero, el tendero y el carnicero preguntaban por ella; la pobre señora Hummel fue a pedirles perdón por su imprudencia y también una mortaja para Minna; los vecinos enviaron toda clase de consuelos y buenos deseos, y así, hasta los que mejor la conocían se sorprendieron de cuántos amigos tenía la tímida Beth.

Entre tanto, ella seguía en la cama, con su vieja muñeca Joanna a su lado; ni en los peores momentos olvidó a su desdichada protegida. Echaba de menos a sus gatos, pero desistió de verlos porque no quería que enfermasen, y en sus horas de reposo se preocupaba constantemente por Jo. Le enviaba mensajes cariñosos a Amy, pedía que le dijeran a su madre que pronto escribiría y muchas veces quiso mandarle unas palabras cariñosas a su padre para que no creyera que lo tenía olvidado. Pero pronto desaparecieron también estos intervalos de conciencia y se pasaba las horas tumbada, tosiendo y delirando, o caía en períodos de sueño pesado que no le bajaban la fiebre. El doctor Bangs venía dos veces al día, Hannah velaba por las noche, Meg tenía un telegrama sobre su mesa, listo para ser enviado en cualquier momento, y Jo no se apartaba del lecho de su hermana.

El uno de diciembre fue un día realmente invernal: soplaban un viento helado, caía abundante nieve y el año parecía prepararse para morir. Cuando llegó el doctor Bangs aquella mañana examinó a Beth durante largo tiempo, cogió su mano entre las suyas y luego la volvió a dejar suavemente sobre la cama y le dijo a Hannah en voz baja:

—Si la señora March *puede* dejar a su marido, lo mejor sería que viniese.

Hannah asintió sin decir palabra porque los labios le temblaban nerviosamente; Meg, al oír estas palabras, se dejó caer en una silla sin fuerzas para nada, y Jo, blanca como la pared, después de un instante de indecisión bajó corriendo a la sala, cogió el telegrama, se puso de cualquier modo algo de abrigo y salió a la tormenta. No tardó en volver y, mientras se quitaba silenciosamente la capa, apareció Laurie con una carta que les decía que el señor March mejoraba. Jo la leyó agradecida, pero no alivió el peso que sentía su corazón, y su rostro revelaba tal angustia que Laurie le preguntó al instante:

—¿Qué pasa? ¿Está peor Beth?

—He avisado a mamá —dijo Jo tirando de sus botas de goma con expresión trágica.

—¡Bien hecho! ¿Ha sido cosa tuya? —volvió a preguntar Laurie, que se había sentado en una silla del recibidor para quitarle las rebeldes botas y pudo observar cómo temblaban las manos de su amiga.

—No, lo dijo el médico.

—¡Oh, Jo, no puede ser tan grave! —gritó alarmado.

—Lo es; no nos conoce, no puede ni hablar de la bandada de tórtolas verdes, como suele llamar a las hojas del papel de la pared. Ya no parece mi Beth, y no hay nadie que pueda ayudarnos a soportarlo. No están ni papá ni mamá, y hasta Dios parece haberse ido.

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, las pobre Jo extendió la mano de forma desamparada, como a tientas en la oscuridad, y Laurie se la cogió, susurrándole con un nudo en la garganta:

—Aquí estoy yo. Agárrate a mí, querida Jo.

Ella no pudo responder, pero «se agarró», y el abrazo cálido de una mano amiga la reconfortó, y le hizo sentirse más cerca del regazo Divino, el único que realmente podría sostenerla en su aflicción. Laurie quería decir algo tierno que sirviera de consuelo, pero no encontró las palabras, y se quedó allí de pie, callado, acariciando con suavidad la cabeza gacha, como solía hacer su madre. Fue mucho más efectivo que cualquier discurso elocuente, porque Jo notó la simpatía muda, y se dio cuenta de que, en silencio, se puede aliviar la tristeza a través del afecto. Se secó las lágrimas que la habían ayudado a calmarse y levantó la vista agradecida.

—Gracias, Laurie. Ya estoy mejor. No me siento tan sola, e intentaré soportar lo que venga.

—No pierdas la esperanza, eso te ayudará, Jo. Pronto estará aquí tu madre y todo saldrá bien.

—Me alegro tanto de que papá mejore..., así ella no se sentirá tan culpable por dejarlo solo. ¡Ay! Es como si todos los problemas llegasen juntos y la peor parte recayera sobre mis hombros —suspiró Jo, extendiendo el pañuelo empapado sobre sus rodillas para que se seca.

—¿Meg no hace nada? —preguntó Laurie, indignado.

—Oh, sí, lo intenta, pero no es capaz de querer a Bethy como yo, ni la echará tanto de menos. Beth es mi conciencia. No *puedo* perderla. ¡No puedo, no puedo!



La cara de Jo se hundió en el pañuelo mojado y lloró desesperadamente; no podía seguir manteniéndose fuerte. Laurie se pasó la mano por los ojos y fue incapaz de articular palabra. Tardó en dominar los sentimientos que ahogaban su garganta y hacían temblar sus labios. Quizá no sea muy viril, pero no pudo evitarlo y yo me alegro de ello. Luego, cuando los sollozos de Jo se calmaron, dijo esperanzado:

—No creo que muera; es tan buena y todos la queremos tanto que Dios no se la va a llevar ahora.

—Siempre mueren los mejores —gimió Jo, aunque dejó de llorar porque las palabras de su amigo la animaron a pesar de sus propias dudas y temores.

—¡Pobrecita! Estás agotada. No es propio de ti sentirte desamparada. Yo te animaré en un periquete.

Laurie subió al piso de arriba saltando los escalones de dos en dos y Jo apoyó su atribulada cabeza sobre la capucha marrón de Beth, que nadie había movido de la mesa en donde la dejó su dueña. Fue como si poseyera algún tipo de magia, porque el espíritu sumiso de su dulce poseedora invadió a Jo y cuando Laurie volvió corriendo con un vaso de vino, ella lo cogió y dijo con valor:

—Me lo beberé... ¡A la salud de Beth! Qué buen médico y amigo eres. ¿Cómo podré pagártelo? —añadió, mientras el vino reanimaba su cuerpo como habían hecho las palabras de aliento con su alma.

—Ya recibirás la cuenta, poco a poco, y esta noche te voy a dar algo que te sentará mejor que litros de vino —dijo Laurie con la cara brillante de satisfacción.

—¿Qué es? —gritó Jo olvidando durante un instante sus angustias debido a la sorpresa.

—Ayer telegrafué a tu madre y Brooke me contestó que vendría inmediatamente. Esta noche estará aquí y, entonces, las cosas irán mejor. ¿No te alegras de que lo hiciera?

Laurie hablaba a toda prisa y en un momento se puso colorado y nervioso; había mantenido su decisión en secreto por miedo a decepcionar a las chicas o a perjudicar a Beth. Jo sin embargo, perdió el color, saltó de la silla en cuanto él se hubo callado y le echó los brazos al cuello gritando y llorando de alegría.

—¡Laurie! ¡Mamá! ¡Claro que me alegro!

Ya no lloraba, sino se reía como una histérica y temblaba y se agarraba a su amigo como si estuviera un poco aturdida por la repentina noticia.

Laurie, a pesar del asombro que le produjo esta reacción, se comportó con gran serenidad; le dio unas sedantes palmaditas en la espalda y, cuando vio

que ya se estaba recuperando, un par de besos tímidos que la hicieron volver en sí al instante. Apoyándose en la barandilla, Jo le apartó dulcemente y le dijo sin aliento:

—¡Oh, no! No pretendía esto; ha estado muy mal por mi parte, pero te has portado tan bien al telegrafiar a mamá a pesar de la opinión de Hannah... que me ha salido del alma echarme en tus brazos. Cuéntame cómo fue y no me des más vino; ya ves cómo hace que me comporte.

—Si no me importa —rio Laurie colocándose la corbata—. Bien, verás: yo estaba inquieto, y el abuelo también. Pensábamos que Hannah se estaba excediendo en su autoridad y que tu madre debía saber lo que estaba pasando. Nunca nos perdonaría si Beth..., bueno, si pasara algo, ya sabes. Así que convencí al abuelo de que ya era hora de hacer algo y me fui a la oficina de correos, porque el doctor parecía serio y Hannah casi me arranca la cabeza cuando le propuse telegrafiar. No *soporto* que quieran dominarme; eso me hizo decidirme. Llegará, ya lo he confirmado, en el tren de las dos de la madrugada. Yo iré a recogerla y tú lo único que tienes que hacer es contener tus ataques de euforia y procurar que Beth esté tranquila hasta que tu bendita madre esté aquí.

—¡Laurie, eres un ángel! ¿Cómo podré agradecértelo?

—Vuelve a echarte en mis brazos; no me disgusta —comentó Laurie con expresión maliciosa..., pues creo que nadie le había abrazado por lo menos en los últimos quince días.

—No, gracias. Lo haré por poderes cuando venga tu abuelo. No me tomes el pelo y vete a descansar; tienes que estar media noche levantado. ¡Bendito seas, Laurie, bendito seas!

Jo se había refugiado en una esquina y en cuanto terminó de hablar desapareció precipitadamente en la cocina. Allí, se sentó en la mesa y le contó a los gatos «lo feliz, feliz que era», mientras Laurie se iba con la sensación de haberse comportado honestamente.

—Es la criatura más entrometida que conozco, pero le perdono y espero que la señora March esté ya de camino —dijo Hannah, aliviada cuando Jo le contó la buena nueva.

Meg se emocionó en silencio y, después, se concentró en la correspondencia; Jo se dedicó a ordenar la habitación de la enferma; y Hannah se fue a «pelear con un par de pasteles» por si aparecía alguna visita inesperada. Era como si una brisa fresca recorriera la casa y algo mejor que el sol brillase en las silenciosas habitaciones. Cada objeto parecía percibir ese cambio esperanzador: el pájaro de Beth volvió a cantar y encontraron un

La novela

capullo de rosa en el arbusto de la ventana de Amy; el fuego crepitaba con una alegría inusual y, cuando se encontraban unas con otras, en sus pálidas caras resplandecía una sonrisa, mientras se abrazaban susurrando: «¡Viene mamá, viene mamá!». Todas se alegraban, menos Beth que seguía postrada en estado de semiinconsciencia, incapaz de percibir esperanza y júbilo, duda y peligro. Daba pena verla...: el rostro, antes sonrosado, tan distinto e inexpresivo; sus manos, antes imparables, consumidas y débiles; los labios, antes sonrientes, mudos e inmóviles; y su hermoso y cuidado pelo, revuelto sobre la almohada. Se pasaba así el día entero. De cuando en cuando salía de su silencio para murmurar: «agua», con la boca tan reseca que a duras penas podía pronunciar la palabra; Jo y Meg se pasaron todo el día junto a ella, observando, esperando y confiando en Dios y en su madre. No paró de nevar, de soplar un viento helado, y las horas transcurrieron con lentitud. Por fin llegó la noche y, cada vez que el reloj daba la hora, las dos hermanas, sentadas a cada lado de la cama, se miraban con ojos brillantes...; se acercaba la ayuda. El médico les había dicho que, hacia la media noche, se produciría algún cambio, para mejor o para peor, y a qué hora regresaría.

Hannah, agotada, se tumbó en el sofá a los pies de la cama y no tardó en dormirse; el señor Laurence paseaba a grandes zancadas por el salón con la sensación de que era preferible enfrentarse a un batallón de rebeldes que a la angustia contenida de la señora March cuando apareciera por la puerta; Laurie estaba echado en la alfombra aparentando descansar, pero en realidad miraba fijamente el fuego, que se reflejaba en sus ojos negros, acentuando su hermosura y limpieza.

Las chicas nunca olvidarían aquella noche en vela y la horrible sensación de impotencia que nos invade en semejantes situaciones.

—Si Dios se apiada de Beth, jamás volveré a quejarme de nada —dijo Meg sinceramente.

—Si Dios se apiada de Beth, la amaré y serviré el resto de mi vida —repuso Jo con idéntico fervor.

—Ojalá no tuviera corazón, ¡duele tanto! —suspiró Meg, después de una pausa.

—Si la vida es siempre tan dura, no sé cómo podremos soportarla — añadió su hermana, desesperada.

En ese momento el reloj dio las doce y ambas se olvidaron de sí mismas para observar a Beth...; creyeron ver que el anunciado cambio recorría el rostro descolorido. La casa estaba inmóvil como una tumba y nada, salvo el silbido del viento, rompía el silencio profundo. Hannah seguía adormecida de cansancio y solo las dos hermanas vieron una pálida sombra que se posaba sobre la cama. Pasó una hora sin cambios, excepto la silenciosa salida de Laurie hacia la estación. Otra hora más... y seguía sin llegar nadie. Un temor nervioso se apoderó de las pobres muchachas: el retraso sería culpa de la tormenta, o de un accidente por el camino, o de algo peor, algo terrible que hubiese pasado en Washington.

Eran las dos pasadas cuando Jo, que estaba junto a la ventana pensando lo triste que parecía el mundo con esa mortaja de nieve, oyó algo junto a la cama, giró a toda prisa y vio a Meg de rodillas junto a la mecedora de su madre, con la cara escondida. Le invadió un miedo terrible al pensar: «Beth ha muerto y Meg no se atreve a decírmelo».

Volvió inmediatamente a su puesto y sus excitados ojos notaron un gran cambio. La congestión de la fiebre y la expresión de dolor habían desaparecido y aquel pálido y querido rostro parecía haber encontrado tal paz en su reposo absoluto que Jo no sintió deseos de llorar ni de lamentarse. Se inclinó sobre su hermana más amada, le besó la frente húmeda poniendo toda su alma en aquel beso y susurró suavemente: «Adiós, mi Beth, adiós».

Hannah se despertó de repente, como si alguien la hubiera sacudido, se acercó a la cama, miró a Beth, le cogió las manos, comprobó su respiración y, echándose el delantal sobre la cabeza, se sentó en la mecedora y exclamó casi sin fuerzas:

—La fiebre le ha bajado. Duerme tranquila, tiene la piel húmeda y respira bien. ¡El Señor ha oído nuestras oraciones! ¡Bendito sea el Señor!

Antes de que las chicas pudieran creer la buena noticia, llegó el doctor para confirmarla. Era un hombre sencillo, pero a ellas les pareció angelical cuando, con expresión paternal, les sonrió y dijo:

—Sí, señoritas, creo que la pequeña lo ha superado. No hagan ruido, déjenla dormir y, cuando se despierte, denle...

Nadie oyó lo que tenían que darle. Las dos se deslizaron hasta el rellano a oscuras y se sentaron en la escalera, abrazándose, con el corazón a punto de estallarles de alegría e incapaces de pronunciar palabra. Cuando regresaron, la fiel Hannah las besó y acarició con ternura. Beth seguía descansando en su

postura habitual, con la mejilla apoyada en la mano; su terrible palidez había desaparecido y respiraba tranquilamente, como si acabara de dormirse.

—¡Si mamá viniera ahora! —dijo Jo cuando la noche invernal empezaba a clarear.

—Mira —y Meg le mostró una rosa blanca medio abierta—, la guardaba para ponerla entre las manos de Beth si... nos dejaba. Se ha abierto durante la noche. Voy a colocarla en un vaso para que, cuando se despierte, lo primero que vea sea esta rosa y la cara de mamá.

Nunca había salido el sol con tanta belleza, nunca pareció el mundo tan adorable a los ojos cansados de Meg y de Jo como en aquel amanecer que arrastraba consigo la larga y triste vigilia.

—Es como la ilustración de un cuento de hadas —dijo Meg con una sonrisa, apartando la cortina para admirar el deslumbrante panorama.

—¡Escucha! —gritó Jo, al tiempo que se ponía en pie.

Sí, sonaba la campanilla de la puerta; después, una exclamación de Hannah y la voz de Laurie que susurraba alegremente:

—¡Chicas, está aquí, está aquí!



Capítulo XIX

El testamento de Amy



IENTRAS TODO esto sucedía, Amy lo pasaba bastante mal en casa de la tía March. El exilio se le hacía muy duro y, por primera vez en su vida, se daba cuenta de lo mucho que la mimaban y protegían en su casa. La tía March era incapaz de mimar a nadie y no aprobaba que los demás lo hicieran; pero en este caso se propuso ser amable; aquella niña tan bien educada le agradaba y en el fondo de su corazón sentía cierta debilidad por sus sobrinas, aunque no le pareciera correcto confesarlo. De hecho, hizo todo lo que pudo para que Amy se sintiera feliz, pero, pobrecilla, ¡cuántos errores cometió! Hay personas mayores que mantienen un espíritu joven a pesar de las arrugas y las canas, y que son capaces de comprender las pequeñas alegrías e intereses de los niños, de hacer que se sientan como en casa, de enseñarles cosas importantes como si fueran un juego, y de darles cariño y recibirla con dulzura. Pero la tía March no tenía este don y acosaba a Amy con sus múltiples reglas, órdenes, con sus modales duros y sus interminables discursos. Pronto notó que la niña era más dócil y amable que su hermana y se sintió en la obligación de intentar contrarrestar, en lo que fuera posible, los terribles efectos de la libertad e indulgencia que recibía en su hogar. Decidió encargarse de Amy y educarla como la habían educado a ella hacía sesenta años..., un procedimiento que acogió el espíritu de Amy y la hizo sentirse como una mosca atrapada en una rígida tela de araña.

Cada mañana tenía que lavar las tazas, abrillantar las cucharillas pasadas de moda, la pesada tetera de plata y los vasos hasta que brillaran. Después tenía que quitar el polvo del cuarto, ¡y este sí que era un trabajo irritante! Ni una mota escapaba a los ojos de tía March y todos los muebles que había allí

tenían patas torneadas y labradas que nunca estarían lo bastante limpias. Después había que darle de comer a Polly, cepillar al perrillo faldero y subir y bajar las escaleras al menos doce veces para traer algo o cumplir alguna orden, ya que la anciana dama cojeaba mucho y rara vez se movía de su sillón. Cuando terminaba con estas aburridas tareas debía repasar sus lecciones, lo cual suponía poner a prueba constantemente todas sus virtudes. Entonces se le permitía hacer ejercicio o jugar durante una hora; y cómo la disfrutaba. Laurie iba a diario y engatusaba a la tía March hasta que aceptaba que Amy saliera con él; eran los mejores momentos, cuando paseaban en coche o a pie. Después de comer tenía que leer en voz alta y, luego, quedarse sentada en silencio mientras la anciana se echaba la siesta, que solía durar una hora; y siempre se dormía en la primera página. Después llegaba el momento de remendar o bordar toallas. Amy cosía con aparente docilidad y rebeldía interior hasta la puesta de sol, único momento en que se le autorizaba a entretenerte como quisiera hasta la hora del té. Las noches eran lo peor de todo, porque la tía March se dedicaba a contar interminables historias sobre su juventud, tan inaguantablemente aburridas que Amy siempre se iba a la cama a punto de llorar por su horrible destino, aunque solía quedarse dormida sin haber derramado más de una o dos lágrimas.

Estaba convencida de que, si no hubiese sido por Laurie y por Esther, la vieja doncella, no habría podido soportar aquella terrible temporada. Polly, por sí solo, era capaz de volverla loca; el animal se había dado cuenta de que no despertaba su admiración y se vengaba haciéndole todo tipo de maldades. Le tiraba del pelo cada vez que la tenía cerca, volcaba su plato de pan y leche cuando ya había terminado de limpiarle la jaula, hacía ladrar al perro picoteándole mientras su dueña descansaba, gritaba su nombre siempre que había visita y, en general, se comportaba como una vieja cotorra insolente. Tampoco soportaba al perro, una bestezuela gorda y malcriada que gruñía y bufaba cada vez que le cepillaba y que se tumbaba patas arriba con aspecto de absoluto idiota cuando quería comer, lo que sucedía, al menos, una docena de veces al día. La cocinera tenía muy mal genio, el viejo cochero estaba sordo y Esther era la única que, a veces, se preocupaba por la muchacha.

Esther era francesa; había vivido con *madame*^[1], como llamaba a su señora, durante muchos años y, hasta cierto punto, la tenía tiranizada, ya que la anciana era incapaz de arreglárselas sin ella. En realidad se llamaba Estelle, pero la tía March le ordenó cambiarse el nombre y ella aceptó a condición de que nunca le pidiera que cambiase de religión. Le tomó afecto a *mademoiselle*^[2], y solía sentarse junto a ella mientras planchaba los encajes

de la señora, pues la entretenía con anécdotas curiosas de su vida en Francia. También la dejaba vagar por la gran casa y fisionear todas las cosas extrañas y bonitas que se almacenaban en inmensos armarios y arcones, y es que la tía March acumulaba tesoros como una urraca.

El hallazgo preferido de Amy era un armario indio, lleno de cajoncitos, casillas y compartimientos secretos, en el que se guardaban toda clase de adornos, algunos valiosos, otros simplemente raros, y todos más o menos antiguos. Amy lo pasaba muy bien examinando y ordenando todas estas cosas, los joyeros en particular, en el interior de los cuales, sobre mullido terciopelo, estaban las alhajas que, cuarenta años antes, habían embellecido a una hermosa dama. Allí se encontraba el conjunto de granates que llevó la tía March en su puesta de largo, las perlas, regalo de boda de su padre, los diamantes de su pretendiente, el juego de sortijas y alfileres de luto, medallones con retratos de amigos muertos, en cuyo interior conservaba mechones de pelo formando extraños sauces llorones, las pulseras infantiles de su única hija cuando era bebé, el gran reloj del tío March con la tapa roja que hizo que tantos niños quisieran jugar con él, y en una caja, absolutamente solo, el anillo de casada de tía March, ahora demasiado pequeño para su dedo gordezuelo, y que guardaba aparte, como la joya más preciosa de todas.

—¿Qué escogería *mademoiselle* si le dieran a elegir? —preguntó Esther, que siempre se sentaba cerca para cuidar y cerrar bajo llave los objetos valiosos.

—Prefiero los diamantes, pero no hay ninguna gargantilla, y lo que más me gustan son las gargantillas, ¡sientan tan bien! Si hubiese alguna, la elegiría —repuso Amy, mirando con absoluta admiración un engarce de oro y cuentas de ébano del que colgaba una pesada cruz.

—A mí también me encanta ese engarce, pero no como gargantilla, ¡ah, no! Para mí es un rosario, y lo usaría como una buena católica —dijo Esther sin quitar ojo a aquella hermosa joya.

—¿Como el de bolas de madera olorosa que tienes colgado en el espejo? —preguntó Amy.

—Exactamente, para rezar con él. Seguro que a los santos les agrada que usemos un rosario tan esplendido como estas alhajas en vez de llevarlas por vanidad.

—Tus oraciones te ayudan mucho, ¿verdad? Siempre te veo bajar tranquila y satisfecha. Ojalá a mí me pasara lo mismo.

—Si *mademoiselle* fuera católica, hallaría el auténtico consuelo; pero como eso no es posible, sería bueno que cada día se retirase para meditar y

orar, como hacía la bondadosa señora a la que serví antes que a *madame*. Tenía una pequeña capilla y, allí, encontraron alivio muchas de sus penas.

—¿Estaría bien que yo hiciera eso? —inquirió Amy, que, en su soledad, sentía la necesidad de algún tipo de ayuda y, al no estar Beth para recordárselo, olvidaba su pequeña Biblia.

—Sería excelente y encantador por su parte. Si lo desea, le arreglaré con mucho gusto el vestidor pequeño. No le diga nada a *madame*; aproveche mientras duerme la siesta para subir a sentarse a solas durante un rato, pensar en lo que está bien y rezar a Dios misericordioso para que guarde a su querida hermana.

Esther era sinceramente piadosa y aconsejó a la niña de corazón; sentía mucha pena al pensar en la angustia que estaban soportando las hermanas. Amy aceptó la idea y la autorizó para que arreglase el pequeño cuarto que había junto a su habitación, con la esperanza de que le haría bien.

—Me gustaría saber a dónde irán a parar todas estas maravillas cuando la tía muera —dijo mientras ponía con cuidado en su sitio la resplandeciente cruz y colocaba las cajas una a una.

—A usted y a sus hermanas. Lo sé; *madame* me hace algunas confidencias. Firmé como testigo en su testamento; así será y así debe ser —susurró Esther, sonriente.

—¡Qué bien! Aunque preferiría que nos las regalase ahora. Las demoras no resultan agradables —observó Amy echando una última mirada a los diamantes.

—Aún es demasiado pronto para que unas señoritas lleven estas cosas. La primera que se prometa tendrá las perlas, me lo ha dicho *madame*, y supongo que, cuando usted se vaya, le regalará el pequeño anillo de turquesas, porque *madame* está muy satisfecha de su buen comportamiento y sus encantadores modales.

—¿Eso crees? ¡Por una sortija tan adorable soy capaz de portarme como un corderito! Es mucho más bonito que el de Kitty Bryant. Así que, después de todo, le gusto a la tía March —y Amy, con cara de placer, se probó el anillo azul y tomó la firme resolución de ganárselo.

Desde ese día fue un modelo de obediencia, y la anciana dama admiraba complacida el buen resultado de sus enseñanzas. Esther colocó en el vestidor una mesita, puso un taburete frente a ella y, en la pared, un cuadro que sacó de una de las habitaciones cerradas. Pensó que no era de gran valor, pero, como lo encontró apropiado, lo trasladó; sabía perfectamente que *madame* nunca se enteraría y que, aunque lo hiciera, no le daría ninguna importancia.

Resultó ser una copia sumamente valiosa de uno de los cuadros más famosos del mundo, y los ojos de Amy, ávidos de belleza, no se cansaban de contemplar el dulce rostro de la Virgen María con el corazón lleno de tiernos pensamientos. Sobre la mesita tenía su Nuevo Testamento y un libro de himnos, además de un jarrón siempre lleno de las más hermosas flores que Laurie le enviaba. Iba allí cada día y «se sentaba a solas durante un rato, pensando en lo que está bien y rezando a Dios misericordioso para que guardase a su hermana». Esther le había dado un rosario de cuentas negras con una cruz de plata, pero Amy lo colgó y decidió no usarlo. No estaba muy segura de que fuese adecuado para una persona protestante.

La niña se comportaba con gran sinceridad en este asunto. Se sentía muy sola, lejos del resguardado nido que era su hogar, y echaba tanto de menos una mano amiga a la que agarrarse que, instintivamente, se volvió hacia El Amigo fuerte y tierno que más ama a la infancia. Muchas veces necesitaba una guía para comprender; añoraba la ayuda de su madre y, aunque le habían enseñado dónde buscarla, no era fácil hallar el camino; Amy tenía muy pocos años y sus cargas, en aquel momento, pesaban demasiado. Procuraba olvidarse de sí misma, estar alegre y encontrar satisfacción en hacer las cosas correctamente aunque nadie la vigilase ni su comportamiento mereciera elogios. En sus primeros esfuerzos por ser muy muy buena, decidió hacer testamento, como la tía March, así, si enfermaba o moría, sus pertenencias podrían repartirse de forma justa y generosa. Le costó grandes angustias el mero hecho de pensar en desprenderse de sus pequeños tesoros, que, a sus ojos, eran tan preciosos como las joyas de la anciana dama.



Aprovechó una de sus horas de juego para redactar, lo mejor que pudo, tan importante documento. Esther la ayudó con algunos términos legales y, cuando la complaciente francesa hubo firmado, Amy se sintió aliviada y lo guardó para mostrárselo a Laurie, pues quería que fuese su segundo testigo. Como era un día lluvioso, subió a jugar a una de las alcobas grandes del piso de arriba y se llevó a Polly para que le hiciese compañía. En aquel cuarto había un armario lleno de trajes antiguos que Esther le dejaba probarse. Le encantaba engalanarse con los descoloridos brocados y desfilar delante del espejo, haciendo reverencias ceremoniosas y ondulando la cola de su vestido con un crujir de sedas que le fascinaba. Estaba tan entretenida que no oyó que Laurie tocaba el timbre ni se dio cuenta de que la observaba ir y venir agitando un abanico e inclinado cortésmente la cabeza cubierta por un extraño turbante rosa que hacía un curioso contraste con el vestido de brocado azul y las enaguas amarillas. Tenía que andar con cuidado porque llevaba zapatos de tacón alto y, según le contaría más tarde Laurie a Jo, era cómico verla andar de una forma tan afectada, con aquel traje y Polly a sus espaldas imitándola como podía, y parándose de vez en cuando para soltar una carcajada o decir a gritos: «¡Qué refinados somos! ¡Vete, espantajo! ¡Cállate! ¡Bésame, querida! ¡Ja, ja!».

Laurie contuvo la risa con dificultad para no ofender a su alteza, llamó a la puerta y fue amablemente recibido.

—Siéntate y descansa mientras recojo estas cosas; después quiero consultarte un asunto muy serio —dijo Amy después de haber mostrado todo su esplendor y empujando a Polly a su esquina. Este pájaro va a acabar conmigo —continuó, quitándose la montaña rosa de la cabeza, momento que Laurie aprovechó para sentarse a horcajadas en una silla—. Ayer, cuando la tía estaba dormida y yo intentaba estar más silenciosa que un ratón, Polly se puso a gritar y a sacudir las alas en la jaula, así que fui para abrírsela y me encontré con que dentro había una araña grandísima. La eché fuera y se escondió debajo de la librería; Polly salió corriendo detrás y se puso a picotear al pie del estante diciendo de un modo muy gracioso: «Sal y paseemos, querida». No pude contener una carcajada, que hizo que Polly se pusiese a soltar juramentos y que la tía se despertase y nos regañase a los dos.

—¿No aceptó la araña la invitación para dar un paseo? —preguntó Laurie, balanceándose.

—Sí, salió y Polly huyó aterrorizado y se encaramó a la silla de la tía March chillando: «Cógela, cógela, cógela», mientras yo cazaba la araña.

—¡Mentira, oh! —aulló el loro, y dio un picotazo a Laurie en la punta del pie.

—Si fueras mío, te retorcería el pescuezo, viejo demonio —gritó Laurie amenazándole con el puño.

El pájaro apartó la cabeza y graznó:

—¡Aleluya! ¡Benditos tus botones!

—Bueno, ya está listo —dijo Amy sacando un papel de su bolsillo cuando hubo cerrado el armario—. Quiero que leas esto, por favor, y que me digas si está bien y si es legal. He pensado que tenía que hacerlo porque la vida es tan incierta... y no quiero que haya tiranteces sobre mi tumba.

Laurie se mordió los labios y, apartándose un poco de su pensativa amiga, leyó el siguiente documento con una seriedad digna de alabanza, si se tiene en cuenta su contenido:

MI ÚLTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO

Yo, Amy Curtis March, en plena posesión de mis facultades mentales, doy y lego nominalmente todas mis posesiones terrenales, a saber:

A mi padre, mis mejores pinturas, dibujos, mapas y obras de arte, incluidos los marcos. También mis cien dólares, para que haga con ellos lo que quiera.

A mi madre, toda mi ropa, excepto el delantal azul con bolsillos. También, mi retrato y mi medalla, con mucho amor.

A mi querida hermana Margaret le dejo mi anillo de turquesas (si lo consigo) y mi caja verde con palomas estampadas. También, mi lazo de encaje para el cuello y

el dibujo que le hice, para que tenga un recuerdo de su «pequeña».

A Jo, mi alfiler de solapa, el que pegamos con lacre; también mi tintero de bronce (ella perdió la tapa) y mi preciosísimo conejo de yeso, porque siento haber quemado su cuento.

A Beth, si vive más que yo, le doy mis muñecas y el escritorio pequeño, mi abanico, mis cuellos de lino y mis zapatillas nuevas si le sirven con lo delgada que estará cuando se reponga. También le dejo aquí mi arrepentimiento por haberme burlado de su vieja muñeca Joanna.

A mi amigo y vecino Theodore Laurence le lego mi carpeta de dibujo y mi caballo de arcilla, a pesar de que dijo que no tenía cuello. También, en pago por su amabilidad en los momentos de aflicción, el que prefiera de mis trabajos artísticos; *Notre Dame* es el mejor.

A nuestro venerable benefactor, el señor Laurence, le dejo mi caja púrpura con espejo en la tapa, que puede servirle para sus plumas, y que, además, le recordará a la niña fallecida que le agradece las atenciones que tuvo con su familia, especialmente con Beth.

Me gustaría que mi mejor amiga, Kitty Bryant, tuviera el delantal azul de seda y mi sortija de bolitas doradas, con un beso.

A Hannah le dejo la sombrerera que le gusta y mi labor hecha con trozos de telas diferentes, para que «al mirarlos, me recuerde».

Y ahora, habiendo dispuesto de mis posesiones de más valor, espero que todos estén satisfechos y no tengan nada que reprochar a la muerta. Perdonó a cualquiera que me haya hecho mal y confío en que nos encontremos cuando suenen las trompetas del Juicio Final. Amén.

En este testamento pongo mi firma y sello el 20 de noviembre del Año del Señor de 1861.

Amy Curtis MARCH

Testigos:
Estelle VALNOR
Theodore LAURENCE

El último nombre estaba escrito a lápiz y Amy le explicó que tenía que poner su firma encima con tinta y sellarlo correctamente.

—¿Cómo se te ha ocurrido esto? ¿Es que alguien te ha dicho que Beth estaba repartiendo sus cosas? —preguntó Laurie, pensativo.

Amy le puso delante una cinta roja, lacre, una bujía y un tintero; luego, se lo explicó todo y, por fin, preguntó con ansiedad:

—¿Qué pasa con Beth?

—Siento haberlo mencionado, pero, como ya lo he hecho, te lo contaré. Un día se sintió tan mal que le dijo a Jo que quería darle su piano a Meg, sus animales, a ti, y la vieja muñeca, a Jo, porque le recordaría a ella y la querría. Sentía mucho tener tan pocas cosas que dejar. A los demás les daba sus rizos, y a mi abuelo, todo su cariño. Nunca pensó en hacer testamento.

Laurie firmó y selló el documento mientras hablaba y, antes de levantar la cabeza, derramó una lágrima sobre el papel. La cara de Amy estaba llena de pena, pero solo dijo:

—A veces se ponen notas al pie de los testamentos, ¿no es cierto?

—Sí, se llaman «codicilos»^[3].

—Entonces pon uno en el mío. Quiero que me corten todos los bucles y que los repartan entre mis amigos. Se me había olvidado, pero quiero que se haga aunque vaya a estar más fea.

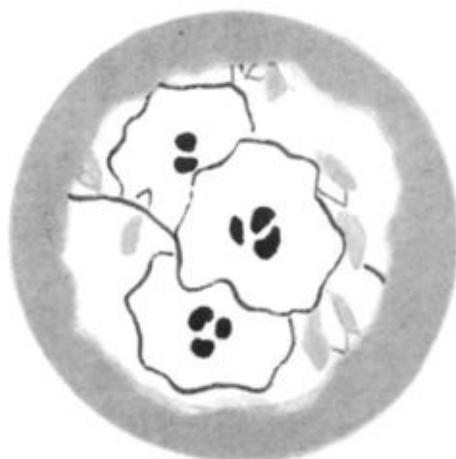
Laurie añadió el deseo, sonriendo ante este último y enorme sacrificio de Amy. Después, se dedicó a entretenérla durante una hora, interesándose por todas sus historias. Cuando ya se iba, Amy le retuvo para susurrarle con labios temblorosos:

—¿Beth corre verdadero peligro?

—Me temo que sí, pero no debemos perder las esperanzas. Así que no llores, bonita.

Y Laurie la abrazó fraternalmente y la consoló.

Al quedarse sola, Amy subió a su pequeña capilla, se sentó a media luz y rezó por Beth con los ojos bañados de lágrimas y el corazón acongojado. Sentía que ni un millón de anillos de turquesas podrían consolarla de la pérdida de su dulce hermanita.



Capítulo XX

Confidencias



O TENGO palabras para describir el encuentro de madre e hijas; son momentos dichosos para vivirlos, pero muy difíciles de relatar, así que lo dejaré a la imaginación de mis lectores y me limitaré a decir que la casa estaba rebosante de auténtica alegría y que el tierno deseo de Meg se vio realizado: cuando Beth se despertó de su largo y reparador sueño, lo primero que vieron sus ojos fueron la rosa y a la cara de su madre. Demasiado débil para comprender

nada, se limitó a sonreír y a acurrucarse en los brazos cariñosos que la envolvían, sintiendo por fin cumplido su mayor anhelo. Después se volvió a dormir y las hermanas permanecieron junto a su madre, que no quería soltar aquella mano delgada que, incluso en sueños, la agarraba con fuerza.

Hannah, incapaz de aplacar su excitación de otro modo, había «apañado» un desayuno asombroso para la viajera. Meg y Jo se dedicaron a alimentar a su madre como si fueran jóvenes cigüeñas aplicadas, mientras ella, junto al lecho, les relataba en voz baja todo lo referente a su padre, cómo el señor Brooke había prometido quedarse y cuidarlo, el retraso del viaje por culpa de la tormenta y lo muchísimo que la había reconfortado el rostro esperanzado de Laurie cuando llegó a la estación rendida, angustiada y muerta de frío.

¡Qué día tan extrañamente agradable fue aquel! Fuera, tan brillante y alegre, pues parecía que el mundo entero estaba en la calle para celebrar la primera nevada; dentro, tan tranquilo y reposado, donde todas dormían, agotadas por la vigilia. Una paz dominical reinaba en la casa guardada por los cabeceos de Hannah junto a la puerta. Con la sensación liberadora de saberse descargadas de un tremendo peso, Meg y Jo cerraron sus extenuados ojos y descansaron como barcos que por fin llegan a puerto seguro tras una dura tormenta. La señora March no quiso dejar a Beth y dormitaba en una butaca,

despertándose a cada momento para mirar, tocar y acariciar a la niña, como un avaro que acaba de recuperar su tesoro.

Entre tanto, Laurie fue a informar y reconfortar a Amy, y contó la historia tan bien que casi hizo llorar a la tía March, que ni una sola vez proclamó: «Ya lo decía yo». Amy se portó con tal fortaleza de ánimo que creo que sus buenas intenciones en la improvisada capilla realmente empezaban a dar sus frutos. Se secó inmediatamente las lágrimas, contuvo su impaciencia por ver a su madre y ni siquiera se acordó de la sortija de turquesas cuando la anciana señora le dio la razón a Laurie cuando comentó que se estaba comportando «como una auténtica mujercita». Hasta Polly parecía impresionado, porque la llamó «niña buena», bendijo sus botones y la invitó, con su tono más afable, «a dar un paseo, querida». Y con gusto hubiera salido a disfrutar del espléndido día invernal, pero se dio cuenta de que Laurie, aunque intentaba disimularlo, se estaba cayendo de sueño y le convenció para que descansara en el sofá mientras ella escribía una nota a su madre. Tardó bastante en hacerlo y, cuando, volvió se lo encontró tendido con las manos debajo de la cabeza y durmiendo a pierna suelta, mientras la tía March, que había corrido las cortinas, estaba sentada sin hacer nada con expresión de desacostumbrada benevolencia.

Después de un rato empezaron a pensar que no se despertaría hasta la noche, y probablemente así habría sido si no llega a sobresaltarle el grito de alegría que soltó Amy cuando vio a la señora March. Estoy segura de que aquel mismo día había en la ciudad un montón de niñas felices, pero, en mi opinión, Amy fue la más feliz de todas cuando se sentó en las rodillas de su madre y le contó las penas por las que había pasado y recibió a cambio consuelo, sonrisas aprobadoras y tiernas caricias. Estaban a solas en la capilla, a la que su madre no tuvo nada que objetar cuando le hubo explicado para qué la usaba.

—Al contrario, me gusta mucho, cariño —dijo mirándolo todo, desde el rosario polvoriento hasta el usado librito, pasando por el bello cuadro con su festón verde—. Es una idea excelente tener un sitio donde estar tranquilo, sobre todo cuando hay cosas que nos perturban o nos entristecen. Y se pasa por muchos momentos así en la vida, pero siempre podremos superarlos si buscamos ayuda en el lugar adecuado. Creo que mi niñita está aprendiendo a hacerlo.

—Sí, mamá. Cuando vuelva a casa me gustaría poner, en un rincón del vestidor grande, mis libros y una copia de este cuadro que estoy intentando hacer. La cara de la mujer no me ha salido muy bien..., es demasiado guapa

para poder dibujarla..., pero el niño sí que me gusta muchísimo. Si pienso que Él también fue una vez un niño pequeño, no me parece tan lejano, y eso me ayuda.

Al señalar al sonriente niño Jesús en el regazo de su madre, la señora March pudo ver algo en la mano izquierda de su hija que le hizo sonreír. No dijo nada, pero Amy comprendió la mirada y, después de unos instantes de pausa, añadió con gravedad:

—Quería hablarte de esto, pero se me olvidó. La tía me ha regalado hoy este anillo. Me llamó, me besó y me lo puso en el dedo diciendo que estaba orgullosa de mí y que le gustaría que lo guardara siempre. También me dio este otro para ponérmelo delante porque el de turquesas me está demasiado grande. ¿Puedo seguir llevándolos, mamá, por favor?

—Son muy bonitos, pero eres todavía demasiado joven para semejantes adornos, Amy —dijo la señora March, mirando la gordezuela manita con su dedo índice rodeado por una hilera de piedras azul cielo y por un original anillo exterior formado por dos minúsculas manitas enlazadas.

—Trataré de no ser vanidosa —repuso Amy—. No me gusta solo por lo bonito que es, sino también porque quiero que sea como el brazalete de la niña del cuento y me sirva para recordar algo.

—¿Te refieres a la tía March? —preguntó su madre entre risas.

—No, para recordarme que no debo ser egoísta.

Amy parecía tan seria y sincera al respecto que su madre dejó de reírse y escuchó respetuosamente su idea.

—Últimamente he reflexionado mucho sobre mis «montones de faltas» y sé que ser egoísta es la mayor de todas. Voy a intentar con todas mis fuerzas remediarlo, si es que soy capaz. Beth es generosa y por eso todos la quieren y les da tanta pena pensar que puedan perderla. La gente no estaría ni la mitad de triste si yo me pusiera enferma, y es que no lo merezco; pero me gustaría que me amaran y me echaran de menos muchísimos amigos. Quiero parecerme a Beth en lo que pueda. Suelo olvidarme de mis decisiones y creo que lo mejor será tener algo que me recuerde esta. ¿Te parece bien?

—Sí, pero confía más en el rincón del vestidor grande. Lleva tu anillo, cariño, si eso te ayuda. Creo que conseguirás lo quequieres, porque el deseo de mejorar es tener media batalla ganada. Tengo que volver con Beth. Mantén el ánimo, pequeña mía, que pronto volverás a casa.

Aquella tarde, mientras Meg escribía a su padre para informarle de que todo iba bien, Jo subió a la habitación de Beth, donde encontró a su madre en

el lugar de costumbre; se quedó un momento allí de pie, retorciéndose el pelo con los dedos, con gesto preocupado y mirada indecisa.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó la señora March tendiéndole la mano con una expresión que invitaba a las confidencias.

—Quiero decirte algo, mamá.

—¿Sobre Meg?

—¡Qué rápido lo has adivinado! Sí, es sobre ella y, aunque es una tontería, me inquieta.

—Beth duerme. Habla bajito y cuéntamelo. No habrá venido ese Moffat, espero —inquirió con cierta sequedad la señora March.

—No, le habría cerrado la puerta en las narices si lo hubiera hecho —dijo Jo sentándose en el suelo a los pies de su madre—. El verano pasado Meg se dejó unos guantes en casa de los Laurence y solo le devolvieron uno. Se nos olvidó el asunto hasta que Laurie me contó que el otro lo tenía el señor Brooke. Lo guarda en el bolsillo de su chaleco y una vez se le cayó y Laurie le tomó el pelo, hasta que el señor Brooke reconoció que le gustaba Meg, pero que no se atrevía a decírselo porque ella es tan joven y él tan pobre... ¿No es una situación *terrible*?

—¿Tú crees que a Meg le gusta? —preguntó la señora March, en cuyos ojos se reflejaba ansiedad.

—¡Cómo voy a saberlo! Yo no entiendo de amor ni de esas tonterías —gritó Jo con una cómica mezcla de interés y desprecio—. En las novelas, a las chicas se les nota porque se ruborizan, se desmayan, adelgazan y se comportan como idiotas. Meg, de momento, no hace nada de eso; come, bebe y duerme como una criatura sensata, te mira a los ojos si le hablas de ese hombre y solo se pone un poco colorada cuando Laurie gasta bromas sobre novios. Le prohibí que lo hiciera, pero, cuando le da la gana, ignora absolutamente lo que le pido.

—¿Entonces, crees que Meg no está interesada en John?

—¿Quién? —exclamó Jo, extrañada.

—El señor Brooke. Ahora le llamo John; empezamos a hacerlo en el hospital y él lo prefiere.

—¡Por Dios! Ya veo que te vas a poner de su parte; se ha portado bien con papá y no vas a echarle, sino que dejarás que Meg se case con él si ella quiere. ¡Es despreciable! Mima a papá y te ayuda a ti solo para engatusarlos y para que le aceptéis —y Jo se retorció de nuevo el pelo de forma colérica.

—Querida, no te enfades y déjame que te cuente lo que ha sucedido. John vino conmigo a instancias del señor Laurence, y se preocupó tanto por el

pobre papá que no pudimos evitar cogerle cariño. Fue perfectamente sincero y honorable respecto a Meg; nos contó que la ama, pero no le pedirá que se case con él hasta haber conseguido un hogar confortable. Solo quería nuestro permiso para amarla y trabajar por ella. Es de verdad un joven excelente y no pudimos negarnos a escucharle, pero no consentiré que Meg se comprometa tan joven.

—¡Claro que no, sería una idiotez! Ya sabía yo que tramaba algo. Me gustaría poder casarme yo misma con Meg y mantenerla a salvo en la familia.

Esa extraña solución hizo sonreír a la señora March, pero se mantuvo seria para decir:

—Jo, confío en ti y no quiero que le digas nada a Meg de momento. Cuando vuelva John hablaré con los dos juntos; podré juzgar mejor sus sentimientos si él está delante.

—Ya, y verá esos hermosos ojos de los que tanto habla y estará perdida. Es tan cándida que se derretirá como la mantequilla al sol si alguien la mira de un modo sentimental. Leía los informes que ha estado mandando él con más atención que tus cartas, y me pellizcaba si se me ocurría mencionárselo, y le gustan los ojos castaños, y no cree que John sea un mal nombre, y se enamorará y se acabarán nuestros tiempos de paz y felicidad juntas. ¡Lo veo tan claro! Se harán arrumacos por toda la casa y tendremos que esquivarlos; Meg no se dedicará a nada más y dejará de ocuparse de mí; Brooke conseguirá hacer fortuna de algún modo, se la llevará y dejará un vacío en la familia; y eso me destrozará el corazón, y todo será horrorosamente desagradable. ¡Oh, pobre de mí! ¿Por qué no habremos sido chicos? Entonces no existiría ningún problema.



Jo escondió la cabeza entre sus rodillas en actitud desconsolada y levantó el puño contra el abominable John. La señora March suspiró y Jo levantó los ojos con expresión de alivio.

—Tampoco a ti te gusta este asunto, ¿verdad, mamá? Me alegro. Que él se dedique a lo suyo y no le decimos nada a Meg. Así seguiremos juntas y felices como siempre.

—Hice mal en suspirar, Jo. Es natural y comprensible que todas acabéis formando vuestros propios hogares, pero claro que yo deseo teneros conmigo todo el tiempo posible. Siento que esto haya sucedido tan pronto. Meg solo tiene diecisiete años y pasarán algunos más hasta que John consiga un hogar para ella. Tu padre y yo estamos de acuerdo en que no se comprometa de ningún modo ni se case antes de los veinte. Si ella y John se quieren, pueden esperar y probar así su amor. Meg no es ninguna inconsciente y estoy segura de que sabrá comportarse. ¡Mi preciosa y dulce niña! Deseo tanto que todo le vaya siempre bien.

—¿No preferirías que se casara con un hombre rico? —preguntó Jo cuando la voz de su madre vaciló al pronunciar las últimas palabras.

—El dinero es bueno, y útil, Jo, y yo espero que a mis hijas nunca les amargue su falta ni se sientan tentadas por tenerlo en exceso. Me gustaría que John lograra establecerse en algún negocio que le produzca suficientes ingresos como para no necesitar endeudarse y poder darle a Meg una vida confortable. No me he propuesto conseguir para mis hijas fortunas espléndidas, ni posiciones mundanas o nombres famosos. Si con el amor y la virtud les llega también rango y fortuna, lo aceptaré agradecida y me alegraré de vuestra suerte, pero sé por experiencia que la verdadera felicidad puede habitar en una casa pequeña y sencilla, donde el pan de cada día se gana con esfuerzo y donde algunas privaciones hacen que los pequeños placeres nos parezcan aún más dulces. Estaré contenta de ver que Meg empieza humildemente porque, si no me equivoco, será muy rica al poseer el corazón de un hombre bueno; esa es la mejor de las fortunas.

—Lo entiendo, mamá, y estoy de acuerdo, pero Meg me ha desilusionado; había planeado casarla con Laurie, dentro de algún tiempo, y dejarla bien instalada en la opulencia para el resto de sus días. ¿No sería formidable? —preguntó Jo con el rostro brillante.

—Él es más joven que ella, ya lo sabes —comenzó a decir la señora March, pero Jo la interrumpió.

—Solo un poco, parece mayor de lo que es y también más alto, y, cuando quiere, sabe comportarse como un adulto. Además, es rico, generoso y bueno, y nos quiere a todas. ¿No te da pena estropear un plan así?

—Me temo que Laurie es demasiado joven para Meg y también demasiado inestable de momento para que nadie dependa de él. No hagas planes, Jo, y deja que el tiempo y sus propios corazones emparejen a tus amigos. Uno no debe entrometerse en esas cosas y es mejor no empeñarse en

«idiotezas románticas», como las llamas tú; pueden acabar estropeando la amistad.

—Vale, no lo haré, pero no me gusta ver que las cosas se tuercen cuando con un pequeño empujoncito aquí y una palmadita allí podrían enderezarse. Ojalá dejáramos de crecer poniéndonos una plancha en la cabeza. Pero los capullos se hacen rosas y los cachorros, gatos... a pesar de todo.

—¿Qué es todo eso de planchas y gatos? —preguntó Meg al entrar de puntillas en la habitación con la carta ya terminada en la mano.

—Uno de mis discursos estúpidos. Me voy a la cama. Vamos Meg —dijo Jo estirándose cuan larga era.

—Muy correcta y bien escrita. Por favor, añade que le envío mi cariño a John —dijo la señora March después de haber echado una mirada a la carta.

—¿Le llamas John? —preguntó Meg sonriendo con sus ojos inocentes fijos en los de su madre.

—Sí, se ha portado como un hijo con nosotros, y le hemos tomado mucho afecto —repuso la señora March respondiendo a la mirada de su hija con otra perspicaz.

—Me alegra. Está muy solo. Buenas noches, mamá querida. ¡Es una tranquilidad tan grande tenerte aquí! —fue la respuesta de Meg.

Le dio a su madre un beso muy dulce y, cuando se hubo ido, la señora March dijo, con una mezcla de satisfacción y pesar:

—Aún no le quiere, pero no tardará en hacerlo.

Capítulo XXI

Laurie, el liante, y Jo, la pacificadora



El DÍA siguiente, la cara de Jo era digna de estudio, porque el secreto le suponía un peso que le hacía parecer misteriosa y engreída. Meg se dio cuenta, pero no se molestó en preguntar; había aprendido que lo mejor para manejar a su hermana era la ley de los contrarios y estaba segura de que, si no la interrogaba, acabaría por contárselo todo. Por eso se quedó muy sorprendida al comprobar que el silencio continuaba y que Jo asumía un tono condescendiente; Meg se sintió decididamente agraviada, adoptó, a su vez, una postura de digna reserva y se dedicó a su madre. Esto dejó a Jo a su libre albedrío, ya que la señora March la había relevado como enfermera, insistiendo en que debía descansar, hacer ejercicio y distraerse después de su largo confinamiento. Como Amy seguía ausente, Laurie era su único refugio; pero, aunque disfrutaba con su compañía, en aquellos momentos le tenía cierto miedo: era un liante incorregible y temía que acabara por sonsacarle su secreto.

Y no le faltaba razón, porque, en cuanto el muy bribón sospechó que existía un misterio, se dedicó a intentar descubrirlo por todos los medios y consiguió que Jo las pasara moradas. Rogó, prometió, ridiculizó, amenazó y se enfadó; se hizo el indiferente para sorprenderla en alguna indiscreción; declaró que ya lo sabía y que no le importaba; y, al final, a fuerza de perseverancia, logró confirmar que se trataba de algo relacionado con Meg y el señor Brooke. Se sintió tan indignado por no haber recibido las confidencias de su tutor que, de inmediato, puso su imaginación a funcionar para tramar una venganza digna de tal ofensa.



Mientras tanto, Meg, absorta en los preparativos para el regreso de su padre, parecía haber olvidado el asunto. Pero de repente se produjo un cambio y, durante uno o dos días, dejó de ser ella misma. Se sobresaltaba cuando le hablaban, se sonrojaba si se fijaban en ella, se quedaba inmóvil, sentada con la costura en las manos y una tímida preocupación en los ojos. Contestaba a las preguntas de su madre diciendo que se encontraba perfectamente y acallaba las de Jo pidiéndole que la dejase en paz.

—Lo noto en el aire..., el amor, quiero decir..., y va muy rápido. Ya tiene casi todos los síntomas: ... está nerviosa y de mal humor, no come, no duerme y te la encuentras como ida por los rincones. La he pillado cantando la canción que él le tradujo, y el otro día dijo «John», como le llamas tú, y se puso colorada. ¿Qué podemos hacer? —dijo Jo, que parecía dispuesta a todo, incluso a tomar medidas violentas.

—No podemos hacer nada, salvo esperar. Dejarla tranquila, ser amables y pacientes y confiar en que la llegada de tu padre ponga las cosas en su sitio —repuso su madre.

—Aquí hay una nota para ti, Meg, perfectamente cerrada. ¡Vaya!, Laurie nunca cierra las mías —dijo Jo al día siguiente, mientras distribuía el contenido de su pequeña oficina de correos.

Tanto la señora March como Jo estaban absortas en sus propios asuntos cuando una exclamación de Meg les hizo levantar la cabeza y la vieron mirando la nota con cara de susto.

—Hija, ¿qué tienes? —gritó su madre, corriendo hacia ella, mientras Jo intentaba hacerse con el papel que había causado aquella reacción.

—Es un error..., él no la ha enviado. Oh, Jo, ¿cómo has podido hacerlo? —y Meg escondió el rostro entre las manos y se echó a llorar como si tuviera el corazón destrozado.

—¡Yo! ¡Yo no he hecho nada! ¿De qué me hablas? —chilló Jo, perpleja.

Los apacibles ojos de Meg se inflamaron de ira, mientras sacaba de su bolsillo la nota estrujada y se la tiraba a Jo, diciendo con aire de reproche:

—La has escrito tú con ayuda de ese chico malvado. ¿Cómo habéis podido ser tan brutales, tan viles, tan crueles con nosotros dos?

Jo casi ni la oyó, porque su madre y ella estaban leyendo la nota, que había sido escrita con una extraña caligrafía.

Mi queridísima Margaret:

No puedo contener más mi pasión y necesito conocer mi destino antes de regresar. Aún no me atrevo a contártelo a tus padres, aunque creo que, si supieran cómo nos adoramos, consentirían. El señor Laurence me ayudará a conseguir un buen puesto y entonces, mi dulce niña, me harás muy feliz. Te ruego que no le digas

nada a tu familia de momento, pero envíame una palabra de esperanza por medio de Laurie.

Tuyo, afectísimo, John

—¡Será miserable! Así me paga por haber mantenido la promesa que le hice a mamá. Me va a oír; pienso traerlo a rastras para que te pida perdón — aulló Jo, decidida a ejercer justicia de inmediato, pero su madre la detuvo diciendo con una expresión muy poco frecuente en ella:

—Detente, Jo; antes debes aclarar tu propia situación. Te metes en tantos despropósitos que temo que también lo hayas hecho en este.

—¡Te doy mi palabra de honor de que no, mamá! No había visto esta nota antes, no sé nada de ella, y lo que digo es tan verdad como que estoy viva — Jo hablaba con tal sinceridad que la creyeron—. Si yo *hubiera* tenido que ver con esto lo habría hecho mucho mejor; habría escrito una carta sensata. Sé que tú no te ibas a creer que semejante basura fuera del señor Brooke — añadió arrojando el papel al suelo.

—La letra parecía suya —balbuceó Meg comparándola con la de otra nota.

—Oh, Meg, ¿no habrás contestado? —exclamó de inmediato la señora March.

—Sí, lo hice —y Meg, avergonzada, escondió de nuevo el rostro.

—¡Aquí se va a armar una buena! Dejadme que traiga a ese desaprensivo; que se explique y que aguante la regañina. No podré descansar hasta que le pille —y una vez más se encaminó hacia la puerta.

—¡Espera! Deja que yo me encargue de esto, porque es peor de lo que había imaginado. Margaret, cuéntame toda la historia —ordenó la señora March, mientras se sentaba junto a Meg sin soltar a Jo, por si pensaba escaparse.

—La primera carta me la trajo Laurie, pero no parecía que supiera nada acerca de ella —empezó Meg sin levantar los ojos—. Al principio me preocupé y quería decírtelo; entonces recordé que a ti también te gustaba el señor Brooke, así que creí que no te importaría que guardase este pequeño secreto durante unos días. Soy tan idiota que me hacía ilusión pensar que nadie lo sabía y, mientras decidía qué contestarle, me sentía como la protagonista de una novela. Perdóname, mamá, ya estoy pagando por mi estupidez; no podré mirarle a la cara nunca más.

—¿Qué le escribiste? —preguntó la señora March.

—Solo que soy demasiado joven todavía, que no me gusta tener secretos contigo y que debía hablar con papá. Le agradecía su amabilidad y me ofrecía

a que fuésemos amigos, pero nada más, al menos durante mucho tiempo.

La señora March sonrió complacida y Jo aplaudió, exclamando con una carcajada:

—¡Eres un modelo de prudencia! Sigue, Meg, ¿qué contestó él a eso?

—Me ha escrito algo totalmente diferente: dice que jamás me ha enviado una carta de amor y que siente que la granuja de mi hermana Jo se tome semejantes libertades utilizando nuestros nombres. Es muy amable y respetuoso, pero ¡imagina lo horrible que me resulta a mí!

Meg se apoyó en su madre; era la imagen misma de la desesperación. Mientras tanto, Jo recorría la habitación insultando a Laurie hasta que, de repente, se detuvo en seco, cogió las dos notas y, después de observarlas atentamente, dijo con firmeza:

—No creo que Brooke haya visto jamás ninguna de estas dos notas. Laurie escribió las dos y debe guardar las tuyas para fastidiarme porque no le he revelado mi secreto.

—No tengas secretos, Jo. Cuéntaselo a mamá y evítate problemas; eso es lo que debería haber hecho yo —dijo Meg de corazón.

—¡Inocente! Fue mamá quien me lo contó.

—Esto es lo que vamos a hacer, Jo: yo me quedo a consolar a Meg, mientras tú vas a buscar a Laurie. Quiero llegar hasta el fondo de este asunto y acabar de una vez por todas con estas jugarretas.

Jo salió corriendo y la señoras March, con dulzura, fue hablándole a Meg de los verdaderos sentimientos del señor Brooke.

—Y ahora, cariño, ¿cuáles son los tuyos? ¿Le amas como para esperarle hasta que consiga un hogar para vosotros o prefieres seguir sin comprometerte de momento?

—He pasado tanto miedo y tanta angustia que no quiero saber nada de enamorados durante mucho tiempo;... puede que nunca —contestó, arrogante, Meg—. Si John no sabe nada de todo este lío prefiero que no se lo cuentes y que hagas que Jo y Laurie se estén calladitos. No quiero sentirme defraudada, miserable, idiota... ¡Qué vergüenza!

Al comprobar que Meg había perdido su tranquilidad habitual y que se sentía realmente herida por esta broma maliciosa, la señora March la calmó prometiéndole absoluto silencio y la mayor discreción en el futuro. Cuando se oyeron los pasos de Laurie en la entrada, Meg corrió al estudio y la señora March recibió al acusado a solas. Jo, por si acaso decidía no venir, no le había dicho por qué le buscaban, pero Laurie lo supo en cuanto vio el rostro de la señora March y se quedó allí de pie, jugueteando con su sombrero con una

cara de culpable que le condenaba sin lugar a dudas. A Jo la habían hecho salir, pero se quedó en el recibidor, dando zancadas de un extremo a otro como un centinela temeroso de que su preso intentara huir. Se oyeron voces provenientes del salón, ahora más alto, ahora más bajo, durante media hora. Lo que sucedió en esta entrevista es algo que las dos hermanas nunca supieron.

Cuando por fin las dejaron entrar, Laurie estaba junto a su madre con una expresión de absoluto arrepentimiento y Jo lo perdonó al instante, aunque no le pareció oportuno demostrarlo. Meg recibió las más humildes disculpas y se consoló mucho al tener la certeza de que Brooke no sabía nada de la broma.

—No se lo diré ni en mi lecho de muerte...; ni torturándome sacarán una palabra de mí. Perdóname, Meg, y haré lo que me pidas para demostrarte lo mucho, lo muchísimo que lo siento —añadió el chico, que parecía realmente avergonzado de sí mismo.

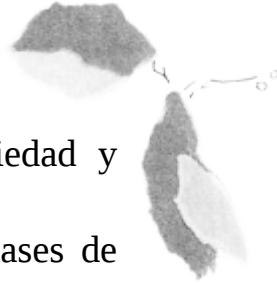
—Lo intentaré, pero ha sido algo muy desconsiderado por tu parte. No pensé que pudieras ser tan retorcido y malvado, Laurie —repuso Meg, intentando ocultar su confusión bajo una capa de seriedad y reproches.

—Sí. Ha sido algo abominable, y merecería que dejases de hablarme durante un mes. Pero no lo harás, ¿verdad?

Y Laurie juntó las manos implorante, y le habló en un tono tan irresistiblemente persuasivo que resultaba imposible mirarle con mala cara a pesar de su infame comportamiento. Meg le perdonó y, al oírle declarar que estaba dispuesto a cumplir todo tipo de penitencias para enmendar su pecado y que, a partir de aquel momento, se humillaba como un gusano ante la injuriada damisela, las tensas facciones de la señora March se relajaron, pese a sus esfuerzos por permanecer seria.

Jo, entre tanto, se mantenía a distancia, intentando endurecer su corazón contra él, aunque lo único que consiguió es que en su semblante se pintara la desaprobación más absoluta. Laurie la miró un par de veces, pero como no daba muestras de ablandarse, se sintió ofendido, le dio la espalda y, cuando hubo terminado de hablar con Meg y su madre, le dedicó una profunda reverencia y salió sin dirigirle la palabra.

En cuanto se hubo ido, Jo deseó haberse mostrado más indulgente. Después, su madre y su hermana subieron al piso de arriba y se sintió sola y añoró a Laurie. Le costó una cierta lucha consigo misma, pero finalmente



cedió al impulso y, armada con un libro que tenía que devolver, se dirigió a la gran casa vecina.

—¿Está el señor Laurence? —preguntó Jo a la doncella, que descendía por la escalera.

—Sí, señorita, pero no creo que se le pueda molestar ahora.

—¿Por qué? ¿Está enfermo?

—No, qué va, señorita, pero ha tenido una discusión con el señorito Laurie, que se ha agarrado uno de sus berrinches, y el señor está fuera de sus casillas, tanto que no me atrevo ni a acercarme a él.

—¿Dónde está Laurie?

—Encerrado en su habitación, y no contesta aunque he ido a avisarle para la cena. No sé qué va a pasar, la comida ya está lista, pero parece que nadie tiene hambre.

—Voy a ver qué pasa. No les tengo miedo a ninguno de los dos.

Jo subió y llamó con fuerza a la puerta del estudio de Laurie.

—Ya está bien, ¡o tendré que salir yo mismo a parar esos golpes! —gritó el joven con voz teatral.

Jo llamó de nuevo. La puerta se abrió de repente y Jo entró en la habitación antes de que Laurie pudiera reponerse de la sorpresa. Notó al instante que el chico estaba realmente de mal humor, pero sabía cómo manejarle, así que puso expresión de arrepentida, se dejó caer artísticamente de rodillas y dijo con humildad:

—Por favor, perdóname por haber sido tan gruñona. He venido a arreglarlo y no me iré hasta que lo haya hecho.

—Está bien. Levántate y deja de hacer el ganso, Jo —fue la caballerosa respuesta que recibió.

—Gracias, me levantaré. ¿Puedo preguntarte qué te pasa? No pareces del todo en tus cabales.

—¡Me han levantado la mano y eso no lo consiento! —refunfuñó Laurie, indignado.

—¿Quién? —interrogó Jo.

—Mi abuelo. Si hubiese sido cualquier otro, yo... —y el ofendido joven acabó la frase con un energético gesto de su brazo derecho.

—Eso no es nada. Yo te he levantado la mano muchas veces y no te ha importado —dijo Jo con intención apaciguadora.

—¡Bah! Tú eres una chica y lo hacemos para divertirnos, pero no pienso permitir que ningún hombre me ponga la mano encima.

—Ni creo que ninguno se atreva si le miras con esa expresión de fiera que tienes ahora. ¿Por qué te ha tratado así tu abuelo?

—Porque no le dije para qué me quería tu madre. Prometí no decirlo y, por descontado, no iba a faltar a mi palabra.

—¿Y no pudiste contentar a tu abuelo de algún otro modo?

—No, quería la *verdad*, toda la verdad y nada más que la verdad. Le hubiera contado mi parte de culpa, pero me era imposible sin implicar a Meg. Y como eso no podía hacerlo, pues me callé y aguanté la bronca hasta que el viejo me agarró por el cuello. Entonces me puse furioso y me marché por miedo a no poder contenerme.

—No hizo bien y estoy segura de que se arrepentirá. Baja y arréglalo. Yo te ayudaré.

—¡Que me cuelguen si lo hago! Ya está bien de que todo el mundo se crea con derecho a sermonearme y aporrear me, simplemente porque soy un poco bromista. Me arrepentí de lo de Meg y pedí perdón como un hombre; pero no pienso pasar por culpable cuando no lo soy.

—Él no lo sabía.

—Debería confiar en mí y no comportarse como si yo fuera un bebé. Es inútil, Jo, tiene que darse cuenta de que ya soy capaz de cuidar de mí mismo y de que no necesito que me lleven de la mano a todas partes.

—¡Qué picajoso eres! —suspiró Jo—. ¿Y cómo pretendes solucionar este asunto?

—Bueno, es él quien debe pedirme perdón y creerme cuando le digo que no puedo contarle algo.

—¡Pero por Dios! No lo hará.

—Yo no pienso ceder hasta que lo haga él.

—Vamos, Laurie, sé sensato. Déjalo pasar. Ya le explicaré yo algo. No puedes quedarte aquí eternamente, así que ¿de qué te sirve ponerte melodramático?

—Es que no me voy a quedar aquí mucho tiempo. Pienso escaparme e irme de viaje a algún sitio, y cuando el abuelo me eche de menos saldrá corriendo a buscarme.

—Seguro, pero no deberías marcharte y darle ese disgusto.

—No me digas lo que tengo que hacer. Iré a Washington a ver a Brooke; es un sitio divertido y quiero pasarlo bien después de tantos problemas.

—¡Qué envidia! Me gustaría poder escaparme yo también —dijo Jo, olvidando su papel de mentor al imaginarse la vida en la capital.

—¡Pues ánimate! ¿Por qué no? Tú le das una sorpresa a tu padre y yo animo al viejo Brooke. Será una jugada magnífica; hagámoslo, Jo. Podemos dejar una carta diciendo que estamos bien y marcharnos enseguida. Tengo dinero de sobra; te sentarás bien y no haces ningún mal puesto que vas a ver a tu padre.

Por un momento pareció como si Jo fuese a aceptar porque, aunque disparatado, el plan le resultaba de lo más apetecible. Estaba cansada de preocupaciones y confinamiento, deseaba un cambio, y el recuerdo de su padre se mezclaba tentadoramente con el encanto novelesco de campamentos y hospitales, de libertad y distracción. Sus ojos brillaron al mirar anhelante hacia la ventana, pero, al encontrarse con la visión de la vieja casa vecina, Jo sacudió la cabeza y tomó una penosa decisión.

—Si fuese un chico, podríamos huir juntos y pasarlo de maravilla; pero solo soy una miserable chica, y debo comportarme correctamente y quedarme en casa. No me tientes, Laurie, es una locura.

—¡Ahí está la gracia! —empezó a decir Laurie, cuya testarudez le llevaba a presionar hasta el final cuando había decidido algo.

—¡Cállate! —gritó Jo tapándose los oídos—. Estar atada y cautiva es mi destino y lo mejor que puedo hacer es asumirlo. He venido aquí para que entres en razón, no para oír cosas que me hagan saltar solo con pensarlas.

—Meg nunca aceptaría una proposición así, pero creía que tú tenías más personalidad —insistió Laurie, insinuante.

—¡Serás malo; déjalo ya! Siéntate y piensa en tus propios pecados en vez de intentar que yo aumente los míos. Si consigo que tu abuelo se disculpe por haberte agarrado, ¿olvidarás la idea de escaparte? —preguntó Jo con toda seriedad.

—Sí, pero no lo hará —contestó Laurie, que en el fondo deseaba un arreglo, pero necesitaba que antes calmasen su dignidad ofendida.

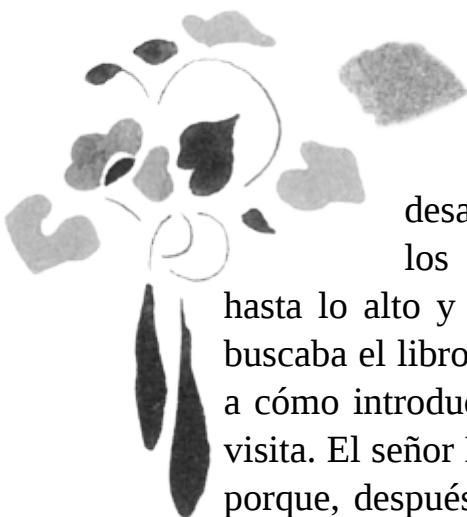
—Si he podido con el joven también podré con el viejo —murmuró Jo al salir, dejando a Laurie inmerso en una guía del ferrocarril.

—¡Pase! —era la ronca voz del señor Laurence, que sonó más ronca que nunca cuando Jo llamó a su puerta.

—Soy yo, señor; venía a devolverle un libro —dijo suavemente mientras entraba.

—¿Quieres algún otro? —preguntó el anciano intentando ocultar su irritación.

—Sí, por favor. Me gustaría otro del viejo Sam; creo que cogeré el segundo tomo —contestó Jo, con la esperanza de congraciarse con él al



aceptar una segunda dosis del *Johnson* de Boswell^[1], que tan vivamente le había recomendado.

El poblado entrecejo del anciano se desarrugó un poco mientras acercaba la escalera a los estantes de literatura johnsoniana. Jo trepó hasta lo alto y se sentó en el último escalón simulando que buscaba el libro, aunque realmente no hacía sino darle vueltas a cómo introducir el peligroso asunto que había motivado su visita. El señor Laurence debió de sospechar que tramaba algo porque, después de recorrer de arriba a abajo varias veces la habitación, la miró cara a cara y se dirigió a ella con tal brusquedad que Rasselas^[2] pegó el hocico al suelo y no se atrevió a levantarla.

—¿Qué ha hecho ese chico ahora? No trates de defenderle. Sé que ha sido algo malo por la forma en que volvió a casa. No he conseguido que me diga ni una palabra y, cuando intenté sacarle la verdad a la fuerza, salió corriendo al piso de arriba y se ha encerrado en su cuarto.

—Sí que ha hecho algo malo, pero nosotras le hemos perdonado y todos hemos prometido no contarte nada a nadie —explicó Jo de mala gana.

—No se trata de eso. No debe andar escondiéndose detrás de una promesa hecha a unas muchachas bondadosas como vosotras. Si se ha comportado de forma impropia ha de confesar, pedir perdón y recibir su castigo. Dímelo, Jo; no quiero seguir sin saber lo que pasa.

—Insisto, señor, en que no puedo. Mamá me lo ha prohibido. Laurie ha confesado, ha pedido perdón y ha recibido suficiente castigo. No guardamos silencio para protegerle, sino a otra persona, y todo se complicaría aún más si usted interviniere. No insista; ha sido en parte también culpa mía, pero ahora todo está solucionado y lo mejor es olvidarlo y hablar del *Rambler*^[3] o de cualquier otra cosa agradable.

—¡Al diablo con el *Rambler*! Baja de ahí y dame tu palabra de que ese desastre de chico no os ha hecho algo desagradable o impertinente. Porque como se haya atrevido, después de todas vuestras amabilidades con él, le voy a sacudir con mis propias manos.

La amenaza sonó terrible, pero no alarmó a Jo, quien sabía perfectamente que el irascible anciano jamás sería capaz de levantar un solo dedo contra su nieto, por mucho que dijera lo contrario. Muy obediente, bajó de la escalera e intentó quitarle importancia a lo sucedido, evitando nombrar a Meg y haciendo todo lo posible por no faltar a la verdad.

—Hum..., bueno, si el muchacho ha guardado silencio porque lo había prometido y no por obstinación, le perdonaré. Es terco y difícil de manejar —dijo el señor Laurence, relajando ya del todo el entrecejo y revolviéndose el cabello como si acabara de atravesar un huracán.

—También yo lo soy, y es más fácil manejarme con una palabra amable que con todo un regimiento de la caballería real —argumentó Jo, intentando decir algo amable de su amigo, que parecía salvarse de un reproche para caer en otro.

—¿Crees que no soy amable con él, eh? —fue la seca respuesta que recibió.

—Oh, no, señor; en ocasiones es usted demasiado amable, pero, otras, un poquito violento, cuando acaba con su paciencia, claro. ¿No le parece?

Jo había decidido solucionar la cuestión de una vez e intentaba aparentar calma, aunque después de su temeraria afirmación estaba casi temblando. Para su alivio y sorpresa, el anciano caballero se limitó a tirar ruidosamente sus anteojos sobre la mesa y exclamó con franqueza:

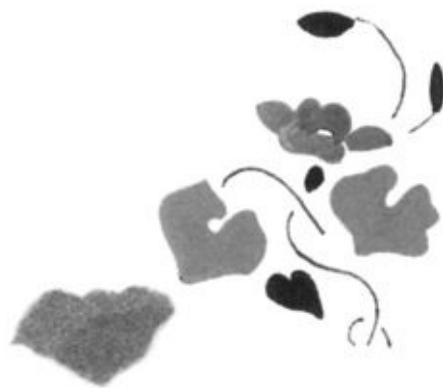
—¡Tienes razón, chiquilla! Quiero mucho a ese muchacho, pero cuando acaba con mi paciencia...; no sé cómo podemos terminar si las cosas siguen así.

—Pues se lo diré; él piensa escaparse.

Al instante Jo se arrepintió de haberlo dicho; su intención era hacerle comprender que Laurie no resistiría mucho más y que debía ser más indulgente con el chico. El fiero rostro del señor Laurence cambió de repente; se sentó y miró preocupado el retrato de un hombre apuesto que estaba colgado sobre su mesa. Era del padre de Laurie, que siendo muy joven huyó para casarse en contra de los autoritarios deseos del anciano. Jo comprendió que recordaba y lamentaba el pasado y deseó haber sabido callarse a tiempo.

—No lo hará, a no ser que se sienta realmente ofendido; es solo una amenaza que usa cuando se cansa de estudiar. A veces pienso que a mí me gustaría irme también, sobre todo desde que me corté el pelo, así que, si alguna vez nos echa de menos, no tiene más que poner un anuncio buscando a dos jóvenes en los cargueros que zarpen hacia la India.

Procuró reírse mientras hablaba y el señor Laurence pareció aliviado al tomarlo todo como una broma.



—¡Tunanta! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Dónde está tu respeto y tu buena educación? ¡Vaya jóvenes estos! Son un tormento, pero ¿qué haríamos sin ellos? —dijo, pellizcándole las mejillas con buen humor—. Vete y haz que baje el chico para la cena. Dile que todo está arreglado y que no se ponga trágico conmigo; no puedo soportarlo.

—No vendrá, señor; se siente molesto porque usted no ha creído en su palabra. Creo que el que le agarrara ha herido profundamente sus sentimientos.

Jo intentaba commoverle, pero no lo consiguió, porque la reacción del señor Laurence fue echarse a reír; entonces comprendió que la partida estaba ganada.

—Lamento haberlo hecho, y debería estarle agradecido por no haberme agarrado él a mí, supongo. ¡Diantre! ¿Pero qué es lo que espera? —exclamó el viejo caballero, un poco asombrado de su propio mal genio.

—Si yo fuese usted, le mandaría una disculpa por escrito, señor. Dice que no piensa bajar hasta que no se haya excusado, y habla de Washington y otras locuras similares. Una disculpa formal le hará ver lo idiota que es y le hará bajar en plan amistoso. Hágalo; a él le gustan las gracias y esto será mucho mejor que ponerse a hablar. Yo se la llevaré para que aprenda cómo deben hacerse las cosas.

El señor Laurence le echó una mirada perspicaz, se puso los anteojos y dijo despacio:

—¡Qué astuta eres! Pero no me importa que tú o Beth me manejéis. Venga, dame un trozo de papel y acabemos con esta tontería.

Escribió la nota en los términos que usaría un caballero para dirigirse a otro después de graves insultos. Jo depositó un beso en la calva del señor Laurence y subió corriendo. Quería deslizar la disculpa por debajo de la puerta de Laurie, y aconsejarle por el hueco de la cerradura que fuese humilde, educado y un montón más de cosas agradables, pero de nuevo se encontró la puerta cerrada con llave, así que dejó que la nota hiciera el trabajo por sí sola. Ya se iba de puntillas, cuando el joven la adelantó deslizándose por el pasamanos de la escalera y la esperó abajo, para decirle con su tono más encantador:

—¡Qué buena amiga eres, Jo! ¿Te ha regañado? —añadió entre risas.

—No, ha estado bastante suave, en general.

—¡Ay! Se me había juntado todo. Hasta tú me abandonaste y ya me sentía como un apestado —argumentó Laurie para justificarse.

—No sigas hablando así; pasa la página y empecemos de nuevo, Laurie, cariño.

—Siempre estoy pasando nuevas páginas y estropeándolas, como hacía en mis cuadernos de caligrafía; empiezo tantas veces que nunca llegaré al final —dijo tristemente.

—Vete a cenar y seguro que te sientes mejor. Los hombres siempre gruñís cuando tenéis hambre —y Jo desapareció por la puerta principal nada más decir esto.

—Un «cumplimento» para mi sexo —contestó Laurie, imitando a Amy, mientras iba diligentemente a compartir un pastel de venado con su abuelo, quien estuvo de especial buen humor y sumamente educado el resto del día.

Todos creyeron que el asunto estaba zanjado y que la nube se disipaba. Pero este embrollo había sucedido y, aunque los demás lo olvidaran, Meg no. Jamás aludía a cierto personaje, aunque no dejaba de pensar en él, soñaba sin parar y, en una ocasión, Jo, mientras buscaba sellos en el escritorio de su hermana, encontró un papel en el que estaban garabateadas las palabras «señora de John Brooke». Gimió trágicamente y lo arrojó al fuego, convencida de que la jugarreta de Laurie había precipitado la llegada del peor día de su vida.

Capítulo XXII Hermosos prados



AS TRANQUILAS semanas que siguieron fueron como un rayo de sol después de la tormenta. Los enfermos mejoraron rápidamente y el señor March empezó a hablar de regresar a casa a principios de año. Beth ya podía pasarse el día echada en el sofá del despacho y entretenerse, al principio, con sus adorados gatos, y más tarde, con la costura de sus muñecas, que estaba muy atrasada tras todo este tiempo de abandono. Sus piernas, antes tan activas, se habían quedado tan rígidas y débiles que Jo tenía que transportarla en brazos de un lado a otro de la casa. Meg disfrutaba cocinando exquisitos manjares para su «querida hermanita», a pesar de ensuciarse y hasta quemarse sus blancas manos, y Amy, leal a las intenciones que le recordaba el anillo, celebraba su regreso regalando a sus hermanas tantos tesoros como conseguía que aceptasen.

Al acercarse las Navidades, los secretos de costumbre empezaron a rondar la casa. Jo hacía reír constantemente a la familia con sus propuestas para celebrar estas Navidades tan especialmente felices con ceremonias imposibles o absurdamente magníficas. Las ideas de Laurie eran igual de impracticables; si por él hubiese sido, habrían encendido hogueras y fuegos artificiales, y hasta habrían levantado algún arco de triunfo. Después de varias refriegas y regañinas se llegó a la convicción de que, por fin, la ambiciosa pareja se había apaciguado; rondaban por ahí con caras largas, aunque, cuando se juntaban los dos, no podían evitar delatadoras explosiones de risa.

Varios días de un clima insólitamente templado precedieron a una espléndida mañana de Navidad. Hannah «sentía en los huesos» que iba a ser un día particularmente bueno y demostró sus habilidades como profetisa, porque todo y todos parecían haberse puesto de acuerdo con el fin de que el éxito fuera absoluto. Para empezar, el señor March escribió diciendo que muy

pronto estaría con ellos; además, Beth se sentía de maravilla aquella mañana, así que la bajaron vestida con el regalo de su madre —una confortable bata roja de lana— y la colocaron en triunfo junto a la ventana para que pudiese contemplar la ofrenda de Jo y Laurie. Los «incansables», haciendo honor a su nombre, habían trabajado como esclavos durante la noche y habían conseguido sorprenderlos. En mitad del jardín se alzaba una doncella de nieve coronada de acebo, con una cesta de frutas y flores en una mano, una partitura de música nueva en la otra, una colcha con todos los colores del arco iris sobre los hombros y un villancico escrito en papel rosa que le colgaba de los labios y decía así:

DE LA JUNGFRAU^[1] PARA BETH

Bendita seas, querida reina Beth,
a la que nada hace desmayar.
La paz sea contigo, la salud, y la dicha,
en este día de Navidad.

Aquí te traigo fruta para el paladar,
flores llenas de aroma,
música para que toquen tus manos
y una manta para los pies.

Soy como el retrato de Joanna
que Rafael II trabajó con esmero
para que, sin lugar a dudas,
me pareciera al modelo.

Acepta el lazo rojo, Beth,
para la cola de tu gata favorita,
y el helado que con cariño hizo Meg;
es el Mont Blanc envuelto con una cinta.

Los que me hicieron llenaron del más dulce amor
mi helado corazón.
Acéptalos a ambos, por favor;
son una ofrenda de Laurie y de Jo.

¡Cómo se rio Beth cuando la vio! ¡Qué carreras de Laurie para meter los regalos! ¡Cuán absurdos fueron los discursos de Jo al entregárselos!

—Soy tan feliz que si, además, estuviera papá aquí, creo que no podría serlo más —dijo Beth, completamente dichosa, cuando Jo la trasladaba al despacho para que descansase después de tantas emociones, y repusiera fuerzas con algunas de las deliciosas uvas que le había traído la *jungfrau*.

—También yo —se sumó Jo, palpándose el bolsillo en el que se encontraba el tan ansiado volumen de *Ondina y Sintram*.

—Pues os aseguro que yo también —secundó Amy, con la vista fija en la copia de la *Virgen y el Niño* que su madre había enmarcado bellamente.

—¡Y yo! —añadió Meg, alisando los pliegues plateados de su primer vestido de seda, que el señor Laurence había insistido en que aceptara.

—¿Cómo podría sentirme yo de otro modo? —dijo la señora March agradecida, mientras sus ojos iban de la carta de su esposo a la cara sonriente de Beth y sus manos acariciaban el broche que sus hijas acababan de prenderle en el pecho, y en cuyo interior había mechones grises, rubios, castaños y morenos.

Algunas veces, en este arduo mundo suceden cosas que parecen sacadas de un cuento, y qué alegría que sea así. Media hora después de que todas hubieran dicho que eran tan felices que apenas podrían contener una gota más de felicidad, la gota cayó. Se abrió la puerta del salón y la cabeza de Laurie asomó muy despacio. Fue como si acabara de dar un salto mortal o de lanzar un grito de guerra indio, porque su cara reflejaba tal excitación y su voz le traicionaba demostrando tal alegría que todas se levantaron de un salto, aunque él solo dijo de forma extraña y casi sin aliento:

—Aquí hay otro regalo de Navidad para la familia March.



Antes de que las palabras acabaran de salir de su boca, desapareció y su lugar pasó a ser ocupado por un hombre alto, embozado hasta los ojos, que se apoyaba en el brazo de otro hombre alto que, al parecer, quería decir algo sin conseguirlo. Hubo, por descontado, una estampida general y durante varios instantes pareció que nadie estaba en sus cabales, pues no pararon de hacer cosas raras aunque nadie habló. El señor March desapareció bajo cuatro pares de amantes brazos; Jo, para su vergüenza, casi se desmaya y tuvo que ser asistida por Laurie, quien la acompañó al baño; el señor Brooke besó a Meg, por equivocación, según explicaba de forma incoherente; y Amy, tan digna siempre, tropezó con un taburete y, sin tiempo para levantarse, se abrazó

llorando a las botas de su padre de un modo absolutamente conmovedor. La señora March fue la primera en reponerse y levantó la mano advirtiéndoles:

—¡Shhh! ¡Acordaos de Beth!

Pero ya era demasiado tarde. La puerta del despacho se había abierto de repente y la pequeña bata roja apareció en el umbral...; la felicidad dio fuerza suficiente a sus débiles piernas y Beth corrió directa a los brazos de su padre. Lo que pudiera pasar luego no importaba: sus corazones estaban a rebosar de una dicha que había barrido por completo las aflicciones del pasado; en su lugar solo quedaba la dulzura del presente.

No todo fue tan romántico. Un estallido de risa general los hizo volver a la realidad cuando descubrieron a Hannah detrás de la puerta, llorando por el pavo, al que había olvidado atar cuando subió corriendo de la cocina. Una vez calmadas las risas, la señora March empezó por agradecer al señor Brooke lo bien que había cuidado a su marido, momento en el que el señor Brooke recordó de repente que el señor March necesitaba reposo y, llevándose a Laurie, se retiró precipitadamente. Después, se ordenó a los dos convalecientes que descansaran, y ambos obedecieron a su manera: se sentaron juntos en un sillón y se pusieron a charlar animadamente.

El señor March les contó la ilusión que le hacía darles una sorpresa y que, gracias al buen tiempo, el doctor le había autorizado a adelantar sus planes. También les habló de lo servicial que había sido Brooke y de que era un joven honrado y digno de admiración. Dejo a la imaginación del lector la tarea de descubrir por qué en este punto hizo una pausa y, después de echarle una mirada a Meg, que estaba atizando violentamente el fuego, levantó la vista hacia su esposa y le hizo un gesto de interrogación con las cejas. También pueden especular sobre por qué la señora March hizo un gesto afirmativo y le preguntó de repente si quería comer algo. Jo notó y comprendió las miradas; salió a por un poco de vino y una taza de caldo taconeando de un modo bastante desagradable y murmurando para sus adentros, mientras daba un portazo:

«Odio a los jóvenes dignos de admiración que tienen los ojos castaños».

Nunca habían disfrutado de una cena de Navidad como la de aquel día. El enorme pavo que Hannah subió, dorado, relleno y bien presentado, era un espectáculo digno de recordarse, al igual que el budín de ciruelas, que se deshacía en la boca, y las jaleas, con las que Amy se relamía como una mosca en un tarro de miel. Todo salió de maravilla, lo cual ya tenía su mérito porque, como dijo Hannah: «Estaba tan alocada, señora, que lo que es un

milagro es que una servidora no haya asado el budín o rellenado el pavo con las ciruelas».

Se unieron a la cena el señor Laurence y su nieto, y también el señor Brooke —al que Jo miraba de través, para infinita diversión de Laurie—. Las cabeceras de la mesa las ocupaban Beth y su padre en sendas butacas; su modesto menú festivo consistía en pollo y algo de fruta. Brindaron, charlaron, cantaron, contaron «viejas batallitas», como dicen los mayores, y lo pasaron muy bien. Habían planeado dar un paseo en trineo, pero las niñas no querían separarse de su padre, así que los invitados se fueron pronto y, a la luz del crepúsculo, la feliz familia se sentó reunida junto al fuego.

—Hace justo un año nos quejábamos de lo tristes que iban a ser aquellas navidades, ¿os acordáis? —preguntó Jo, rompiendo la pausa silenciosa que había seguido a una larga conversación sobre muchas cosas.

—En cierto modo ha sido un año agradable —dijo Meg, satisfecha por haber tratado al señor Brooke con dignidad.

—Y también duro —observó pensativa Amy, con la vista fija en el brillo de su sortija.

—Me alegro de que se haya terminado, porque ahora estás de nuevo con nosotras —susurró Beth que estaba sentada en las rodillas de su padre.

—Habéis superado una de las partes difíciles del viaje, mis pequeñas peregrinas, sobre todo en estos últimos tiempos. Pero lo habéis hecho con valentía y creo que muy pronto os veréis libres de vuestras cargas —dijo el señor March, mirando con paternal satisfacción los cuatro rostros que le rodeaban.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo contaba mamá? —preguntó Jo.

—No todo. La paja indica la dirección del viento, y hoy he descubierto unas cuantas cosas.

—¡Dínosalas! —exclamó Meg, que estaba sentada a su lado.

—Esta es una —dijo mientras cogía la mano que se apoyaba en el brazo de su butaca y señalaba el índice despellejado, una quemadura en el dorso y dos o tres durezas en la palma—. Recuerdo la época en la que esta mano era sumamente blanca y suave, y tu mayor preocupación era que siguiera así. Era muy bonita entonces, pero, para mí, ahora lo es aún más...; en estas marcas leo una pequeña historia. Has dejado que tu vanidad se queme, y esta palma endurecida ha conseguido otras cosas además de ampollas; y estoy seguro de que lo que han cosido tus dedos durará mucho, por la buena voluntad que has puesto al hacerlo. Meg, cariño, valen más las habilidades femeninas que hacen que un hogar sea feliz que las manos blancas o el estar a la moda. Me

enorgullece estrechar esta mano buena y trabajadora, y confío en que no me la pidan demasiado pronto.

Si Meg esperaba alguna recompensa por horas de pacientes labores, la recibió en el apretón de la mano de su padre y en la sonrisa aprobadora que este le dedicó.

—¿Y qué opinas de Jo? Di algo agradable, por favor. Se ha esforzado tanto y ha sido tan tan buena conmigo —dijo Beth al oído de su padre.

Él se rio y miró a la alta chica que, con una expresión inusualmente dulce en su rostro moreno, estaba sentada justo enfrente.

—A pesar de los cortos rizos, no veo aquí al «hijo Jo» que dejé hace un año —dijo el señor March—. Veo a una señorita que se ajusta el cuello correctamente, lleva bien atados los botines y no silba, ni dice palabrotas, ni se tumba en la alfombra como solía. Tiene la cara delgada y algo pálida debido a la vigilia y a la ansiedad, pero me gusta mirarla porque se ha vuelto más tranquila y su voz más amable; no salta, se mueve sin hacer ruido y cuida maternalmente a cierta personita de una manera que me encanta. Echo un poco de menos a mi pequeña salvaje, pero, si en su lugar tengo a una mujer fuerte, servicial y tierna, me sentiré muy satisfecho. No sé si el trasquilón ha vuelto juiciosa a nuestra oveja negra, pero lo que sí sé es que en todo Washington no pude encontrar nada lo bastante hermoso como para comprarlo con los veinticinco dólares que me envió mi querida niña.

La mirada penetrante de Jo se empañó durante un instante y sus delgadas mejillas se sonrosaron a la luz del fuego al recibir las alabanzas de su padre. Sintió que algunas de ellas se las había ganado.

—Ahora, Beth —dijo Amy, deseosa de que llegase su turno, pero dispuesta a esperar.

—Se ha quedado en tan poca cosa que temo que se me escabulla de entre los brazos si hablo mucho de ella, aunque ya no es tan tímida como antes —empezó a bromear su padre, pero, al recordar lo cerca que había estado de perderla, la abrazó con fuerza y le dijo lleno de amor, con su mejilla pegada a la de ella—: Ya te tengo a salvo, Beth. Sigue así, por favor, Señor.

Después de unos instantes de silencio miró a Amy, que estaba sentada en el taburete, a sus pies, y, acariciando su brillante melena, dijo:

—He notado que, en la cena, Amy se ha conformado con un muslo, y también que ha estado toda la tarde haciendo recados para su madre; esta noche le ha cedido su sitio a Meg y ha esperado a que hablara de las demás con paciencia y buen humor. También he observado que casi no se queja ni se mira al espejo, y ni siquiera ha mencionado ese precioso anillo que lleva; así

que he llegado a la conclusión de que ha aprendido a pensar más en los demás y menos en ella misma, y que ha decidido moldear su carácter con el mismo esmero que moldea sus figurillas de barro. Me alegro de que sea así porque, aunque siempre estaré orgulloso de las estatuas que haga, me sentiré infinitamente más orgulloso de tener una hija digna de amor y capaz de hacer la vida más hermosa a los demás y a sí misma.

—¿En qué piensas, Beth? —le preguntó Jo, después de que Amy le diera las gracias a su padre y le contara la historia del anillo.

—En algo que he leído hoy en *El viaje del peregrino*: después de muchos problemas, Cristiano y Optimista^[2] llegan a un hermoso prado verde en el que las lilas florecen todo el año, y allí descansan felices, como nosotros ahora, antes de reemprender el viaje —contestó Beth, y añadió, mientras se deshacía del abrazo de su padre e iba hacia el piano—: Es hora de cantar, y quiero estar en mi sitio de siempre. Voy a ver qué tal me sale la canción del pastorcillo que oyeron los peregrinos. Le he puesto música para papá, porque seguro que los versos le gustan.

Sentada ante su querido piano, Beth acarició las teclas y con su voz dulce, esa voz que habían pensado que no volverían a oír, comenzó a cantar este curioso himno que parecía especialmente hecho para ella:

*El que ya está abajo no teme la caída,
el humilde no necesita altanería;
y es que el manso siempre encontrará
en Dios a su auténtico guía.*

*Contento estoy con lo que tengo,
sea mucho o sea poco;
solo deseo seguir así, oh Señor,
bajo tu manto protector.*

*La abundancia es una carga
para el peregrino que avanza;
un poco aquí, una bendición allí,
es a lo único que aspiro para mí.*



Capítulo XXIII

La tía March resuelve el asunto



OMO UN enjambre de abejas tras su reina, madre e hijas revoloteaban alrededor del señor March al día siguiente; dejaron a un lado todas sus obligaciones y se dedicaron a mirar, atender o escuchar al nuevo enfermo, hasta el extremo de casi acabar con él a fuerza de cuidados. Cómodamente instalado en un sillón junto al sofá de Beth, con el resto de la familia al lado, y Hannah asomando la cabeza de vez en cuando «para echarle un vistazo al querido señor», no parecía que les faltara nada para ser completamente felices. Pero faltaba algo, y los mayores lo notaban, aunque ninguno lo confesara. El señor y la señora March cruzaban miradas de preocupación cuando observaban a Meg. A Jo le daban ataques repentinos de seriedad y la vieron a punto de darle un puñetazo al paraguas que el señor Brooke había olvidado en el recibidor. Meg estaba distraída, tímida y silenciosa, se sobresaltaba si sonaba el timbre y se ponía colorada si se mencionaba el nombre de John. Amy comentó que parecía como si todos esperasen algo, aunque no podía imaginarse qué, ahora que papá ya estaba en casa, a salvo, y Beth se preguntaba inocentemente por qué sus vecinos no se dejaban caer por allí como siempre.

Laurie se acercó por la tarde y, al ver a Meg en la ventana, fue como si le hubiera poseído una furia melodramática: se dejó caer de rodillas en la nieve, se golpeó el pecho, se tiró del pelo y unió las manos con gesto suplicante, como si pidiese alguna bendición. Cuando Meg le dijo que se comportara y que se marchase, él escurrió unas imaginarias lágrimas de su pañuelo y se alejó dando tumbos como si estuviera totalmente desesperado.

—¿Qué quería ese ganso? —dijo Meg riéndose e intentando hacerse la despistada.

—Te estaba enseñando como acabará tu John. Conmovedor, ¿no te parece? —contestó Jo desdeñosamente.

—No digas «mi John»; no es correcto ni tampoco verdad —pero Meg se demoró un poco al decir estas palabras, como si le sonaran bien—. Deja de atormentarme, Jo. Ya te he dicho que no me interesa «demasiado», y que no hay nada; lo único que tenemos que hacer es ser amables y comportarnos como antes.

—Imposible, porque «sí» hay algo, y la metedura de pata de Laurie ha terminado de estropearlo. Lo noto, y mamá también; ya no eres la de antes, y pareces estar tan lejos de mí... No pretendía atormentarte; soportaré todo esto como un hombre, pero me gustaría que se aclarase de una vez. Odio esperar, así que, si tienes que hacer algo, date prisa y que termine cuanto antes —dijo Jo quisquillosa.

—No puedo decir ni hacer nada hasta que él hable, y no lo hará porque papá le dijo que yo era demasiado joven —dijo Meg, doblando su costura con una extraña sonrisita que sugería que no estaba muy de acuerdo con su padre en ese punto.

—Y aunque te hablara no sabrías qué decir; te echarías a llorar, o te pondrías colorada, o le dejarías que hiciera lo que quisiera en lugar de contestarle con un decidido y sano «No».

—No soy tan tonta ni tan débil como piensas. Sé perfectamente lo que diría; lo tengo muy pensado, así no me cogerá desprevenida. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Jo no pudo evitar sonreír ante el aire trascendente que Meg, sin darse cuenta, había adoptado y que le sentaba muy bien, al igual que el cambio de color a sus mejillas.

—¿Te importa contarme qué le dirías? —preguntó Jo más considerada.

—En absoluto. Tienes dieciséis años y con esa edad ya puedes ser mi confidente. Y mi experiencia, con el tiempo, quizás te sea útil para tus propias historias de este tipo.

—No pienso tenerlas. Es divertido ver los galanteos de los demás, pero, si tuviera que hacerlo yo, me sentiría como una auténtica idiota —dijo Jo, que se había alarmado ante la mera idea.

—No pensarás lo mismo cuando le gustes mucho a alguien y ese alguien te guste a ti —Meg habló como para sí misma, mirando la senda por la que tantas veces había visto, en los veranos, pasear a parejas de enamorados al atardecer.

—Pensé que me ibas a contar el discurso que tienes preparado para ese hombre —dijo Jo, cortando las divagaciones de su hermana.

—Oh, simplemente le diría, con calma y decisión: «Gracias, señor Brooke; es usted muy amable, pero estoy de acuerdo con mi padre en que aún soy demasiado joven para comprometerme, así que le ruego que no diga nada más; sigamos siendo amigos como hasta ahora».

—Bueno, eso resulta bastante formal y seco. No creo que seas capaz de decirlo; además, estoy segura de que, si lo hicieras, él no se conformaría. Seguiría insistiendo, como los enamorados de las novelas, y al final, para no herir sus sentimientos, cederías.

—No, no lo haría. Le repetiría que ya he tomado la decisión y saldría muy dignamente de la habitación.

Mientras hablaba, Meg se levantó y ya iba a hacer una demostración de la digna salida cuando unas pisadas en el recibidor la hicieron volver volando a su asiento y ponerse a coser a toda velocidad, como si su vida entera dependiera de terminar aquel zurcido en concreto. Jo ahogó la risa que le produjo el repentino cambio y, cuando alguien llamó discretamente a la puerta, la abrió con una expresión torva que indicaba cualquier cosa menos cordialidad.

—Buenas tardes. He venido a recoger mi paraguas..., quiero decir, a ver cómo se encuentra su padre hoy —dijo el señor Brooke, haciendo un lío al pasar la mirada de un rostro vigilante al otro.

—Se encuentra muy bien, está en el perchero. Lo cogeré y le diré que ha venido.

Y después de haber hecho una buena mezcolanza entre su padre y el paraguas en la respuesta, Jo salió de la habitación para darle a Meg la oportunidad de soltar su discurso y mostrarse muy digna. Pero en cuanto hubo desaparecido, Meg empezó a escurrirse hacia la puerta, murmurando:

—A mamá le gustará verle. Siéntese, por favor. Voy a avisarla.

—No se vaya. ¿Le doy miedo, Margaret?

El señor Brooke parecía tan dolido que Meg pensó que debía haberle tratado con una terrible brusquedad. Se puso colorada hasta la mismísima raíz del flequillo porque era la primera vez que la llamaba Margaret, y le sorprendió notar lo natural y dulce que le resultaba oírselo decir. Deseaba comportarse de forma amistosa y desenvuelta, así que le tendió la mano en señal de confianza y le dijo agradecida:

—¿Cómo iba a darme miedo después de lo amable que ha sido con papá? Lo que desearía es encontrar el modo de agradecérselo.

—¿Puedo decírselo? —preguntó el señor Brooke, agarrando su diminuta mano entre las de él y mirándola con sus ojos castaños tan llenos de amor que el corazón de Meg se puso a latir con fuerza, y ella sintió que deseaba a la vez huir de allí y quedarse para escucharle.

—Oh, no, por favor..., preferiría que no —dijo con cara de susto intentando recuperar su mano.

—No la molestaré; solo deseo saber si le importo un poco, Meg. La amo tanto —añadió el señor Brooke tiernamente.

Era el momento de decir con calma y corrección el discurso que tenía preparado, pero Meg no lo hizo, lo había olvidado por completo; en lugar de eso bajó la cabeza y contestó un «no lo sé» tan quedo que John tuvo que agacharse para recoger esta simple respuesta. Y pareció que le había merecido la pena, porque sonrió para sí como si estuviera satisfecho, estrechó una vez más la pequeña mano y dijo con una voz de lo más persuasiva:

—¿Tratará de averiguarlo? Deseo tantísimo saberlo...; para trabajar con todas mis fuerzas he de saber si es por algo, si al final me espera una recompensa o no.

—Soy muy joven —balbuceó Meg, preguntándose por qué temblaba si estaba disfrutando de la situación.

—Esperaré, y mientras tanto aprenderá a quererme. ¿Le parece una lección demasiado difícil, querida?

—No si decidio estudiarla, pero...

—Por favor, Meg, decídalo. Me gusta enseñar, y esto será mucho más fácil que el alemán —la interrumpió John, tomando posesión de la otra mano para que no pudiera esconder la cara mientras se inclinaba a mirarla.



Su voz era lo bastante suplicante, pero, al levantar ligera y tímidamente los ojos, Meg comprobó que en los de él se reflejaba, además de ternura, cierta felicidad, y que tenía esa sonrisa satisfecha de quien no duda de su éxito. Esto la irritó. Le vinieron a la cabeza las estúpidas lecciones de coquetería de Annie Moffat, despertando las ansias de dominio que residen en el fondo de toda la chica. Se sintió excitada y extraña y, al no saber qué otra cosa poder hacer, se dejó llevar por el capricho; liberó sus manos y dijo despectivamente:

—Pues no lo decido. ¡Por favor, le ruego que se vaya y que me deje en paz!

Fue como si al pobre Brooke se le desplomaran en un momento todos sus castillos en el aire. Nunca había visto a Meg comportarse así. Se quedó perplejo.

—¿No lo dirá en serio? —preguntó angustiado, siguiéndola hacia la puerta.

—Sí, lo digo en serio. No quiero preocuparme por estas cosas. Papá dice que no debo hacerlo, que es demasiado pronto, y yo lo prefiero así.

—¿Puedo tener la esperanza de que con el tiempo llegue a cambiar de idea? Aguardaré todo lo que sea necesario sin decir nada. No juegue conmigo, Meg. No esperaba esto de usted.

—No espere nada de mí. Es lo mejor —dijo Meg, hallando una perversa satisfacción en probar la paciencia de su enamorado y su propio poder.

Él se había quedado serio y pálido, y se parecía más que nunca a los héroes de novela que Meg admiraba, pero no se golpeó la frente contra las paredes ni recorrió de arriba abajo la habitación como ellos; se quedó allí, de pie, mirándola tan anhelante, tan frágil, que ella se dio cuenta de que su corazón, a pesar de sus deseos, empezaba a blandirse. Es imposible predecir lo que hubiera pasado después si en ese interesante momento no hubiese entrado la tía March.



La anciana no había podido resistir el deseo de ver a su sobrino; durante su paseo se había encontrado con Laurie y, al oír que el señor March había regresado, se fue directa a visitarle. Toda la familia estaba en la parte de atrás de la casa y la dama recorrió la entrada con sigilo con la intención de darles

una sorpresa. Y a dos de ellos se la dio, tanto que Meg se quedó mirándola como si viera un fantasma y el señor Brooke desapareció metiéndose en el despacho.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué es todo esto? —exclamó la anciana con varios golpes de bastón, después de haber comprobado la palidez del joven y el sonrojo de la chica.

—Es un amigo de papá. ¡Me ha sorprendido tanto verla! —balbuceó Meg, convencida de que se le venía encima una reprimenda.

—¡Resulta evidente! —repuso tía March sentándose—. ¿Y qué te decía ese amigo de tu padre para que estés como una amapola? Aquí pasa algo e insisto en saber qué es —y lo remarcó con un nuevo golpe de bastón.

—Estábamos hablando, simplemente. El señor Brooke vino a recoger su paraguas —explicó Meg, deseando que el señor Brooke y su paraguas estuvieran ya a salvo fuera de la casa.

—¿Brooke? ¿El tutor de ese chico? ¡Ah! Ahora lo entiendo; conozco esa historia. Jo guardó por error uno de sus mensajes con una carta de tu padre y le hice que me lo explicara todo. No le habrás aceptado, ¿verdad, niña? —le gritó la tía March, escandalizada.

—¡Cállese! Puede oírnos. ¿No debería llamar a mamá? —dijo Meg, sumamente confundida.

—Todavía no. Tengo que decirte algo y solo puedo concentrarme en una cosa a la vez. Dime, ¿pretendes casarte con ese Cook? Porque, si lo haces, no tendrás ni un penique de mi dinero. Recuérdalo y sé una muchacha sensata —dijo la anciana pomposamente.

La tía March manejaba a la perfección el arte de conseguir que las personas más tranquilas le llevaran la contraria y disfrutaba ejerciéndolo. Hasta el ser más bondadoso tiene algo de perverso, especialmente si se es joven y se está enamorado. Si tía March hubiera dado su autorización a Meg para aceptar a John Brooke, probablemente, esta habría dicho que ni siquiera había pensado en ello; pero, al recibir la orden indiscutible de no quererle, decidió de inmediato que sí que lo haría. La atracción, del mismo modo que la perversidad, hace que tomemos decisiones rápidas. Por todo ello, Meg, que se encontraba notablemente excitada, se opuso a la anciana señora con una firmeza desacostumbrada.

—Me casaré con quien me plazca, tía March, y usted puede dejar su dinero a quien más le guste —dijo, apoyando su resolución con un decidido gesto de cabeza.

—¿Conque esas tenemos? ¿Así agradeces mi consejo, señorita? Ya te arrepentirás cuando intentes seguir enamorada en una casucha y descubras que es un fracaso.

—No creo que sea mayor que el que viven algunos en sus mansiones —saltó Meg.

Tía March se puso las gafas y la miró: no conocía este nuevo rasgo de su carácter. Apenas si lo conocía la propia Meg; se sentía valerosa e independiente..., feliz de defender a John y su derecho de amarle si así lo deseaba. Tía March se dio cuenta de que no había empezado con buen pie y, después de una corta pausa, decidió volver a intentarlo, diciendo de la forma más suave que pudo:

—Mira, Meg, querida: sé razonable y sigue mi consejo. Te lo digo de corazón; no quiero que destroces toda tu vida cometiendo un error así al principio. Debes hacer una buena boda y ayudar a tu familia; es una obligación que no puedes olvidar.

—Papá y mamá no piensan igual; les gusta John aunque sea pobre.

—Tus padres, querida, tienen menos mundo que un par de bebés.

—Pues yo me alegro —exclamó con arrojo Meg.

Tía March hizo como que no la había oído y siguió con su sermón.

—Ese Rook es pobre y no tiene ningún pariente rico, ¿verdad?

—No, pero tiene muchos amigos que le quieren.

—No puedes vivir de los amigos; intétalo y verás qué pronto dejan de quererte. Tampoco tiene negocios, ¿verdad?

—Aún no. El señor Laurence le va a ayudar.

—Eso no durará. James Laurence es un viejo retorcido y no se puede depender de él. ¿Así que pretendes casarte con un hombre sin dinero ni posición, y trabajar aún más que ahora, cuando podrías vivir confortablemente el resto de tus días si me hicieras caso y obraras correctamente? Pensé que tenías más cabeza, Meg.

—¡No podría casarme mejor aunque esperara media vida! John es un hombre bueno, con cultura y mucho talento; ama el trabajo, y se abrirá camino porque es energético y luchador. Todos le respetan y a todos agrada, y yo estoy orgullosa de que se haya fijado en mí, que también soy pobre y, además, tan joven y tonta —dijo Meg, con una firmeza que la hacía más bella que nunca.

—Sabrá que tienes parientes ricos, criatura; ese es el secreto de que le gustes, sospecho.

—Tía March, ¿cómo se atreve a decir algo así? John está por encima de semejantes vilezas, y no pienso escucharla ni un minuto más si sigue por ese camino —gritó Meg indignada, olvidándolo todo, excepto lo injusta que era la sospecha de la anciana—. Mi John jamás se casaría por dinero, como tampoco lo haría yo. Estamos dispuestos a trabajar y a esperar. No temo ser pobre; he sido feliz hasta ahora y sé que seguiré siéndolo con él porque me ama y yo...

Meg se detuvo en este punto al recordar de repente que aún no se había decidido, que le había dicho a «su John» que se fuera, y que él podía estar oyendo sus comentarios contradictorios.

Tía March estaba realmente enfadada; se había hecho la ilusión de conseguir una buena boda para su preciosa sobrina y algo en el rostro joven y feliz de la muchacha hizo que se sintiera a la vez sola y amargada.

—Muy bien. ¡Yo me lavo las manos en todo este asunto! Eres una chiquilla cabezota, y con esta locura pierdes más de lo que crees. No, no voy a callarme. Me has decepcionado y ahora no tengo ánimos para ver a tu padre. Cuando te cases no esperes nada de mí; que se ocupen de ti los amigos de tu señor Brooke. He terminado contigo para siempre.

Y dándole con la puerta en las narices a Meg, la tía March se marchó furiosa. Fue como si con ella se hubiera ido todo el valor de la chica porque, al verse sola, Meg se quedó de pie sin saber qué hacer, si echarse a reír o a llorar. Antes de que hubiera optado por ninguna de las dos cosas, el señor Brooke se apoderó de ella y dijo casi sin aliento:

—No he podido evitar oírlo, Meg. Gracias por defenderme, y gracias a la tía March por demostrar que sí te importo un poco.

—No sabía cuánto hasta que se puso a insultarte.

—¿Y ya no tengo que irme, puedo quedarme y ser feliz? ¿Puedo, querida?

Aquí tuvo otra excelente oportunidad para el abrumador discurso y la salida majestuosa, pero Meg nunca había pensado realmente en llevar a la práctica ninguno de los dos. Y, perdiendo para siempre su crédito a los ojos de Jo, susurró un tímido «sí, John» y escondió el rostro en el chaleco del señor Brooke.

Quince minutos después de que se hubiera ido la tía March, Jo bajó sigilosamente las escaleras, se paró un momento ante la puerta del salón y, al no oír ningún ruido dentro, meneó la cabeza, sonrió con expresión satisfecha y se dijo a sí misma:

«Lo ha echado tal y como habíamos planeado; este asunto ya está resuelto. Entraré para que me lo cuente y nos reiremos».

Pero la pobre Jo no pudo reírse porque, nada más traspasar el umbral, se quedó paralizada ante un espectáculo que no podía dejar de mirar con los ojos como platos y la boca casi igual de abierta. Dispuesta a regodearse en la caída de su enemigo y a alabar a su decidida hermana por haber expulsado al indeseable pretendiente, se quedó absolutamente anonadada al comprobar que el ya mencionado enemigo estaba tranquilamente sentado en el sofá, con su decidida hermana en sus rodillas en actitud de absoluta sumisión. Jo emitió una especie de jadeo, como si acabaran de echarle encima un cubo de agua fría...; aquel inesperado cambio de papeles la había dejado sin respiración. Al oírla, la pareja se volvió y la vio. Meg se levantó de un salto, con una expresión que reflejaba a la vez orgullo y timidez, pero «aquel hombre», como lo llamaba Jo, se echó a reír y, con total sangre fría, le dijo a la atónita recién llegada, mientras la besaba:

—Jo, hermana, felícítanos.

Eso fue añadir un insulto a su ofensa, y todo ello unido era ya demasiado; Jo, con un brusco gesto de manos, desapareció sin decir una sola palabra. Subió corriendo las escaleras y sobresaltó a los enfermos exclamando en plan trágico nada más entrar:

—¡Rápido, alguien tiene que bajar; John Brooke se está comportando de un modo horrible y a Meg le gusta!

El señor y la señora March salieron de la habitación a toda prisa. Jo, dejándose caer sobre la cama, gritó y sollozó al contarles las terribles noticias a Beth y a Amy. Las dos niñas, sin embargo, lo consideraron un suceso de lo más agradable e interesante, y Jo no encontró mucho consuelo en ellas; así que subió a su refugio de la buhardilla con el propósito de confiar sus problemas a los ratones.

Ninguna de ellas supo lo que sucedió en el salón aquella tarde. La charla fue larga y el tranquilo señor Brooke asombró a sus amigos por su elocuencia y por el brío con el que lo había planeado todo, les contó sus proyectos y los convenció para arreglarlo todo tal y como lo tenía pensado.

Sonó la campana para el té antes de que hubiese acabado de describir el paraíso que pretendía conseguir para Meg, y la condujo orgulloso a la mesa; se los veía tan felices que Jo no fue capaz de sentirse celosa o triste. Amy estaba impresionadísima por las atenciones de John y la dignidad de Meg, y Beth les sonreía desde lejos mientras el matrimonio March observaba a la joven pareja con una satisfacción tan tierna que resultaba evidente que tía March tenía razón al decir que eran «como un par de bebés». Ninguno comió

casi, pero parecían muy felices, y la vieja sala resplandecía de un modo especial al cobijar el primer romance de la familia.

—Ahora no podrás decir que nunca nos pasa nada bueno, ¿verdad, Meg? —dijo Amy, a la vez que intentaba decidir cómo colocaría a los novios en los dibujos que pensaba hacerles.

—Pues no, realmente no puedo. ¡Cuántas cosas nos han pasado desde que dije eso! Parece que fue hace un año —contestó Meg que, inmersa en un sueño maravilloso, volaba muy lejos, por encima de las cosas vulgares como el pan y la mantequilla.

—Esta vez las alegrías vienen justo detrás a las penas, y creo que las cosas ya han empezado a cambiar —dijo la señora March—. En casi todas las familias existe, de vez en cuando, un año lleno de acontecimientos; y este ha sido uno de esos para nosotros, pero ya se acaba, después de todo.

—Espero que el próximo termine mejor —murmuró Jo, para quien era muy duro contemplar a Meg absorta en un extraño justo delante de sus narices; amaba a pocas personas, pero de corazón, y no podía soportar que ese amor se modificara o se perdiera.

—Yo espero que el tercer año a partir de este sí que termine mejor. Quiero decir que terminará mejor si consigo lo que tengo planeado —dijo el señor Brooke, sonriendo a Meg, como si ahora todo fuese posible para él.

—¿No os parece que es esperar mucho tiempo? —comentó Amy, que estaba ansiosa de que llegara el día de la boda.

—Tengo tanto que aprender que hasta me parece poco tiempo —contestó Meg, con una dulce gravedad en su cara nunca vista antes.

—Tú solo tienes que esperar. Soy yo el que debe trabajar —dijo John.

Y para ir poniendo manos a la obra recogió la servilleta de Meg con una cara de embobado que Jo no pudo evitar sacudir la cabeza y decir aliviada para sus adentros cuando oyó la puerta principal:

«Ahí llega Laurie. Al menos ahora tendremos un rato de conversación sensata».

Pero Jo se equivocaba, porque Laurie entró dando saltos encantado de la vida, con un gran ramo de novia para «la señora de John Brooke» y claramente convencido de que todo había sucedido por su inestimable intervención.

—Sabía que Brooke lo conseguiría; siempre lo hace; cuando se propone algo llega hasta el final aunque se hunda el mundo —explicó después de entregar las flores y felicitarlos.

—Muchas gracias por el cumplido. Lo consideraré como un buen presagio, y desde este momento estás invitado a la boda —repuso el señor Brooke, que se sentía muy cerca de toda la raza humana, incluso de su rebelde pupilo.

—Asistiré aunque tenga que venir desde el confín de la tierra; aunque solo sea para ver la cara de Jo, habrá merecido la pena el viaje. No pareces muy alegre, señorita. ¿Qué te pasa? —preguntó Laurie siguiéndola a una esquina del salón cuando los demás fueron a recibir al señor Laurence.

—No apruebo este enlace, aunque he decidido aguantarme y no decir nada en contra —dijo Jo con solemnidad—. No sabes lo duro que me resulta renunciar a Meg —continuó con un ligero temblor en la voz.

—Pero no tienes que renunciar a ella. Solo tienes que compartirla —la consoló Laurie.

—Ya nunca volverá a ser lo mismo. He perdido a mi amiga más querida —suspiró Jo.

—Aún me tienes a mí. Ya sé que no sirvo de mucho, pero me quedaré contigo, Jo, todos los días de mi vida. ¡Te doy mi palabra! —y Laurie lo decía en serio.

—Sé que lo harás, y siempre te estaré agradecida. Eres un gran consuelo, Laurie —dijo Jo dándole la mano, agradecida.

—Bueno, pues no estés triste; aquí tienes a un buen amigo. Todo va bien, date cuenta. Meg es feliz, Brooke conseguirá establecerse pronto, el abuelo le ayudará y será divertido ver a Meg en su propia casita. Lo pasaremos muy bien cuando se haya ido; acabaré la universidad enseguida y podremos hacer fantásticos viajes al extranjero. ¿No te consuela eso?

—Ya lo creo, pero no sabemos lo que puede suceder en estos tres años —comentó Jo, pensativa.

—Es verdad. ¿No te gustaría poder echar una mirada al futuro y ver dónde estaremos cada uno entonces? A mí sí.

—Creo que a mí no. Podría ver algo triste y ahora son todos tan felices que no creo que se pueda mejorar mucho.

Los ojos de Jo recorrieron despacio la habitación y se encendieron animados al hacerlo, porque la escena que contemplaron era muy agradable.

Papá y mamá sentados juntos, reviviendo apaciblemente el primer capítulo de un romance que para ellos empezó veinte años atrás. Amy dibujando a los novios, iluminados por el resplandor de un mundo propio cuyo encanto la pequeña artista no podría reflejar. Beth tumbada en el sofá, charlando alegremente con su viejo amigo, que sostenía su manita como si

esta poseyera el don de guiarle por las sendas tranquilas que su dueña paseaba. Jo, desde su banqueta favorita, los miraba con esa expresión seria y tranquila que tanto le favorecía, y Laurie, apoyado en el brazo del asiento, con la barbilla a la altura de sus rizos, sonreía amistoso y le hacía gestos a través del espejo en el que ambos se reflejaban.

Y mientras Meg, Jo, Beth y Amy formaban este cuadro, cayó el telón. Si vuelve a levantarse dependerá del recibimiento que obtenga este primer acto del drama doméstico titulado *Mujercitas*.



Apéndice

*Una autora
olvidada*

Hay libros que devoran a sus autores: por ejemplo, *Alicia en el país de las maravillas*, *La cabaña del Tío Tom*, o *Peter Pan*, o *Los tres mosqueteros* e, incluso, *El Quijote*. Su éxito deja al autor en la retaguardia, en las sombras, en la fila de atrás, casi rozando la oscuridad y el olvido. *Mujercitas* es un caso paradigmático. Sin duda ha sido, y sigue siendo, un auténtico *best-seller*: uno de los libros más leídos y vendidos en todo el mundo. Sobre él se han realizado miles y miles de adaptaciones teatrales y una buena cifra de películas y telefilmes. Durante años y años fue uno de los libros imprescindibles de la infancia y primera adolescencia. En las últimas décadas parece, sin embargo, haber dejado de gozar de las simpatías abrumadoras de las que gozó en otros tiempos. Con todo, su autora, Louisa May Alcott, permanece en la sombra. Uno lee el libro, pero olvida el nombre de la escritora que lo creó. Es raro, muy raro, encontrar su nombre en las historias de la literatura. Acaso en letra pequeña y más como una curiosidad que como una autora de rango relevante. Quizá su lugar en la jerarquía literaria no deba estar mucho más allá, pero ciertamente parece injusto que quien dio a la luz un libro de tantas resonancias no reciba una atención cordial y respetuosa. El éxito de *Mujercitas* no es, además, un éxito arbitrario y que se deba a la simple casualidad. No es un ejemplo de ese «sonó la flauta por casualidad» del que en otros casos bien podría hablarse. La obra de Louisa May Alcott nace de un profundo convencimiento por parte de la autora acerca de lo que debería ser el mundo de las lecturas infantiles y juveniles. Parece por tanto necesario, antes de hablar en concreto de los aspectos literarios de la obra, detenerse en un comentario previo tanto de la época en la que surge la autora como de las circunstancias familiares que moldearon su entendimiento y visión del mundo.

La época

Entre 1832, el año de su nacimiento, y 1888, el año de su fallecimiento, el país que la vio nacer, los Estados Unidos de América, y el mundo en general sufrieron tan fuertes y hondas transformaciones que seguramente un ciudadano traspasado —por arte magia o por arte de la máquina del tiempo ideada por H. G. Wells— de uno a otro año seguramente se sentiría como un marciano, porque durante ese tiempo las sociedades del mundo occidental estaban pasando, de manera intensa y acelerada, del mundo de lo rural al mundo urbano, del mundo de la producción agraria al mundo de la producción industrial.

La gran expansión En Estados Unidos estas transformaciones se producirían de forma especialmente intensa. Los primitivos trece estados que conformaron la joven nación norteamericana iban a sufrir a lo largo del siglo un crecimiento espectacular. Llegue para darse una idea de su desarrollo el dato de que entre 1800 y 1880 su población pasaría de quince millones a más de cuarenta y que la expansión territorial fue formidable.

Ya en 1803, el presidente Thomas Jefferson dobló el territorio al comprar Louisiana a Francia y, diez años más tarde, Madison se anexionó, por compra a España, Florida. Las guerras con México servirían para incorporar las extensas tierras de Texas, Arizona, Nuevo México y California, mientras que continuaba la expansión hacia el Oeste —el *Far West*— y la creación de nuevos estados. Durante años y años, los Estados Unidos se convirtieron en el sueño dorado de miles y miles de emigrantes europeos que, procedentes de las cuatro esquinas de Europa, buscaban en las nuevas tierras la fortuna, el sustento y la tolerancia. La política de repoblación de las tierras del Oeste —con la contracara de las guerras de exterminio con las tribus indias— permitió el establecimiento de una agricultura potente y eficaz; el descubrimiento de minas de oro y otros minerales supuso otro aliciente para el trabajo, mientras que la ganadería extensiva llenaba de riqueza y capital a la emergente clase empresarial.

El auge económico se explica perfectamente si se tiene en cuenta que, en los estados norteños, la antigua clase mercantil se reconvierte en clase empresarial, industrial y financiera; los nuevos territorios producen excelentes materias primas y, a su vez, se transforman en un mercado amplio que incrementa sin cesar su demanda de productos y el Sur continúa con su tradición exportadora de algodón. Estados Unidos se convirtió en la tierra de la oportunidad. El primitivo núcleo puritano mantuvo su moral de esfuerzo y encomio por el trabajo. Los pioneros incorporaron su afán de riesgo y su vocación de nuevos

El desarrollo económico

horizontes. Pronto el ferrocarril cruzó el país de Norte a Sur y de Este a Oeste. Los grandes ríos, como el Misisipí, sirvieron como estratégicas líneas de transporte y los nuevos inventos, como el telégrafo, la luz eléctrica, el frío industrial, o el motor de explosión, se aplicaron de manera inmediata a la producción industrial.

Este desarrollo económico supuso también la llegada a la escena histórica de las masas proletarias, con la consecuencia del hacinamiento de la población en las grandes ciudades, la pobreza, la miseria y el analfabetismo. Pero dentro de la historia de los Estados Unidos hay que considerar como uno de los hechos más relevantes el conflicto entre los estados del Norte y del Sur en relación con el tema de la esclavitud.

La Guerra de Secesión Aunque el tema de la esclavitud y del abolicionismo ocupan un papel central en el enfrentamiento entre los estados del Norte y del Sur, la realidad que se esconde detrás de esta lucha moral es bastante más prosaica, pues son los intereses económicos los

que están detrás de ese enconamiento. Desde los principios de la colonización de Norteamérica se presentan dos claras tendencias en la organización económica. En el Sur se crea una fuerte infraestructura agraria, con grandes haciendas que requieren fuertes inversiones en mano de obra. Por esa vía llega el esclavismo. En los estados del Norte la pequeña industria y el comercio marítimo se levantan sobre mano de obra más intensiva, mejor preparada, más profesional, y sobre la apertura mercantil. De estas dos tendencias nacen dos mentalidades: una, conservadora, aristocrática, y otra más dinámica, individualista y emprendedora. Esta última exigía una concepción fuerte y centralista de la administración política, mientras que la conservadora se inclinaba por una organización menos intrusista. Los estados del Norte deseaban establecer restricciones aduaneras a fin de proteger sus industrias. Los del Sur buscaban lo contrario para mantener sin problemas sus exportaciones de algodón y productos textiles. Modernidad contra aristocracia. A eso se sumaba el fuerte peso de un humanismo avanzado que reprochaba moralmente el fenómeno de la esclavitud. El equilibrio entre una y otra tensión se vino abajo en 1861, al llegar a la Presidencia el republicano y abolicionista Abraham Lincoln, y dio lugar a la Guerra de Secesión, que desgarraría a la sociedad norteamericana durante cuatro años. La familia de Louisa May Alcott pertenecía a los opositores del esclavismo. Su padre fue un verdadero defensor público de la abolición y ella misma, como veremos, participó de manera activa —como enfermera— en la contienda.

Si bien la literatura que se creó en las primitivas colonias no logró desprenderse de la literatura de la metrópoli, una vez que se produce la independencia surge también la necesidad de encontrar una voz propia, apareciendo así los primeros autores de la joven nación. No es extraño que dos de los primeros autores sean a su vez dos «padres» de la independencia: Benjamin Franklin (1706-1790) y Thomas Jefferson (1743-1826). Desde el principio, el tratamiento de los temas morales y filosóficos ocupó buena parte de las primeras publicaciones, detectándose un enfrentamiento entre las tendencias autoritarias de origen calvinista y un idealismo ilustrado, siendo este último el que parece establecerse de manera hegemónica entre los mejores y más brillantes pensadores y escritores.

Pronto surgirían autores llamados a la celebridad mundial. Autores como Edgar Allan Poe, Washington Irving, Fenimore Cooper o Emily Dickinson.

Un fenómeno literario

Pero, para situar mejor la obra de la autora de *Mujercitas*, es necesario tener en cuenta el fenómeno literario que dentro de la historia de la literatura norteamericana se conoce como «trascendentalismo».

Se conoce con este nombre a un grupo de escritores que se enfrentaron a la cultura calvinista y defendieron las ideas de la ilustración y la razón, contemplando el mundo y la vida desde una mirada francamente optimista, creyendo profundamente en los valores positivos y en la capacidad de la razón y la educación para mejorar la condición humana. Expresaron sus ideas no solo por medio de la literatura, sino en su vida particular, fundando escuelas, instituciones de caridad, comunidades y comunas y desarrollando una enorme labor de difusión de sus ideas. En este grupo hay que encuadrar al padre de nuestra autora, Amos Alcott, y a sus amigos: Emerson, Thoreau, Parker, que precisamente serían profesores de Louisa May. Emerson (1803-1882) es el autor de un libro básico para entender la filosofía de este grupo, *El trascendentalismo*, mientras que a Thoreau se debe el famoso libro *Walden*, en el que recoge sus experiencias de vida solitaria en un bosque. El espíritu reformista de esta escuela influyó, como veremos, en la visión del mundo que se respira en toda la obra literaria de nuestra autora.

No conviene tampoco olvidar que, durante los años en que L. M. Alcott creaba sus populares novelas, en la literatura norteamericana llegaban a su madurez creativa autores tan relevantes como Herman Melville, Nathaniel Hawthorne y Walt Whitman.

La literatura

La autora

Su familia Alguien ha dicho que las biografías empiezan mucho antes del nacimiento, pues cada vida que nace contiene también las circunstancias del medio y la familia. Si en todos los casos eso es cierto, esta verdad cobra especial relevancia en el caso de Louisa May Alcott, nacida un 29 de noviembre, en el año de 1832, en el seno de una familia marcada por el talento y la vocación paterna y por el espíritu también reformista de su madre.

Amos Bronson Alcott no tuvo una infancia fácil. Nacido en una familia modesta, tuvo que interrumpir sus estudios a los trece años. Pero esa circunstancia adversa no le impidió dedicarse al estudio de manera autodidacta. En su juventud vivió en una comunidad «cuáquera» —una secta protestante— y descubrió los valores de la tolerancia y la educación. Y a la educación dedicó desde muy pronto su vida, trabajando como profesor en Virginia y Carolina del Norte y Sur. Por entonces los métodos de enseñanza se basaban en un rígido modelo de corte calvinista, en el que la memoria y la estricta disciplina eran los pilares de la enseñanza. Sin embargo, su experiencia pedagógica le llevó a buscar métodos totalmente contrarios, en los que el diálogo, la discusión, la lectura, el contacto con la naturaleza y, sobre todo, el fomento de la autorresponsabilidad eran las claves. Para Amos B. Alcott el hombre era un ser noble y la educación debía encaminarse a desarrollar esas cualidades de nobleza. Tan importante era el cuerpo como la mente y fue de los primeros profesores que introdujo la gimnasia como elemento fundamental para la formación de los niños, y no rechazaba tampoco las explicaciones fisiológicas básicas sobre el cuerpo humano.

Las teorías paternas Sus teorías simpatizaban claramente con los planteamientos humanistas e ilustrados de los escritores y filósofos «trascendentalistas» y entró a formar parte destacada del grupo. Se estableció en Boston de manera definitiva poco después del nacimiento de su segunda hija, Louisa May, y más tarde pasó a dirigir la escuela de Concord, una pequeña ciudad cercana a Boston en la que vivía la mayoría de los escritores afines a sus ideas. Su ánimo reformista le llevó a fundar una comunidad en el campo, Fruitlands, que, sin embargo, fracasaría como experiencia. Por entonces Louisa May contaba doce años y la familia se vio en serios aprietos económicos. El ánimo reformador de Amos

no se alteró por el fracaso y continuó defendiendo sus ideas desde su puesto de profesor y superintendente escolar. Durante esos años publicó diversos escritos exponiendo sus ideas y publicó algunos poemas. En 1882 sufrió una parálisis. Seis años más tarde moriría en Boston, en la casa de su hija Louisa May. Está considerado como una figura destacada en la historia de la pedagogía.

Abby May, la madre de Louisa, pertenecía a una familia ligada a los reformistas norteamericanos defensores de los derechos de la mujer y de la abolición de la esclavitud. No es extraño que simpatizase con la figura de Amos Alcott, con el que contraería matrimonio en 1830. Desde entonces, además de educar a sus cuatro hijas, llevó una vida de plena dedicación a la defensa de los más necesitados, creando centros de acogida para emigrantes, defendiendo la dignidad de las mujeres, creando centros de cultura popular en los suburbios de Boston e interviniendo políticamente para que se derogase la esclavitud y se hiciera posible el voto feminista. Murió en 1877. Su carácter está recogido en el personaje de la madre en la novela de su hija.

La futura escritora nació en Germantown, estado de Pensilvania, *Louisa* y era la segunda hija del matrimonio Alcott. La mayoría de su infancia y primera juventud transcurrió en Boston y Concord, ciudades en las que su padre desempeñó puestos escolares. Louisa se benefició de manera extraordinaria del ambiente intelectual que reinaba en su entorno. Figuras tan destacadas como Ralph Emerson o David H Thoreau fueron sus primeros maestros y guías, sin olvidar a su padre. Las lecturas de los clásicos de la literatura universal eran ocupaciones cotidianas. Shakespeare, Dickens, Goethe, Schiller, Homero, Samuel Johnson y tantos otros autores fueron alimento básico de su formación humana y literaria.

Cuando contaba doce años, se trasladó con su familia —ya habían nacido sus dos hermanas pequeñas— a las cercanías de Harvard, donde su padre acababa de fundar una granja comunitaria, Fruitlands (el país de las frutas), como un experimento de convivencia semejante a los falansterios de los socialistas utópicos. La falta de conocimientos prácticos sobre la actividad agrícola supuso el fracaso del experimento y la penuria económica de la familia. Louisa, con el mismo ánimo positivo de sus padres, no se amilanó por la experiencia y empezó a trabajar a fin de ayudar en la maltrecha economía familiar. Llegó incluso a trabajar como criada y durante unos meses sirvió como acompañante a un joven inválido en el transcurso de un viaje a

La madre

*La
adolescencia*

Europa. Al parecer, en ese personaje se basó para la construcción de la figura de Laurie en la novela.

Desde muy pronto su trabajo preferido fue escribir. A los dieciséis años comienza sus colaboraciones —poesías, cuentos — en algunas publicaciones y escribe su primer libro, *Flower Fables*, que publicaría seis años más tarde, dedicado a Ellen, la hija de Emerson. A los diecisiete se interesa por el teatro y escribe algunas piezas de corte melodramático e histórico, de un corte semejante al «galimatías» que se recoge en *Mujercitas*. Una de esas piezas, *The Rival Prima Donnas*, está a punto de ser estrenada en Boston. Hacia 1860 publica en la renombrada revista *Atlantic Monthly* algunos relatos cortos.

Al estallar la guerra civil o de Secesión, en 1861, Louisa, profunda defensora de la abolición de la esclavitud, quiere participar activamente en la campaña y trabaja como enfermera en el hospital de Georgetown, mostrándose como una eficiente enfermera hasta que, por exceso de trabajo, su salud se resquebraja por culpa de unas fiebres, que le dejarán secuelas importantes durante el resto de su vida. Los recuerdos de sus tiempos de enfermera serán recogidos en un libro, *Hospital Sketches*, que gozará de un cierto éxito de público.

En 1865 publica su primera novela, *Moods*, un drama de amores y pasiones exageradas que apenas recibe atención. Luego entra a trabajar en la revista *Merry's Museum*, dedicada al mundo juvenil, y es por entonces cuando el editor Thomas Niles la anima a escribir una historia de chicas. Y Louisa se pone a la tarea. *Mujercitas* está a punto de nacer.

Escribe
«Mujercitas»

Publica
su primera
novela

Hasta entonces la escritura de Louisa estaba orientada hacia argumentos e historias de carácter melodramático, al estilo de las novelas históricas de Walter Scott. La propuesta del editor la introduce en un género —la literatura juvenil— que estaba por nacer. La autora abandona los perfiles más extremos de su fantasía creadora y se propone crear una historia realista que, al mismo tiempo que entretegna a los lectores, sirva para su instrucción. El modelo lo tiene cerca: su propio hogar, la historia de su familia, de sus penurias económicas y de su ánimo valeroso. Muchos de los episodios de la novela responden a elementos de la propia vida familiar. No es solo que la familia March responda en su estructura —padres y cuatro hijas— a las circunstancias concretas de su familia, sino que «el ambiente» moral responde perfectamente al de su propio hogar. Los personajes femeninos, por edad y

carácter, también están moldeados sobre la falsilla de sus hermanas, y el personaje de Laurie, como ya se ha indicado, parece sacado del joven a quien Louisa acompañó durante un viaje a Europa. El otro modelo que parece estar detrás de la estructura en episodios de la novela es el famoso *Pilgrim's Progress*, el clásico libro de John Bunyan (1628-1688) que durante muchos años fue un libro referencial en las familias sajonas. Alguno de los capítulos de *Mujercitas* retoman el nombre de los episodios de ese libro y puede decirse que de algún modo su composición episódica —como un camino de perfección— es muy semejante.

El éxito de la novela fue inmediato desde su publicación en 1868. Un año después saldría la segunda parte y, desde entonces, siempre ha gozado del aprecio de multitud de generaciones de lectores. El éxito comercial de la novela, además de lanzar a su autora a la fama, supuso el acabamiento de los problemas de la familia y una nueva etapa de bienestar sucedió a la penuria. Sin embargo, la familia Alcott siguió fiel a sus principios, llevando una vida de austeridad y dedicación a las causas más nobles de su tiempo.

En los años siguientes Louisa May Alcott continuaría dando a la imprenta sus obras. A *Mujercitas* seguiría en 1871 *Hombrecitos*, y en 1886, *Los muchachos de Jo*, completándose así una trilogía que se ha convertido en un clásico de la literatura juvenil de todos los tiempos.

Hasta su muerte, el 6 de marzo de 1888 —el día del entierro de su querido padre—, Louisa, que no llegó nunca a casarse, siguió entregada a la escritura tanto de obras narrativas en la onda de la trilogía como de otro tipo de novelas, ya históricas ya de misterio o pseudogóticas, pero sin abandonar sus escritos en defensa de la emancipación femenina. Que su muerte coincidiese con la de su padre no deja de ser algo más que una coincidencia. Su padre había alimentado su espíritu y había sido el guía de su vida. Nunca quiso abandonarlo. La última travesía la iniciaron juntos.

La obra

La novela cuenta la historia de una familia a lo largo de un año: de Navidad a Navidad. La historia de la familia viene determinada por algunas circunstancias exteriores y por la

Éxito
inmediato

Completa
la trilogía

dinámica interna de los componentes de la familia. Cuando la novela empieza, el jefe de la familia, el señor March, se encuentra en el frente participando en la Guerra de Secesión. Combate, como capellán, en el bando del Norte, defensor de la abolición de la esclavitud. La familia está atravesando una época de penuria económica —en el pasado tuvieron una posición acomodada— y sus componentes ayudan de manera activa. La señora March y sus hijas, Meg, Jo, Beth y Amy, viven en una casa modesta, en compañía de una sirvienta, la vieja Hannah. Meg y Jo trabajan, Beth ayuda en la casa y Amy va al colegio. Todas se proponen ser mejores. En la vecindad vive un joven, Laurie, que poco a poco entrará en su círculo familiar. Por medio de determinados episodios vamos conociendo el carácter de las protagonistas y sus esfuerzos por mejorar. A mitad de la novela llega la noticia de que el padre ha caído enfermo; las niñas se quedan solas y aparece un problema en el horizonte familiar: el señor John Brooke, preceptor de Laurie, que acompaña a la madre durante el viaje de esta para asistir al padre, pretende a la hija mayor, Meg, y esa relación crea conflictos internos, que se resolverán finalmente de manera adecuada para todos. En resumen: la historia de una familia feliz que, aunque tiene problemas, permanece unida.

La novela se reparte en veintitrés capítulos que, a su vez, podemos agrupar en dos partes: hasta la noticia de que el padre ha caído enfermo —capítulo XV— y después de la llegada de la noticia. La primera parte está determinada por una ausencia: la del padre, si bien esta ausencia es relativa, puesto que sus palabras, bien por el recuerdo de sus consejos, bien por la evocación de la madre o por sus cartas, siempre está presente. En realidad, esa ausencia se resuelve narrativamente como el elemento motor de la acción, puesto que la familia se marca como objetivo el «ser mejor» para no defraudar a ese padre ausente. Esa ausencia/presencia se hace concreta en la primera carta: «... recuérdales que, si llenamos la espera de trabajo, estos días difíciles no habrán sido un tiempo desperdiciado. Sé que recordarán todos mis consejos, que serán cariñosas contigo, cumplirán con sus obligaciones, lucharán contra sus malos pensamientos y se convertirán en unos seres tan hermosos que, cuando vuelva, podré estar más orgulloso que nunca de mis mujercitas». De alguna forma, ese «mandato» paterno es el que ordena la acción narrativa de toda la primera parte, aunque las relaciones entre la familia y la familia de Laurie también ocupan un eje narrativo importante.

El segundo bloque narrativo viene determinado por una presencia: la de John Brooke, el preceptor que pretende a Meg y que por tanto, como ve Jo,

amenaza con romper el grupo familiar. Ese conflicto acabará resolviéndose al integrar a la nueva pareja en la familia: la familia no se rompe sino que se amplía.

Cada una de las partes se reparte en episodios que generalmente se van centrando en cada una de las «mujercitas» una vez que, en el primer y segundo capítulos, se nos ha hecho la presentación de la familia y sus vecinos.

La novela está contada por un narrador en tercera persona
El narrador que es, a la vez, omnipresente —sabe lo que ocurre en todos los sitios, es omnisciente—; sabe incluso lo que piensan los personajes o lo que dejan de pensar. Ese narrador en tercera persona es alguien que tiene una escala de valores clara sobre la vida y el mundo y, a partir de esos valores, va puntuizando las actitudes y las acciones de las protagonistas. Por lo que vamos viendo, la visión del mundo que tiene ese narrador coincide con los ideales del padre y con los valores de la madre. Por tanto, el narrador funciona como testigo y juez de lo que sucede —el mismo papel que cumple ese padre ausente y presente— y como un reforzamiento de las intervenciones de la madre.

El narrador juzga las acciones y pensamientos y, por tanto, es de alguna manera *un lector privilegiado*, puesto que sus comentarios intervienen en la lectura que el resto de los lectores hacen por su cuenta. Acompaña a los lectores en la lectura y hace el comentario moral de ella. Además, es un narrador muy consciente de que él es el intermediario entre la historia que cuenta y los lectores, y así hace referencia muchas veces a esa posición: «Como nuestros jóvenes lectores querrán hacerse una idea de su aspecto, aprovecharemos este momento para hacerles un pequeño esbozo de las cuatro hermanas». Su relación de empatía con la madre se pone de manifiesto narrativamente cuando la madre, al final del capítulo IV, asume a su vez el papel de narradora: «Érase una vez..., cuatro niñas a las que no faltaba la comida, ni la ropa necesaria, y tenían no pocos placeres y comodidades, así como buenos amigos, y unos padres que las querían mucho, pero ellas no estaban satisfechas».

Un narrador muy fiable Ese narrador, aunque no es muy *creíble* —puesto que un narrador que lo sabe todo y puede estar en todos los sitios no es una figura muy creíble por mucho que se entienda como una convención literaria—, es muy *fiable*, por cuanto que no se ve que tenga interés especial alguno en la historia que nos está contando, y por eso el lector se fía de él, pues no ve motivos para pensar que

Un lector privilegiado

lo están engañando. Un narrador de este tipo resulta siempre cómodo para el lector, pues no se siente solo durante la lectura. Claro está que esa comodidad se halla en relación directa con la simpatía que nos despierte su escala de valores. Si no estamos de acuerdo con su visión del mundo, pierde la *credibilidad* que le hemos concedido. Si estamos de acuerdo con él, nos dejamos llevar con gusto y comodidad durante la lectura.

Llamamos composición narrativa a la particular disposición de los elementos narrativos que componen el texto de la novela. En la composición cumple un papel determinante el papel y la intervención del narrador, figura en la que ya nos hemos detenido. También hay que tener en cuenta la construcción de los personajes y la presentación de los hechos narrativos. Los personajes en una novela se construyen de manera semejante a como en la vida normal «construimos» la imagen que tenemos de una persona conocida, es decir, a partir de su aspecto, de sus acciones y de sus palabras. En una novela que tiene un narrador omnisciente, su construcción cuenta con otro recurso: los pensamientos del personaje, sin olvidar que las opiniones de ese narrador también son un elemento importante para nuestra consideración de los personajes. De todos estos recursos, en *Mujercitas* sobresale el diálogo, es decir, las palabras dichas, como vehículo para el conocimiento de cada personaje. En ese aspecto, la obra de L. M. Alcott recuerda bastante a la composición teatral clásica. El diálogo es el elemento fundamental de la novela. A través de ellos conocemos su carácter, sus deseos y sus sueños o fantasías. El otro elemento importante son los hechos, las acciones que cometen: sus actos de generosidad o egoísmo, de vanidad o humildad, de ira o templanza. Estos hechos son los que conforman los contenidos esenciales de cada episodio o capítulo: qué hace Meg en casa de sus amigos ricos, qué hace Jo con su melena, qué hace Amy en la escuela, qué hace Beth con el piano. Algunos hechos tienen relevancia especial porque nos hacen ver cómo reaccionan cada uno de los personajes frente a un hecho distinto. Por ejemplo, la enfermedad de Beth da lugar a comportamientos distintos, y otro tanto sucede con la enfermedad del padre. Un ejemplo semejante y muy simbólico es la descripción de cada parte del jardín al comienzo del capítulo X: «Hannah decía que “podría reconocer la mano que trabajaba cada trozo de tierra, aunque se los encontrara en la China”, y seguro que lo hubiese hecho, porque los gustos de las chicas eran tan diferentes como sus caracteres». Y otro tanto puede decirse de las cartas, tan distintas, tan significativas, de cada una de las hermanas, que escriben a su madre.

*La
composición
narrativa*

Podemos por tanto indicar que la composición de los personajes, al estar basada en los diálogos y en la presentación de hechos, es bastante objetiva, en el sentido de que es el lector el que conoce directamente sus caracteres, si bien, y como ya se ha indicado, el narrador interfiere con sus comentarios y juicios esa representación que el lector hace de ellos.

Sabiduría narrativa Por otra parte la historia se nos presenta de manera muy tradicional, de manera lineal desde el punto de vista cronológico. Conviene, sin embargo, detenerse en la sabiduría narrativa que se hace presente con ese capítulo XIX, «El testamento de Amy», que retrasa la acción narrativa en un momento muy importante: el regreso de la madre a casa por culpa de la enfermedad de Beth.

Esa composición casi teatral de la novela, con muchos diálogos y con un narrador que parece ser el acotador de los diálogos, sin duda es un elemento básico para comprender la sensación de frescura y agilidad que tiene la novela, y nos explica también que la obra se haya adaptado con mucho éxito tanto a la escena como al cine.

Las novelas hablan de muchas cosas, pero lo normal es que por debajo de estas cosas exista un elemento que ordene y dé sentido a todas las acciones. Es lo que llamamos el tema o sentido de la novela. En *Mujercitas*, ese tema sería el bien, la búsqueda del bien, entendiendo por bien la paz y tranquilidad familiares. *El tema*

La conquista de ese bien se presenta como una meta que debe alcanzarse por distintas vías, pero que pueden resumirse en tres: el trabajo, la tolerancia y la solidaridad o ayuda mutua.

Conviene recordar al respecto el papel fundamental que cumple el capítulo XI, en el que se ilustra *sensu contrario* la necesidad de buscar el bien a través de esos caminos. El olvido hace que todas caigan en el aburrimiento, el desasosiego y el enfado.

La novela se presenta así como la historia de un *camino de perfección*, que se presenta con valor de ejemplo y que sitúa a la novela en un claro lugar dentro de la literatura juvenil, con vocación expresa de constituirse en un elemento importante dentro de la formación de los jóvenes.

Subtemas Alrededor de ese tema central aparecen en la novela un conjunto de subtemas, con mayor o menor presencia, que configuran lo que bien podríamos denominar el universo moral de la novela. Mencionemos y comentemos algunos de ellos:

El trabajo ocupa un lugar central. Las referencias a sus virtudes son continuas, pero de manera directa se trata en *El trabajo*

ese capítulo XI ya mencionado. Por boca de la madre leemos —después de la experiencia negativa del abandono de sus obligaciones— las siguientes palabras: «... dejadme que os dé un consejo: volved otra vez a cumplir con vuestras pequeñas tareas diarias, que, aunque a veces parecen muy pesadas, son de gran ayuda para todas y, cuando una se acostumbra, resultan francamente llevaderas. El trabajo es saludable y hay mucho por hacer: nos libra del aburrimiento y de las malas ideas, es bueno para el cuerpo y el espíritu y nos da una sensación de poder e independencia mucho mayor que el dinero o la elegancia». Como se ve, el concepto de trabajo que se presenta está muy lejos de la interpretación del trabajo —«ganará el pan con el sudor de tu frente»— como un mero castigo o padecimiento. Por otra parte, tampoco se defiende el trabajo como una vía única, sino que, al tiempo, se reclama la necesidad de equilibrarlo con el juego y la distracción: «Repartid vuestras horas entre las obligaciones y los juegos, que cada día sea útil y agradable a la vez, y aprended el valor del tiempo haciendo buen uso de él».

Este subtema está tratado de manera básica alrededor del *La tolerancia* personaje de Jo, y en menor proporción, con el personaje de Amy. Jo tiene un carácter fuerte, firme, pero que contiene gérmenes de intolerancia. En ese sentido su carácter le lleva a excesos que la novela combate de manera narrativa. Sin duda que el episodio en el hielo, en el que su intolerancia y orgullo están a punto de producir la muerte de Amy. Aquí la intolerancia se viste de mal genio e ira y Jo reconoce los peligros de caer en esa actitud: «... las palabras hirientes se me escapan antes de darme cuenta, y cuanto más digo, peor, hasta que herir los sentimientos de los demás y encontrar expresiones horribles se convierte en un placer».

El tema está presente en toda la novela: aparece ya al comienzo, cuando todas se sacrifican y llevan su desayuno a una familia pobre, cuando alaban al abuelo de Laurie por ayudar a la hambrienta, y siempre que comprueban que para sus problemas lo mejor es contar con la ayuda y la comprensión de sus hermanas o madre. Es una solidaridad que funciona más como caridad hacia lo externo a la familia y como mera reafirmación de la familia que como solidaridad en el sentido político que hoy día tiene el término, pero el obrar bien con los otros siempre está presente en la obra.

*La
solidaridad o
ayuda mutua*

El dinero no está considerado como un valor en sí mismo. No *El dinero* es el símbolo de ninguna meta y hasta se evidencia claramente

que dinero y felicidad no suelen coincidir. Pero tampoco se da en la novela una actitud puritana o hipócrita sobre su valor. La madre, en el capítulo XX, explica muy bien su opinión: «El dinero es bueno y útil, Jo, y yo espero que a mis hijas nunca les amargue su falta ni se sientan tentadas por tenerlo en exceso».

La vanidad, el patriotismo, el amor, el matrimonio, la amistad son temas que la novela aborda con atención. Siempre se defienden actitudes prudentes, buscando el término medio y la satisfacción en cualidades morales más que en cualidades materiales, pero sin negar que las necesidades materiales también deben ser cubiertas con dignidad y decoro.

A lo largo de la novela, la literatura desempeña un papel sobresaliente. No se trata tan solo de que en muchos casos se haga referencia expresa a obras y autores como Dickens, Shakespeare, Samuel Johnson o Schiller, sino de que la literatura ocupa momentos narrativos muy destacados, como puede ser la representación del melodrama de Jo, el propio papel de Jo como escritora o el galimatías que escriben entre todos. Todo eso sin olvidar el lugar central que ocupa en la novela el libro de Bunyan, *El viaje del peregrino*. Lo básico es que lo literario desempeña un papel doble en la novela: por un lado, entretiene sanamente; por otro, es fuente de ilustración y formación. Se desprende, así, una concepción de lo literario muy cercana a la idea clásica del deleitar instruyendo, en la que sin duda puede colocarse toda la novela.

La literatura

*Consideración
final*

Mujercitas es un clásico de la literatura juvenil y ocupa en esa tradición un lugar destacado. La novela está escrita con agilidad y talento narrativo. Los lectores siguen con atención la débil trama narrativa, pero participan activamente en ella gracias, sin duda, a los aspectos teatrales que hemos mencionado. La novela *se ve*, se ven los personajes, el marco y las acciones y, sin duda, esas son cualidades expresivas que la novela contiene. No puede decirse, sin embargo, que la novela sea una obra maestra de la literatura universal. Le faltan muchas cualidades para eso. Su debilidad literaria proviene de sus límites estrechos. En la novela no hay ese conflicto fuerte que eleva el interés de la acción narrativa en las grandes novelas, ni hay un tratamiento riguroso de los personajes, ni el lenguaje ha buscado explorar las fronteras del lenguaje. Un gran libro obliga a pensar sobre las palabras

colectivas e individuales y nos ilumina sobre los actos y acciones del hombre. Tampoco parece que haya pretendido otra cosa.

Pero dentro de sus características la novela revela cualidades interesantes y que nos permiten seguir acercándonos a sus páginas. Si bien es cierto que los ideales que la novela nos presenta parecen corresponder con los propios de la burguesía media: hogar, fidelidad, familia, paz, tranquilidad —valores que explican su éxito—, no deja de ser cierto que nos propone un sentido de lo humano: ser mejor, que afortunadamente todavía sigue teniendo vigencia.

Hoy, la novela nos parece una historia bastante idealista —es decir, sin mucha relación con la realidad— de una familia que apenas tiene conflictos con la vida real. La familia March da la sensación de representar un paraíso, un ideal del paraíso, y que la novela propone ese paraíso privado —la familia— como algo suficiente. No deja de ser extraño que la única tensión real que aparece en la historia es ese amor entre Meg y el señor Brooke que amenaza la ruptura de ese paraíso y que esa tensión se resuelva de manera blanda al finalizar con la integración de la nueva pareja en el ámbito de la familia patriarcal antigua. Ese idealismo es la parte que ablanda la novela y hace que hoy pierda vigencia. Pero también hay otras lecturas posibles: el valor del trabajo para la independencia de las mujeres, la necesidad de construir una realidad mejor, la búsqueda de una comunidad en la que dar sentido a la existencia individual, que permiten pensar que la novela tiene historia —lectores— para mucho tiempo.

*Una historia
idealista*

CONSTANTINO BÉRTOLO CADENAS

Bibliografía

<u>AÑO</u>	<u>TÍTULO ORIGINAL</u>	<u>TÍTULO CASTELLANO</u>
1854	<i>Flower fables</i>	Fábulas de flores
1857	<i>The blind made happy</i>	El ciego que llegó a ser feliz
1863	<i>Pauline's passion and punishment</i>	La pasión y el castigo de Pauline
1864	<i>Moods. A novel</i>	Mal humor. Una novela
1864	<i>On picket duty, and other tales.</i> — Contiene: <i>On picket duty; The king of clubs and the queen of hearts; The cross on the old church tower; The death of John</i>	De guardia y otros cuentos.— Contiene: De guardia; El rey de tréboles y la reina de corazones; La cruz de la torre de la vieja iglesia; La muerte de John
1864	<i>The Rose family: a fairy tale</i>	La familia de Rosa: cuento de hadas
1865	<i>Nelly's hospital</i>	El hospital de Nelly
1865	<i>V.V., or Plots and counterplots; a novel in ten chapters. By a well-known author^[1]</i>	V.V. o Planes y contraplanes. Una novela en diez capítulos, escrita por una conocida autora
1866	<i>The skeleton in the closet</i>	El esqueleto en el armario
1867	<i>The mysterious key, and what it opened</i>	La llave misteriosa y lo que abrió
1868	<i>Aunt Kipp</i>	La tía Kipp
1868	<i>Little women, or Meg, Jo, Beth and Amy</i>	<i>Mujercitas^[2]</i> (1933)
1868	<i>Morning-glories and other stories.</i> — Contiene: <i>A Christmas song; Morning-glories; The Rose family; Shadow-children; Poppy's pranks; What the swallows did; Little Gulliver; The whale's story; Goldfin and Silvertail; A strange island; Peep! Peep! Peep!; Fancy's friend; The nautilus; Fairy fire-flay</i>	Batatas y otras historias.— Contiene: Un villancico; Batatas; La familia de Rosa; Niños de las sombras; Las travesuras de Poppy; Lo que hicieron las golondrinas; El pequeño Gulliver; La historia de la ballena; Goldfin y Silvertail; Una extraña isla; ¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!; El amigo de Fancy; El nautilus; La luciérnaga de las hadas
1869	<i>Good wives^[3]</i>	<i>Más cosas de mujercitas^[4]</i> (1933)
1869	<i>Hospital sketches^[5], and camp and fireside stories.</i> — Contiene: <i>Hospital sketches: Obtaining supplies; A forward movement; A day; A night; Off duty; A postscript. / Camp and fireside stories: The king of clubs and the queen of hearts; Mrs. Podgers' teapot; My</i>	Escenas de hospital, e historias del campo y del hogar.— Contiene: Escenas de hospital: La obtención de suministros; Un movimiento hacia delante; Un día; Una noche; Descanso; Posdata. / Historias del campo y del hogar: El rey de tréboles y la reina de corazones; La

	<i>contraband; Love and loyalty; A modern Cinderella; The blue an the gray; A hospital Christmas; An hour</i>	tetera de la señora Podgers; Mi contrabando; Amor y fidelidad; Una cencienta moderna; Azul y gris; Una Navidad en el hospital; Una hora
1870	<i>A curious call</i>	Una curiosa llamada
1870	<i>A little gentleman^[6]</i>	Un caballerito
1870	<i>A marine merry-making^[7]</i>	Una fiesta marina
1870	<i>A visit to the school-ship^[8]</i>	Una visita al buque escuela
1870	<i>An old-fashioned girl^[9]</i>	<i>Corazón de oro^[10]</i> (1953)
1870	<i>Back Windows</i>	Ventanas traseras
1870	<i>Dan's dinner</i>	La cena de Dan
1870	<i>Milly's Messenger^[11]</i>	El mensajero de Milly
1870	<i>Miss Alcott does not send autographs</i>	La señorita Alcott no envía autógrafos
1870	<i>My fourth of July^[12]</i>	Mi 4 de julio
1870	<i>The little boats^[13]</i>	Las barquitas
1871	<i>Aunt Jo's scrap-bag.</i> — Contiene: <i>My boys, etc.; Shawlstraps; Cupid and Chow-chow, etc.; My girls, etc.; Jimmy's cruise in the Pinafore, etc.; An old-fashioned Thanksgiving, etc.</i>	<i>Cuentos de la tía Jo⁸</i> (1953).— Contiene: <i>El crucero de Jimmy en el «Pinafore»; El viaje de las muñecas desde Minnesota a Maine; Glorias de la mañana; Un cuento de fantasmas; La pequeña María de Lehon; El cuento de «Rosa»; «Diente de león»; El paseo en triunfo; La vida de los alfileres; El hospital de Nelly; La fiesta tradicional del Día de Acción de Gracias; La elección de Kate; Autobiografía de un omnibus; Rosas y Nomeolvides; Las sorpresas de Tessa; Mis muchachos; Un cumpleaños feliz</i> Hombrecitos (1943)
1871	<i>Little men; life at Plumfield with Jo's boys</i>	Líneas escritas para un buen médico por un paciente agradecido
1872	<i>Lines to a good physician, from a grateful patient</i>	El viaje de la muñeca
1873	<i>The dolls' journey</i>	El trabajo: un almacén de experiencia
1873	<i>Work: a story of experience</i>	<i>Los primitos^[14]</i> (1952)
1874	<i>Eight cousins, or The aunt-hill</i>	Mi reloj rococó
1875	<i>My rococo watch^[15]</i>	Feliz Navidad
1876	<i>Merry Christmas^[16]</i>	Nuestro fantasmita
1876	<i>Our little ghost^[17]</i>	<i>La juventud de los ocho primos^[18]</i> (1966)
1876	<i>Rose in bloom. A sequel to «Eight cousins»</i>	Jarras de plata, e Independencia, una centenaria historia de amor.— Contiene: Jarras de plata; El capricho de Anna; Transcendentales juramentos salvajes; El romance de un día de verano; Mi reloj rococó; A la orilla del río; La caminata de Letty; Las medias escarlata;
1876	<i>Silver pitchers and Independence, a centennial love story.</i> — Contiene: <i>Silver pitchers; Anna's whim; Transcendental wild oats; The romance of a summer day; My rococo watch; By the river; Letty's tramp; Scarlet stockings; Independence: a centennial love story</i>	

		Independencia, una centenaria historia de amor
1877	<i>A modern Mephistopheles</i>	Un moderno Mefistófeles
1877	<i>Marjorie's three gifts</i>	Los tres dones de Marjorie
1878	<i>Under the lilacs</i>	<i>Bajo las lilas</i> (1956)
1879	<i>Becky's Christmas dream</i>	El sueño navideño de Becky
1879	<i>Grandmother's specs</i>	Las gafas de la abuela
1879	<i>My little friend</i> ^[19]	Mi amiguito
1879	<i>My May-day among curious birds and beasts</i> ^[20]	Mi primero de mayo junto a curiosos pájaros y animales
1879	<i>Our little newsboy</i> ^[21]	Nuestro pequeño vendedor de periódicos
1879	<i>Sunshiny Sam</i> ^[22]	El alegre Sam
1880	<i>Jack and Jill: a village story</i>	<i>Jack y Jill</i> (1957)
1881	<i>My red cap</i> ^[23]	Mi gorra roja
1882	<i>Proverb stories.</i> — Contiene: <i>Kitty's class-day; Aunt Kipp; Psyche's art; A country Christmas; On picket duty; The baron's gloves; My red cap; What the bells saw and said</i>	Historias proverbiales.— Contiene: La jornada escolar de Kitty; La tía Kipp; El arte de Psyche; Una Navidad nacional; De guardia; Los guantes del barón; Mi gorra roja; Lo que vieron y dijeron las campanas
1884	<i>Spinning-wheel stories.</i> — Contiene: <i>Grandma's story; Tabby's table-cloth; Eli's education; Onawandah; Little things; The banner of Beaumanoir; Jerseys, or the girl's ghost; The little house in the garden; Daisy's jewel-box, and how she filled it; Corny's catamount; The cooking-class; The hare and the tortoise</i>	<i>Los cuentos de la rueca</i> (1960).— Contiene: <i>El cuento de la abuela; El mantel de Tabby; La educación de Eli; Onawandah; Pequeñeces; El estandarte de Beaumanoir; Jerseys o el fantasma de las niñas; La casita en el jardín; El joyero de Margarita; El gato montés de Corny; Las clases de cocina; La liebre y la tortuga</i>
1885	<i>A hole in the wall</i>	Un agujero en la pared
1886-89	<i>Lulu's Library</i> (3 volúmenes).— Contiene: I. <i>A Christmas dream; The Candy country; Naughty Jocko; The skipping shoes; Cockyloo; Rosy's journey; How they ran away; The fairy box; A hole in the wall; The piggy girl; The three frogs; Baa! Baa!</i> II. <i>The frost king and how the fairies conquered him; Lilybell and Thistledown; Ripple, the water sprite; Evan's visit to fairyland; Sunshine and her brothers and sisters; The fairy spring; Queen Aster; The brownie and the princess; Mermaids; Little bud; The flower's story.</i> III. <i>Recollections of my childhood; A Christmas turkey and how it came; The silver party; The blind lark; Music and macaroni; The little red purse; Sophie's secret; Dolly's bedstead; Trudel's siege</i>	<i>La biblioteca de Lulú</i> ^[24] (1960).— Contiene: I. <i>Un sueño navideño; El país de las golosinas; El travieso Jocko; Los zapatos saltarines; Cockyloo; El viaje de Rosy; Cómo se escaparon; La caja de las hadas; Un agujero en la pared; La chica trágona; Las tres ranas; ¡Bee! ¡Bee!</i> II. <i>El rey Escarcha y de cómo fue conquistado por las hadas; Lilí y Cardón o la bella durmiente de las hadas; Ripple, el duende del agua; La visita de Eva al país de las hadas; Sunshine y sus hermanos; La primavera de las hadas; La reina Aster; El duende y la princesa; Sirenas; El capullito; La historia de las flores.</i> III. <i>Recuerdos de mi infancia; Un pavo de Navidad; La fiesta de los cubiertos; La alondra ciega; Música y macarrones; El</i>

		<i>monederito rojo; El secreto de Sofía; El armazón de la cama de Dolly; El sitio de Trudel</i>
1886	<i>Jo's boys, and how they turned out. A sequel to «Little men»</i>	<i>Los muchachos de Jo (1943)</i>
1886	<i>My dear Mrs. Crosby</i>	Mi querida señora Crosby
1888	<i>A garland for girls.— Contiene: May flowers; An ivy spray and ladies' suppers; Pansies; Water-lilies; Poppies and wheat; Little button-rose; Mountain-laurel and maidenhair</i>	Una guirnalda para chicas.— Contiene: Flores de mayo; Un ramo de hiedra y cenas de mujeres; Pensamientos; Nenúfares; Amapolas y trigo; El capullito de rosa; El laurel de montaña y el culantrillo
1889	<i>Louisa May Alcott, her life, letters and journals</i>	Louisa May Alcott: su vida, sus cartas y sus diarios
1893	<i>Comic tragedies, written by «Jo» and «Meg», and acted by the «Little women».— Contiene: A foreword, by Meg; Norna, or The witch's curse; The captive of Castile, or The Moorish maiden's vow; The Creak slave; Ion; Blanca: an operatic tragedy; The unloved wife, or Woman's faith</i>	Tragedias cómicas, escritas por «Jo» y «Meg», y representadas por las «Mujercitas».— Contiene: Prefacio, escrito por Meg; Norna o La maldición de la bruja; El cautivo de Castilla o El voto de la doncella mora; El esclavo griego; Ion; Blanca: una tragedia operística; La esposa no amada o La fidelidad de una mujer
1896	<i>My little friend and other stories</i>	Mi amiguito y otras historias
1897	<i>Alcuin: The rise of the Christian Schools</i>	Alcuin: el aumento de los colegios cristianos
1899	<i>Thoreau's flute, a poem</i>	La flauta de Thoreau: un poema
1908	<i>Despondency poem</i>	Un poema del desaliento ^[25]

Notas

[1] John Bunyan (1628-1688), escritor místico inglés que, en 1653, tras una grave crisis moral, en la que la angustia del pecado le atormentaba, ingresó en una secta baptista, de la que llegó a ser uno de los predicadores más elocuentes. Su obra más célebre es *El viaje del peregrino desde este mundo al futuro*, de carácter alegórico y escrita en prosa. En ella se narra el viaje que su protagonista, Cristiano, con sus pecados a cuestas, materializados sobre sus espaldas, hace desde la Ciudad de la Perdición hasta la Ciudad Celestial, pasando por diferentes etapas que simbolizan la ascensión del alma humana desde el pecado al estado de gracia. Así, exhortado por el Evangelista y estimulado por la conciencia de sus pecados, materializados en un gran peso sobre su espalda, atravesará el Pantano de la Desesperación, bajo los rayos del monte Sinaí, pasará ante la Casa del Intérprete, admirará la magnífica fachada de la Casa Bella, y superará la Colina de la Dificultad y el profundo Valle de la Humillación. Proseguirá por el terrible Valle de la Sombra de la Muerte y, tras recorrer un tortuoso y oscuro camino, llegará a la Gruta de los Gigantes; más adelante, alcanzará la Feria de las Vanidades, cruzará los espléndidos jardines de las Montañas Deliciosas, continuará entre tinieblas por las zarzas del Terreno Encantado, hasta llegar, finalmente, a la Ciudad Celestial. En la segunda parte de la obra, la mujer y los hijos de Cristiano realizarán el mismo viaje. El lector podrá comprobar que, ya desde el primer capítulo, Louisa May Alcott hace numerosas alusiones a esta obra a lo largo de su narración. <<

[1] Johann Lothar von Faber (1817-1896), industrial alemán que en 1839 sucedió a su padre en la dirección de una fábrica de lápices de 20 empleados que su abuelo Kaspar Faber había fundado en Núremberg en 1760, estableció sucursales en Nueva York, París, Londres y Berlín y agencias en Viena, San Petersburgo y Hamburgo, y obtuvo en 1856 el derecho exclusivo de explotación de las minas de grafito de Siberia oriental. A su muerte, su viuda traspasó la empresa a su nieta, la condesa Otilia von Faber-Castel, de quien tomó su denominación actual. <<

[2] Confusión entre *label* («etiquetar») y *libel* («difamar»). <<

[3] Macbeth ordena asesinar a Banquo porque las tres brujas que, al principio de la obra, se han aparecido a ambos, predicen que el primero será rey y el segundo, no, pero sí sus descendientes. Banquo es asesinado en el acto III, pero su espectro aparece y atormenta a Macbeth en el banquete que se celebra en el palacio tras su muerte. <<

[1] «¡Oh, Dios mío!». (En alemán en el original). <<

[2] «¡Qué bien! ¡Son unos angelitos!». (En alemán en el original). <<

[3] En español en el original. <<

[4] El de copa baja y ala ancha y tendida hacia abajo. <<

[1] En inglés, *scrabble* significa «escarbar». <<

[2] Ciudad suiza, en el cantón de Vaud, en la orilla del lago Lemán. <<

[3] En francés en el original. Como verá el lector, Jo lo traduce a continuación.

<<

[4] Ciudad alemana, en la orilla izquierda del Neckar y junto a la Bergstrasse. Su universidad, fundada en 1386, fue uno de los más importantes centros del calvinismo durante el siglo XVI. <<

[5] Danza popular eslava parecida a la polca. <<

[1] Alusión a Raffaello Santi o Sanzio (1483-1520), el gran pintor italiano, cuyo genio, mezcla de mesura y gracia, hace de él una de las figuras más importantes del Renacimiento. <<

[2] Novela del escritor británico Oliver Goldsmith (1728-1774), que destaca por el realismo sencillo e ingenuo con que retrata a sus personajes. El doctor Primrose, pastor anglicano, es un hombre bondadoso y servicial, cuya vida con su mujer y sus seis hijos transcurre de forma apacible. Pero su fortuna cambia repentinamente: se arruina y se incendia su casa; le son arrebatadas dos hijas y un hijo se hace vagabundo. Encarcelado debido a sus deudas, el doctor Primrose no se desanima, y alienta no solo a su familia sino a sus compañeros de prisión. Al final, todo acaba felizmente. <<

[3] Novela de la escritora norteamericana Harriet Beecher Stowe (1811-1896), publicada en el n.^o 122 de esta misma Colección. <<

[1] Novela del escritor escocés Walter Scott (1771-1832), publicada en el n.º 97 de esta misma Colección. <<

[2] Los heliotropos son plantas herbáceas o subarbustivas con numerosas flores blancas y violetas. Son plantas de interior y requieren una temperatura cálida, sol y abundante riego; su perfume a vainilla se percibe mucho más en la aurora y el crepúsculo que durante el día.

Las rosas de té pertenecen, junto con las de Bengala, al grupo de rosas procedentes del centro de Asia. De su hibridación con algunas especies europeas reflorecientes proceden los híbridos de té, de gran valor comercial por su alto poder germinativo y su gran facilidad de cruzamiento. <<

[1] Personaje de *El viaje del peregrino*; es un terrible demonio con el que Cristiano tiene que combatir. <<

[2] Fredrika Bremer (1801-1865), novelista sueca que viajó por toda Europa y defendió las ideas pacifistas y feministas. Sus principales obras fueron reunidas bajo el título de *Cuadros de la vida cotidiana* (1835-1843) y *Nuevos cuadros*. Entre sus novelas destacan *Las hijas del presidente*, *Nina*, *El hogar*, *La vida de los hermanos y de las hermanas* y *Hertha*.

Sir Walter Scott (1771-1832), escritor escocés, uno de los mejores autores de novela histórica de lengua inglesa. Es autor de obras como *Waverley*, su primera obra de este género, que alcanzó un enorme éxito, *El anticuario*, *Rob Roy*, *La novia de Lammermoor*, *Ivanhoe*, *El pirata*, *Quintin Durward*, entre otras, y de *El enano negro*, publicada en el n.º 83 de esta misma Colección.

Maria Edgeworth (1767-1849), escritora británica, autora de *Ensayos sobre la educación práctica*, obra que contribuyó a la reforma de los sistemas educativos británicos y en la que se manifiesta el influjo de Rousseau, y de gran número de cuentos infantiles, recogidos en *Cuentos populares* y en *Cuentos de la vida elegante*. También escribió algunas novelas sobre costumbres y ambiente irlandeses, como *El castillo de Rackrent*, *El absentista*, *Ormond*, que ejercieron algún influjo en Walter Scott. <<

[1] «Querida». (En francés en el original). <<

[2] «Un poquito», «una pizca», «una gota». (En francés en el original). <<

[3] «La señorita está encantadora, bellísima». (En francés en el original). <<

[4] «Silencio hasta la muerte». (En francés en el original). <<

[1] El arrayán, o mirto, es una planta arbustiva de dos a tres metros de altura, de tallo irregular, con ramas flexibles; sus hojas, perennes, son de color verde intenso, pequeñas y duras, y las bayas, de color negro; sus flores son blancas y olorosas. Es una planta típica del monte bajo del litoral mediterráneo y, cultivada en jardinería, se utiliza en la formación de setos vivos. Su madera se emplea en marquetería.

Para el heliotropo, véase la nota 2 del capítulo V. <<

[2] El guisante de olor es una variedad de almorta que se cultiva en los jardines, porque, además de tener flores amariposadas, tricolores y de excelente perfume, es muy trepadora.

La reseda es una planta herbácea, con tallos ramosos de uno a dos decímetros de altura, hojas alternas, enteras o partidas en tres gajos, y flores amarillentas. Es originaria de Egipto, y por su agradable olor se cultiva en los jardines.

La espuela de caballero es también una planta herbácea, con tallo erguido y ramoso, de cuatro a seis decímetros de altura; tiene las hojas largas, estrechas y hendidas al través, y las flores en espiga, de corolas azules, rosáceas o blancas, y el cáliz prolongado en una punta como si fuera una espuela.

El álsine es una planta anual, de un decímetro y medio de altura, aproximadamente, con hojas pequeñas y ovales y flores blancas. Abunda en los parajes húmedos y se usa en medicina y como alimento para pájaros.

La hierba gatera, o *Nepeta cataria*, es una planta aromática de la familia de las labiadas, con hojas muy olorosas y flores pequeñas y de color púrpura. Se utiliza como condimento y como medicina contra el resfriado y la fiebre, y su sabor y aroma a menta apasionan a los gatos. <<

[3] En 1837, los editores Champman y Hall proponen a Charles Dickens (1812-1870) la redacción de una novela humorística por entregas. En un principio la obra debía inspirarse en los grabados que había realizado Robert Seymour, que trataban sobre un grotesco club de cazadores inexpertos. Este fue el origen de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, publicados en folletines mensuales de 1837 a 1839, libro que, a medida que avanza, se va liberando progresivamente del pie forzado que le habían dado los editores y que acaba convirtiéndose en uno de los mayores éxitos de la literatura inglesa del siglo. <<

[4] Son los cuatro miembros del club dickensiano. <<

[5] Es de suponer que se refiere al 52.^º aniversario de la primera sesión del Club Pickwick en el libro de Dickens, fechada el 12 de mayo de 1827. <<

[6] Así en el original. Como es lógico, lo que el personaje quiere decir es *comme il faut*, que en francés significa «como debe ser». <<

[7] «De buena fe», «con sinceridad». (En latín en el original). <<

[8] Uno de los más importantes personajes de la obra de Dickens. Criado de Pickwick, posee un imperturbable buen humor, un sentido común infalible y un corazón siempre leal a su amo. Su realismo, al igual que en Sancho Panza, sirve para atemperar el peligroso idealismo de Pickwick y salvarle de los engaños de que intentan hacerle víctima múltiples y variados bribones. <<

[9] Francis Bacon (1561-1626), gran canciller bajo el reinado de Jacobo I, se retiró de la vida pública en 1621, al ser acusado de venalidad. Permaneció encarcelado en la Torre de Londres, aunque fue indultado pronto por el rey. Consagró los últimos años de su vida al estudio de la filosofía y de la ciencia, dejando a su muerte obras de una gran importancia, como *Ensayos de moral y de política*, *Novum organum scientiarum*, su obra esencial, y la *Instauratio magna*. Su filosofía estriba esencialmente en la sustitución de la antigua lógica apriorista y deductiva por una nueva lógica experimental e inductiva.

John Milton (1608-1674) es una de las máximas figuras de la poesía inglesa. Su obra maestra es *El paraíso perdido*, epopeya religiosa en doce cantos sobre la caída del primer hombre. Tras su publicación, compuso otro poema con el título *El paraíso reconquistado*. Es autor también de la tragedia bíblica *Sansón agonista*, de los poemas pastoriles *Arcades* y *Cornus*, la elegía fúnebre *Lycidas*, y de obras en prosa como *La defensa del pueblo inglés*, *Sobre la libertad del pensamiento, de la prensa y de la censura*, etc.

William Shakespeare (1564-1616) es, como todos sabemos, una de las más grandes figuras de la literatura universal. <<

[1] En el original, la autora juega con las palabras *samphire* (que, en español, equivale a un género de plantas, llamado *Crithmum*, con hojas carnosas y flores verdosas en umbelas, y cuya especie *Crithmum maritimum*, que crece en las arenas marinas del litoral mediterráneo, se come macerada en vinagre) y *vampire*. Nosotros hemos elegido la palabra «papiro» por su similitud fonética con «vampiro». <<

[2] La palabra inglesa *lark*, que aparece en el original, significa tanto «alondra» como «juerga». <<

[3] Las currucas, paseriformes de pequeño tamaño y forma esbelta, suelen ser excelentes cantoras; concretamente, la curruca capirotada es rival del ruiseñor por la belleza y la dulzura de su canto. De ahí la respuesta de Jo. <<

[4] Así en el original inglés, es decir, «la que croa». <<

[1] Juego en el que los jugadores deben golpear la bola con un mazo de madera y hacerla pasar por debajo de una serie de argollas hasta llegar a una estaca (la meta) con el menor número de golpes. El campo debe recorrerse luego en sentido contrario hasta alcanzar la estaca opuesta. <<

[2] Rizos de pelo formados y sujetos con un papel. <<

[3] El 4 de julio de 1776 se firmó la declaración de independencia de Estados Unidos. <<

[4] Unidad de longitud anglosajona que equivale a 30,48 cm. Vendrían a ser poco más de 18 metros. <<

[5] El foque es el nombre común a todas las velas triangulares que se orientan y amuran sobre el bauprés.

La driza es la cuerda o cabo con que se izan y arrián las vergas.

El sotavento es la parte opuesta a la de donde viene el viento, con respecto a un punto determinado. <<

[6] Foque mucho más pequeño que el principal, de lona más delgada, y que se orienta por fuera de él. <<

[7] Novela del escritor norteamericano James Fenimore Cooper (1789-1851). Destaca porque en ella el mar no es un mero escenario, sino un personaje principal, y el hombre, si bien debe enfrentarse a él, debe admitir su grandiosidad como fuerza de la naturaleza. Cooper es autor, además, de obras tan conocidas como *El espía*, *Los pioneros*, *El trampero*, *El piloto* y *El último mohicano*, publicada esta en el n.º 132 de esta Colección. <<

[8] Es decir, «Juan Toro», nombre que se da al pueblo inglés por su aplomo y obstinación. John Bull es con respecto a Inglaterra lo que «Jacques Bonhomme» respecto a Francia y el «tío Sam» respecto a Estados Unidos. Tal apodo proviene de un libelo del doctor John Arbuthnot (1667-1735), médico de la reina Ana, titulado *Historia de John Bull* y dirigido contra el duque de Malborough. <<

[9] El poeta, dramaturgo y filósofo alemán Johann Christoph Friedrich von Schiller (1759-1805) formó, junto con Lessing y Goethe, el grupo más significativo de la literatura alemana del momento, auspiciado por el movimiento *Sturm und Drang*. Su obra está nutrida de ideales como el amor y la libertad humana, que se plasman perfectamente en su *Guillermo Tell*. Su producción se puede dividir en un primer período de obras de pasión revolucionaria (*La conjuración de Fiesco en Génova*); una segunda fase filosófica (*Don Carlos* y *Los dioses de Grecia*); y una vuelta a la creación trágica original, su período más significativo (*María Estuardo*, la trilogía *Wallenstein*, *La doncella de Orleans*). Beethoven incorporó a la 9.^a sinfonía su oda *A la alegría*. <<

[10] *Tree*, en inglés, significa «árbol». <<

[1] Como todos sabemos, David (c. 1000-c. 962), segundo rey de Israel, era famoso no solo por haber abatido con su honda al gigante Goliat, sino por ser un excelente tañedor de arpa. <<

[1] Efectivamente, Laertes, hermano de Ofelia, y Hamlet tienen un duelo. Hamlet es traspasado por una espada envenenada, pero, antes de morir, consigue herir mortalmente a Laertes. <<

[2] Hija del rey Yaso, según la mitología arcadia y del ciclo tebano, y de Esqueneo, según la tradición beocia. Ofreció su mano a quien la venciese en la carrera, pero con la condición de que los que no lo lograran fuesen muertos inmediatamente. Lo logró Melanión (Hipómenes en la versión beocia), que durante la carrera fue dejando caer tres manzanas de oro, regalo de Afrodita. Mientras Atalanta las recogía, se retrasó e Hipómenes llegó primero a la meta. Pero, luego, al querer yacer en el templo de la diosa Deméter, esta los convirtió en leones y los unció a su carro. <<

[3] En el original inglés, *Spread Eagle*, que literalmente quiere decir «águila con las alas desplegadas», y que figura en el escudo de Estados Unidos. Nosotros lo hemos traducido libremente, y como se verá más adelante, es el nombre del periódico en el que Jo publicará sus artículos. <<

[4] Frances Burney (1752-1840), más conocida como Fanny Burney, escritora británica que publicó anónima su primera novela, *Evelina o la historia de la entrada en el mundo de una señorita*, escrita en forma epistolar, que tuvo gran éxito. Sus obras se integran en la tradición de la novela inglesa de costumbres del siglo XVIII. <<

[1] «Mi querida». (En francés en el original). <<

[2] «Gracias» y «buenos días». (En francés en el original). <<

[3] «Adiós». (En francés en el original). <<

[4] Río estadounidense del estado de Virginia. En él tuvieron lugar varias batallas durante la Guerra de Secesión. <<

[1] Fiel es uno de los personajes de *El viaje del peregrino*, de Bunyan. <<

[1] «Señora». (En francés en el original). <<

[2] «Señorita». (En francés en el original). <<

[3] Exactamente, el codicilo era, antiguamente, y hoy en Cataluña, toda disposición de última voluntad que no contiene la institución del heredero y que puede otorgarse en ausencia de testamento o como complemento del mismo. <<

[1] James Boswell (1740-1795), escritor escocés que trabó amistad con Rousseau, por consejo del cual visitó la Córcega romántica y democrática de Pasquale Paoli, que describió en obras como *Vida del general Paoli*, *Ensayos en favor de los valientes corsos*, etc. Su obra más conocida es precisamente *Vida de Samuel Johnson*, en la que relata las andanzas del comúnmente denominado doctor Johnson, lexicógrafo, poeta y ensayista inglés, que fue uno de los pilares de la vida literaria londinense de la época. <<

[2] El perro lleva el nombre de una de las novelas de Samuel Jonhson (1709-1784), *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, publicada en 1759. <<

[3] Publicación bisemanal londinense en la que aparecieron una serie de ensayos de Johnson entre 1750 y 1752. <<

[1] «Doncella». (En alemán en el original). <<

[2] En inglés, *Hopeful*, otro de los personajes de la tan citada obra de Bunyan.

<<

[1] Fue publicado en los números 5-8 de *The Flag of Our Union*, de febrero de 1865. <<

[2] También fue traducido como *Las cuatro hermanitas*. <<

[3] Publicado inicialmente como segunda parte de *Little women*. <<

[4] El título que ha prevalecido es el de *Aquellas mujercitas*. <<

[5] *Hospital sketches*, que aquí figura como primera parte, había sido ya publicada individualmente en 1863. <<

[6] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[7] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[8] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[9] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[10] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[11] Prepublicada en *Merry's Museum*. <<

[12] También traducido como *Una chica a la antigua* (1957) y *Una muchacha anticuada* (1962). <<

[13] En 1962 se publicó otra recopilación de cuentos con el título de *Más cuentos de la tía Jo.* <<

[14] En 1958 fue traducido como *Ocho primos*. <<

[15] Prepublicada en *Elgin Almanac*. <<

[16] Prepublicada en *The horn of plenty*. <<

[17] Prepublicada en *The horn of plenty*, y tres años después en *Sparkles for bright eyes*. <<

[18] En 1966 se tradujo como *Rosa en flor*. <<

[19] Prepublicada en *Sparkles for bright eyes*. <<

[20] Prepublicada en *Sparkles for bright eyes*. <<

[21] Prepublicada en *Sparkles for bright eyes*. <<

[22] Prepublicada en *Sparkles for bright eyes*. <<

[23] Prepublicada en *The sword an the pen.* <<

[24] La selección traducida incorpora cuentos de los tres volúmenes. Se han compuesto en cursiva los que contiene esta selección. <<

[25] Aparte de la bibliografía reseñada, se han traducido otras colecciones de cuentos bajo títulos como *Bellas historias* (1958) o *Cuentos de mi niñez* (1958), que contienen una selección de *Los cuentos de la rueca* y *La biblioteca de Lulú* respectivamente. Ese mismo año se publicó un volumen titulado *Las cinco mejores obras de Louisa May Alcott*, que contenía: *Mujercitas; Aquellas mujercitas; Hombrecitos; Los muchachos de Jo y Bajo las lilas.* <<